LIANA CINCOTTI

la nueva voz de la novela romántica

PICKING DAISIES ON SUNDAYS

~~mejor amigo~~

~~primer amor~~

novio falso



MOLINO

LIANA CINCOTTI

PICKING DAISIES ON SUNDAYS

Traducción de
Estíbaliz Montero Iniesta

MOLINO

Para las personas románticas empedernidas y optimistas
que no saben que alguien se fija en ellas en una habitación
atestada de gente

Daisy presionó los labios contra mi mejilla y me soltó la mano. Ni siquiera recordaba habérsela agarrado. Pero así, sin más, desapareció. Y bajó corriendo las escaleras, arrastrando su largo vestido como una ola en una tormenta, dejándome allí varado.

Prólogo

Hace cuatro años



Yo quería a Levi Coldwell. Estaba *enamorada* de Levi Coldwell. Hacía cuatro años que era mi mejor amigo y los que quedaban.

Nos conocimos en primer curso, aunque no fue amor a primera vista. Sobre todo, porque ambos llevábamos *brackets* y el acné hormonal cambiaba de ubicación en nuestra cara a diario. El primer día de instituto, coincidimos en dos asignaturas, y a ambos se nos daba mal una de ellas.

Un suspiro audible por parte de Levi mientras intentaba enhebrar una aguja en clase de Costura y una nota baja en mi primer trabajo de Inglés fueron lo único que hizo falta para empezar a prestarnos apoyo mutuo.

Yo le enseñé a coser y él me ayudó a corregir mis redacciones. Se trataba de una transacción exclusivamente comercial que tenía lugar dos días a la semana, hasta que empezamos a hablar de cosas en absoluto relacionadas con la costura ni la escritura.

Teníamos en común una serie de pasiones: nuestro amor por el

cine, la dedicación académica, la lealtad a la familia y el duelo por el que habíamos pasado —por el que *estábamos* pasando—. Ambos habíamos experimentado la pérdida de un padre, y creo que eso fue lo primero que nos unió.

Cuando lo conocí en primer curso, el mío había fallecido hacía tres meses, mientras que el señor Coldwell ya llevaba dos años muerto.

Levi aún cargaba con la pena como si se tratara de una botella de vino vacía.

Cuatro años después, nos habíamos convertido en mejores amigos y estábamos a punto de graduarnos juntos en el instituto.

Durante esos años, mensajearnos a diario, pasar las noches de los sábados viendo pelis y comer juntos en el instituto se volvió algo habitual. Para mí, eran el equivalente a tener una rutina matutina o a rezar por la noche.

Meses viéndome jugar desde las gradas y animándome en mis partidos de sóftbol mientras yo lanzaba bolas fuera, y noches llenas de tropiezos por culpa de aquella grieta en la acera que había en el camino entre nuestras casas.

Fui testigo de cómo Levi preparaba *cupcakes* para las funciones escolares de sus hermanas, de cómo les recogía el pelo en coletas y de lo quieto que se quedaba mientras nos pintaban las uñas. Esos son los momentos que revelan todas las facetas de una persona. Y, ¡Dios mío!, cuánto disfrutaba yo de cada una de las suyas.

Nos habíamos convertido en el tipo de mejores amigos que recibían invitaciones para cenar todas las semanas y cuyas madres estaban al tanto del último drama del otro y cotilleaban mientras tomaban café en el porche.

Él vivía calle abajo, de modo que yo iba a cenar con su familia los domingos por la noche, y nos partíamos de risa mientras Trish contaba viejas historias y sus hermanas se tiraban patatas fritas por

encima de la mesa.

Pero todo cambió cuando llegamos a tercer curso.

Levi por fin había vuelto de Vermont, donde se había ido a pasar las vacaciones de Navidad con su familia. Yo me había aburrido como una ostra todo el mes de diciembre, esperándolo. Así que, el día de su vuelta, corrí por el pasillo hasta la segunda taquilla, a la izquierda de nuestra clase de Inglés, para verlo.

Y me lo encontré besando a alguien.

Se me encogió el estómago cuando lo pillé liándose con Jennifer O'Brien. Me sorprendió descubrirlo pegado a la taquilla, con las manos de ella recorriéndole el cuerpo como si le estuviera grabando un soneto en la piel. Me costaba recordar cuánto tiempo llevaba mirándolos; no podía parar. Era como encontrarte en persona con el famoso por el que estabas colgada. Se me secó la garganta, las lágrimas me anegaron los ojos y mis pies se negaron a moverse hasta que alguien chocó conmigo y me obligó a apartarme.

Había visto a Vi —Levi— salir con otras chicas e incluso ir al baile de fin de curso con alguna de ellas, ¡y nunca me había supuesto ningún problema! Siempre había experimentado alguna punzada de celos, pero las había ignorado, atribuyéndolas al instinto protector que me despertaba mi mejor amigo. Pero nunca lo había visto besando a nadie. Eso… eso me pareció mal; intrusivo, a decir verdad.

Y cuando descubrí a Jennifer pegando los labios a los suyos, me arrepentí al instante, porque un puñado de emociones cuya existencia desconocía afloraron a la superficie.

Había transcurrido casi un año desde aquello, y seguía sin poder deshacerme del recuerdo. Pero la graduación era a la mañana siguiente y esa noche se celebraba el baile, por lo que no podía posponerlo más.

Hacer álbumes de recortes no había funcionado; ver películas románticas sin parar no había funcionado; bordar y confeccionar colchas no había funcionado; y redactar una lista con todos sus defectos, indudablemente, no había funcionado, porque carecía de ellos.

El único que se me había ocurrido era que, en septiembre, no había intentado besarme después del primer partido de fútbol de la temporada. Estábamos sentados en su coche frente a mi casa, y yo le había mirado los labios de reojo como mínimo dos veces.

En fin, que todo eso no había servido de nada. Seguía enamorada de él. Y ya no podía fingir que el corazón no se me estrellaba contra las costillas cuando me guiñaba el ojo en clase o me rozaba la mano, y mucho menos cuando se enrollaba mis mechones en el dedo si nos sentábamos uno frente al otro. No podía fingir que no sentía la garganta tan tirante como una toalla retorcida cuando las chicas coqueteaban con él en las fiestas. Ya no podía fingir que no significaba nada.

Tenía que confesárselo esa misma noche, antes de que nos graduáramos a la mañana siguiente y nos marcháramos a la universidad a finales de verano. No soportaría pasar otras vacaciones a su lado y torturarme con la posibilidad de que él se fuese a la universidad y quizá conociera al amor de su vida.

El problema era que la noche en cuestión había llegado y yo estaba aterrorizada. Me había pasado horas arreglando y ajustando el vestido para que me quedara como un guante, pero en aquel momento sentía que me apretaba demasiado mientras me tomaba mi segundo vaso de refresco mezclado con alcohol —cortesía del equipo de hockey, que había llevado vodka— bajo las luces centelleantes que colgaban por todo el carísimo lugar donde se celebraba el baile de graduación.

Por favor, no permitas que eso influya en tu opinión sobre mí, porque no tenía por costumbre beber. No se puede decir que me gustara demasiado el alcohol y, desde luego, no era alguien que tuviera contactos en el equipo de hockey. Por desgracia, aquella panda no era lo bastante sofisticada para un cóctel Shirley Temple, así que habían optado por el vodka con soda.

Se lo había visto hacer a Molly Ringwald en una película, para ganar confianza, así que me pareció que no podía hacerme daño. Sin embargo, mientras observaba desde lejos a Levi charlando con unos amigos, el nudo de ansiedad que sentía en el estómago se hizo más presente. Aquel traje gris marengo se le pegaba a sus largas piernas y conseguía que su pelo y sus ojos oscuros parecieran más provocadores de lo habitual. Siempre desprendía esa aura tan genial, con esos rizos castaños, la postura erguida y los cautivadores ojos color avellana.

Debía de estar mirándolo con demasiada intensidad, porque se giró y me pilló *in fraganti*. El pánico hizo que se me parase el corazón de golpe, pero él se limitó a articular: «Hola, gamberra», me guiñó un ojo y prosiguió con su conversación.

Alargué la mano hacia un jugador de hockey de aspecto preocupantemente maduro para pedirle otra copa y me la bebí entera antes de que mi mente pudiera ser consciente del sabor. Había acudido al baile con una cita (platónica): Jeremiah. Me estaba ayudando a decidir qué decirle a Levi esa noche, lo que acabó con una nota increíblemente larga en mi móvil. Hablando del tema, ¿dónde se había metido? La última vez que había visto mi teléfono estaba en su mano.

Mierda, mierda, *mierda*. No podía hacerlo sin él ni el móvil.

¿Por qué tenía la cara mojada? Me pasé la mano por la mejilla y me di cuenta de que estaba llorando. Por supuesto que no era de

esas borrachas tranquilas y felices, tenía que ser de las tristes y ansiosas.

Me agarré el vestido para no tropezar y corrí hacia uno de los pasillos laterales para recomponerme. Cuando logré encontrar cierta privacidad, mi cuerpo se relajó y las lágrimas fluyeron. ¿Dónde estaba Jeremiah?

Tap, tap, tap. Las lágrimas me nublaron la vista lo suficiente como para no ver a la persona que se acercaba, tan solo oía el sonido de sus pasos. Cerré los ojos con fuerza y recé para que pasara de largo. Si no volvía a abrirlos, a lo mejor sería como si nadie viera el vergonzoso desastre en el que me había convertido, allí sentada en el suelo.

—Oye, oye, oye, ¿qué pasa, Daisy?

Solo tres personas en mi vida me llamaban por mi segundo nombre, y únicamente una de ellas estaba allí.

Abrí los ojos como si su voz fuera una orden y lo vi agachándose frente a mí con urgencia. Me acunó las mejillas con las manos de inmediato. Cuando me alzó el rostro, obligándome a mirarlo a los ojos, descubrí que parecía angustiado. El corazón me retumbó con más fuerza en el pecho y se me calentaron las mejillas al sentir sus palmas contra la piel.

Era demasiada cercanía; Levi estaba demasiado cerca. ¿Era capaz de ver mi amor por él reflejado en mi expresión? ¿Se daría cuenta, por cómo me había estremecido su contacto, de que cada fibra de mi ser estaba hecha para que la tocara?

¿Cómo habíamos pasado de la amistad a aquello?

Las lágrimas se negaron a que las contuviera. Pero cuando percibí la absoluta desolación que reflejaba su rostro, me inundó la esperanza de que sintiera lo mismo que yo.

Diez minutos después, me rompió el corazón. Y me pasé cuatro

años sin verlo.

1

«¿Cómo he dejado pasar tanto tiempo sin verte?»



—Jia, no estoy sentada a la mesa con ellos, no tengo ni idea de lo que dicen —susurré desde la protección que me ofrecía el reservado donde me había escondido.

—Entonces, ¿qué sentido tenía ir? —exclamó ella al otro lado de la línea.

—Pues asegurarme de que no asesinan a Gabe, obviamente —respondí con seriedad, observando al susodicho durante su cita desde el otro lado del restaurante.

—Estás en el West Village, Dani, nadie va a acabar asesinado. Por aquí, el único delito son los precios desorbitados del mercado inmobiliario —comentó Jia con toda naturalidad.

—Tenemos veintidós años, es la edad ideal para asesinar. —Me giré hacia nuestro amigo justo cuando él empezaba a fruncir el ceño —. Gabe me está lanzando esa mirada.

—¿Esa mirada? Espera, ¿por qué vas vestida como si tuvieses una cita? —Jia se salió por la tangente con aquel comentario sobre mi

blusa y mis vaqueros (prendas aparentemente poco comunes en mí).

Me giré con brusquedad en el asiento y descubrí a Jia entrando en el restaurante. Si es que se podía describir así, ya que más bien caminaba encorvada detrás de un menú para esconderse de la cita de Gabe. Levanté una mano con discreción por encima de mi propio menú para llamar su atención.

—¿Dónde te habías metido? —pregunté. Apagué el teléfono y me moví para hacerle sitio en el reservado. Mi amiga llevaba una falda larga, botas de cuero y un top corto que a duras penas le cubría el pecho. Tenía una melena negra natural, pero se la había teñido de todos los colores del arcoíris, uno diferente cada estación. No importaba de qué tonalidad se tiñese, porque con ese rostro delgado y esa figura alta todo le sentaba bien. Aquella primavera iba de rubia. Sus padres odiaban que se tiñese el pelo, a lo que ella contestaba: «Trabajo en el mundo de la moda, encaja con mi puesto de trabajo». Una respuesta muy típica de Jia que, por supuesto, me daba solo a mí. Antes muerta que replicar a sus padres.

—He tenido que ir a recoger una tela para el diablo y llevársela —me explicó con un suspiro, apoyando la barbilla en el puño.

—¿Por qué no renuncias? Ya has ganado suficiente experiencia —insistí, preocupada por las pocas fuerzas que le quedaban.

—Si existe la más mínima posibilidad de que me consiga una entrada para la Met Gala del año que viene, entonces habrá valido la pena tanto trabajo —respondió con la misma urgencia y preocupación.

Antes de que pudiera responder, Josh, nuestro camarero, se acercó a la mesa con una mirada de desprecio. Y con razón. Llevaba treinta minutos allí sentada sin pedir nada más que agua. Pero había unas diez mesas libres y nadie esperando en la puerta, así que

tampoco me sentía demasiado mal.

De todas formas, no pasaba nada; siempre le dejaba una propina de lo más generosa y al cabo de unos días le llevaría unas flores.

En aquello consistía nuestra relación de amor-odio. Jia, Gabe y yo usábamos aquella mesa del restaurante de vez en cuando para sacar a los demás de alguna cita si necesitaban una excusa con la que escapar de una situación incómoda (y para evitar que nos secuestraran), lo cual molestaba un poco a Josh, por lo que luego le llevaba unas flores que lo dejaban extasiado.

Antes de sentarme, ya me había mencionado que quería peonías.

—Chicas, tenéis que pedir algo si vais a ocupar la mesa…

—Dos aguas —respondimos al unísono.

—Y unas patatas fritas, por favor, Josh —añadió Jia. Él puso los ojos en blanco y se marchó con nuestro pedido.

—¿Qué ha pasado hasta ahora? —preguntó mi amiga con curiosidad, colocándose el menú para que le tapara la cara hasta justo debajo de los ojos.

—Gabe se ha reído dos veces, ha mirado el móvil una vez…

—Bien, bien.

—… y se ha acabado cuatro copas de vino —terminé apretando los labios en una línea solemne.

Jia se golpeó la frente con la palma de la mano, decepcionada.

—¿Y te ha echado una mirada?

—Sí, *esa* mirada.

—De acuerdo, pues se acabó, terminemos con esto —declaró ella, dejando el menú y levantándose de su asiento. En cuanto estuvo de pie, se dio la vuelta, me señaló y me miró de forma amenazadora—. No te olvides de las patatas fritas.

Aquí llega lo más divertido de la noche.

Jia se dirigió a la mesa de Gabe con los puños apretados a los

costados y poniendo todo su empeño en la actuación.

—¿Cómo te atreves? —le gritó, hecha un basilisco, mientras estrellaba las manos sobre la mesa, entre Gabe y su acompañante —. ¿Te digo que estoy embarazada y tú vas y tienes una cita con otro?

Gabe se agarró el pecho, la repentina aparición de Jia había provocado que se atragantase con una gamba. El chico rubio frente a él parecía horrorizado, se había puesto rojo y las pestañas casi le rozaban las cejas.

Gabe se llevó una mano a la garganta, ahora libre de gambas, con fingida seriedad.

—Cariño…

—¡Creía que eras gay! —interrumpió su cita, horrorizado.

Debo mencionar que esa no habría sido mi primera preocupación al escuchar la palabra «embarazada»…

Gabe ladeó la cabeza ante la audacia de su preocupada cita; estaba claro que opinaba lo mismo que yo al respecto.

Jia lo agarró por el cuello de la camisa.

—Esta es la última vez que te pierdo de vista —le gritó furiosa, intentando sacarlo de aquella, por lo visto, horrible cita, y arrancándolo del asiento.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Josh me trajo las patatas fritas justo cuando Jia y Gabe salían corriendo del restaurante. Cogí la comida lo más rápido que pude, dejé el dinero en la mesa detrás de mí y le hice un gesto de disculpa al camarero.

Salí a toda prisa del restaurante y encontré a mis amigos esperándome fuera, riéndose.

—¿Embarazada? —preguntó Gabe, casi jadeando de la risa—. ¡Habíamos quedado que serías mi novia, no la madre de mi hijo!

Aquel comentario desencadenó una carcajada por mi parte.

—En mi opinión, ha sido una actuación digna de un Oscar, Jia.

Ella hizo una reverencia.

—Quiero dar las gracias a mi madre y a Daniella por todo su apoyo, y a Gabe por su pésimo gusto para los hombres —declaró.

Tras recibir una palmada en el hombro, estalló en más carcajadas.

—Me debes una copa por esa actuación —le dijo Jia a Gabe, apuntándolo con un dedo.

—Sí, sí —respondió él—. Está en camino. —Puso los ojos en blanco y arrugó su nariz chata, gesto que lo hizo parecer un niño pequeño. Su mera altura ya le confería un aspecto infantil, porque era cinco centímetros más bajo que yo, es decir, varios centímetros más bajo que Jia. Sin embargo, nadie lo habría dicho, porque llevaba zapatillas con plataforma, un regalo de la empresa donde hacía prácticas como ayudante de marketing.

Al doblar otra esquina, nos dirigimos al bar del final de la calle y nos hicimos sitio entre la multitud de siempre.

—Dos cervezas y un Dirty Shirley —le pidió Gabe al camarero, abriéndose paso entre los que también pedían bebidas mientras Jia y yo le dábamos las gracias a gritos.

Mi amiga se giró hacia mí y cogió una patata.

—No has llegado a explicarme por qué te has puesto un conjunto tan bonito. —Recorrió mi ropa con la mirada, desde los vaqueros ajustados hasta la blusa de manga larga y escote pronunciado que realzaba mi pecho de una forma que sabía que a ella le encantaba, pero a la que yo me oponía. Suponía un marcado contraste con mi atuendo habitual, que solía consistir en petos, vaporosos pantalones de lino, vestidos por debajo de la rodilla, etcétera; cualquier cosa que no me quedara muy ajustada.

Tiré de la parte superior, intentando cubrirme más el pecho, pero entonces me dejé el ombligo al descubierto. Suspiré.

—Necesitaba un ejemplo de silueta para el vestido que estoy diseñando. No estaba segura de si me gustaba la combinación de este corte con un estilo ajustado en la parte inferior.

¿Me estaba escuchando siquiera? Porque parecía más concentrada en cómo yo no podía dejar de tocarme la blusa. De repente, ella también estaba tirando de la parte superior, intentando arreglar el desastre que suponía la ropa ajustada en mi persona.

—¿Qué has decidido al final? —me preguntó, ya que aparentemente sí que me estaba haciendo caso.

—Que el vestido va a ajustarse a la cintura y a las caderas, pero se ensanchará a partir de ahí. Si el escote fuese más alto, habría decidido otra cosa, pero siento que es demasiado, ¿no? —pregunté.

Hablar de ideas de diseño después de clase no era bueno para mi salud mental (me hacía sudar por el estrés), pero tenía que hacerlo, porque no podía pensar en otra cosa. Si no lo resolvía ya, esa noche llamaría a mi ventana cual Romeo desesperado visitando a Julieta. Y me gustaba dormir a pierna suelta.

Busqué mi floreada pinza para el pelo en el bolso y me recogí el pelo corto y castaño.

—No, yo lo veo perfec… —continuó Jia.

—Ay, mierda —refunfuñé cuando la pinza se me cayó al suelo.

Me agaché a buscarla y no tardé nada en incorporarme con ella en la mano… Joder. ¿Lo que me acababa de dar en la cabeza era el culo de la copa de cerveza de alguien?

—Mierda —dije a la vez que quien sostenía la bebida. Acabé de enderezarme, me pasé la mano por el pelo (no estaba manchado de cerveza, gracias a Dios) y me dispuse a disculparme con…

«¿Cómo de fuerte me acabo de dar en la cabeza? Porque es imposible que esto esté pasando de verdad».

—¿Daisy? —preguntó Levi. Levi Coldwell.

Levi Coldwell estaba de pie frente a mí.

2

«Jamás entendí por qué la gente habla mal del color marrón, en ti era de ensueño»



Cabello corto y rizado —más corto de lo que recordaba—, del tono castaño más perfecto que existía, junto con esos ojos color avellana y una tierna sonrisa.

¿Cómo era posible que se hubiese vuelto más guapo?

El Levi Coldwell del que me había enamorado en el instituto. El chico con el que pasaba casi todos los días y que provocaba que todas las chicas suspirasen por él mientras a mí se me hacía añicos el corazón. Un rugido empezó a retumbarme en los oídos y la habitación empezó a tambalearse conforme los recuerdos del pasado inundaban mi visión. La última vez que lo había visto había sido cruzando el escenario el día de la graduación del instituto, durante nuestro último curso, cuatro años atrás. Yo me secaba las lágrimas en silencio mientras evitaba su mirada entre la multitud, pensando en todo lo que me había dicho la noche anterior.

—¿Levi? —Intenté disimular el pánico, aunque era incapaz de

relajar los hombros o reducir mi presión arterial al observar al hombre que tenía delante. Me apresuré a arreglar lo que fuese que la copa de cerveza me había hecho en el pelo mientras asimilaba que era real.

—¿Levi? —susurraron Gabe y Jia detrás de mí, recordándome que estábamos en público, no en un sueño.

—Te has cortado el pelo —comentó él con asombro, como si hubiésemos mantenido el contacto durante los últimos cuatro años. Alargó la mano hacia mi cara para tocarlo, pero se apresuró a bajarla. Un nudo me atenazó la garganta, cual adolescente dominada por las hormonas.

«No te sonrojes, no te sonrojes, tranquila, tranquila. Ha hecho un comentario sobre tu pelo, no una declaración romántica acerca de la forma de tus labios».

Reprimí mis numerosas preguntas sobre qué hacía allí. Como dónde había estado los últimos cuatro años, si había pensado en mí, si le iba bien.

—Sí. Así no me molesta tanto mientras coso —respondí en cambio.

No era exactamente una mentira, aunque tampoco se trataba de toda la verdad. Me lo había cortado el día después de la graduación, porque eso era lo que veía que hacían todas las protagonistas con el corazón roto cuando necesitaban un cambio. Me había parecido un buen paso después de descubrir que la persona de la que estaba enamorada no me correspondía.

A él se le iluminó el rostro.

—¿Qué tal te va con eso? Con el diseño —preguntó con una mirada sincera y una sonrisa.

—Me va bien —respondí—. Me encanta. —En un intento por no divagar, lo dejé ahí, sin saber cuánto tiempo más podría seguir con

aquella conversación sin hacerle un millón de preguntas y parecer una chalada. No era mi mejor cualidad. Mientras tanto, intenté recolocarme la blusa con discreción.

¿Se veían favorecidos mis pechos con aquella ropa?

—Por cierto, lo siento. —Hizo una mueca, refiriéndose al golpe que me había dado en la cabeza con su cerveza, mientras me tocaba en el antebrazo para reafirmar su sinceridad. Aquel minúsculo roce me puso la piel de gallina, algo que me dio la sensación de que no experimentaba desde hacía una eternidad. Sentí aquel contacto más íntimo que cualquiera de las relaciones sexuales que había mantenido a lo largo de los últimos cuatro años—. ¿Me dejas que te invite a una copa? Un Shirley Temple, ¿verdad?

La sorpresa me dejó boquiabierta, pero a pesar de la copa que ya me esperaba en la mano de Gabe, respondí:

—Un Dirty Shirley, en realidad.

Levi asintió, avergonzado, como si estar juntos en la misma habitación implicase que habíamos retrocedido a nuestros años de juventud, cuando no podíamos beber alcohol.

Lo seguí hasta la barra mientras él abría camino y procuré no quedarme mirando cómo andaba. Tampoco le miré los labios cuando pidió las bebidas. Ni las manos cuando se tocó el pelo. Era como estar de vuelta en el instituto; la cabeza me daba vueltas por el mero hecho de hallarme en su presencia.

—¿Sigues estudiando en la Universidad de Nueva York? —le pregunté mientras se apoyaba en la barra.

—¿Te acuerdas? —Un destello de sorpresa cruzó por su rostro.

—Claro que sí. Confía más en mí, que éramos mejores amigos —dije en voz baja. Pero la expresión de su rostro cuando dije «mejores amigos» me dejó perfectamente claro que me había oído, pese al alboroto provocado por la gente que bebía a nuestro

alrededor.

—Lo éramos —confirmó asintiendo al recordarlo—. ¿Sigues viviendo con tu madre y tu tía en el West Village?

—¿Cómo sabes que vivo ahí? —inquirí confundida. Lo último que esperaba era que Levi recordase algo de mí, y mucho menos mi dirección.

Se rio como si intentara prepararse para lo que estaba a punto de admitir.

—Llamé a tu madre el día después de la graduación para saber si ibais a seguir adelante con el plan de mudaros a la ciudad. Me dio la dirección por si alguna vez quería pasarme.

Sentí una opresión en el pecho. Nunca se había pasado por allí.

No estaba segura de cómo reaccionar ante aquella revelación y, para ser sincera, habría preferido no enterarme. Ya me había tirado los últimos cuatro años preguntándome qué estaría haciendo Levi, de modo que saber que él había dispuesto de esa información en todo momento y que no había hecho nada al respecto… Me dejó una profunda sensación de ansiedad en la boca del estómago. Puesto que aquellos viejos sentimientos estaban aflorando, me abstuve de responder y esperé a que continuara.

—¿Cómo están? Me refiero a tu madre y a tu tía —preguntó, tropezando con las palabras. ¿Estaba nervioso?

—Están bien —le aseguré con una sonrisa—. La tía Mandy lleva la floristería y mi madre diseña, como siempre. ¿Cómo están tus hermanas?

Su rostro se iluminó de alegría.

—Les va de maravilla. Claire y Rhea acaban de empezar tercero, y resulta que Sarah se va a casar.

Di un grito ahogado.

—¿Con quién? No me digas que con Jeff. —Me tapé la boca en un

gesto de anticipación.

—No estás ayudando —protestó él mientras se pasaba la mano por la mandíbula con un gruñido.

—Dios mío, sí que es con Jeff —concluí, intentando no reírme de aquella horrible noticia—. ¿Cómo es posible que aceptase?

Yo siempre había estado al tanto de la vida de sus hermanas. Todavía recordaba que, en la época del instituto, cuando iba a su casa, me llevaban a sus habitaciones para ponernos al día de todos los chismes de primer curso durante una hora, antes incluso de ver a Levi. Sarah solo tenía un año menos que nosotros, así que solíamos cotillear sobre los chicos más guapos de clase. Nunca le confesé que, para mí, ese era su hermano.

—Porque está cansada del mundo de las citas; esas fueron sus palabras textuales —me informó mientras negaba con la cabeza, visiblemente estresado por el compromiso.

—¿Estás saliendo con alguien? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera procesar lo que estaba diciendo.

Enarcó las cejas y dudó antes de responder.

—No. ¿Y tú?

—Ahora mismo no —contesté. «¿Ahora mismo no? ¿Qué se supone que significa eso?».

Por supuesto, él no le dio demasiada importancia, porque replicó en tono despreocupado:

—Qué bien.

Dios, aquella conversación se estaba desviando hacia un terreno para el que no iba vestida de forma apropiada. Estaba segura de que se trataba del tipo de conversación para la que necesitaba prepararme antes de que se me permitiera hablar con libertad.

Era la primera vez que veía a mi amor de la niñez después de cuatro años, y llevaba un modelito que no me sentaba bien. Por

favor, que alguien me sal…

—¿Levi? —Ambos nos giramos al oír su nombre.

—Bella —saludó él, ruborizándose.

—¿Cómo estás? —preguntó Bella mientras prácticamente se le echaba encima para darle un cálido abrazo. No era la clase de salvación que andaba buscando.

—Bien, bien. ¿Tú qué tal?

¿Debería marcharme? Sinceramente, ¿qué haría cualquiera en mi situación? Era evidente que yo no tenía ni idea. Me quedé allí un momento, barajando mis opciones y siendo espectadora de su charla, de cómo Levi apoyaba la mano en el brazo de ella durante toda la conversación y de cómo Bella hacía lo mismo con él.

Su pelo era del mismo tono que los *blondies* caseros que yo misma preparaba los domingos antes de mi turno en la floristería. Tenía un toque rubio fresa y el largo perfecto; le llegaba a media espalda. Me hizo desear no haberme cortado nunca la melena.

—He venido con una amiga de Sarah, estará en la boda con nosotros.

¿Nosotros?

Miré a Levi sorprendida. ¿Bella estaba invitada a la boda? Odiaba tener que admitirlo, pero no soportaba verlo absorto en cada palabra que salía de sus labios. Me sentía de nuevo como en el último año de instituto. Y escuchar lo involucrada que estaba Bella en su vida, cuando yo solía ser esa persona, era demasiado para mí.

Me aparté de ellos antes de tener la oportunidad de hacer algo patético, seguro que ni se darían cuenta si me perdía entre la multitud, pero entonces sentí que tiraban de mí hacia atrás y que una mano retenía la mía.

—Bella, esta es Daisy… Dani —me presentó, corrigiéndose con nerviosismo.

Oír mi nombre en sus labios afectó a mi cuerpo de una forma que otros hombres no conseguían ni siquiera besándome.

Evité mirarme la mano con expresión sorprendida, como haría una acosadora obsesionada con el amor, y me centré en la chica que tenía delante, que se despegó de Levi al ver nuestras manos entrelazadas. Ahora me estaba mirando como si me conociera. ¿En serio?

—¿Daisy? —le preguntó consternada a Levi, en vez de a mí. Ante el asentimiento de este, Bella continuó—: He oído hablar mucho de ti. —Por su forma de decirlo, parecía que preferiría que no hubiese sido así.

Continuó antes de que yo tuviese tiempo de contestar. Esbozó una sonrisa coqueta mientras le rozaba el muslo a Levi y se colocaba entre sus piernas.

—¿Ya te ha dicho Levi que estamos juntos?

El comentario me sentó como una bofetada, y el corazón me dio un vuelco al instante. ¿Me había mentido sobre lo de no tener pareja para hacerme sentir mejor por mi inexistente vida amorosa? Mi reacción debió de resultar evidente, porque él intervino de inmediato.

—Ya no somos pareja —replicó.

—Relájate, solo te estaba poniendo a prueba. —Bella puso los ojos en blanco y le acarició uno de los rizos sueltos.

Levi le agarró la mano.

—Era innecesario —le reprochó.

No pude evitar reparar en que cuando decía mi nombre sonaba dulce, pero cuando pronunciaba el de ella, sonaba seductor. Con toda probabilidad, se trataba de la forma perfecta de describir lo diferentes que éramos: ella era puro *glamour* y yo… *vintage*.

—Venga, Levi, todo el mundo sabe que estás obsesionado

conmigo. Sin resentimientos. Te prometo que no afectará a la decisión de mi madre sobre el trabajo. Posiblemente. —Utilizó un tono humorístico y remató la declaración con un guiño.

—Eso no es verdad.

Ella continuó, sin importarle la negativa de él a mostrarse de acuerdo.

—¿Qué no estás obsesionado conmigo? Anda ya, pero si es de dominio público, no hay de qué avergonzarse. Si ni siquiera has salido con nadie desde…

—Estoy saliendo con Dani.

Lo único que me impidió quedarme boquiabierta fue la satisfacción que me causó la expresión de asombro de Bella.

—¿Cómo dices? —preguntó en tono gélido, con una intensidad que yo solo le había oído a mi tía cuando se equivocaban con su pedido de comida para llevar.

Levi no vaciló. Se giró hacia mí para dejarlo aún más claro. Me temblaron las rodillas cuando me sostuvo la mirada y proclamó:

—Daniella y yo estamos juntos. —Sus palabras sonaron encantadoras y firmes, como si yo fuera suya y él no fuese a quedarse ahí plantado y soportar que le dijeran lo contrario.

Le devolví una mirada de asombro; pero el momento quedó interrumpido cuando él se dirigió a Bella de nuevo.

—Así que no, no debería afectar a la decisión de tu madre.

La frialdad no era un rasgo del que Levi hiciese gala a menudo. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había alzado la voz o interrumpido a alguien a lo largo de los cuatro años que habíamos sido amigos. Ver esa faceta suya era como presenciar un tsunami en un país sin mar.

—Nunca pensé que estar en una relación fuese lo tuyo —aventuró ella—. En ese caso, supongo que vendrá a la boda.

—Por supuesto —afirmó él.

Estaba molesto. Bella tenía la capacidad de importunarlo. A Levi le gustaba; era obvio por cómo se le había iluminado la expresión al verla. Sin embargo, siempre había sido un imán para las chicas; aquello no constituía ninguna sorpresa. El insinuante encanto, los ojos color avellana y el pelo oscuro jugaban a su favor. Era como si los ángulos y la estructura de su rostro estuvieran pensados para que los artistas los replicaran y las chicas guapas los contemplaran.

La intensidad absoluta con la que te miraba te hacía saber que prestaba atención a cada palabra que decías, como si fueras una droga adictiva. Todos deseaban estar con él y tenerlo cerca. Pero nunca había visto que Levi correspondiese los sentimientos de las chicas que seguían todos sus movimientos.

Estaba a punto de vomitar.

—Supongo que os veré mañana en el partido —comentó Bella.

¿Qué partido?

—Hasta mañana. —Levi terminó la conversación sin dedicarle siquiera una segunda mirada. Me agarró de la mano, me sacó del bar y me hizo doblar la esquina. Antes de que siguiera caminando, sin tener ni idea de a dónde se dirigía, me detuve.

—Me debes una explicación, ahora mismo. —Le solté la mano. Necesitaba poder pensar con claridad.

El cielo empezaba a oscurecerse a medida que el sol se batía en retirada. Las farolas se encendieron e iluminaron las casas y los negocios de piedra rojiza.

Cuando Levi se dio la vuelta, me di cuenta de que era la primera vez en toda la noche que lo veía con expresión angustiada y masajeándose la sien.

—No es que lo tuviera planeado —dijo, apoyándose en la pared, no muy lejos de mi casa y de la floristería.

—Madre mía, eso espero, porque deberías saber que soy la peor persona a la que se puede recurrir para una farsa. Así que explícame qué acaba de pasar —le pedí.

—Me he dejado llevar por el pánico. —Se frotó la nuca.

—¿Pánico? —pregunté con asombro—. Si esa chica me hubiera mirado una sola vez más, ¡estoy segura de que habría sido lo último que hubiera visto antes de que me dejara inconsciente!

En su rostro bronceado apareció una sonrisa. Cuando nuestras miradas se cruzaron, toda la ira de mi cuerpo se extinguió. De repente, estábamos de nuevo en la cafetería del instituto, intercambiando historias y quejas, la mitad de mi sándwich de mantequilla de cacahuete frente a él y la mitad del suyo de jamón y queso frente a mí.

—¿Qué pasó entre vosotros? —pregunté. Basándome en cómo había reaccionado ella al ver que él salía con otra persona, esperaba una historia de ruptura terrorífica.

—Es amiga de Sarah. Quedamos un par de veces hace meses, pero la cosa no salió como Bella quería. —Parecía tener más que decir, pero su expresión reflejaba el conflicto que sentía.

Por mucho que deseara acercarme a él y envolverlo en un abrazo similar al que nos dábamos todos los jueves por la noche antes de que yo volviese a casa o cuando aprobábamos nuestros temidos exámenes de Física de los viernes, me reprimí con todas mis fuerzas. Ya no éramos los mismos.

—Entonces, ¿por qué le has dicho que estamos saliendo? —pregunté, presa de una genuina curiosidad.

Él sacudió la cabeza.

—Intento quedar bien con ella, y lo sabe. Su madre dirige el departamento de Arte de *The New York Times* y tiene el poder de contratarme. Pero está convencida de que soy un bala perdida.

—¿Qué? ¿Por qué? Eso no tiene sentido. —Negué con la cabeza, aún más confundida que antes.

—Antes de enterarse de que salí con Bella, me consideraba un candidato cualificado para el puesto. Ahora está convencida de que no me quedaré en la ciudad y de que no me tomo en serio mi futuro porque no quiero comprometerme a tener una relación con su hija.

—¿Eso te dijo? —inquirí con incredulidad; me dolía la cara por la sorpresa. ¿No sonaba… ilegal?

—Es su madre. No se la puede culpar por ponerse en guardia.

Levi, tan protector y empático como siempre.

—¿Y cómo encajo yo en todo esto?

Él gruñó, avergonzado.

—Insisto, te prometo que no lo tenía planeado. El pánico me ha vencido. Primero te he visto a ti —sentí el corazón henchido al oír aquellas palabras— y luego a ella. Sé que, si Bella me ve en una relación, es probable que le vaya con el cuento a su madre.

—No sé yo. Estamos hablando de fingir ser pareja y hace años que no te veo. Lo último que quiero es engañar a tu familia y entrometerme en la boda de Sarah. —Era mucho más fácil justificarlo así que explicar los sentimientos no correspondidos que albergaba hacia él, incluso después de tantos años.

Él se apartó de la pared y cruzó la amplia acera con una zancada fluida.

—Pero ¿qué dices? —preguntó, negando con la cabeza, perplejo —. A Sarah le hará una ilusión tremenda volver a verte; mi familia siempre te ha adorado.

Aquella confesión me inundó de nostalgia y eché de menos aquellas grandes cenas familiares y el parloteo de sus hermanas. Y ese recuerdo imprevisto debió de reflejárseme en la cara, pues la tensión desapareció de sus hombros. ¿Cómo iba a decirle que no?

Había sido mi mejor amigo.

—Me harías un gran favor. —Me dedicó una sonrisa infantil que me provocó una carcajada.

—No es justo —protesté como una niñita.

—¿El qué?

—Nunca he podido negarte nada —dije, sabiendo que se lo tomaría como una muestra de nuestra amistad y nada más.

Me dio un beso entusiasmado en la cabeza, como si nada hubiera cambiado.

—¡Eres increíble, Daniella Maria! —proclamó.

—Me debes una, Levi Coldwell —respondí con un dedo en su pecho, intentando recuperarme del fantasma del beso en mi frente.

—Tarta de fresa gratis para el resto de tu vida. —Vitoreó con alegría mientras retiraba las manos de mi cara.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de eso? —Me reí, sorprendida de que recordara algo tan específico.

—Amigos, ¿recuerdas? —respondió como si nada, sin tener ni idea de que esas eran las últimas palabras que yo quería oír.

Amigos.

—Bueno, ¿cómo va a funcionar esto y qué pasa con ese partido?

3

«Todo aquello que amabas, pero nunca tú»



Tres horas después, estaba de vuelta en casa, concretamente en la de la tía Mandy. Una casa adosada de piedra rojiza que había pertenecido a mi madre antes de que esta se mudase a las afueras y formase una familia. Cuando su carrera como diseñadora de vestidos de novia despegó, compró una casa en la zona más cara, aunque preciosa, de Nueva York. Años después, tras casarse y mudarse, se la había vendido a Mandy, la hermana de mi padre.

Me había mudado con ella al empezar la universidad. Mi madre solía ir y venir entre aquel lugar, nuestra casa en las afueras y los hoteles de cinco estrellas de las ciudades a las que viajaba para sesiones de fotos, semanas de la moda, etcétera. Mandy y mi madre solo se llevaban un año, así que se comportaban más como mejores amigas que como cuñadas. Cuando nos juntábamos las tres, todo ello propiciaba un ambiente muy parecido al de una comedia de situación.

Subí las escaleras con una inmensa cantidad de información

acerca de la boda de Sarah y cómo iba a funcionar aquel plan, y descubrí a Gabe y a Jia sentados en el sofá de Mandy.

—Vaya, hola —saludé, pese a que no esperaba encontrarme allí con ninguno de los dos. En realidad, tenían el código de la alarma, así que tampoco era la primera vez que me los encontraba esperándome.

Ambos se levantaron disparados del sofá. Me formularon una batería de preguntas a la misma velocidad, deteniéndose a tomar aire solo cuando el otro me planteaba la siguiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jia.

—¿Hablamos del Levi que creo? —preguntó Gabe.

—¿Quién era la rubia?

—¿Por qué os habéis marchado agarrados de la mano?

—¿Te ha acompañado a casa?

—Parad, parad. Sentaos y os responderé a todo en cuanto me haya quitado esta ropa —dije de carrerilla mientras corría por el pasillo para ir a ponerme el chándal.

Volví igual de rápido y les expliqué lo que había sucedido en el bar: cómo me había dado un golpe en la cabeza con su cerveza…

—Sí, eso ya lo he visto —me interrumpió de forma agresiva Jia, que quería que la pusiese al tanto de lo que no sabía y luego de qué había provocado que Levi dijera que estábamos saliendo.

—Perdona, ¿qué ha dicho qué? —preguntó Gabe, que estuvo a punto de caerse del sofá.

—Lo que oyes. —Asentí y me senté con las piernas cruzadas en el sofá que quedaba frente al suyo, como una niña en el jardín de infancia—. Estuvieron saliendo un tiempo, pero parece que la cosa no acabó bien. No obstante, la madre de ella trabaja en el departamento en el que Levi está intentando conseguir trabajo, así que Bella influye en quién es contratado…

—Es decir, nepotismo —reflexionó Gabe.

—… Por lo tanto, asistiré a la boda y a todos los eventos previos para que Bella vea que él no va a marcharse de la ciudad y que informe a su madre, y así Levi podrá conseguir ese puesto.

Jia me miró con los ojos entornados, como siempre hacía cuando intentaba solucionar un problema.

—Permíteme que repita lo que acabas de decir. Levi tiene una ex atractiva cuya madre podría contratarlo y te ha elegido como cortarrollos personal para asegurarse de conseguir ese empleo.

Fruncí los labios. Sabía que mi amiga iba a mostrarse demasiado pesimista.

—Eso no es justo, Levi no es así —repliqué, porque nunca lo había sido. Salía con chicas, pero nunca les daba falsas esperanzas. Siempre tenía unas cuantas citas con ellas y luego se esfumaba como los sueños de la noche anterior se difuminan al llegar la mañana. Sencillamente, parecía que no le interesaba meterse en una relación formal. Su familia siempre estaba por delante, pasaba todos los momentos libres con ella. Les ataba los cordones a Claire y a Rhea antes de clase, ayudaba a Sarah a revisar sus redacciones de inglés y preparaba la cena las noches en que su madre daba clases particulares en un colegio cercano.

—Era mi mejor amigo —expliqué.

—Y te rompió el corazón, Dani. ¿Qué clase de amigo hace eso? —preguntó ella. Pero si esperaba una respuesta, no la recibió. Levi había sido mi mejor amigo durante años; era incapaz de decirle que no. No cuando tenía la oportunidad de recuperar nuestra amistad y formar parte de su vida. No cuando habíamos pasado por el mismo trauma y él me había ayudado a salir del hoyo que yo misma había cavado.

—Eres consciente de que esto es todo lo contrario a una comedia

romántica, ¿verdad? Eres la otra mujer de la historia, la que los guionistas meten para añadir drama, no para que disfrute del final feliz —dijo en tono realista.

Me había visto casi todas las películas románticas cursis habidas y por haber; sabía de lo que me hablaba. Y no era la primera vez que me imaginaba como el personaje secundario. Sin embargo, me dolió oírselo decir a ella.

—¿Todavía le quieres? —preguntó Gabe, inclinándose hacia delante en el sofá frente a mí.

—Yo… no, no, no, claro que no —contesté a toda prisa. Habían pasado cuatro años. Sí, al verlo, el corazón se me había acelerado tanto que casi se me había salido del pecho. Pero eso había sido por la sorpresa y la nostalgia.

—Han sido muchos noes —comentó él con cautela.

—Voy a necesitar un poco de helado para esta parte —declaró Jia, levantándose del sofá.

—¿Le quieres? —insistió Gabe en voz baja, como si mi respuesta fuese a ser diferente sin mi amiga en la habitación.

Pese a todo, él tenía razón, solía tenerla. Jia era despiadadamente obstinada por naturaleza. Y, como cabía esperar, no siempre era agradable que dirigiese dicha terquedad hacia ti.

—No —respondí frustrada. Frustrada conmigo misma. Me pasé una mano por el pelo con la esperanza de que la sensación me aportase algo de serenidad.

—¿Está enamorado de ella? —preguntó Gabe vacilante, consciente de que se adentraba en terreno pantanoso.

Me mordí el labio.

—Sí. —Sabía que Levi afirmaba que no intentaba recuperar a Bella, aunque eso no significaba que no quisiera hacerlo. Había sido testigo del abrazo que él le había dado en el bar. Podía detectar el

deseo a un kilómetro de distancia e incluso crear una presentación de diapositivas sobre él que durase una hora entera.

—¿Alguna vez has pensado que a lo mejor él también siente algo por ti? ¿Que después de todos estos años, quizá se haya arrepentido de rechazarte en el instituto?

Había pensado en ello hasta la saciedad, preguntándome si Levi había echado de menos en algún momento lo que teníamos. Si alguna vez había echado en falta lo que podríamos haber sido. Cuestionándome si sus miradas anhelantes, sus regalos inesperados y sus llamadas nocturnas en la época del instituto eran una señal de que me correspondía. Pero no, jamás lo fueron.

Negué con la cabeza.

—Ya conoces la historia; es imposible que se arrepintiese.

—No estoy tan seguro, Dani. He visto cómo te ha agarrado la cara —comentó Gabe con la típica mirada de «sé de lo que hablo».

—¿Cuánto tiempo nos has estado observando? —pregunté con recelo, riéndome.

—El suficiente para asegurarme de que no era un asesino en serie. Pero volviendo al tema: he visto cómo te miraba, y un tío no mira así a una chica si no significa algo para él —sentenció, dando un golpecito en el aire con el dedo.

—Gabe, ¡qué sabrás tú de hombres! —gritó Jia desde la cocina.

Él se giró en su asiento y le chilló de vuelta.

—¡Que tú veas dramas coreanos no significa que sepas nada de hombres!

—¡Por supuesto que sí! —replicó mi amiga a voz en grito.

Me reí tanto que empecé a sentir calambres en el estómago. La distracción perfecta para calmar la molesta sensación tras las costillas que me habían dejado las palabras de Jia.

¿De verdad me estaba usando Levi? ¿O tenía razón Gabe y a lo

mejor sí que se arrepentía de lo sucedido?

Ya no importaba. Porque al día siguiente me convertiría oficialmente en la novia de Levi. Pero no de la forma en que lo había soñado la Dani del instituto.

4

«El papel pintado sobre el cabecero de su cama estaba igual de pegado a mi cerebro que a sus paredes. Estuve a punto de rozarlo con los dedos»



Un partido de sóftbol como parte de las celebraciones previas a la boda, eso era lo que me había contado Levi la noche anterior. Se me había puesto la piel de gallina al oír esas palabras, porque disputar un partido delante de un puñado de desconocidos era una cosa. Pero ¿jugar delante de Levi?

Estaba jodida.

Cualquiera podría pensar que se trataba de la situación ideal, teniendo en cuenta que había jugado a ese deporte en el instituto. Pero se equivocaría. Porque cuando se trataba de hacer algo delante de él, era un completo desastre. Siempre que tenía la oportunidad de impresionarlo, mi cuerpo me fallaba.

Levi solía intentar venir a mis partidos todos los sábados por la mañana y yo tenía que inventarme alguna mentira elaborada sobre por qué no podía acudir, puesto que cuando él estaba allí, solo

lanzaba bolas fuera. Cada vez que se presentaba, yo experimentaba una asfixiante presión por ser buena, lo cual me convertía en una jugadora terrible (tanto que no llegaba a abandonar la primera base). La única razón por la que Levi sabía que era buena se debía a que las otras jugadoras me vitoreaban en clase al día siguiente, después de haber bateado un *home run* para el equipo durante un partido al que él, obviamente, no había asistido.

Suspiré al mirarme en el espejo de mi habitación. Una camiseta blanca de tirantes y una camisa azul marino abierta que caía hasta el borde inferior de mis pantalones cortos vaqueros me parecía un atuendo apropiado para un partido de sóftbol. Unos grandes pendientes en forma de cerezas me colgaban de las orejas; los había comprado en el mercadillo semanas atrás, después de salir de la tienda de telas.

Llevaba el pelo lo bastante largo como para recogérmelo con una goma y pasarlo por detrás de la vieja gorra de béisbol de mi padre. Me acerqué al espejo, busqué pelos sueltos en las cejas y me apliqué el brillo de labios, rezando por no morderme el inferior.

Mi madre siempre decía que era una mala costumbre. Ella era así; siempre quería asegurarse de que cada aspecto de la vida fuese perfecto y compensar la falta de una figura paterna durante los últimos años. Sus intervenciones iban desde convencerme de que no me dejase flequillo hasta sujetarme las manos cuando lloraba en el suelo de la cocina por culpa de un vestido estropeado.

Por muy estresante que resultase la existencia para alguien con personalidad tipo B criada por alguien con personalidad tipo A, cuando la necesitaba, mi madre me dedicaba cada hora libre de la que disponía. ¿Que si eso a menudo implicaba una montaña de pósits, apuntar los planes en su calendario de Google y crear listas de tareas que no me parecían apropiadas para ciertas situaciones?

Sí, pero la adoraba por ello.

El sonido de la bocina de un coche consiguió que me alejara de un salto del espejo y me acercara a la ventana. La levanté con un gruñido de esfuerzo y me asomé a tiempo de ver a Levi bajándose de su coche.

Saqué la cabeza y rocé la vegetación que trepaba por los ladrillos de la casa, intentando vislumbrar su figura. Admiré la forma en que la luz del sol se filtraba entre las ramas colgantes, resaltando su pelo castaño y haciendo que sus ojos parecieran una paleta de verdes. Eran de un tono avellana especial que podía contener al mismo tiempo tanto destellos de brillante verde hiedra como de marrón nuez.

—¡Ahora bajo! —grité, y él levantó la vista, sorprendido. Una sonrisa fácil se dibujó en su rostro.

Cerré la ventana y corrí escaleras abajo mientras el pánico empezaba a apoderarse de mí. ¿Iba a ser capaz de hacer aquello?

Por supuesto que sí. Me había confeccionado un vestido entero a partir de unos vaqueros en una sola noche. ¿Era feo? Sin duda. Pero ¿lo había logrado? En efecto, y eso era lo único que importaba, así que a lo mejor también podría con aquello.

Sin embargo, al abrir la puerta y verlo allí de pie —con la gorra de béisbol al revés y una camiseta remangada que incluso se le pegaba a los bíceps—, me quedé sin palabras. Su cuerpo estaba perfectamente tonificado; se notaba cuando sujetaba una bebida o en la forma en que aupaba a sus hermanas. Tenía la fuerza suficiente para levantarte, besarte y cargarte sobre su hombro. Sus rizos oscuros y sueltos asomaban por debajo de la gorra, y la boca parecía más oscura bajo la sombra de los árboles y la marquesina de la casa.

Me fijé en que sus labios formaban una pequeña sonrisa porque,

Dios mío, me había quedado mirándolo fijamente. ¿Cuánto tiempo llevaba con la vista clavada en él? «Habla, Daniella, habla».

Intentando recuperar cualquier posibilidad de parecer normal, dije:

—Casi estoy lista, solo tengo que acabar de maquillarme. —Lo acompañé más allá del vestíbulo, al interior de la casa de Mandy.

—¿Daniella Maria maquillada? ¡Y pensar que me daba la sensación de que no habías cambiado! —bromeó mientras observaba el ecléctico apartamento que lo rodeaba. Ventanas emboscadas por la hiedra, arreglos florales en cada superficie, sofás de pana malva decorando la sala de estar en la que nos encontrábamos. Además de las revistas de moda que mamá y yo compartíamos danzando sobre la mesita de centro.

—Hace mucho que no veo a tu familia, quiero impresionarlas —grité para defenderme. Para mí, maquillarme y aparcar un coche estaban al mismo nivel. Dos cosas muy difíciles que solo hacía cuando era necesario. Aparcar en paralelo y utilizar el perfilador no eran hábitos que me resultasen naturales. Pero si aquel día iba a demostrar ser un absoluto fracaso jugando al sóftbol, era necesario que como mínimo estuviese presentable.

Subí corriendo las escaleras hasta el baño, creando la mayor distancia posible entre nosotros para que mi cuerpo recuperara su temperatura habitual.

—Sobre todo cuando no tengo ni idea de lo que has estado diciendo de mí estos últimos años —comenté en tono sarcástico, inclinándome sobre el lavabo y aplicándome rímel. Se suponía que era una broma, aunque en realidad no lo era tanto.

Él se rio y el sonido de su voz se tornó más claro cuando apareció en la puerta de mi baño.

—Nada malo, no te preocupes —me aseguró, negando con la

cabeza.

Sentí la tentación de preguntarle qué había estado diciendo. Pero mientras él se apoyaba en el marco de la puerta, decidí abstenerme.

Había tantas preguntas que deseaba hacerle, tantas cosas que quería compartir con él. Hasta la última fibra de mi ser ansiaba recuperar nuestras costumbres del instituto, cuando nos dábamos la mano y hablábamos a un solo paso de distancia uno del otro. Sin embargo, mi yo actual estaba demasiado nervioso como para mirarlo a los ojos siquiera, y mucho menos para intentar iniciar una conversación sobre nuestro pasado.

—¡Dani Daisy, ya estamos en casa!

—Mierda —murmuré, mientras mis pestañas dejaban un rastro de rímel en las cejas por lo largas que las tenía. Se suponía que mi madre y Mandy no volverían del mercado agrícola hasta al cabo de, por lo menos, un par de horas más.

—¿Esa es Linda? —Levi esbozó una sonrisa traviesa, visiblemente emocionado. Por supuesto que la situación iba a arrancarle una sonrisa; mi madre lo adoraba, igual que todo el mundo.

—No se lo he contado, ni a ella ni a mi tía —confesé, refiriéndome al plan de la relación falsa.

—¿Mandy también está aquí? —preguntó aún más entusiasmado.

—¿Qué probabilidades hay de que te escabullas por la ventana? —quise saber mientras le lanzaba una mirada de «Sé que es muy poco probable, pero por favor».

—Les contaremos la verdad, no te preocupes —respondió con absoluta despreocupación.

Sin embargo, definitivamente me preocupaba, porque mi madre y Mandy me habían escuchado y me habían visto llorar por Levi durante meses después de nuestro baile de graduación. Si supieran que iba a fingir ser su novia, se horrorizarían y, poco después,

organizarían una intervención para intentar que recuperara la cordura.

—No podemos —me apresuré a decir, agarrándolo de la camisa para evitar que acudiera a su encuentro.

—¿Por qué no? —inquirió, frunciendo el ceño.

Recurrí a la primera mentira que se me ocurrió.

—Porque acabo de salir de una relación.

—¿En serio? —Se apartó. Era una verdad a medias. Había tenido demasiadas citas con un chico que era profesor auxiliar en una de mis clases. Pero no había sido nada serio y yo misma le había puesto punto y final. Nunca se cortaba el pelo ni usaba suficiente desodorante; no iba a funcionar.

—Sí, y si supieran que estamos fingiendo tener una relación, pensarían que estoy delirando y que tengo el corazón roto. —Se lo solté todo a tal velocidad que no le di tiempo a que cuestionara la situación.

Salí del baño a toda prisa, intentando alejarme lo máximo posible de mi habitación, y de él, antes de que las dos mujeres de abajo nos encontraran. A lo mejor se quedaba en mi habitación hasta que se me ocurriera la forma de sacarlo a hurtadillas.

—Hola, mamá, hola, Mandy —las saludé con una sonrisa al entrar en la cocina—. ¿Qué ha pasado en el mercado? —pregunté, intentando no parecer sospechosa mientras las abrazaba a ambas.

Mandy suspiró y empezó a hablar agitando las manos en círculos:

—Lo que deberías preguntar es qué no ha pasado. Hal no tenía mis pepinos, tu madre se ha olvidado la cartera, llevaba dos zapatos diferentes —en efecto, llevaba dos zapatos diferentes— y luego yo...

—¿A dónde vas? —interrumpió mi madre, fijándose en la gorra de béisbol y las zapatillas que llevaba como si estuviera recogiendo pruebas. Empleó un tono lo bastante firme como para que mi tía no

la interrumpiese.

Al parecer, yo no solía ponerme ropa deportiva.

Hice todo lo posible por mantener un tono informal. Alargué las palabras hasta que supe qué decir:

—Bueno…, voy a…

—Jugar al sóftbol con mi familia —terminó Levi a mis espaldas, en la puerta de la cocina, aportando una información que yo no pensaba dar ni loca. Una sonrisa capaz de derretir corazones se adueñó de sus pómulos marcados mientras metía las manos en los bolsillos.

¡Pues vaya con lo de esperar en mi habitación!

—¡Levi! —Mi madre y Mandy se levantaron de un salto de sus sillas, pasaron corriendo junto a mí y lo envolvieron en un abrazo que solo las mujeres con instinto maternal eran capaces de ofrecer. Él les devolvió el abrazo a ambas, cargado de cariño nostálgico.

No pude evitar admirar la estampa, pero tampoco quería que lo siguiesen aplastando.

—Dejadlo respirar, por favor —pedí con una sonrisa avergonzada.

Mi madre retrocedió y lo agarró por los brazos.

—¿Qué tal estás? ¿Cuánto tiempo te quedas? ¿Vais a salir?

—Aunque me encantaría quedarme, Dani y yo vamos al partido de sóftbol de Sarah; es una de las actividades previas para celebrar su inminente boda.

Puso comillas en la palabra «celebrar» y acompañó el gesto con una risa.

—¿Sarah se casa? —preguntó Mandy esperanzada, juntando las manos.

—Sí —respondió él con una sonrisa—. A finales de mayo. —Giró la cabeza para centrar su atención en… mí, ay, no. Me sonrojé cuando dijo—: Dani va a asistir.

Abrí los ojos como platos de la forma más discreta posible. ¿Por qué tenía que sacar ese tema a colación? La mejor opción habría sido dejarles pensar que solo éramos amigos. Ahora…

—¿Ah, sí? —Mi madre me fulminó con la mirada por haberla tenido en la inopia—. ¿Y eso?

Levi me miró, y una leve sonrisa y una mirada romántica se adueñaron de su rostro cuando respondió:

—Estamos saliendo.

¡Dios mío! Eran muchos sentimientos para tratarse solo del primer día de nuestra relación falsa. Yo misma me lo habría creído, por cómo se le habían oscurecido los ojos y suavizado la voz. Parecía romántico e íntimo, como si compartiésemos secretos antes de irnos a dormir y supiéramos a qué sabían nuestros labios.

Salvo por la imagen de las manos de Levi sobre Bella de la noche anterior.

—¿Que qué? —Si mi madre y Mandy se habían emocionado al verlo, en ese momento estaban locas de alegría. No la había visto tan feliz desde que su vestido había aparecido en la portada de *Vogue*.

—¡Nunca perdí la esperanza de que acabaseis juntos! ¡Sabía que entrarías en razón, Levi! —gritó Mandy mientras se aferraba a sus brazos con entusiasmo.

¿Sería una reacción exagerada que ahora mismo me interpusiese en la trayectoria del primer vehículo en movimiento que pasase por la calle?

En vez de eso, evité el contacto visual con Levi mientras él miraba a mi tía.

—¿Cuándo ha pasado? —preguntó mi madre con una sonrisa, aunque la suya no era tan deslumbrante como la de Mandy. Resultaba evidente que cuestionaba las circunstancias de la

situación.

Pero Levi y yo no lo habíamos planeado con tanto detalle, y ella era consciente de que inventar mentiras sobre la marcha no era mi punto fuerte. Por suerte para mí, mentir acerca de que me gustaba Levi no era una mentira en absoluto. Por otro lado, él sí sabía cómo actuar en situaciones imprevistas.

—Nos encontramos hace unas semanas en el bar que hay al final de la calle y empezamos a ponernos al día —explicó como si tal cosa —. Y luego le pedí que fuese mi acompañante en la boda. Hoy es el primer día de los eventos previos, pero me aseguraré de traerla a casa justo después de…

—No, no, no. Mientras la mantengas a salvo, puede salir todo el tiempo que quiera —chilló Mandy con una sonrisa tan brillante como para cargar una placa solar, como si yo tuviera dieciséis años en lugar de veintidós. Pero aquello me recordó a la época del instituto, cuando Levi y yo sí teníamos que preguntar sobre los toques de queda cuando hacíamos planes. Aproveché la oportunidad para salir corriendo antes de que pudieran decir nada más sobre mi vergonzosa y no correspondida vida amorosa.

Me adelanté con un salto, le di a cada una un beso en la mejilla y agarré a Levi del dobladillo de la camiseta para sacarlo a rastras de allí.

5

«Cuello rígido, piernas flojas, la mirada fija en lo que podríamos haber sido de no haberte marchado»



Observé la mano izquierda de Levi apoyada en la parte inferior del volante y la derecha extendida sobre la palanca de cambios, casi rozando el volante con las rodillas.

—Te dejaría conducir si tuviera la menor certeza de que has estado practicando en la ciudad —comentó con una sonrisa infantil, refiriéndose a que no estaba hecho para caber en un coche tan bajo.

—No hay nada malo en ser una pésima conductora —repliqué a la defensiva. ¿Para qué iba a conducir si existían el metro y los taxistas? Pero en cuanto a su suposición, sí que era cierto que no me había puesto al volante desde que me había mudado a la ciudad cuatro años atrás… Él se rio como si pudiera leerme el pensamiento —. ¡Al menos yo no tengo síndrome de Diógenes! —grité en mi defensa.

Para añadirle más efecto a mi declaración, me giré en el asiento del copiloto para abarcar con un gesto de la mano la abundancia de

libros en el asiento trasero, apilados como si estuviesen sobre una estantería improvisada e inestable.

—Oye, oye, oye, no intentes comparar mi elección de almacenamiento con tus escasas habilidades para conducir —soltó.

—Sé conducir, pero no se me da bien. Son cosas diferentes, y tengo el carné para demostrarlo.

—¡Pues me extraña que consiguieras sacártelo!

—¿Quién exagera ahora?

—¿Te acuerdas de aquella vez que tuviste que llevarme al baile del instituto porque me había roto la muñeca? Viste una mariquita en el salpicadero, gritaste y destrozaste la mitad de los buzones de la calle —contó, estallando en carcajadas al ver la cara de asombro que puse al darme cuenta de que se acordaba de aquello. Odiaba las mariquitas desde que, de niña, me había comido una sin querer y se me había quedado entre los dientes un ala con lunares.

Al instante, me tapé la cara presa de la vergüenza: ¿cómo iba a olvidar ese día? Levi me había sujetado el rostro mientras sollozaba (porque acababa de destrozarle el retrovisor del copiloto), preocupado por si me había hecho daño en lugar de por su coche. Además, uno de esos buzones pertenecía a Cora Messing; la chica con la que salía en aquel momento y con la que iba a ir al baile.

Al día siguiente, la susodicha no solo lo regañó por el buzón destrozado, sino por haber decidido no asistir al baile de graduación por mi culpa. Me sentí fatal porque se lo hubiera perdido, pero en secreto también odiaba a Cora. Solía esforzarse por pisarme los zapatos de piel.

Ese día lloré tanto como para regar los parterres de nuestro jardín delantero. Las lágrimas se debían en parte a que iba a tener que verlo bailar con otra chica en el baile. Las lágrimas de después se debían a que no sabía conducir.

—No me lo recuerdes, esa noche me sentí fatal —refunfuñé.

—¡Fui yo el que se sintió fatal! —me insistió, llevándose una mano al pecho en un intento evidente de hacerme sentir menos avergonzada—. Sabía que odiabas conducir, pero pensé que, si iba en el coche contigo, te sentirías más cómoda. Pero no debí haberte presionado y, además, hice que te perdieras el baile. Dios. —Gimió.

—De todas formas, el vestido que llevaba era horrible; si acaso, me salvaste de unas cuantas fotos vergonzosas y de tener que lidiar con que Jared Miller intentase besarme. —Me estremecí al pensarlo, recordando la perilla que pretendía dejarse crecer y el vestido rosa que yo había intentado diseñar.

Levi se rio en respuesta a mi escalofrío verbal.

—En ese instituto no había ni un solo chico que te mereciera —declaró, lanzándome una breve mirada antes de volver a centrarse en la carretera.

Su mirada y sus dulces palabras llenaron de calidez cada fibra de mi ser. Me vino a la mente la afirmación de Gabe y me pregunté si Levi estaría interesado en mí ahora.

Cambié de tema antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme.

—No me puedo creer que todavía guardes libros en el coche.

—Bueno, lo cierto es que ahora soy profesor auxiliar —me contó con una sonrisa introvertida.

—¡Levi, eso es genial! ¿Qué impartes?

—La asignatura se llama «Leyendo a Jane Austen», así que he procurado leer toda su obra para conseguir una perspectiva más amplia de los temas que trata y las voces que emplea, y no limitarme solo a *Orgullo y Prejuicio*, ¿sabes? Por ejemplo —hizo una pausa, sumido en sus pensamientos, antes de que se le encendiera la bombilla—, la forma en que destaca el juicio moral de casi todas

sus protagonistas. Todas las alumnas son mujeres que supongo que adoran a Austen, así que quiero saber de lo que hablo. —No dejaba de mover las manos sobre el volante al hablar—. El profesor me ha dado mucha libertad, lo cual ha sido increíble. Y me permite dirigir partes de la clase, además de las evaluaciones. Es absolutamente genial. —Levi emitía una luz cálida que ni siquiera un atardecer de verano hubiera podido replicar. Siempre había sentido un inmenso respeto por la literatura. No obstante, todo aquello me hizo cuestionar su interés en el puesto de periodista en *The New York Times*. Si dedicaba tanto tiempo a la docencia, ¿por qué le importaba tanto conseguir aquel empleo?

—Es estupendo, Levi, te lo mereces —le dije con sinceridad, tratando de evitar la tristeza. Saber que me había perdido el día en que le habían dicho que había conseguido el puesto y que no había estado presente para enterarme de cómo le había ido su primera semana me provocaba dolor de estómago. Sin embargo, era culpa mía. Nuestro distanciamiento había sido decisión mía.

—Me gustaría contarte más cosas, pero ya casi hemos llegado al campo y creo que nos hace falta un plan —comentó.

—¿Un plan?

—Por si alguien nos pregunta por nuestra relación —respondió, girándose hacia mí para que se lo confirmara.

—Espera, ¿no le has dicho a tu familia que estamos saliendo? —Se me heló la sangre al experimentar la misma sensación de alarma que me invadía en el instituto justo antes de que discutiéramos.

Había supuesto que se lo contaría a su familia de antemano: cómo habíamos reconectado, dónde habíamos tenido nuestra primera cita, que yo era la misma persona que había conocido hacía tantos años, solo que mejor. ¡Todas las mentiras que a mí me resultaría imposible mantener o inventar! Lo último que había imaginado era que mi

presencia en esa fiesta sería una sorpresa inesperada.

—Bueno, a Jeff sí. Tenía que asegurarme de poder llevar a alguien a la boda; fue un sí fácil de conseguir —se apresuró a decir Levi, disculpándose.

—Nadie sabe que voy… —repetí con cara de horror.

Debió de percibir mi preocupación, porque su expresión se tornó arrepentida e intentó explicar su razonamiento.

—Me pareció que sería una sorpresa divertida, que les vendría bien. Sobre todo, con Jeff presente.

A pesar de mi ansiedad, aquel comentario me hizo reír. No es que Jeff fuese exactamente malo, solo que no era… genial. Me sentí culpable por pensarlo siquiera —juro que jamás lo diría en voz alta —, pero era de esas personas incapaces de mantener una conversación durante más de cinco minutos y de los que cada domingo elegían el fútbol antes que a ti, a sabiendas de que podía porque tenía unos ojazos.

—Lo que intentas decirme es que tenemos que ponernos al día sobre los últimos cuatro años de nuestras vidas en… —Comprobé el tiempo estimado de llegada en su móvil—. ¿Cinco minutos?

—Sé que te sigue encantando la tarta de fresa y que odias las mariquitas. Tus habilidades al volante no figuran en ningún currículum. Estás estudiando Diseño y voy a arriesgarme a suponer que todavía escuchas a ABBA igual que hace un cristiano con la Biblia —enumeró con una leve sonrisa. Clavó los ojos en los míos un instante antes de volver a concentrarse en la carretera. Las casas de piedra rojiza y los corpulentos árboles con sus delicadas flores rosas pasaban a toda velocidad.

—¡A ti también te encanta *Waterloo*! —repliqué. Yo no era la única fan de ABBA presente. En una ocasión, había sido testigo de cómo Levi casi perdía una cuerda vocal cantando *Dancing Queen* a voz en

grito.

—Evidentemente, ¿a quién no le encanta *Waterloo*? —Sonrió con suficiencia—. ¿Qué más me he perdido?

—Trabajo en la floristería de Mandy. —Se llama Las flores de Daisy, en homenaje a mi segundo nombre. Aunque las margaritas nunca habían sido mi flor favorita. Habría sido un poco cliché, ¿no? Me parecía arrogante disfrutar de algo que tenía que ver conmigo misma. Prefería las hortensias azul celeste, los tulipanes rosa cuarzo y los corazones sangrantes rojo carmesí.

»Estoy en proceso de solicitar plaza para estudiar un posgrado y terminando mi proyecto final. —Lo de «terminar» era una ligera exageración. Más bien me estaba dando prisa para acabar los últimos cinco vestidos antes del desfile, puesto que la inspiración había brillado por su ausencia—. Tú eres profesor auxiliar y estudias en la Universidad de Nueva York, lo que significa que acabaste especializándote en Literatura Inglesa —repetí.

—Y en Educación Secundaria.

A raíz de lo que me había contado sobre el trabajo que le ofrecía la madre de Bella, había supuesto que quería dedicarse al periodismo, no a la enseñanza. Pero siempre se portaba genial con sus hermanas y con los niños en general. Tenía todo el sentido; era innegablemente muy Levi. Su madre también había impartido clases en Primaria durante nuestra época de estudiantes de instituto.

¿Cuándo se había hecho tan adulto? Me daba la sensación de que no había transcurrido ni un día desde que habíamos solicitado juntos plaza en la universidad.

Él apretó la mandíbula mientras se concentraba en la carretera y en la curva que tenía delante. Rozó el volante con las manos. Dos finos anillos de oro le adornaban los dedos corazón e índice, y en su muñeca reposaba su reloj de siempre.

—¿Sigues estudiando Francés? —En el instituto, le costaba hablarlo con fluidez. Quería dedicarse a la literatura francesa porque las traducciones al inglés perdían gran parte del importante significado que subyacía en las versiones originales en francés.

—*Bien sûr*. —Las palabras escaparon de su boca como chocolate derretido goteando sobre fruta fresca. Quería que esa voz me despertase y escucharla mientras cosía y drapeaba telas. Deseaba que me susurrara en francés mientras preparaba ramos de corazones sangrantes, como a la protagonista de una película francesa en blanco y negro.

Ahí me he pasado un poco, perdón.

—Hemos llegado —declaró al entrar en un aparcamiento de arena, alrededor del cual se extendían varios campos de béisbol.

Me bajé del coche y lo vi sacar dos bates de sóftbol y lanzar uno por encima del hombro como si hubiera jugado a aquel deporte toda su vida. Lo peor de todo era que yo sí había jugado toda mi vida, pero de ninguna manera iba a lograr algo así.

Existía una buena razón por la que nunca le había permitido asistir a ninguno de mis partidos.

6

«¿Oyes eso? Es el sonido de mi corazón
estrellándose contra mi pecho al verte»



—¡Levi! —gritaron de alegría sus hermanas pequeñas, que corrían por el campo directas a sus brazos. Las coletas les ondeaban al viento y las zapatillas que llevaban se iluminaban de rosa cada vez que sus piececillos impactaban contra el suelo.

Sabía que cuatro años significaban mucho más para los niños que para los adultos, pero su aspecto era una prueba irrefutable. No solo eran diez centímetros más altas que la última vez que las había visto, sino que ahora sus facciones encajaban con la forma de la nariz y habían perdido la redondez infantil de las mejillas. Eran de constitución delgada, como su hermana mayor, pero tenían el cabello más oscuro. Rhea llevaba flequillo y el pelo castaño a la altura de los hombros, mientras que Claire lo llevaba peinado con la raya en medio y mucho más largo.

—¡Mis chicas! —gritó Levi mientras se agachaba, preparándose para sus abrazos. Cuando ellas se abalanzaron contra su pecho,

rodeó a Rhea con el brazo izquierdo y a Claire con el derecho antes de levantarlas en el aire y girar. Las risitas de las niñas fueron seguidas rápidamente por un grito de Rhea para que frenase, a pesar de que lo pidió entre carcajadas.

Era como observar un marco de fotos desde fuera. Su amor por su familia era tan grande que me entraron ganas de embotellarlo. Sin embargo, a pesar de la abrumadora calidez que me embargó el corazón, me quedé de pie junto al coche porque no quería interrumpir.

Levi las dejó de nuevo en el suelo y se agachó para hablar con ellas. Al hacerlo, no despegó las manos de las pequeñas.

—He traído a alguien especial —anunció con una pizca de entusiasmo, como si les hubiera llevado un caballito con un lazo en lugar de una vieja amiga del instituto.

Arrugando el bajo de mis pantalones cortos como si estuviera amasando en la cocina, esperé a que llegara al final de la frase, nerviosa por la reacción de las niñas, o la muy posible ausencia de ella.

¿Qué probabilidades había de que las mellizas me recordaran? Tenían cuatro años la última vez que las había visto. No sabía qué reacción esperaba Levi, pero era imposible…

—¡Daisy! —gritaron las niñas al girar la cabeza y seguir la mirada de su hermano hasta mí.

Al oír mi antiguo apodo, esbocé una sonrisa de oreja a oreja mientras las chicas corrían a mis brazos.

No tuve que agacharme mucho, puesto que las mellizas, que ya iban a Primaria, casi medían lo mismo que yo. Aun así, al inclinarme y apretarlas como si fueran a desaparecer si no las sujetaba con fuerza, todos los recuerdos volvieron a mi mente.

Llevarlas a los entrenamientos de fútbol los jueves por la noche

con Levi; hornear magdalenas juntos para ir al cine y escondérselas en las mochilas; dejar que nos pintasen las uñas a su hermano y a mí cuando estaban tristes.

Por eso había reprimido mis sentimientos por él durante tanto tiempo, porque si me rechazaba, todo aquello desaparecería: no solo Levi, sino todo lo que traía consigo.

Y así había sido. Todo se había esfumado.

—Os he echado muchísimo de menos a las dos. —Me rodearon el torso con los brazos en un abrazo que me aplastó los huesos—. ¡Creía que no os acordaríais de mí! —dije con honestidad. Siempre habíamos sido sinceras entre nosotras. Jamás había entendido qué sentido tenía mentir a los niños. Quería que supieran que estaba ahí para ellas, a las duras y a las maduras, y que podían contármelo todo. Las quería tanto como a Levi.

Me acordé de cuando me decían que él y yo teníamos que casarnos; habían dejado muy claro que no les gustaban las novias de su hermano. Siempre había atesorado en el corazón el conocimiento de que su familia me adoraba. Sin embargo, jamás me había atrevido a compartirlo con él, a pesar de que, en secreto, siempre había deseado que sintiese lo mismo.

—Imposible —susurró Rhea, apartándose, con una sonrisa dulce en la cara—. Levi habla de ti todo el tiempo. —Debí de disimular mal mi sorpresa, porque Rhea se rio tan fuerte que se le frunció la nariz.

—¿Has conocido a Bella? —preguntó Claire en voz baja, por razones obvias, e incluso se giró para mirar a su hermano. Él enarcó una ceja ante su mirada suspicaz.

—Sí —respondí—. Es muy guapa. —El comentario provocó que los celos me encogieran el corazón.

Rhea ladeó la cabeza, pensativa.

—Sí, supongo —respondió con un suspiro mientras se apartaba el

flequillo castaño. No eran idénticas, pero tenían el pelo del mismo tono marrón y el rostro en forma de corazón.

—Siento mucho interrumpir vuestra reunión. —La voz de Levi surgió a mi espalda, sobresaltándome, sobre todo, cuando apoyó las manos en mis hombros—. Pero tenemos un partido que ganar.

En el coche, me había explicado que el partido se disputaba entre los dos grupos de la boda: los invitados de Jeff contra los de Sarah. El equipo del novio estaba formado por sus dos hermanos, sus padres y sus seis padrinos. El de Sarah incluía a su madre, a Levi, seis damas de honor (incluida Bella) y… a mí, por desgracia. (Las niñas eran demasiado pequeñas para ponerse al alcance de las pelotas de sóftbol, así que iban a observar desde un lateral).

Empecé a sentir que me sudaban las manos mientras caminábamos hacia el campo, dejando que las niñas nos guiaran. Sabía que aquel partido no era para tanto, de verdad. Era el hecho de que iba a jugar delante de Levi y su anterior —¿presente?— amante.

Puede que me entraran arcadas.

No se me puede culpar por estar preocupada. ¿Quién no querría impresionar a la persona que le gusta? Y más cuando era muy posible que se me fuese a comparar con Bella en todo momento.

Como si la hubiese invocado, de repente, la vi. Estaba sentada en el banquillo, atándose los cordones de las zapatillas. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta de béisbol y el pelo rubio recogido con una goma. Parecía una de esas modelos que aparecen en las bolsas de disfraces de béisbol.

Ella levantó la vista de golpe, supuse que al detectar la presencia de Levi, y le dedicó una gran sonrisa y un saludo antes de levantarse para caminar hacia nosotros, hacia él. Fue como ver entrar en escena a la estrella de una película romántica.

De inmediato, bajé la mirada hacia mi camiseta sin mangas y mi camisa de lino; las prendas se ajustaban a mi torso corto, pero no contribuían a resaltarme el pecho. Volví a mirar el de Bella para comparar, como si eso fuese a servir de algo, en vez de ser la peor idea que había tenido en toda mi vida.

¿Acaso era una broma pesada? ¿También tenía que tener las tetas grandes? ¿En serio?

«¿Qué se siente al ser tan guapa?».

A los chicos ya no les importa tanto el tamaño de las tetas, ¿verdad?

Ya me imaginaba las respuestas de Jia y Gabe: «¿Por qué leches crees eso? ¿Es que no conoces a la población masculina?».

No debería importar; estamos en el siglo xxi y no debería ver mi cuerpo como algo hecho para satisfacer a un hombre.

Pero entonces miré a Levi mientras Bella se acercaba. Era todo miradas soñadoras y sonrisas sensuales al observarla.

Sentí una punzada en el corazón. Al instante quise hacerme un ovillo; instintivamente, me llevé la mano a mi coleta, más corta que la de ella, antes de cruzar los brazos delante del pecho. A lo mejor debería haberme maquillado más o haberme puesto un sujetador con más relleno.

—Hola, Levi —saludó Bella mientras lo abrazaba. ¿Su voz sonaba siempre tan sensual?

Él se apartó.

—Me alegro de verte. ¿Te acuerdas de Dani? —dijo amablemente mientras alargaba el brazo hacia mí, porque yo estaba a varios metros de distancia, intentando apartarme.

Reprimí cualquier expresión de alarma, le di la mano y permití que me acercara, con el plan ya olvidado.

—Hola… —Hice una pausa momentánea, sin saber cómo dirigirme

a ella—, Bella, es un placer conocerte formalmente —la saludé con toda la amabilidad posible y le tendí la mano libre.

La observé mientras ella contemplaba mi mano, evaluando el ademán. Esperaba que me la estrechase, pero en lugar de eso ignoró mi gesto y se inclinó para abrazarme. «Eso no me lo esperaba».

—¿Cuántos años tienes, sesenta y cinco? ¿Quién da la mano hoy en día? —Se rio, lo cual de alguna manera consiguió que no pareciera tanto una pulla.

Respondí de la única forma que sabía: riéndome con ella.

—¿Lista para jugar, Dani? —preguntó Bella con una sonrisa burlona que demostraba que era capaz de salir bien en una foto desde cualquier ángulo. Sin embargo, la forma en que pronunció mi nombre me hizo sentir como cuando un niño se burla de un adulto al decirle este que haga algo.

—Uy, está más que lista —intervino Levi con seguridad—. Dani era la mejor de su equipo cuando estábamos en el instituto.

—Ya veremos —sentenció Bella.

Vaya si íbamos a verlo.



Por suerte para mí, mi cuerpo no había perdido la habilidad de atrapar pelotas. Sobre todo, porque Levi estaba demasiado ocupado en primera base para verme. Aunque por desgracia, también hizo lo que esperaba: perder toda capacidad de golpear la bola.

Mi equipo decidió que yo batearía una vez más, puesto que en las tres primeras ocasiones ni siquiera había rozado la pelota. Lo cual no habría importado de no ser porque, en el último minuto, el equipo

del novio subió las apuestas del partido.

—Los ganadores se quedarán las habitaciones individuales de la casa de la playa y los perdedores tendrán que compartir el resto —dijo, o más bien gritó, un amigo de Jeff con una cerveza en la mano. No me pareció que eso, fuera lo que fuese, tuviera nada que ver conmigo, pero para el resto de los invitados debía de significar algo, porque jamás había visto a un grupo de adultos comportarse de forma tan competitiva.

—¡Vamos, Dani! —me animó Levi desde el banquillo, con una enorme sonrisa en el rostro y las sienes perladas de sudor. Los rizos se le pegaban a la frente después de los dos *home runs* que acababa de marcarse.

Y ahí estaba yo, en la base,; la única con experiencia previa jugando al sóftbol y sin nada que lo demostrase.

Le devolví la sonrisa mientras colocaba bien las manos en el bate. «Venga, Daniella. Papá se sentiría decepcionado; sabes hacerlo mejor. Solo un buen golpe, no te hace falta más para salvarte».

Mientras alineaba el bate, uno de los padrinos de Jeff lanzó la bola y por fin la golpeé. Pero no lo bastante bien.

—¡Falta! —gritó otro padrino.

Aproveché que estaban recuperando la pelota para colocarme de nuevo en posición. Si le había dado una vez, podía volver a hacerlo.

Mientras la pelota volaba hacia mí, balanceé el bate y la toqué de nuevo. La presión reverberó contra mi puño cerrado cuando continué con el movimiento de *swing*.

Lo siguiente que ocurrió dio la impresión de suceder a cámara lenta. Aunque, si alguien se lo preguntase a Bella, no habría dicho lo mismo.

La pelota se había acercado a mí a toda velocidad, y con esa misma rapidez se alejó volando… directamente hacia ella.

No creo que ninguno de nosotros nos diésemos cuenta de que iba hacia la susodicha, sobre todo, porque estábamos ocupados vitoreando por la altura que estaba alcanzando la pelota. Pero durante dos segundos suspendidos en el aire, todos nos percatamos.

Y, a continuación, los gritos de Bella inundaron el campo.

No estaba segura de si había empezado a chillar antes de recibir el golpe. Lo único que sabía era que la exnovia de Levi estaba tumbada en el suelo porque yo le había dado un pelotazo en la cabeza.

«No acabo de hacer eso, no acabo de hacer eso, no acabo de hacer eso».

Todo el mundo corrió hacia ella, excepto las mellizas, a quienes vi reírse en sus asientos.

«Bueno, como mínimo hay dos personas que no me odiarán después de esto».

Todo el mundo revoloteaba a su alrededor. Levi estaba en el centro del grupo, sosteniéndole la cabeza, donde ya se le estaba formando un moratón del tamaño de un huevo.

—Lo siento muchísimo, Bella, no tenía ni idea de que iba a pasar esto —me disculpé con sinceridad. Esperé su respuesta, asustada por su reacción ante mi presencia.

Ella negó con la cabeza y comenzó a incorporarse, apoyándose en Levi y presionándose la frente con la mano.

—No te preocupes, debería haberme apartado más deprisa —respondió con una ligera sonrisa—. Parece que mis posibilidades de ser modelo se han ido al traste. —Todos se rieron de la broma, lo cual distendió el ambiente.

—Lo siento muchísimo —repetí, sintiéndome fatal.

—Creo que por hoy ya he terminado.

—¡Esto huele a derrota! —gritó otro padrino de Jeff.

Mierda.

—¡Eso creo! —respondió otro.

—Parece que vamos a compartir habitación —comentó Rhea, que apareció de repente a mi derecha.

—Uy, no, no creo que eso me afecte a mí —contesté.

—Formas parte de la preparación para la boda, ¿verdad? Eso significa que vendrás a la casa de la playa —me explicó la niña.

—No, no, solo estoy invitada. No soy dama de honor.

—¡Pero ahora estás saliendo con Levi!

Vi cómo, a nuestro alrededor, la gente giraba la cabeza como muñecas en una película de terror en respuesta a las palabras de Rhea. Joder. Levi no le había contado a nadie que salíamos, y mucho menos que yo iba a estar allí ese día.

—¡Por fin! —gritó Sarah, que de inmediato me dio un abrazo aplastante.

A pesar de lo feliz que me hacía que su familia aprobara nuestra relación con tanto entusiasmo, si dijese que me sentía avergonzada me quedaría corta. No alcanzaba a imaginarme lo patética que debía parecer. Nuestras familias llevaban años esperando que saliéramos juntos, sobre todo, porque todo el mundo estaba al tanto de lo que sentía por él, y ese deseo por fin se estaba cumpliendo.

Pero Levi seguía sin estar interesado en mí.

7

«Hortensias azules, tulipanes rosas, corazones sangrantes rojos»



Hola, papá. ¿Recuerdas mi primer mes en la universidad, cuando me puse tan nerviosa que, sin querer, cosí el vestido de una chica a unos vaqueros que estaba haciendo? Bueno, lo de hoy ha sido mucho peor.

Había empezado el primer curso de instituto increíblemente deprimida. Sé lo que estás pensando: ¿no se supone que la depresión empieza durante esos cuatro años y no antes? Bueno, el caso es que tres meses antes de mi primer día, mi padre falleció de cáncer. El velatorio, el funeral y las noches posteriores fueron como una pesadilla de la que no podía despertar.

Fue el año más difícil de mi vida hasta la fecha. Sé que no es mucho decir para alguien de tan solo veintidós años, pero sentía que había llorado tanto por su muerte que ya no me quedaba espacio en el corazón para nada más. Mi cuerpo no podía imaginar ningún acontecimiento o momento peor que ese, de modo que las lágrimas se me escapaban lentamente y solo conocía el dolor.

Hasta que conocí a Levi.

Levi se convirtió en una parte importante de mi duelo. No me había cambiado la vida como el Príncipe Encantador había hecho con la de Cenicienta, pero me había enseñado a volver a buscar lo positivo. A afrontar la situación y a seguir adelante sin olvidar. Porque eso es lo que el mundo quiere que hagas después de perder a alguien: seguir adelante. Pero ¿cómo? ¿Cómo fingir que esas personas nunca han existido e intentar ser feliz tras su marcha?

Cuando Levi y yo nos conocimos, lo ayudé con la optativa de Costura. Él afirmaba haberla elegido porque quedaría bien en su solicitud de ingreso a la universidad. Dos meses después, confesó que en realidad la había escogido para ayudar a su madre a arreglar los uniformes de Gimnasia de sus hermanas.

Después de esa perla de sinceridad, las clases de Costura después del instituto y las sesiones de corrección de redacciones se convirtieron poco a poco en comidas compartidas, celebraciones de cumpleaños y cenas familiares los domingos. Nos hicimos mejores amigos, y darnos cuenta de que ambos estábamos viviendo un duelo solo nos acercó más.

Levi había perdido a su padre unos años antes, así que entendía cómo me sentía. Comprendía ese miedo al olvido y lo difícil que resultaba volver a ser feliz, como si constituyera una traición. Compartió conmigo algo que un psicólogo le había enseñado a hacer cuando estaba triste: escribir. Plasmar en papel todo lo que se te pasaba por la cabeza, como si estuvieras escribiendo una autobiografía.

Ese día, durante la cena en casa de Levi, le hablé a mi madre de aquel consejo que me había dado; creo que ese fue el instante en que ella se enamoró de él, igual que me pasó a mí poco a poco.

Desde entonces, le escribía correos a mi padre cada vez que lo

necesitaba.

Los momentos memorables, como la graduación del instituto y ser aceptada en la universidad de moda, fueron motivo de celebración hasta que me di cuenta de que él no estaría allí para gritar de emoción ni para abrazarme. Nunca podría contárselo; él jamás lo sabría.

Así que le escribía un correo, como si fuera un amigo por correspondencia que fuese a responderme.

Los primeros años, los correos solían ir seguidos de una serie de sollozos. Saber que no estaría allí y que nunca los leería era un sombrío efecto secundario. No obstante, era la única forma que tenía de recordarlo. La única forma en que podía incluirlo.

Cuando fallece un ser querido, nadie habla de que, con el paso de los años, da la sensación de que esa persona nunca ha existido de verdad, como si todo hubiese sucedido en otra vida. Mis recuerdos se habían ido desvaneciendo como capítulos de un buen libro con cada día que pasaba. Nadie te cuenta que la realidad de su ausencia no te afecta hasta que intentas llamarlos y te percatas de que es imposible y de que nunca más podrás volver a llamarlos. Que no se han ido solo un momento, sino para el resto de tus momentos.

Sin embargo, esos años también me trajeron paz, aunque la tristeza persistiera. Poco a poco, me sentí conforme con que su ausencia en casa no me sorprendiese; el tiempo había curado ese dolor. Él era más feliz así, sin tener que someterse a la quimioterapia ni a las miradas tristes de las visitas.

Ahora, sentada en el escritorio frente a mi ventana, espanté a las polillas que intentaban entrar en la habitación, atraídas por la lámpara de fresa que tenía encendida a mi lado. El cálido aire nocturno de mayo en Nueva York era demasiado valioso para ignorarlo, de modo que dejé la ventana abierta mientras seguía

tecleando, envuelta en mantas cual sofá recargado en una tienda de decoración.

Hoy me las he apañado para darle a Bella, la ex de Levi, en la cabeza con una pelota de sóftbol. Te habrías reído, porque el golpe ha sido buenísimo; parecía un *home run*. Aunque eso no viene al caso, el tema es que me siento fatal. Ella ha sido muy comprensiva después, pero he sentido las miradas de todos sobre mí mientras se le formaba el moratón en la frente. Estaba tan avergonzada que he tenido que hacer un gran esfuerzo para no salir huyendo del campo y marcharme en taxi. Así que, después de todo lo que ha pasado, he tenido que volver a subirme en el coche con Levi. Seguro que te imaginas cómo ha ido: silencio incómodo, palabras tranquilizadoras, lástima y más silencio. Pero ¡espera, la cosa empeora! Al llegar a casa de Mandy, ha parado, se ha bajado del coche y, cuando he abierto la puerta, le he dado en la cabeza.

Le he dado a Levi en la cabeza con la puerta. Procedo a tirarme por la ventana que tengo delante.

Nunca me había disculpado tanto en un día. ¡No me había dado cuenta de que se estaba acercando para abrirme la puerta! Rezo a todos los dioses de la piel para que mañana no se despierte con un cardenal. Después de eso, prácticamente he entrado corriendo a casa, sobre todo, cuando ha rechazado mi oferta de una bolsa de hielo.

Tres horas de sóftbol, dos cabezas (posiblemente) magulladas y una buena llorera después, estoy aquí sentada preguntándome: ¿cómo voy a sobrevivir a la cena del domingo?

Con cariño,

Daisy

8

«Estuve a punto de rozarlo con los dedos»



—Ponte esa blusa, te hace unas tetas increíbles —me recomendó Gabe, tumbado en mi cama.

No es que les hubiese pedido consejo ni a Jia ni a él sobre qué ponerme. De alguna manera, habían llegado hacía una hora, después de que una llamada grupal pasara de «¿Puedes quedar?» a «¿Cómo que esta noche vas a casa de Levi y aún no sabes qué ponerte?». Diez minutos después, aparecieron en mi puerta con bolsas de patatas fritas de Trader Joe's y tableros de Pinterest.

Me quedaban treinta y cinco minutos para decidir qué ponerme y meter la ropa en el bolso antes de tener que marcharme a la floristería para mi turno, así que se me estaba agotando el tiempo. Hice una mueca ante la sugerencia de Gabe; lo último que necesitaba en una cena familiar era llamar la atención sobre mis pechos.

—Deja de cosificarla. —Jia le tiró una de mis almohadas bordadas a la cabeza.

—No la estoy cosificando. ¡En todo caso, tener unas tetas tan bonitas es como hacerle una peineta al mundo! —argumentó Gabe.

—¿Qué sabrás tú de eso? —preguntó ella con escepticismo.

—No finjas que no hemos visto *Burlesque* juntos —la silenció él con los ojos entornados.

A pesar del estrés, me reí, incapaz de seguir el hilo. Jia se levantó y metió los brazos en mi armario como si estuviese separando las aguas del mar.

—Dejad que la profesional haga su trabajo. Y mientras estoy en ello, prepara el bolso y ponte el pintalabios más delicioso que tengas.



Me dio la impresión de que iba a vomitar de la ansiedad después de que Jia propusiera la idea de que Levi y yo nos besáramos esa noche. Ni se me había pasado por la cabeza. Pero en cuanto lo dijo, supe que tenía sentido. Era algo que hacían las parejas, obvio.

Aunque no delante de sus familias, ¿verdad?

Estaba atendiendo al último cliente de Las flores de Daisy, a punto de poner el cartel de CERRADO y terminando de envolver un ramo de rosas blancas en papel marrón, cuando vi entrar a Levi.

Tres. Ese era el número de veces que lo había visto esa semana. Las únicas tres ocasiones durante los últimos cuatro años, y aun así fui incapaz de mantener la calma cuando entró en el local.

Se había puesto una camisa blanca de manga corta, con algunos botones desabrochados en la parte superior, y unos pantalones azul marino. En la muñeca llevaba su reloj habitual, que atraía la mirada hacia los músculos del antebrazo y el bíceps. Si no tuviese una vista

perfecta, habría creído que Levi se movía a cámara lenta, por la forma en que flexionó el brazo al abrir la puerta y se pasó la mano por sus espesas y cortas ondas morenas.

Apreté las palmas húmedas contra mi falda azul claro hasta media pierna, decorada con pequeñas peonías, que había combinado con un top blanco que me cubría la parte superior de los hombros y las clavículas.

—Hola —saludó en voz baja.

—Hola, gracias por venir a recogerme. —Sonreí y me di la vuelta mientras doblaba el papel marrón sobrante.

—Sin problema. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras observaba la pequeña tienda.

—A tu madre le gustan las hortensias, ¿verdad?

—¿Cómo es posible que te acuerdes de eso?

—Saber cuál es la flor favorita de todo el mundo es mi truco para impresionar en las fiestas. —Me encogí de hombros con una sonrisa, como si molase tanto como abrir una botella de cerveza con los dientes.

—¿Qué me dices de la mía?

Levanté la vista un segundo.

—Tú eres la excepción.

—¿Lo soy?

¿Cuándo no lo era?

Tras un instante de silencio, volvió a hablar:

—¿Puedo ayudarte con algo?

—¿Te importaría traerme el bolso? —le pregunté mientras terminaba de atar con cordel otro ramo de flores.

—Por supuesto. —Cogió mi bolso de ganchillo en forma de fresa (un bolso que había confeccionado durante mi etapa de loca del ganchillo en el instituto) y lo miró. Por un momento, me pregunté si

lo reconocería, pero no—. ¿Qué hay aquí dentro? —Por su tono, cualquiera pensaría que en realidad estaba preguntando si llevaba ladrillos.

La forma en que el bolso colgaba de su mano, con la lana cargando el peso de todo el contenido, lo hacía parecer bastante pesado.

—Ah, solo mi Kindle, una manzana, unas gomas para el pelo, mi agua, un sándwich, un costurero...

—¿Un costurero?

—… y un segundo par de pendientes por si pierdo los míos.

—Sabes que vamos a darte de comer, ¿verdad? No dejaré que te mueras de hambre. Vamos a casa a cenar.

Puse los ojos en blanco.

—Le dije a Sarah que le enseñaría mi Kindle después de intentar convencerla de que necesita uno; Rhea me comentó que nunca había visto un coletero, y Claire, que tenía un agujero en la falda; y a mí me entra mucha hambre. —Terminé de leer mentalmente la lista de conversaciones durante el partido del día anterior.

Me sentí aliviada de haberlo recordado todo y volví a mirarlo. Tenía los labios entreabiertos por… ¿la sorpresa? Como si lo hubiera dejado perplejo.

—Sí que me dejas perplejo —respondió. ¿Lo había dicho en voz alta? Lo observé mientras se colgaba el bolso del hombro y se encaminaba hacia el coche sin añadir nada más.

9

«Y ese beso…, pienso en él todo el tiempo»



El top empezaba a apretarme cuando llegamos a casa de Levi, que ya no era la misma en la que vivieron durante nuestros años de instituto. Tras nuestra graduación, Trish, su madre, había conseguido la licencia de agente inmobiliaria, había abandonado la docencia y se había dedicado a ello a tiempo completo, en la ciudad. A juzgar por la fachada de su nueva casa, debía de haber tenido mucho éxito.

Me aseguré de esperar un momento antes de abrir la puerta del copiloto, porque en esa ocasión ya sabía que vendría a hacerlo él mismo. Que no cunda el pánico, no le había salido ningún cardenal en la frente después del incidente del día anterior.

La puerta principal de aquella enorme casa era negra, a juego con las farolas que bordeaban la tranquila calle. La piel bronceada de Levi adquirió un tono dorado bajo el cielo oscuro y la luz de la luna. Era como si el astro lo siguiera a todas partes, simplemente porque era más guapo que el sol.

—¿Estoy presentable? —preguntó Levi con preocupación, tras

reparar en cómo lo estaba observando. Tenía que aprender a dejar de mirarlo fijamente y entrenarme como si fuera un perro condicionado en un experimento de Pavlov, porque, al parecer, era incapaz de contenerme.

—¿Sí? ¡Claro que sí! Siempre lo estás —me apresuré a responder.

El rubor le coloreó las mejillas.

—Te agradezco la confirmación. —Por suerte, no se dio cuenta de lo sincera que había sido esa respuesta.

Al llegar a la puerta, apreté las hortensias contra el pecho, presa de una ansiedad adolescente. Levi llamó a la puerta con unos dulces en la mano.

Brevemente, se inclinó hacia mi oído y susurró:

—Sé que no lo has preguntado, pero tú también tienes buen aspecto. De hecho, estás preciosa.

El corazón se me estrelló contra las costillas, igual que la lluvia fría golpea el asfalto en una noche de tormenta.

Esa velada iba a ser más difícil de lo que me esperaba.



Después de coser la falda de Claire —«Dani, ya me encargaré yo», protestó Levi en tono de disculpa—, de enseñarle a Sarah cómo funcionaban los Kindle y de entregarle a Rhea mi nuevo paquete de coleteros sin usar, por fin nos sentamos a cenar.

El comedor era enorme, aunque no tanto como para parecer lujoso. Más bien, estaba pensado para una familia que invitaba a primos ruidosos, tías sociables y vecinos amables, y que celebraba quedadas para jugar que incluían una mesa con espacio para manualidades. Madera recia, platos desparejados y conversaciones

entre familiares. Era lo que se esperaba de una cena familiar de domingo.

Me senté a la derecha de Levi, con Rhea y Claire a mi izquierda. Se mantenían varias conversaciones alrededor de la mesa; Levi estaba hablando con uno de sus primos sobre el posgrado.

Sin embargo, yo estaba distraída observando el salón en busca de una melena color rubio fresa. No le había preguntado a Levi si Bella asistiría esa noche porque no quería parecer preocupada. Tras mi inspección, solté el aire que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. No se encontraba allí. Solo estaban sentadas con nosotros las otras damas de honor de Sarah: Nicole, Delanie y Aparna.

Mi paz no duró mucho porque alguien pronunció mi nombre desde el otro extremo de la mesa.

Tragándome la comida que acababa de meterme en la boca, grazné:

—¿Disculpa?

—Le estaba comentando a mi hermana lo preciosas que son las hortensias que me has traído. —Trish lucía una sonrisa cálida como una patinadora artística exhibía sus patines; ambas cosas iban de la mano.

—Son muy populares en esta época del año —respondí con una sonrisa que ojalá fuese igual de afectuosa.

—Espero que no te sientas obligada a traérmelas solo porque estás saliendo con Levi.

Me ardían las mejillas. Los demás comensales guardaron silencio para prestarnos atención, ya que Trish me estaba hablando desde la otra punta de la mesa.

—De verdad que no es ninguna molestia. —Negué con la cabeza.

—Me alegra que Levi por fin haya entrado en razón —añadió ella,

exasperada—. Nunca me han convencido las otras chicas con las que ha estado.

«Dios mío, ¿puede ponerse más embarazosa la cosa?».

—Vale, mamá, creo que ya lo hemos pillado —intervino su hijo con aire despreocupado, intentando salvarme.

—Ya paro, ya paro —aseguró Trish, enseñando las palmas en señal de rendición—. ¿Te ha hablado sobre el libro que publicó?

¿Un libro? No pude ocultar mi asombro. Ese era un sueño del que Levi solo hablaba en privado.

—¿Que has hecho qué?

Un rubor encarnado le tiñó la mandíbula mientras se protegía la cara con las manos.

—No he hecho nada parecido —protestó, con la voz ronca tras las palmas.

Sentí la repentina necesidad de apartarle las manos y besarle las mejillas. Se me tensó la columna —«ni se te ocurra»— y reprimí esos pensamientos adolescentes.

Trish puso los ojos en blanco ante la incapacidad de su hijo para presumir.

—Claro que sí.

—No es nada del otro mundo. —Dejó de taparse la cara y se frotó la nuca, una costumbre nerviosa suya. Le había visto hacerlo cada vez que cuidábamos juntos de sus hermanas; se preocupaba por si tropezaban, se caían o se desvanecían en el aire.

—¿De qué trata? —pregunté, emocionada y curiosa a la vez.

—Del amor —contestó Rhea a mi lado, evidentemente emocionada por avergonzar aún más a su hermano mayor. Pero ahora eran mis propias mejillas las que estaban tan rosas como mis uñas.

—Solo son unos poemas, nada importante —dijo él, restándole

importancia al asunto, como si no fuera algo de lo que enorgullecerse. Me moría de ganas de preguntarle si podía leerlos. Pero no quería pasarme de la raya. Si él deseaba que los leyese, me lo ofrecería.

—¿Has escrito un poemario? ¡Es increíble! —afirmé con sinceridad, alargando la mano hacia su rodilla. Tan solo se trataba de un gesto rápido para demostrar mi asombro, nada más. Pero él posó brevemente la suya encima y recorrió el dorso de mi mano con la yema del pulgar, poniéndome la piel de gallina.

En ese instante silencioso, fue como si no hubiera transcurrido el tiempo.

—Gracias, Dani —respondió. Fueron solo unas palabras, pero sentí su corazón en ellas.

Antes de empezar a sentir palpitaciones en el mío, le pregunté a Trish:

—¿Los has leído?

Pero no fue ella quien respondió.

—Están en francés —intervino Levi con timidez.

Me quedé boquiabierta.

—¿Los escribiste en francés? —Francés. Amor. Poemas. Escritos por Levi. Tenía que ser una broma.

Bueno, eso saciaba mi curiosidad acerca de la fluidez con la que hablaba dicho idioma.

Él asintió en respuesta. Yo me quedé callada, incrédula.

—Eres increíble —le dije.

Se le iluminaron los ojos mientras esbozaba una tímida sonrisa. «¿De verdad lo crees?», decía su expresión.

«¿Acaso te mentiría yo?», insinué con un arqueamiento de cejas.

Él negó con la cabeza y su sonrisa se transformó en algo más nostálgico.

En ese instante, me sentí realmente vista, y me habría ido a dormir con esa sensación de no ser porque todo era fingido.



A partir de ahí, la noche transcurrió con tranquilidad; respondí a las preguntas sobre mí que me hicieron varios de sus familiares, seguí comiendo y fui testigo de cómo Levi seguía siendo Levi. Fue como un *déjà vu* que duró toda la noche; presencié cómo acostaba a las mellizas, cómo limpiaba después de cenar y cómo comprobaba qué tal estaba su madre. Los mismos momentos que había presenciado cuando éramos adolescentes.

Tras el fallecimiento de su padre tantos años atrás, Levi se había convertido en una figura paterna para todas las mujeres de su vida. Era el engranaje que nunca fallaba y que las mantenía unidas a todas. No obstante, pese a que aquello lo hizo muy independiente, también lo había convertido en un rompecabezas, formado con piezas de cada una de esas mujeres.

Poseía la ingenuidad de Rhea, la consideración de Claire, la tenacidad de Sarah y la preocupación de su madre. Las apoyaba y cuidaba a todas, pero ellas le habían entregado partes de sí mismas a lo largo de los años.

Mientras Levi hacía su ronda por la casa, despidiéndose de los familiares que pasaban la noche allí, recibí un mensaje de Gabe.

Gabe: ¿Cómo estás?

Dani: ¡Bien! A punto de marcharme.

Gabe: Perfecto, te pillo a tiempo.

Olvídate el bolso.

Dani: ¿Qué?

Gabe: Olvídate. El. Bolso.

Dani: Sí, sé leer, gracias.
¿¿Por qué tengo que hacer eso??

Gabe: Una vez vi una película donde la chica se olvidaba el bolso en casa de un chico a propósito para ponerlo a prueba. Si él se lo devolvía al día siguiente, significaba que le gustaba. Si no, era una causa perdida.
Bam. Misión «Cómo averiguar si a Levi le gusta Dani», completada.

Dani: Estás chalado.

Gabe: ¿Estás diciendo que no te interesa saberlo?

Dani: ¡Es que ya lo sé! No le gusto.

El nombre de Gabe apareció en la pantalla, parpadeando. Acepté la llamada.

—Hola —suspiré.

—Si estás tan segura, déjate el bolso —me retó Gabe al otro lado de la línea.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces le contaré a Levi lo de la lengua.

Resoplé; me había pillado desprevenida con ese tono tan serio.

—¿Lo que hice con la lengua? —pregunté entre risas. Ahora se estaba burlando de mí.

Se refería a una de nuestras bromas privadas. Durante mi segundo año de universidad había besado a un chico que inesperadamente descubrí que llevaba un *piercing* en la lengua. Y

puede que se lo rozase con la mía… ¡Creía que sería excitante! En cambio, él se echó a llorar porque la perforación era muy reciente.

A Jia y a Gabe les había parecido desternillante, así que siempre que alguno de nosotros se besaba con alguien, nos preguntábamos mutuamente si habíamos «hecho eso con la lengua». Las risas estaban garantizadas.

—Nunca te atreverías a decírselo; tienes más ganas de que esta relación sea real que yo en el instituto. Pero me olvidaré el bolso aquí, para hacerte feliz.

Le colgué y saqué las llaves del bolso antes de dejarlo a regañadientes en el sofá, cerca del recibidor.

No sabía de dónde había sacado Gabe la idea de que Levi estaba interesado en mí, sobre todo si llevaba cuatro años escribiendo poemas de amor basados en su vida amorosa. Pero bueno, le seguiría la corriente con tal de demostrárselo.

Mientras me llevaba de vuelta, charlamos sobre su familia y sus planes para esa semana. Fue agradable. Charlar con él siempre lo era. Pero sentía una opresión que me hundía el esternón, clavándoseme y destruyendo mi concentración; mi mente volvía continuamente a los poemas de amor.

Me acompañó por las escaleras de la casa de piedra rojiza de Mandy a oscuras, cuando todas las luces del vecindario estaban ya apagadas. Ni siquiera contábamos con la luz del sensor de movimiento sobre la puerta principal porque estaba estropeada. Concretamente, desde aquella vez que Gabe había intentado tirar un *bagel* rancio contra mi ventana y, en vez de eso, había roto la luz. «Si un *bagel* ha podido romperla, es que estaba en las últimas», se había defendido él.

Mientras Levi y yo permanecíamos de pie en la oscuridad, la opresión se volvió incesante. Sentía que jamás encontraría un

momento mejor para preguntar.

—Levi —solté de repente, mirándolo.

Él me devolvió una mirada de asombro, con el ceño ligeramente fruncido. Se inclinó, como si intentara encontrar las palabras en mis ojos y un rizo suelto le cayó sobre la frente. Sin pensarlo, se lo aparté de la cara y le rocé la piel con el dedo en el proceso. Tenía el pelo tan suave como parecía. Sus ojos siguieron el movimiento de mi mano como si fuera a hacer algo más con ella.

Agradecí el escudo que me brindaba el cielo nocturno en esos escalones porque no podía dejar de mirarle los labios. La forma en que se los humedeció con la lengua y el intenso color que adquirieron en la oscuridad me hacía sentir como si estuviera en una película en blanco y negro.

—Lo siento —susurré. Disculpándome por tocarlo, reiteré—: Debería haber preguntado si podía.

—No te disculpes, tú nunca tienes que pedirme permiso —susurró con la voz ronca. La piel me vibró por su tono de voz y su proximidad.

No supe cómo reaccionar.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó.

Si no fuera por la oscuridad total en la que estábamos y la intensa conciencia de que no había nadie más alrededor, creo que le habría dicho que se me había olvidado. Sin embargo, el sol se había puesto y la curiosidad me desbordaba.

—¿Los poemas eran sobre Bella?

Al principio, no debió de entender lo que le preguntaba, porque no respondió de inmediato. Tras un instante que me parecieron minutos, al fin me lo confirmó.

—Sí.

Se me encogió el corazón, como si me hubieran arrancado el aire

de los pulmones. No debería haber preguntado. No debería haber preguntado. ¿Quién me creía que era? ¿Su novia?

No estaba segura de cómo se estaba tomando él mi falta de reacción, pero me daba igual. Me asfixiaba la tristeza porque se me hubiera ocurrido pensar que él me había tenido en mente todos esos años.

Me puso una mano en el bíceps mientras se inclinaba para darme un beso en la frente que me provocó un escalofrío.

—Buenas noches, Daniella.

Sentí que aquello equivalía a un rechazo.

10

«No te preocupes si las flores se marchitan, estaré ahí y plantaré más para ti»



A la mañana siguiente, al intentar levantarme de la cama, me sentí un mero montón de huesos. Mientras me preparaba para empezar el día, el dolor de cabeza me atenazaba la frente por lo ocurrido la noche anterior.

Lo sé, sueno terriblemente dramática; al fin y al cabo, solo había visto a Levi tres veces. Sin embargo, eso era lo que añadía dramatismo a la situación: por primera vez en cuatro años, lo había visto tres días seguidos. Y no había dejado de pensar en él ni un solo segundo de esos cuatro años.

Volver a verlo había reactivado cada fibra de mi cuerpo que lo había encontrado atractivo en el instituto. Sin embargo, necesitaba que ahora fuese diferente. Debía ser consciente de que aquello no iba a terminar con un romántico «felices para siempre». Nuestro destino era ser amigos, nada más.

Así que me tomé un ibuprofeno, me lavé la cara, me abstuve de

escribirle un correo electrónico a mi padre y me fui a clase. El trayecto hasta la universidad era demasiado largo, por lo que tenía que coger un tren. Pero el camino desde allí era precioso en esa época del año. Nueva York en primavera era etérea. Por eso las mejores películas románticas se ambientaban en aquella ciudad durante esa estación: *Sucedió en Manhattan*, *Cómo perder a un chico en 10 días*, *Encantada*, etcétera. Flores y parques llenos de vegetación, rodillas chocando en los bancos del parque porque por fin hacía suficiente calor para comer al aire libre y árboles a ambos lados de la calle en los acogedores barrios que recorría de camino a la tienda de *bagels* de la esquina.

Y ahí era adonde me dirigía ahora. Todos los lunes por la mañana, como un reloj.

—¡Hola, Marty! —saludé al señor mayor que amasaba detrás del mostrador.

—¡Dani! ¿Cómo estás? ¿Lo de siempre?

—Eso sería perfecto, por favor.

—En marcha media docena de *bagels* de tostadas francesas. —Rápidamente, se dirigió a la vitrina que nos separaba y metió seis en una bolsa.

Las clases eran de lunes a viernes y siempre comenzaban a las nueve de la mañana. Irónicamente, las aulas solían ser bastante pequeñas, así que veía a las mismas cinco chicas todos los días. Nos habíamos asignado un día de la semana para que cada una llevase algo. Los lunes me tocaba a mí y los *bagels* eran mi recurso estrella. Algunas traían sándwiches de huevo, otras horneaban pasteles y otras incluso nos preparaban el desayuno. Siempre estaba deseando ver qué había cocinado Daya; la semana pasada había preparado tortitas con fresas.

Cualquiera pensaría que el café era indispensable, sobre todo

porque estábamos al final del último curso, agobiadas por la procrastinación y el agotamiento. Pero que Vera derramase su café sobre un vestido en el que llevaba dos semanas trabajando había sido tan traumático que ahora solo bebíamos agua en clase.

Después de dejarle las peonías a Josh, el del restaurante, y de un trayecto en metro, me sumergí en el corazón de la ciudad. Pasé junto a Central Park y admiré su bosque de árboles verdes, sus alegres paseadores de perros y su pintoresco césped. Ni siquiera el olor de la comida frita que se vendía en la acera era tan fuerte como para arruinar el efecto.

Mi campus estaba a una manzana, hecho del mismo ladrillo rojo con el que se habían construido muchas de las casas del West Village. Era pintoresco comparado con los edificios financieros y hoteles que lo rodeaban.

Al cruzar la entrada, le enseñé a la recepcionista mi credencial de estudiante y subí las escaleras hasta el segundo piso. Me sentía como una mula de carga, intentando acarrear con tres bolsas diferentes: los *bagels*, un bolso de mano lleno de telas con las que había experimentado y mi mochila, donde llevaba el portátil, el cuaderno y los materiales de costura.

Antes de que puedas preguntar por qué llevaba mi propio material de costura a un lugar donde ya tenían de todo, se debe a que soy muy particular.

El costurero que usaba religiosamente había sido un regalo de mi padre por mi duodécimo cumpleaños. Me había contado que, al empezar a salir con mi madre, uno de los rasgos que le habían fascinado de ella era su capacidad para dar demasiadas vueltas a las cosas, codificar por colores y programarlo absolutamente todo, excepto lo que le encantaba. Nunca se lo pensaba demasiado si se trataba de su trabajo, ni una sola puntada en un solo vestido.

Yo me sentaba en el parquet y la observaba durante horas mientras se encargaba de las costuras con su máquina de coser. Ella me miraba de vez en cuando para comprobar si me había quedado dormida, lo cual ocurría a veces. Pero cuando no sucedía, me decía que cogiera mi costurero y cosiera con ella.

Un año después, me compraron mi primera máquina de coser: una John Lewis verde menta. El tono pastel era precioso. Me gustaba tanto que la llevaba conmigo por toda la casa, como una muñeca. Todavía la uso a diario.

—¡Dani! —gritaron las otras cinco chicas cuando entré por la puerta.

—¡Hora de los *bagels* de tostadas francesas! —gritó Vera emocionada y me dio un apretón en el hombro mientras me arrebataba los *bagels* y la crema de queso de los brazos.

—Te he traído una pastilla para la lactosa, Sandra, por si se te ha vuelto a olvidar —comenté mientras dejaba mis bártulos en la mesa grande.

En las aulas de Diseño, el espacio lo ocupaban unas enormes mesas de madera donde se sentaban varios estudiantes. Así teníamos espacio para cortar y medir la tela sin estorbarnos. Vera y Daya tenían asignado el mismo espacio que yo, mientras que Sandra, Lexi y Camille se sentaban en la mesa contigua a la nuestra. El resto de la estancia estaba bastante desordenado; había un sitio para que la profesora se sentara al frente y las paredes estaban llenas de tableros de corcho con bocetos. Había numerosas máquinas de coser alineadas en el lado izquierdo del aula, seguidas de maniquíes apilados en un rincón, como si fueran el decorado de una película de terror.

—Pobre Sandra, nunca podrá apreciar del todo la crema de queso —dijo Camille, gimiendo mientras se comía un pegote de dicha

crema.

—¡Claro que la aprecio! —replicó la aludida a la defensiva. Me di la vuelta cuando se me acercó encorvada—. Solo necesito un poco de ayuda —susurró con la mano abierta, probablemente para que le entregase la pastilla. Se la di como si tuviéramos entre manos un trapicheo de drogas.

Ella me siguió el juego, metiéndosela en la boca tan rápido que creía que no lo había hecho y haciéndome resoplar de risa.

—Gracias —susurró antes de coger su *bagel*.

—Aquí tienes, querida. —Daya habló como si fuera un duque al entregarme el mío.

Reparé brevemente en sus anillos de plástico de color neón, que acentuaban su piel oscura y sus uñas brillantes. Ese día llevaba unas gafas de montura azul, una falda hasta media pierna con estampado de acuarela y una blusa de manga corta que no era lo bastante larga como para ocultar el *piercing* que llevaba en el ombligo. Tenía la habilidad de estar siempre despampanante sin que pareciera que se esforzaba demasiado. Como cuando una supermodelo salía de su apartamento de un millón de dólares para comprar leche o pasear al perro.

A pesar de lo diferentes que eran nuestros estilos, solíamos opinar lo mismo de lo que vestían los famosos, y por eso habíamos creado un club juntas en el campus: «El *look* de la semana». Nos pasábamos una hora debatiendo los mejores y peores atuendos que habían lucido las celebridades esa semana. Para un grupo de quince mujeres de entre dieciocho y veinte años, cualquiera pensaría que organizábamos un club de lucha, por lo intensos que se ponían los debates.

Suponía un agradable descanso de nuestros proyectos de fin de curso.

Nuestra clase de los lunes a las nueve de la mañana estaba dedicada a dicho proyecto final, así que el profesor siempre llegaba tarde, ya que solo acudía para ofrecernos comentarios acerca de nuestro progreso. La fecha de entrega estaba fijada para dentro de cuatro semanas. Luego, los proyectos se exhibirían en un desfile ante toda la universidad, al que también acudirían amigos y familiares.

Cuando terminamos de comer, recogimos nuestras prendas de las mesas auxiliares para empezar a trabajar. Metí la mano en mi bolso y tanteé en busca del costurero.

¿Dónde estaba?

Bueno, ahora sí que me sentía frustrada. Seguí revolviendo el contenido. Como ni aun así lo encontré, recogí mi bolso del suelo para mirar dentro. Pero no estaba.

Busqué en mi mochila y saqué todo lo que llevaba, como una agente de control de aduanas a la que hubiesen provocado: auriculares, credencial de estudiante, sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, brillo de labios, varios anillos.

Necesitaba ese costurero. En él guardaba un hilo de un color específico que había tenido que buscar en tres tiendas de telas diferentes y las agujas que mi padre me había regalado y con las que confeccionaba todas mis prendas.

«Tranquila, tranquila». Puede que se me hubiese caído antes, cuando había cogido el brillo de labios de fresa. ¡Dios mío! Fresa. Mi bolso de crochet de fresa. Mi costurero estaba en ese bolso porque lo necesitaba para arreglarle el agujero de la falda a Claire. Me lo había dejado en casa de la madre de Levi…

Iba a matar a Gabe.

—¿Qué pasa? —preguntó Vera, al reparar en mi pánico.

—Me he olvidado el costurero —resoplé con frustración.

Todas las presentes estaban al tanto de mi extraña costumbre, así como del hilo tan específico que había comprado.

Las dos horas de las que disponía para utilizar todo el equipo del aula y los vistazos y las opiniones adicionales acerca de mi trabajo que podría conseguir eran vitales. Debía entregar mis vestidos a finales de mes e iba atrasadísima. Ya había terminado uno y tenía otro que ni siquiera me gustaba, cuando se suponía que debía entregar un total de cinco. ¿Era culpa mía? Absolutamente. ¿Iba a dejarme llevar por el pánico de todas formas? *Sí*.

Si me marchaba en aquel momento, tardaría unos cuarenta minutos en llegar a pie al tren, cogerlo y luego caminar.

Llamaron a la puerta y seguido se oyó un «¿Hola?».

Todas giramos la cabeza de golpe hacia la puerta que teníamos detrás.

Si antes no había entrado en pánico, ahora sí, porque Levi —mi Levi, Levi Coldwell— estaba en la puerta.

11

«Me habría arrodillado solo para oírte decir que sí»



Llevaba una cartera de cuero colgada del hombro y una pila de libros en los brazos. Vestía unos pantalones negros y un suéter gris arremangado. Sus ondas cortas y oscuras descansaban sobre sus... ¿gafas? Gafas. Llevaba gafas. Unas de montura oscura apoyadas en su pequeña nariz, supuse que sonrosada gracias al matutino aire primaveral.

Bajé la vista hacia lo que yo me había puesto y de inmediato alisé mi camisa holgada con las manos. Su mirada estaba repleta de nerviosismo, hasta que me localizó entre el revoltijo de telas y chicas del aula.

—¡Levi, hola, disculpa! —dije apresuradamente, al darme cuenta de lo mucho que había tardado en responder.

Su rostro se iluminó con una sonrisa que le hizo relajar los hombros. Sentí las piernas temblorosas cuando me levanté con brusquedad de mi silla para recibirlo en la puerta. Las chicas susurraron a mi espalda mientras lo arrastraba hacia el pasillo. Todas

sabían quién era, gracias a nuestras noches de tacos y vino, en las que una no podía evitar compartir todos sus secretos juveniles y vergonzosos, porque ellas también compartían los suyos. Como si el hecho de pasarlo bien implicara disfrutar de la hilaridad de ser una mujer enamorada.

No me pasó por alto la confusión con la que Levi saludó con la mano a una de ellas. Estaba casi segura de que se trataba de Sandra.

Cuando miré hacia atrás, Daya y Vera estaban fingiendo enrollarse, como si fuesen estudiantes de instituto. Eso era lo que se conseguía compartiendo tu vida amorosa con tus amigas.

Mientras cerraba la puerta tras de mí y rezaba para tener un aspecto presentable, Levi empezó a hablar.

—No pretendía presentarme aquí como si fuera el padre de una estudiante de instituto; es que anoche te dejaste el bolso en casa de mi madre —explicó al entregármelo. Gabe iba a ponerse como loco cuando se lo contara—. Habría llegado antes, pero necesitaba un pase de invitado. La próxima vez, rellenaré el papeleo de antemano.

—La próxima vez —repetí, sumergiéndome ya de lleno en la idea de volver a verlo en aquel contexto. «Nota mental: añadir a Levi a mi lista de invitados en secretaría».

Mientras le cogía el bolso, me quedé sin palabras por un instante. Y entonces me di cuenta de algo.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Él apartó la mirada y se rascó la nuca, lo cual hizo que se le subiera el dobladillo del suéter… Era demasiado temprano para aquello.

El tono de su voz me devolvió a la realidad. Casi parecía avergonzado.

—He llamado a Linda. —Ay, Dios mío, había llamado a mi madre

—. Espero que no te moleste; no estaba seguro de lo importante que es todo lo que llevas ahí dentro. —Señaló mi bolso.

Negué con la cabeza con incredulidad. Eran las nueve y media de un lunes en la ciudad o, en otras palabras, el equivalente a un Black Friday en los almacenes Macy's.

—Levi, no tenías por qué hacerlo…

—De verdad que no me importa. De todas formas, iba de camino a clase —respondió en voz baja, señalando con la cabeza hacia la ventana, desde donde podíamos ver la calle.

—Vaya, ¿qué clase tienes? ¡Eso son muchos libros…! —murmuré pensando en voz alta.

Se rio.

—Es porque voy a impartir yo la lección. Esta semana, mi profesor tiene reuniones fuera de la ciudad, así que me deja sustituirle —respondió, como si no fuera gran cosa. Pero sin duda lo era. De hecho, era el ejemplo perfecto de algo importante. Uno podría ponerlo en la descripción del diccionario como ejemplo porque así de significativo era.

La asignatura sobre Jane Austen en la que era profesor auxiliar, llena de universitarias que tenían la oportunidad de ver a Levi —la versión académica, tímida, con suéter y gafas— quién sabía cuántas veces a la semana. Un Levi atractivo, con brazos atractivos, pelo atractivo y gafas atractivas.

Tiré de mi camisa, intentando alisarla de nuevo. ¿Por qué había dejado de planchar la ropa? Mientras intentaba arreglármela, el bolso me resbaló por el hombro y se cayó, derramando todo el contenido por el suelo.

Era un desastre. Por su culpa.

Me agaché de inmediato para recogerlo todo, pero Levi me imitó. Se subió las perneras de los pantalones antes de arrodillarse y luego

recogió el doble de cosas con sus manos, más grandes que las mías.

—¿Ya te he estropeado la mañana por completo? —pregunté con un suspiro.

—En realidad, el día entero. Puede que incluso todo el mes, aunque solo sea la primera semana de mayo.

Cuando eché la cabeza hacia atrás, vi que exhibía una sonrisa con un toque pícaro.

—Voy a estar pensando en que me has obligado a pasar por una universidad mucho más guay que la mía, a dejar una cosa y luego a hablar con mi amiga.

Sentí un vuelco en el corazón al oír la palabra «amiga».

—Supongo que mi universidad es un poco más guay que la tuya —admití, encogiéndome de hombros y sintiéndome más cómoda, más como nosotros.

—Mucho más guay —me corrigió. Arrodillados en el suelo, estábamos tan cerca que el calor de su aliento parecía el susurro de un beso contra mi mejilla—. Algún día, me encantaría ver en qué estás trabajando.

—Solo si tú me recitas a Jane Austen como si esto fuese una obra de época —le pedí.

—Solo si tú eres mi costurera —argumentó.

—Vale, vale. —Puse los ojos en blanco, me levanté y me ajusté los vaqueros.

Él se quedó a mi lado, arreglándose los pantalones y recolocándose las gafas.

—En serio, necesito un traje a medida para la boda y prefiero pagarte a ti que a otra persona.

—¿Quieres que lo haga yo?

—Bueno, desde luego, no iba a pedírselo a Claire.

Ignoré su broma porque el estrés me reverberó por la columna.

—Ni siquiera has visto nada de lo que he cosido en… cuatro años…

—Sí, yo…

—… y lo más probable es que puedas encontrar a un profesional que te lo haga más rápido…

Parecía confundido.

—Pero eso no es lo que yo…

—… y mejor y…

—Dani, quiero…

No lo estaba entendiendo.

—… y será más limpio y…

—Daisy.

Cerré la boca y, a juzgar por su expresión exasperada, supe que estaba tan sorprendido como yo por sus palabras. Tenía las mejillas sonrojadas y algunas ondas le habían caído sobre la frente, como si nos hubiéramos separado tras un beso.

Sentí como si nuestros años de amistad se desvaneciesen lentamente para revelar lo que quedaba: mis antiguos sentimientos románticos por él y la ausencia de los suyos por mí. Pero escuchar ese apodo —mi apodo—, uno que solo empleaban unas pocas personas, me resultó mucho más íntimo viniendo de Levi.

Y supe, *lo supe*, por su expresión de sorpresa, idéntica a la mía, que él también pensaba lo mismo.

Levi apartó la mirada un segundo, presumiblemente rumiando sus siguientes palabras, con la mandíbula tensa.

—Sé que no te consideras lo bastante habilidosa para hacerlo, pero yo sé que lo eres. Si no tienes tiempo —definitivamente, no lo tenía—, entonces no volveré a mencionarlo, te lo prometo. Por el contrario, si lo tienes… —Dejó que su pregunta tácita flotase en el aire.

Si aceptaba, eso solo me añadiría más trabajo, puesto que tanto la boda como el desfile iban a celebrarse dentro de cuatro semanas y debía entregar mis solicitudes para el posgrado al cabo de dos. Tendría que asegurarme de que todo estuviera perfecto y de que no faltara ni una sola hebra porque no podía permitirme reemplazar un traje entero.

Sin embargo, se trataba de Levi… Cuatro años después, estaba más guapo y era más maduro, de una forma que desearía poder bordar en tela.

—De acuerdo —accedí, precisamente por eso.

Él enarcó las cejas en un gesto de sorpresa y un brillo explotó en su mirada.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Pero me vendría bien que quedásemos lo antes posible para tomarte las medidas y acabarlo con tiempo —añadí. Iba a necesitar que se lo volviese a probar para comprobar si era imprescindible algún otro retoque, lo cual requeriría que se lo pusiera varias veces…

No debería haberme puesto colorete líquido.

—¿Qué tal te va el viernes? —preguntó.

Hice una pausa al darme cuenta de qué viernes se trataba.

—Tengo una cita.

Cierta expresión cruzó por su rostro, tan tenue como un velo, pero desapareció enseguida y no pude analizarla.

—¿Con quién?

—Con Jia, tengo que vigilar cómo va su cita.

—Ah, claro, normal. ¿Por qué?

—Para asegurarme de que el tío con el que ha quedado no sea un asesino en serie, evidentemente.

—Evidentemente. ¿Ha habido algún encontronazo con un asesino

en serie en algún momento? —preguntó. Sus gafas y su atuendo con ese toque académico solo le conferían un aura más seria.

—Si contamos al sureño con el que Gabe tuvo una cita en una ocasión, ese que talaba árboles para ganarse la vida, entonces sí.

—No suena en absoluto como un encontronazo, aunque sí que parece emocionante. ¿Te apetece tener compañía?

—¿Estás seguro? No suelo pedir comida ni nada. Me limito a sentarme, observar y hacer la crónica.

—Puedo pedir yo la comida —respondió, consciente de que ese era el camino a mi corazón.

—¿Y hacemos la prueba de vestuario después?

—O antes, lo que te venga mejor. —Casi sonaba tímido. Como si yo fuera la profesora y él, mi alumno, nervioso cuando le tocaba hablar. Dios mío, esas gafas que llevaba me estaban afectando.

—Después, porque antes tengo una reunión en el campus que no termina hasta las siete.

—En ese caso, te recogeré aquí el viernes. Quizá podrías presentarme a tus amigas. —Posó la mirada en la puerta que quedaba a mi espalda, donde… ¡Madre mía! La discreción no figuraba en el vocabulario de ninguna de esas chicas. Todas tenían las orejas o los ojos puestos en la rendija de la puerta. Intenté no ponerme colorada como un pastel de cerezas.

—Hace muchos años que ninguna de ellas está con un hombre y mucho menos han visto a uno. —Desde detrás de la puerta nos llegó un ruido ahogado, o varios.

Levi soltó una carcajada.

—Pues está decidido. Te veo el viernes. —Y así, sin más, bajó las escaleras y salió por la puerta.

Me di la vuelta lentamente, con la esperanza de parecer una muñeca poseída en una película de terror cutre.

—¿No podíais por lo menos cerrar la puerta? —En lugar de que las cinco saliesen corriendo o me cerraran la puerta en las narices por miedo, corrieron hacia mí con un millón de preguntas.

—¿Ese era Levi? —gritó Lexi, sorprendida.

—¿Ha dicho que es profesor? —inquirió Camille con asombro, a lo que rápidamente aclaré que era el ayudante de uno.

—¡Esas gafas! —exclamó Vera.

—Ha venido hasta aquí solo para traerte el bolso —susurró Lexi.

—Menudo tío bue… —empezó a decir Sandra antes de que la interrumpiera. No necesitaba que me lo recordara; era plenamente consciente.

Daya enarcó la ceja como una casamentera traviesa.

—La reunión del viernes va a ser de lo más interesante.

12

«Y cuando la tierra envejezca, la consolaré en el caos de la tormenta»



—¡Sabía que te llevaría el bolso! —gritó Gabe, levantándose de su asiento, con los brazos en alto como si hubiera marcado un gol.

Jia negó con la cabeza.

—Eso no significa nada, Gabe.

Él volvió a sentarse, un poco más sereno.

—Siente algo por ti, Dani. Se ha ofrecido a vigilar contigo a tu amiga durante su cita del viernes por la noche. ¿Sabes lo que hacen los tíos con su aspecto los viernes por la noche?

Jia y yo compartimos una mirada de «¿tú sabes de qué está hablando?».

Gabe puso los ojos en blanco.

—Clubes de *striptease*. —Se encogió de hombros y puso las manos sobre la mesa, frente a nosotras, como si hubiera dejado caer el micrófono en una innovadora charla TED.

Jia y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—¡Que Levi no vive en una fraternidad, Gabe! ¡Escribe poesía y se acuesta antes de las diez! —expliqué entre lágrimas de risa.

—¡Pues es la verdad! —respondió él, intentando defenderse.

Jia empezó a agitar las manos.

—¡Deja de hablar, que me duele mucho la tripa! —Estaba encorvada, riéndose a carcajadas.

Tras recomponerme y secarme la lágrima que me caía por la nariz, le dije:

—Agradezco tu apoyo, pero Levi y yo siempre quedábamos los viernes por la noche. Dudo que los últimos cuatro años haya estado pagando para ver mujeres semidesnudas mientras bebe una cerveza a la que le han inflado el precio.

Gabe negó con la cabeza, visiblemente horrorizado por mi ignorancia.

—Ahora es un hombre, Dani. Dudo que siga quedándose en casa todos los fines de semana vigilando a sus hermanas. Está buenísimo. Los tíos atractivos no dejan pasar la vida sin aprovecharla.

No sabía cómo explicarle que Levi no era así. Él andaba por casa en pantuflas y prestaba atención a los dramas escolares de Rhea y Claire mientras preparaba la cena con su madre, porque eso era lo que quería. Deseaba comprobar con sus propios ojos que estaban bien y eran felices.

Sin embargo, sabía lo idiota que sonaría si les contaba aquello, sobre todo, porque Levi sí había madurado durante esos últimos cuatro años. Era posible que saliese de fiesta los fines de semana, que bebiese y besase a mujeres que el día anterior no conocía. Prácticamente, había admitido algo así, ¿no? ¿No era ese el objetivo de la situación en la que nos veíamos: que pareciese capaz de comprometerse?

Fuera como fuese, no importaba. Su amor era de esos que se

comparten, no de los que se acaparan.

Sabía que Jia y Gabe me observaban mientras yo lo procesaba todo. En lugar de decir nada, volví a escribir. Estábamos en nuestro restaurante de siempre, en nuestra mesa de siempre (nuestro lugar para vigilar las citas), rellenando solicitudes de posgrado. Salvo Jia, que estaba actualizando su currículum. Al día siguiente por la noche volveríamos a estar allí, para su cita.

—¿Qué tal vas con la redacción? —me preguntó.

Agradecí el cambio de tema. Solo quedaban dos semanas para la fecha límite de las solicitudes de posgrado. Había llegado la hora de la verdad.

—No me quito de encima la sensación de que todo lo que escribo es insuficiente.

—Vuelve a leerme la premisa.

—Escriba sobre un momento crucial de su vida que le impulsase a crecer.

—¿Sobre qué has escrito hasta ahora?

—Sobre mudarme a la ciudad…, entrar en la universidad… y aprender a coser.

Su ceño fruncido, que revelaba una profunda reflexión, me indicó lo que estaba pensando mi amiga. Podía oír lo que no expresaba flotando en el aire: que escribiese sobre la pérdida de mi padre. También era lo primero que se le había ocurrido a Ethan. Pero no pensaba hacerlo.

—¿Qué te ha dicho tu tutor? —quiso saber.

—Cree que debería escribir sobre la primera vez que vi uno de los desfiles de mi madre. —(Su segunda idea).

Me había estado reuniendo con Ethan dos veces por semana desde que se había abierto la recepción de solicitudes de posgrado. Él me había ayudado a acotar las opciones y a revisar qué

instituciones ofrecían los mejores programas de diseño de moda y alta costura. Iba a solicitar plaza en todas las universidades de moda de Nueva York, así como en algunas de Francia y Reino Unido. Dudaba sobre si solicitar plaza en un lugar tan lejano, pero él me había dicho que no había problema. Sin embargo, a mí solo me interesaba un máster, el de Lazaro, que se impartía allí mismo, en la ciudad.

Era la única solicitud que aún no había enviado. Irónicamente, tenía la segunda tasa de aceptación más baja, superada solo por la ESMOD, en París. Ethan había estudiado el máster en Lazaro hacía tan solo dos años, pero había conseguido un empleo en el sector durante ese tiempo, así que tenía un montón de historias de primera mano sobre cómo era trabajar para diseñadores y celebridades.

También era muy atractivo. Hacía que me sudasen las rodillas y me pusiera colorada durante nuestras reuniones.

Aunque no era tan guapo como Levi.

Levi tenía una mandíbula angulosa, una sonrisa encantadora y una facilidad de palabra que lo diferenciaban de todos los demás. En cambio, Ethan era atractivo de una forma que te hacía mirarlo dos veces si te cruzabas con él por la calle. No en el sentido de mirarlo desde el otro lado de su escritorio y preguntarte cómo sería darle la mano por encima de la mesa de un restaurante.

Levi era el hombre sobre el que las mujeres escribían novelas románticas, mientras que los chicos como Ethan eran réplicas de esos personajes en la vida real.

—Date tiempo, ya se te ocurrirá —me tranquilizó Jia. No se lo discutí porque me sentía demasiado derrotada. En vez de eso, volví a concentrarme en mi portátil e intenté pensar en cómo iba a responder a esa pregunta cuando no me había sentido inspirada en años.

13

«¿Estaba mal por mi parte pensar en ti cuando nunca fuiste mía?»



—Si crees que esa falda pega con esos zapatos, menos mal que no intentas ser estilista.

Todos los presentes nos quedamos boquiabiertos, incluso yo, lo cual decía mucho, porque a aquellas alturas no quedaba nadie a quien no hubiese oído decir algo malévolo.

Gabe lanzó a Vera una mirada de disgusto desde detrás de su escritorio, el que estaba al frente del aula, junto al proyector, que estaba empleando para enseñarnos a una supermodelo desde su portátil.

El resto de integrantes del club estábamos sentados en sillas frente a su improvisado podio, mientras él intentaba explicar por qué aquel era el mejor conjunto de una celebridad esa semana.

Vera no estaba en absoluto de acuerdo.

¿Quién hubiera pensado que a la gente podría apasionarle tanto lo que se pusiera una famosa? Bueno, yo y el resto de estudiantes de

Moda.

—¡Las minifaldas de tiro bajo son el último grito! —chilló Gabe con tanto entusiasmo que terminó con un salto.

—¡Con esos zapatos no! —repuso Vera con una pasión desconcertante.

Me levanté antes de que Gabe pudiera saltar por encima del escritorio; no teníamos por qué volver a presenciar nada semejante.

Di una palmada digna de una profesora de primaria.

—Que levanten la mano quienes crean que la propuesta de Gabe merece el título de «mejor conjunto de la semana».

Daya y yo nos dispusimos a contar las manos levantadas, pero al no encontrar ninguna, estallamos en carcajadas.

—Si alguna necesita ayuda con el marketing, que se vaya a la mierda —resopló Gabe frustrado y enseñándonos el dedo corazón, mientras recogía su portátil y volvía a su asiento.

Lo más gracioso era que se emborracharía con todas ellas al cabo de una hora. Nadie se lo tomaba demasiado en serio una vez que salíamos de allí.

—¡Eso significa que el mejor conjunto de la semana es la propuesta de Cassidy!

Todos empezaron a recoger sus cosas y a devolver las sillas a su sitio correspondiente. Pero mientras Daya y yo recogíamos los bocadillos y apagábamos el proyector, unas cuantas chicas levantaron la voz.

Como si me leyera la mente, nos giramos en ese preciso instante y descubrimos a seis chicas riéndose en la puerta. ¿Qué miraban?

—Solo busco a Daniella. —Se me tensaron todos los músculos del cuerpo al escuchar a Levi pronunciar mi nombre.

—¡Dani! —gritaron las seis, girándose para mirarme y revelando a Levi, que estaba escondido detrás de ellas. Tenía el pelo empapado

y echado hacia atrás. Las gotas de lluvia destellaban sobre su ropa. Se había puesto una cazadora de tela, una camiseta negra y unos vaqueros. Llevaba una mochila al hombro y, en la mano libre, un paraguas que parecía haber sido destrozado por un perro.

Tragué saliva.

El aula parecía increíblemente silenciosa, y quizá daba esa sensación porque lo estaba. ¿Nos estarían mirando?

—¿Es tu novio, Daniella? —susurró Amelia, una estudiante de Comercio Internacional que se había unido al club el año pasado.

«Voy a echarla del club».

Me puse roja como las brasas de una hoguera. Abrí la boca de inmediato para negarlo, pero nuestro plan se materializó en mi mente como una señal de stop. ¿Y si decía que no y de alguna manera llegaba a oídos de alguien de su familia? ¿O si alguno de los presentes conocía a Bella o a su madre? Aquella vergüenza instintiva por mi parte lo estropearía todo.

Me tragué el bochorno y prácticamente susurré:

—Sí.

En lugar de esperar a la reacción de Amelia, me fijé en la de Levi. Esperaba que pareciese horrorizado o confundido, pero, en cambio, me encontré con la visión más perfecta que había presenciado en toda mi vida.

Se estaba sonrojando. Tenía las mejillas rosas y la mirada baja, mientras que las de todos los demás estaban pegadas a él.

—Maldita sea —murmuró alguien del grupo, haciéndonos reír. Si lo hubiese negado, al menos una de las chicas le habría dado su número.

Levi observó al grupo.

—Puedo esperar…

—¡No! —lo interrumpieron todas.

—Ya hemos acabado —dije en referencia a nuestra reunión—. Solo tengo que acabar de recoger y podremos irnos —expliqué, haciéndole un gesto para que me siguiera. Se acercó mientras yo guardaba el resto de mis cosas y las chicas se dispersaron, todavía admirándolo desde lejos.

—Ahora me gustaría haberme arreglado más —comentó él en voz baja. No supe si era porque habíamos quedado (aunque no era una cita de verdad), o porque estaba en una universidad dedicada a la moda, donde todo el mundo iba vestido para salir por la noche.

—Siempre estás bien, no te preocupes.

—Mentir nunca ha sido lo tuyo.

—¡No miento!

—Daniella, estoy empapado de pies a cabeza. Tengo los zapatos encharcados. Dentro de nada, las ranas empezarán a mudarse a ellos —afirmó con cara seria. Estuve a punto de partirme de la risa —. Está lloviendo, por si no te has dado cuenta.

—¿En serio? Creía que habías ido al túnel de lavado. —Levi se mordió el labio intentando contener la risa. El corazón me dio un vuelco—. ¿Te busco unos zapatos nuevos antes de que lleguen las ranas? —Al fin y al cabo, estábamos en una universidad dedicada a la ropa.

—No, no, no pasa nada. Volverá a pasar en cuanto salgamos. Mejor destrozar solo un par y no dos. Pero ¿existe alguna posibilidad de que tengas un paraguas?

—Por desgracia, no he venido tan preparada. Y nunca hay paraguas disponibles en el vestíbulo.

—En ese caso, parece que vamos a tener que correr.

—Supongo que sí —corroboré, mirándolo. Y, por un segundo, habría jurado que estaba pensando en todas las veces que habíamos corrido del instituto a su coche cuando llovía a cántaros. Si

conseguíamos adelantarnos a la hilera de autobuses que se presentaban allí después del último timbre, él salía corriendo y me acercaba el coche para que yo pudiera subir. Poníamos la calefacción al máximo porque siempre nos castañeteaban los dientes.

Aparté la mirada.

—Lista.

Recogí la mochila, me despedí rápidamente y bajé las escaleras hasta la salida. Tras abrir la puerta principal en silencio, eché a andar hasta que empezó a caer un chaparrón. Enseguida me tropecé hacia atrás y choqué directamente con él.

¡Uf! Levi me sujetó por los brazos mientras me estrellaba de espaldas contra su pecho, evitando así que tropezase del todo. Una especie de disculpa escapó de mis labios mientras huía de su agarre e intentaba recuperar la poca dignidad que me quedaba. No había tenido en cuenta lo cerca que estábamos, ni su altura perfecta, que propiciaba que, si me ponía de puntillas, mi boca se encontrara con la suya.

Volví a observar la tormenta del exterior y luego mi delicado atuendo y mis piernas desnudas, maldiciéndome mentalmente por no llevar vaqueros o, como mínimo, un paraguas.

Llevaba un minivestido que había confeccionado años atrás, de satén con estampado de lunares y flores rosas. Con un suéter encima, el vestido parecía una falda. No era mi primera opción para un aguacero torrencial.

Sin que me diese tiempo a pensar nada más, me vi envuelta en una chaqueta —la suya—. Olía a sándalo y canela, y me pesaba sobre los hombros, como una chaqueta de trabajo pensada para protegerle la piel.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Sí. —Levantó el cuello de la prenda por encima de mis hombros,

intentando crear una barrera que me protegiese la melena.

Por muy amable que fuese el gesto, mi pelo terminó casi tan empapado como el suyo para cuando llegamos al tren. Y por mucho que me decepcionase que se me hubiese estropeado el peinado y que, con toda probabilidad, pareciese una rata mojada, todo aquello ayudó a relajar la tensión entre nosotros. Habíamos estado más concentrados en esquivar charcos y taxis que en intentar hablar.

Josh estaba de pie detrás de la barra cuando entramos al restaurante. Me indicó dónde se sentarían Jia y su cita y, luego, dejó que escogiésemos sitio.

—No bromeabas, de verdad haces esto a menudo —comentó Levi, señalando al camarero con la cabeza.

—Casi todos los viernes por la noche. —Me reí y abrí la carta como si no fuese a pedir lo de siempre. Me la sabía de memoria, incluyendo todos los precios y calorías, pero parecía lo más normal que podía hacer.

—¿Tienes muchas citas?

Levanté la mirada hacia él, pero estaba ocupado leyendo los platos principales. Debí de imaginarme la gravedad con la que lo había preguntado, puesto que no parecía preocupado en absoluto.

—No diría que muchas. Alguna de vez en cuando. —Me encantaba el concepto de las citas: arreglarse, encontrarse en la puerta de un restaurante con alguien tan nervioso como tú. Después sentarse a cenar y hablar durante horas, sabiendo que existía una atracción mutua cuando te miraban los labios o te rozaban el pie por debajo de la mesa.

Aunque nada de eso sucedía en la realidad. Únicamente, en las películas que veía.

Por eso solo tenía alguna cita cada pocos meses; no es que los hombres coquetearan conmigo sin cesar. No era el tipo de chica que

buscaban, ni siquiera una por la que se sintieran atraídos.

Sin embargo, en lo referente a las citas, tenía mi propio ciclo: quedaba con alguien, resultaba ser una auténtica decepción, me preguntaba si alguna vez encontraría el amor y, a continuación, entraba en un proceso de hibernación a base de comedias románticas, durante el cual me convencía de que, si el amor existía en libros y películas, esas historias también debían de estar inspiradas en amores reales. ¿Verdad?

En pocos meses, mi amor por el romance renacía y volvía a las aplicaciones de citas.

Y suma y sigue.

Levi respondió con un simple asentimiento. «¿Qué significa eso?», te preguntarás. Resulta que yo no tenía ni idea. No había visto que un hombre hiciese eso en ninguna comedia romántica. Solían tomarse la pregunta sobre la frecuencia de las citas como una oportunidad para hablar de sus propias vidas amorosas o preguntarme acerca de la mía.

Toqué la pantalla de mi teléfono para comprobar la hora. Jia debería llegar con su cita dentro de un cuarto de hora. Supongo que nuestra carrera hasta la estación de tren nos había hecho llegar temprano.

—¿Vas caminando sola al tren todos los viernes por la noche? —preguntó, como si me leyese la mente.

—A veces voy brincando hasta allí —bromeé, intentando hacerlo reír. Sin embargo, respondí demasiado deprisa, sin reparar en lo preocupado de su tono.

—Dani —insistió con su voz autoritaria de hermano mayor, la que empleaba con sus hermanas pequeñas. Eso solo me hizo sentir peor. Era la última forma en que quería que me hablase: como si fuese otra de sus parientes.

Dejé la carta e imité su tono.

—Algunos viernes, aunque no todos. Las chicas suelen salir después de las reuniones del club, así que las noches que no voy con ellas, me vuelvo sola.

Se ajustó uno de los anillos del par que llevaba a juego en el dedo índice.

—La próxima vez que decidas no salir, llámame y te acompaño.

—He estado yendo sola a la estación de tren desde primer curso.

Levi se pasó la mano por el pelo.

—Llámame, ¿vale? Solo estoy a unas manzanas.

Fruncí los labios, pensativa, pero asentí.

—¿Qué tal va lo de intentar conseguir ese trabajo?

—Ayer tenía una entrevista con un equipo de periodistas, pero la madre de Bella me lo impidió. Su hija debió de mencionarle lo nuestro, porque me felicitó por mi nueva relación.

—Vaya, eso es un poco condescendiente. Me sorprende que quieras trabajar para alguien así.

—No es que quiera. Lo que me gusta es enseñar, por eso dedico cada hora libre que tengo a estudiar y a hacer prácticas docentes. Pero el puesto de periodista viene con un buen sueldo. Me ofrecería la posibilidad de ayudar con las niñas. —No había ni una pizca de cansancio ni arrepentimiento en su voz, solo naturalidad. Como si no tuviera ni idea de lo desinteresado que estaba siendo.

—Levi. —Suspiré con dolor en el corazón—. Creía que a tu madre le iba bien en el sector inmobiliario.

Asintió.

—Sí, sí. Pero no es un trabajo con ingresos estables. Todo depende de si vende bien. Quiero asegurarme de que disponga de dinero suficiente en época de vacas flacas.

Quise decirle que debería seguir a su corazón y dedicarse a la

enseñanza. Deseaba explicarle que su felicidad y bienestar deberían ser más importantes. Que podría haber puestos muy bien pagados en esa profesión, dependiendo de a dónde fuera.

Pero el puesto de profesor no estaba garantizado, a diferencia de aquella oferta de *The New York Times*. Vi cuánto necesitaba ese trabajo por la forma en que encorvó los hombros hacia delante durante la conversación. Decirle que renunciara a su familia y las abandonara cuando Sarah ya vivía a varios estados de distancia era poco realista.

Recordé los años en que a su madre le costaba llegar a fin de mes y lo tenso que se ponía Levi cada vez que ella abría una factura. Ese miedo no desaparecía sin más.

—Te conseguiremos el trabajo. Te lo prometo —le aseguré, inclinándome para darle un apretón en la mano.

Nuestra conversación se vio interrumpida por la repentina aparición de Jia con su cita.

—Es hora de jugar —declaré con la pasión de un entrenador de fútbol. Levi se rio, mostrando el contraste entre sus dientes blancos y su piel bronceada. Casi se me olvidaron mis siguientes palabras, pero entonces vi lo que llevaba puesto el acompañante de mi amiga —. ¿Esa es su cita?

Levi siguió mi mirada.

—¿Por qué lo dices?

Me apreté contra la mesa, intentando inclinarme hacia él. La discreción era vital. Utilicé el menú como barrera por si acaso a la cita de Jia se le daba increíblemente bien leer los labios.

Levi observó e imitó mis movimientos. Sin embargo, se olvidó de que era más alto que yo, porque nuestras narices quedaron solo a unos centímetros de distancia cuando se inclinó sobre su lado de la mesa.

«Tranquilízate, Daniella».

—Lleva una camiseta con un cubo de Rubik —susurré horrorizada.

Él entornó los ojos.

—¿Qué tienen de malo los cubos de Rubik?

—No es el cubo de Rubik en sí, sino que lleve eso en una primera cita.

Se lo pensó antes de asentir. Se pasó la lengua por el labio inferior tan deprisa que me dieron ganas de pellizcarme por haberme fijado.

—¿Qué debería llevar puesto, entonces?

Me incorporé de nuevo, dejé el menú y lo pensé durante unos instantes. ¿Qué me gustaría que se pusiese un chico en una primera cita?

—Unos vaqueros limpios estarían bien. Una camisa sencilla y puede que una chaqueta bonita —respondí.

Él bajó la vista hacia su ropa y entonces lo entendí. Mortificación. Me convertí en una nube de mortificación que contenía todas las palabras vergonzosas que una chica podía decirle a la persona que le gusta. Para eso, más me valía desnudarle mi corazón allí mismo, porque la atracción que sentía por él no podía haber resultado más obvia.

Sin embargo, Levi me dedicó una sonrisa amable mientras se arreglaba la parte inferior de su camisa negra y sencilla.

Sabía que no debía, pero no pude evitarlo.

—¿Tú tienes muchas citas?

Sus ojos se encontraron con los míos, repletos de sorpresa, y entreabrió los labios. Se aclaró la garganta.

Una cosa era que me lo preguntara él, puesto que estábamos allí por mi amiga. Pero someter a escrutinio su vida amorosa era algo que yo evitaba incluso en el instituto.

La ignorancia era una bendición para la Dani de aquella época.

—No muy a menudo, no —respondió.

Asentí. Había cambiado de opinión; no quería hablar de su historial amoroso.

El resto de la velada transcurrió con calma. Observamos a Jia charlando con Cubo de Rubik y cenando. No hubo miradas alarmantes ni peticiones de ayuda, así que seguimos hablando, incluso después de que ella y su acompañante se marchasen.

Evitamos el tema de las citas en todo momento y eso parecía ser lo ideal, porque habíamos vuelto a un ritmo cómodo de bromas y piques.

La alegría que me inundaba al recuperar aquella amistad no podía expresarse en palabras. Sin embargo, no cubría el vacío que sentía en el corazón y que se agrandaba cada vez más. Y sabía que no mejoraría cuando volviéramos a casa esa noche.

14

«Medianoches y horas de ensoñaciones desandando
los pasos que nos han traído hasta aquí»



—Mi madre y Mandy se han ido a pasar fuera el fin de semana —le comenté mientras cerraba la puerta de entrada detrás de nosotros y encendía algunas lámparas.

Siempre me había encantado el aspecto de aquella casa de piedra rojiza por la noche. El cielo oscuro del exterior y la luz amarilla de las lámparas del interior aportaban una calidez a los sofás mullidos y a las flores que solo nuestro vecindario tenía. Pero ni siquiera esa calidez podía calmar la ansiedad que anidaba en mi pecho.

—Bueno. Podemos ir a mi habitación, si quieres.

Me miró con vacilación, asimilando la pregunta.

—Me parece bien —respondió, en un tono similar al mío.

Asentí, ya que me había quedado sin palabras, y dejé que me siguiera escaleras arriba en dirección a mi cuarto.

No sabía por qué estaba convirtiendo aquello en algo raro; no tenía por qué serlo. ¡No era raro!

Ya habíamos estado en la habitación del otro; no en aquella en concreto, ya que nos habíamos mudado después del instituto, pero eso daba igual. No pude evitar que esa diferencia me pusiese nerviosa. En cierto sentido, permitirle entrar en mi habitación, que nunca había visto y en la que solo vivía mi yo adulto, en lugar de mi yo adolescente, me hizo sentir como si estuviéramos adentrándonos en el multiverso.

Levi entró en mi baño en suite para cambiarse mientras yo preparaba lo necesario para tomarle las medidas: una regla pequeña, varios imperdibles, una cinta métrica y un lápiz. No me costó encontrarlo todo, puesto que mi habitación estaba tan impoluta que podría haber cenado en el suelo.

Me había asegurado de limpiar esa misma mañana, a sabiendas de que él entraría allí. Había intentado esconder algunas de mis baratijas infantiles, como las pulseras con margaritas de cristal y unos marcos que había hecho con púas de guitarra. Casi me había planteado limpiar las paredes (mi madre decía que todo el mundo debería limpiar las suyas como mínimo una vez al mes), pero dado que la mitad de mi habitación estaba cubierta de papel pintado, verde con paniculatas blancas (horriblemente aplicado porque había sobrado de nuestra antigua casa), decidí pasar del tema. Sin embargo, cuando me disponía a esconder mi lámpara de fresa debajo de la cama, me di cuenta de que no tenía sentido ocultarlo todo.

Que me gustase la decoración colorida no significaba que no fuese una adulta. Al menos, eso me dije a mí misma.

Aunque sí que escondí el jarrón con forma de hada, ese con flores sobresaliéndole de la cabeza.

Las flores habían acabado en los arbustos del vecino.

—No te rías. —Me di la vuelta al instante y lo descubrí en el

umbral de la puerta con el traje puesto. Esperaba reírme, pero eso no sucedió, porque estaba impresionante.

Sí, el traje podría ajustársele mejor en algunas zonas, pero el azul marino oscuro le sentaba de maravilla a su piel. La chaqueta le quedaba unos dos centímetros y medio grande a cada lado del torso, y también el largo de los pantalones.

—¡Oye, no me mires así! ¿Tan mal me queda? —preguntó.

Despegué los ojos de su cuerpo y lo miré a la cara.

Sentía las mejillas más calientes que los cruasanes de chocolate que le encargaba a Marty.

—Ah… No, no. —Me aclaré la garganta—. He visto cosas mucho peores, la verdad.

Él enarcó las cejas, lo cual me hizo entrar en pánico durante un instante, pero enseguida transformó el gesto en una burla amistosa.

—¿Y cuándo ha sido eso?

Puse mi expresión más seria para preguntar:

—¿Qué pensabas ponerte para el baile de graduación?

Estallamos en carcajadas.

—¡No estaba tan mal! —insistió, conteniendo una risa que solo me hizo reír aún más.

—De verdad que sí —insistí, pensando en el horrible estampado floral del interior de la chaqueta mientras me secaba una lágrima. Estaba sonriendo tanto que me dolían las mejillas.

Al terminarse nuestro ataque de risa, su semblante se tornó melancólico.

—¿Por qué dejamos de hablar, Dani? —La pregunta me sentó como una bofetada. Me borró toda sonrisa de la cara.

¿Cómo se suponía que debía responder a eso? ¿Por dónde empezar? No podía limitarme a decir: «Porque estaba enamorada de ti, pero tú de mí, no». ¿Acaso no lo había entendido ya? ¿Es que me

había imaginado todo lo sucedido en último curso? Porque la noche del baile de graduación, cuando Levi había besado a Cora Messing como si fuese su fuente de oxígeno, se me había quedado grabada a fuego en la mente.

Sabía que no me lo había imaginado.

El día que había presenciado aquello, me había dado cuenta de que necesitaba alejarme. Si no podía amarlo, entonces no debería poder ser su amiga y seguir torturándome.

Incapaz de reunir el coraje para defenderme o hablar con él al día siguiente, me había encerrado en mí misma. No había ni un recoveco de mi ser con la confianza suficiente para acercarse a Levi.

Por mucho que quisiera creer que ya no era la misma chica insegura de dieciocho años que había sido en el instituto, seguía actuando igual que entonces: evadiendo el problema.

—No… No lo sé. —Negué con la cabeza, mirando al suelo para evitar que la verdad se reflejara en mis ojos. Observé cómo sus pies se acercaban a los míos sobre el suelo de madera, arrastrando el pantalón del traje. Tragando saliva, añadí—: Voy a tomarte las medidas.

Levi permaneció callado mientras me colocaba frente a él, con los ojos a la altura de su barbilla. Su aliento me rozó la frente mientras le medía el torso. Reduje dos centímetros y medio a cada lado de la chaqueta y a la altura de su cintura, y le pregunté:

—¿Qué tal así?

—Mucho mejor.

Asentí ante su respuesta.

Me incliné hacia atrás sobre el escritorio, cogí dos alfileres de gancho, los abrí y me los coloqué entre los labios con cuidado.

Al darme la vuelta, tiré de la tela de un lado para medirla y confirmar que eran dos centímetros y medio, pero la chaqueta se me

escapó de las manos de repente, cuando Levi levantó el brazo. Me rozó el labio inferior con los dedos en lo que pareció un movimiento a cámara lenta. Podría haberse caído un vaso de mi mesita de noche y yo no lo habría oído hasta al cabo de dos minutos.

Cuando alejó los dedos, se llevó consigo los alfileres.

—Yo te los sujeto —dijo con voz ronca.

Fui incapaz de formular una respuesta porque los labios me ardían a causa del fantasma de su roce. Casi me sentí tentada de coger más alfileres solo para que lo hiciera de nuevo.

Negué con la cabeza en un gesto incrédulo, como si encontrase ese comentario molesto, en lugar de excitante.

Volví a medir y recuperé los alfileres de sus manos para sujetar la tela con ellos. Cuando hube acabado con la chaqueta, me arrodillé y pasé a las perneras del pantalón.

Ya había trabajado con modelos masculinos, de modo que no se trataba de la primera vez que rozaba las piernas de un hombre para calcular la tela sobrante. Pero, Dios mío, ninguno de ellos era tan desgarradoramente atractivo como Levi. Mientras hacía todo lo posible por reprimir cualquier pensamiento impropio que apareciera en mi cabeza, supe que el rubor me estaba coloreando las mejillas.

Menuda tortura.

Doblé la parte inferior del pantalón para que ya no le tapase el zapato.

—¿Qué te parece este largo? —pregunté.

Él abrió los ojos de golpe, como si lo hubiera despertado de una siesta.

—Perfecto —me aseguró.

Cogí más alfileres y medí y fijé la parte inferior de la prenda.

—¿Cómo van las solicitudes de posgrado? —preguntó en tono indiferente.

Bueno, supuse que íbamos a volver a hablarnos como personas.

—Pues la verdad es que hoy mismo he hablado del tema con mi tutor.

—¿Y qué tal ha ido?

—Bueno, la fecha de entrega de todas ellas es dentro de una semana y media, pero sigo atascada con una. Así que he ido a hablar con Ethan…

—¿Ethan?

—Mi tutor —expliqué—. Me ha dicho que, si incluía mi nombre completo en la solicitud, tendría más posibilidades.

—¿Y eso por qué?

—Cree que debería incluir el apellido de soltera de mi madre en la solicitud y en las redacciones. —Tras la boda de mis padres, mi madre había conservado su apellido de soltera porque así era como se la conocía en la industria de la moda. Todas sus entrevistas, las etiquetas de sus vestidos y sus desfiles incluían ese apellido.

Al nacer yo, habían decidido juntar sus apellidos con un guion y habían puesto el de mi padre primero. De pequeña, solo escribía el de él, porque era más fácil. Pero ahora, como alguien que intentaba entrar en el mismo sector que mi madre, evitaba por completo su apellido, porque quería que mi propio trabajo fuese lo único que me condujera al éxito.

—Dani, ese es un pésimo consejo. ¿Le has estado haciendo caso?

—Entiendo por qué lo dice. Ethan lleva varios años en la industria; los contactos son clave para abrirse camino.

—Él… —Se aclaró la garganta e hizo una pausa—. ¿Puedes ponerte de pie mientras hablamos? —Levanté la mirada hacia Levi y me di cuenta de que prácticamente le había estado hablando directamente a su… entrepierna.

¡Ay, Dios mío!

Aparté la vista de golpe. No solía pensar en mi mínima experiencia sexual; de hecho, intentaba no cavilar acerca del tema. Pero era casi imposible evitarlo en momentos como aquel.

Me puse de pie de inmediato, sujetándome la falda para asegurarme de que no se me subiera. No necesitaba nada más por lo que sentirme abochornada.

Levi me miró sin un ápice de vergüenza.

—Te está pidiendo que te cambies el nombre para que te acepten, en lugar de confiar en tu trabajo para llegar hasta ahí. —Me sostuvo la mirada a la espera de una reacción, obviamente sorprendido de que hiciese caso del consejo de Ethan.

Lo que él no entendía era que resultaba improbable que mi trabajo fuese suficiente para llegar hasta ahí. Trabajaba día y noche y ponía cada pedazo de mi corazón en mis creaciones, pero eso no las hacía revolucionarias ni innovadoras.

Al no expresar ningún desacuerdo, Levi continuó:

—Te ayudaré con la solicitud, con lo que necesites.

Me agaché de nuevo al darme cuenta de que había un alfiler fuera de lugar.

—Hemos terminado.

—¿Disculpa? —preguntó como si le hubiera dicho que le había robado a su primogénito.

—El traje. Ya he tomado las medidas; puedes cambiarte.

—Ah, de acuerdo. —Lo observé mientras entraba en el baño, intentando evitar mirarle el culo. Dios, me odié por pensarlo, pero es que era increíble.

—¡Por cierto, esta conversación no ha terminado! —gritó de buen humor desde la puerta. Me reí—. Ese tío no te conoce.

—¡No es para tanto, Levi!

—¿Te acuerdas de Jack Huntington? —preguntó desde el baño.

Procesé el nombre durante unos instantes, intentando recordar. Entonces, se me encendió la bombilla.

—¡Dios! ¿El chico que hizo aquel comentario sobre mi culo?

Gruñó.

—Sí, ese.

—¡Era un imbécil!

—En aquella época, no te lo parecía. No querías contarle a nadie lo que te decía porque no era para tanto. —Casi podía ver las comillas en el aire a través de la puerta cerrada.

—Bueno, lo castigaron como una semana después por algo que le dijo a otra chica.

Oí que se abría la puerta del baño mientras guardaba los alfileres en la caja de debajo de la cama.

—Dani, lo castigaron porque le di un puñetazo.

—¿Que hiciste qué? —Pero las palabras se me atragantaron un poco cuando me di la vuelta y lo vi plantado a medio vestir en el umbral.

Se estaba pasando la camiseta por la cabeza y vi cómo se le flexionaban los músculos del abdomen.

—Le di un puñetazo. —Se encogió de hombros, satisfecho con su respuesta, mientras acababa de ponerse la camiseta—. No dejaba de decir cosas así de ti. Le dije que parase y luego hizo otra broma al respecto, así que le pegué. Ambos recibimos un castigo, solo que el suyo fue más largo que el mío.

—Estás loco. —Lo miré con los ojos como platos, intentando procesar lo que me acababa de contar. ¿Le había dado un puñetazo a alguien?

—Lo habría hecho por cualquiera de mis hermanas.

Esa comparación me derritió los músculos. Estaba aturdida por culpa de una nostálgica tristeza. No había pegado a otro chico a

causa de ningún instinto protector romántico, sino porque me consideraba una de sus hermanas. Odiaba lo mucho que eso me destrozaba.

—Y te digo que esto sí importa, igual que aquello —prosiguió.

Me tragué mis pensamientos y pregunté:

—¿Qué me recomiendas?

—El Met.

—¿El Met? ¿El museo de arte?

Una pequeña sonrisa se abrió paso por su rostro.

—Para inspirarte. Es donde voy a escribir cuando me atasco. Podríamos ir el domingo, si te apetece. Incluso te dejaré burlarte de mi ropa.

Reprimí una carcajada, aunque no logré evitar sonreír.

—No puedo, se supone que tengo una reunión con Ethan.

—¡Que se vaya a la mierda! No le necesitamos.

Me reí.

—A lo mejor puedo cambiar de día la reunión.

Una sonrisa infantil asomó a la comisura de sus labios.

—¿Te parece bien a las cuatro? ¿Unas horas antes de cenar?

La constatación de que siempre estaba invitada a todo, de que me quería como compañía, hizo que se me pusiera la cara del color de una flor corazón sangrante. La nostalgia era más potente que la de los veranos de secundaria.

Decir que sí fue tan fácil como dejarme caer en la cama.

15

«Porque me miras como si mereciera una condena,
cuando ni siquiera sé qué crimen he cometido»



El viaje en tren y la corta caminata hasta el Met fueron tranquilos y románticos. Me habría sentido como en una comedia romántica si Levi y yo no estuviéramos intentando identificar todas las formas en que alguien podía ser asesinado en Nueva York, aparte de las más obvias.

—Muerte por rejilla de alcantarilla —afirmé con seguridad.

—Si crees que eso supera a la muerte por la gata salvaje del vecino, voy a necesitar una explicación —respondió en tono formal. Ambos estábamos tomándonos muy en serio el debate.

No estaba segura de cómo habíamos llegado a situaciones tan gráficas. Todo había empezado al exigirle frenéticamente que se atase el cordón del zapato antes de subir al metro, porque una vez había visto algo en las noticias sobre alguien a quien se le había atascado el cordón en la puerta de un tren, que luego había arrancado y provocado que dicha persona se precipitase a su

muerte.

Aquella historia le había hecho reír, pero unos segundos después se había dado cuenta de que estaba preocupada de verdad y se había apresurado a atarse bien el cordón.

Estábamos a tan solo una manzana del museo y yo hacía todo lo posible por seguir sus largas zancadas. Él ya había aminorado el ritmo dos veces, al darse cuenta de que definitivamente había crecido en altura y fuerza durante los años de universidad, mientras que yo seguía siendo veinte centímetros más baja.

—Imagina que vas caminando por la acera y, de repente, alguien se acerca por detrás y te empuja. —Incliné la cabeza para asegurarme de que seguía el hilo. Pero cuando levanté la mirada hacia él, descubrí que él también estaba concentrado en mí. Había olvidado lo que se sentía cuando te observaban al hablar; no que te mirasen fijamente, sino que te *observaran*. Desde la forma en que bajaba la barbilla para absorber por completo mis pensamientos verbalizados hasta la precisión con la que se concentraba en mis labios para captar cada palabra. Estuve a punto de tropezarme, a pesar de que no había obstáculos en el suelo.

—Yo… Bueno… Pues resulta que tienes delante una rejilla de alcantarilla abierta y te caes dentro.

—Eso parece extremadamente circunstancial —especuló.

—¿Y que la gata salvaje de tu vecino te ataque no lo es?

—Eso lo dices porque a ti nunca te ha atacado la gata de Marty.

Subimos las imponentes escaleras de piedra del museo y Levi pagó ambas entradas, apartando mi cartera antes de que me diese tiempo a sacar el dinero. Insistí en que me dejara devolvérselo, aunque me interrumpí al sentir su mano en la parte baja de la espalda, guiándome hacia el interior del edificio. Su contacto convirtió la gruesa tela vaquera de mi mono en más fina que los

pétalos de una flor. Quise abandonarme a esa sensación, pero mi hábito de evitar cualquier roce con él se me había incrustado como una maldición, por lo que me mantuve erguida.

«Mantén la calma», me recordé. Era solo una mano… Manos que podían cubrirme todo el culo; que podían agarrarme la mandíbula y levantar mis labios hacia él; que podían perderse en mi pelo y hacerme sentir como en casa.

Madre del amor hermoso.

Atravesamos galerías repletas de cuadros y esculturas, donde la mayoría de las salas estaban tenuemente iluminadas, alumbrando solo las propias pinturas. Las paredes eran de un tono malva oscuro, decoradas con obras de arte contenidas en marcos dorados. La gente que paseaba por allí estaba callada, como si existiera un acuerdo tácito para disfrutar del museo en silencio.

Por ese motivo, me sobresaltó el sonido de una risa aguda. Me giré y vi a una niña pequeña a la que su padre cogió en volandas. La levantó en el aire, imitando los ruidos de un avión, cosa que a su hija le provocó un ataque de risa. Luego la bajó hasta abrazarla contra su pecho y le apartó el pelo de la cara.

Tragué saliva y miré al techo. Era el truco de mi madre para contener las lágrimas cuando algo salía mal en una sesión fotográfica o en un desfile. Lo de levantar la barbilla ayudaba de alguna forma.

Me giré y vi los mismos pensamientos en el rostro de Levi.

—¿Con qué frecuencia piensas en él? —pregunté.

No me miró al responder. No despegó la mirada de aquel padre, como si estuviera reviviendo un sueño trágico.

—Todos los días. Lo veo en cada habitación en la que entro, como si estuviera esperándome al otro lado de la puerta. A veces, te juro que oigo su voz por la mañana llamándome para que baje. Y hay

veces en que echo a correr y no lo recuerdo hasta que estoy en mitad de las escaleras. —Negó con la cabeza y emitió un sonido parecido a una risa, pero en cuyo eco resonaba la derrota—. Ni siquiera vivo en la misma casa donde me crio.

Sus palabras me anegaron los ojos de lágrimas.

—Entonces, ¿no se ha hecho más fácil?

Levi dejó escapar un suspiro.

—No es que no se haya hecho más fácil, sino que mis ojos y mi corazón se niegan a creer la realidad.

¿Podría yo vivir así para siempre? ¿Esperando a que mi corazón se adaptase a la vida real? Me había acostumbrado a la vida sin mi padre, pero eso no significaba que me sintiera bien.

—Quiero enseñarte algo que me recuerda a ti. —Al acercarnos a otra sala llena de estatuas, me condujo hasta una alta escultura de mármol de un hombre al que le faltaban los labios y la nariz. Era como si alguien lo hubiera esculpido en mitad de una rinoplastia para la que no lo habían dormido.

Le di una palmada en el brazo.

—No pienso volver a acompañarte a ningún lado.

Su risa resonó en sus palabras y en su pecho.

—Es broma, es broma, lo prometo. Solo quería ver tu reacción. El cuadro está por aquí.

Mi decepción disminuyó cuando me rodeó los dedos con su mano para tirar de mí hacia otro pasillo. Era solo un gesto amistoso; en el instituto solíamos darnos la mano cuando recorríamos juntos los pasillos abarrotados. Pria, de Anatomía, siempre me fulminaba con la mirada cuando nos veía.

Intenté no darle demasiadas vueltas a la sensación de su palma en la mía, porque así era él y siempre lo había sido: coqueto. Demostraba su amor por ti con palabras y contacto físico.

No logré evitar bajar la mirada hacia nuestras manos, donde su manga me rozaba la muñeca. ¡Oh! Juraría que aquella era mi vieja pulsera, la de las margaritas amarillas de cristal. Era exactamente igual a la que Levi me había regalado por mi decimoctavo cumpleaños. Pero la había guardado en el fondo de mi jarrón del hada, que estaba en el alféizar de la ventana, lleno de peonías. No, imposible. De todos modos, hacía años que no echaba un vistazo dentro.

—Es este —anunció, deteniéndome frente a un cuadro enorme que cubría la pared.

Era el cuadro de una mujer pálida y bien vestida. Llevaba un vestido voluminoso que cubría la silla de felpa; sentada en un escritorio frente a una ventana, sostenía flores y una nota. La pintura irradiaba luz solar; cada color del cuadro poseía un matiz amarillo o naranja. Al leer la placa en la pared, vi que ponía: *La carta de amor*, de Jean-Honoré Fragonard.

—¿Por qué?

Dudó un momento.

—Cuando lo miro, solo te veo a ti.

—No soy tan vanguardista, ni mucho menos.

—Totalmente en desacuerdo. Todo lo que te pones es perfecto.

Bajé la cabeza hacia mi ropa para darle más efecto.

—Sobre todo, me encanta tu mono, en especial, cuando te llenas los bolsillos de cosas ridículas.

—¡No los lleno de cosas ridículas!

—Mmm —murmuró, sabiendo que estaba en lo cierto. Me frustró muchísimo.

—Creía que a la mayoría de los hombres les van más las minifaldas y las camisetas escotadas. —En cuanto pronuncié esas palabras, me arrepentí.

«Completamente innecesario, Dani, no hay por qué discutir con cada persona que te hace un cumplido».

—Nunca he dicho que no me gusten. —Desvió la mirada hacia un lado de mi cara. Se aclaró la garganta—. Vamos a escribir. —Señaló el banco vacío en mitad de la galería, desde donde aún podíamos ver el cuadro al sentarnos.

En lugar de sacar mi cuaderno para buscar ideas para mi redacción, cogí mi bloc de dibujo. Levi me observó mientras sacaba un lápiz y dibujaba la silueta de una mujer. Empecé a dibujar una falda vaga alrededor de sus caderas y la uní a un corpiño.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando me preguntó:

—Nunca he entendido cómo lo haces. —Parecía un niño asombrado. Levanté la cabeza, se me había medio olvidado que estaba sentado a mi lado.

—¿Dibujar?

Negó con la cabeza, intentando reformular la pregunta.

—Sí, pero no. ¿Cómo se te ocurren tantos diseños?

—La verdad es que, desde hace un tiempo, me cuesta crear. Es como si se me hubiera agotado la creatividad y ahora solo me quedasen colchas hechas de retazos de proyectos pasados. Hace tiempo que no se me ocurre nada original ni que valga la pena compartir.

—¿Las películas de Hepburn ya no funcionan? —preguntó como quien no quiere la cosa, pero a mí me pareció de todo menos casual. ¿Cómo se acordaba de que solía volver a ver las películas de Audrey Hepburn cuando necesitaba inspiración? Hablábamos de la misma persona que olvidaba la combinación de su taquilla cada día, y eso que nunca cambiaba, pero de alguna manera recordaba aquello.

Solía recurrir a las películas de Hepburn como un agente

inmobiliario con trabajo de oficina recurría a *Million Dollar Listing*. Sus películas estaban repletas de modelitos anticuados, pero eran obra de diseñadores clásicos que creaban prendas atemporales. Se me estremeció el corazón.

—No tan bien como antes. Ya he extraído todas las ideas posibles de su filmografía. Sin embargo, todavía se me para el corazón cuando llegan las escenas en las que camina entre la multitud con un vestido impresionante y todos se giran a mirarla. Esas eran las mejores secuencias, cuando iba a una gala o a un baile.

—¿Has ido a alguna desde que empezaste la universidad?

—¿A una gala? ¡Dios mío, no! —Me reí.

—No iba a decir nada, porque no quería que sintieras que tenías que aceptar, porque sé que sentirás que tienes decir que sí, y sé lo ocupada que estás y…

—Levi, suéltalo. —Me reí con ganas.

—La semana que viene, se celebra una gala en el Plaza para festejar el compromiso de Sarah. La ha organizado el padre de Jeff.

—¡Vaya! Qué amable por su parte.

Su mirada de hermano mayor preocupado le dibujó arrugas en la frente.

—Es un tema político; su padre se presenta a fiscal del distrito. Y parece que anunciar la boda mostrará una «fachada familiar fuerte».

—Una gala elegante, entonces, qué divertido. Si intentas convencerme de que te robe un traje de mi uni, entonces me debes mucho más que una tarta de fresa. —Entorné los ojos de una forma que sabía que lo haría reír. Se le escapó una carcajada. Sonó tan fuerte en contraste con el silencio del museo que lo agarré del brazo para callarlo. No ayudó que yo también me estuviese riendo.

Él se calmó.

—Sé mi acompañante, ven conmigo.

Me dio un vuelco el corazón. Era la peor forma posible de pasar el sábado. Debería ponerme una minifalda, ir a un bar y emborracharme, como la mayoría de los universitarios, no salir con mi mejor amigo del instituto.

—¿Estará Bella? —Si iba a ir a esa gala, sería por el trato que teníamos, y solo por eso, para recobrar la cordura. No me convenía autoconvencerme de que me estaba pidiendo que fuera su cita.

—Sí —respondió.

El ceño fruncido me hizo darme cuenta de que iba a preguntarme por qué, así que abrí la boca.

—En ese caso, parece el lugar perfecto para convencerla de que tienes una relación seria.

16

«Creo que me estoy enamorando»



—Sí, el jueves me va bien —respondí por teléfono.

—¿Has estado pensando en mi idea? —preguntó Ethan al otro lado de la línea.

Con el móvil encajado entre la oreja y el hombro, fui recogiendo mis cosas por toda la floristería, a sabiendas de que Levi llegaría en cualquier momento.

—No me parece bien. —Le había dado un par de vueltas a su propuesta de incluir el apellido de soltera de mi madre en mi solicitud para el posgrado y en mi redacción, y había llegado a la conclusión de que no era lo correcto.

La seguridad de Levi en que podría entrar solo con mi trabajo era suficiente para convencerme.

Hablando del rey de Roma, entró justo cuando Ethan me respondía, pero sus palabras se convirtieron en ruido de fondo. Levi esbozó una sonrisa radiante cuando la puerta se cerró tras él, captando mi atención. Ese día llevaba unas gafas diferentes: con

una montura de alambre ligeramente circular. Le sujetaban un rizo que le rozaba la frente. Una sudadera oscura con capucha complementaba la chaqueta vaquera y sus tejanos negros. Si no lo conociese, habría creído que tocaba en una banda.

—¿Daniella? ¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Ethan. Por supuesto que no, porque estaba demasiado concentrada en el modelo que acababa de entrar por la puerta, como si llevase el pecho al descubierto y se estuviese echando agua por encima.

—¡Sí, sí, lo siento! —Levanté la mano hacia Levi para que me concediera un segundo. Me acomodé el teléfono en el hombro, cerré la caja registradora, apagué las luces, comprobé que las neveras llenas de flores estuvieran enchufadas y cogí mis bártulos—. ¿Te importa repetir eso último? Se ha cortado al final —le pedí a Ethan.

Levi intentó quitarme las bolsas de los hombros al salir de la tienda, pero las alejé como si jugara al tira y afloja.

—Dame las bolsas —articuló, intentando no hacer ruido para no interrumpir mi llamada mientras yo cerraba con llave de la floristería.

Me aparté el móvil de la oreja y me incliné hacia él.

—Puedo yo —susurré con determinación.

—Dani, ¿hay alguien ahí? —preguntó Ethan aún más confundido. Mierda. Le lancé a Levi una mirada de pánico, pero él estaba mirando mi teléfono, ofendido.

—Eh… ¡No, no, lo siento! Es solo que… ¡Estoy acabando de atender a una clienta!

No me estresaría tanto lo que Ethan creyese acerca de dónde estaba de no ser porque había cancelado nuestra reunión para pasar el día con Levi mientras mi tutor creía que tenía que trabajar.

Y sí que tenía que trabajar, solo que no a la hora de nuestra sesión... Prácticamente, había tenido que rogarle que me llamara, así que era imperativo que no supiera que le había mentido.

Me aparté el teléfono de la boca y grité al otro lado de la calle:

—¡Disfruta de las petunias, Marjorie!

Mi actuación provocó que Levi se echase a reír a carcajadas. Se tapó la boca con la mano, pero no fue suficiente para ocultar su maravillosa sonrisa. Le di un golpe en el hombro.

—¡Cállate! —articulé.

Él aprovechó la oportunidad para quitarme las bolsas de los brazos, sabiendo que no podía discutir, y meterlas en el coche. Puse los ojos en blanco y me senté en el asiento del copiloto. Ethan suspiró.

—Daniella, no le digo que sí a cualquiera cuando me piden una reunión por teléfono, ya sabes lo llena que tengo la agenda. —Que utilizase mi nombre completo me trajo recuerdos del instituto. La vergüenza me llenó la garganta—. ¿Por qué no seguimos con esta conversación mañana en mi casa y así no habrá interrupciones?

Sentía la culpa en el esternón por haber cancelado la reunión cuando él había dedicado tanto tiempo a ayudarme. Pero entre intentar terminar mi proyecto y el traje de Levi, también tenía la agenda llena esa semana. Encontrar tiempo para otra sesión implicaría otra noche en vela para acabar los dos últimos vestidos. No es que no confiase en él; no estaría manteniendo esa conversación si pensase que era un asesino en secreto; sencillamente, no tenía tiempo.

—Lo sé, me siento fatal, lo siento. ¿Qué tal el jueves? Estaré en el campus todo el día — propuse esperanzada.

Él volvió a suspirar de forma audible.

—No pienses que hago esto por cualquiera, porque no volveré a ofrecerme para este favor, ni siquiera por ti. —Sus palabras eran severas, aunque me dio la sensación de que sonreía. Dejé caer los hombros, aliviada.

—No te imaginas cuánto te lo agradezco.

—En mi despacho, a las siete de la tarde. —Y cortó la llamada. Dejé caer el móvil en mi regazo, me recosté en el asiento y cerré los ojos. Hablar con la gente era agotador, pero por teléfono era aún peor.

Una llamada de Ethan implicaba recomendaciones apresuradas y, por lo tanto, respuestas improvisadas por mi parte. Él siempre estaba cronometrando el tiempo para cumplir con su horario.

—¿Esa noche llegarás tarde a casa? —preguntó Levi, lanzándome una mirada rápida antes de volver a concentrarse en la carretera.

—No demasiado, a las ocho deberíamos haber terminado.

Otra mirada, pero esa vez acompañada de un ceño fruncido.

—Eso es tarde.

—No tanto como en otras ocasiones. —Esperaba una expresión de desaprobación o una carcajada, pero en vez de eso, solo obtuve silencio. Sin embargo, su silencio nunca era un castigo, sino su forma de reflexionar. Solía hacer lo mismo en el instituto, cuando el profesor le pedía una respuesta o sus hermanas le hacían preguntas lógicas y complejas, como «¿Por qué existen los perros?».

No obstante, la casa de piedra rojiza de su madre apareció frente a nosotros antes de que pudiera decir nada más. Había llegado el momento de fingir. Cogernos de la mano, sonreír, mirarnos con cariño.

Recuperé mi bolso del suelo del coche cuando él vino a abrirme la puerta.

—Gracias.

Asintió, me dio la mano y me condujo escaleras arriba. Sentía la mano congelada en la suya e intenté no moverme para que no se me quedara grabado en el cerebro hasta el último centímetro de su piel. Sin embargo, cuando llamó a la puerta y se giró para mirarme y

comprobar en silencio si estaba bien, me aferré a sus dedos, tratando de memorizar la sensación de su mano antes de tener que soltársela.



A pesar de estar sentada al otro lado de la mesa, Bella llevaba veinte minutos recorriendo el cuerpo de Levi con la mirada, como si lo estuviera desvistiendo.

No podía culparla; yo me había pasado cuatro años enamorada de su presencia, por no hablar de su apariencia, pero, Dios, que yo estaba delante. Aquello era más doloroso que la vez que había manchado el vestido de novia que había diseñado mi madre el día antes de que lo fotografiaran para la portada de *Vogue*. Era como si no estuviera sentada junto a Levi, con nuestras manos entrelazadas sobre la mesa para que todos las vieran.

Fingiendo, fingiendo, fingiendo.

No había parado de repetírmelo desde que me había acunado la mano con la suya. En mi cabeza oía un monitor de hospital, pero el pitido subió una octava cuando me rozó el nudillo del índice con la yema del pulgar. Creo que di un pequeño respingo, aunque los demás parecían demasiado absortos en la conversación sobre la boda como para darse cuenta.

—¿Qué tal el Met hoy? —preguntó Sarah. Yo tenía la boca llena de pasta, así que me giré hacia Levi, a mi derecha, para que respondiese.

—Más concurrido de lo habitual para ser domingo —contestó él.

—Esa es una de las cosas que más echo de menos de la ciudad: que siempre hay gente —recalcó su hermana.

—Siempre puedes volver.

Sarah puso los ojos en blanco.

—Preferiría no tener que compartir piso con tres personas más para poder permitirme vivir aquí.

No supe si se refería a su madre, Rhea y Claire, o al hecho de que Levi tuviese tres compañeros de piso. En cualquier caso, no se equivocaba. Un apartamento diminuto con un alquiler mensual equivalente a la entrada de un coche no era precisamente ideal para una pareja de recién casados.

Él no levantó la mirada cuando ella respondió, lo cual provocó que la charla muriese por completo.

Sarah y Jeff habían vuelto a la ciudad solo para preparar la boda, pero Levi me había contado que habían estado viviendo en Vermont los últimos dos años. Esa había sido la única ocasión en que habíamos hablado de ello, y no me costó darme cuenta de que él no tenía ningún interés en seguir con la conversación.

En un intento por cambiar de tema, le pregunté:

—¿Estás diciendo que no quieres mudarte con Levi y sus compañeros de piso? Seguro que te harían sitio en los armarios.

Sarah se rio, lo cual me valió una mirada fugaz de Bella, que estaba al otro lado de la mesa.

—¿Has visto su apartamento? ¡No cabría ni en los armarios!

—¡No están tan mal! —se defendió él con una risotada.

—Tienes que salir de ahí, esos tíos viven como cerdos. Podrías mudarte a Vermont, ¿sabes?

—Ya lo hemos hablado, no me interesa marcharme de Nueva York.

—¿Os habéis planteado iros a vivir juntos? —preguntó Sarah.

Todos los presentes guardaron silencio, lo cual me obligó a levantar la vista del plato para darme cuenta de que ese plural se refería a Levi y a mí…

¡Ay, madre! No se me ocurría ni una sola mentira en un radio de once kilómetros.

Era incapaz de responder ninguna pregunta acerca de nuestra relación falsa, ¡y mucho menos sobre nuestro ficticio futuro! Obviamente, allí nadie estaba el tanto, porque creían que habíamos pasado de amigos de la infancia a amantes, cuando en realidad solo éramos dos adultos que en el pasado habían sido amigos, pero cuya relación presente estaba llena de momentos incómodos y un flechazo no correspondido.

—Ni siquiera nos hemos graduado todavía —respondió él, negando con la cabeza y desdeñando el tema.

—¿Y qué? —insistió ella, encogiendo los hombros—. Os conocéis desde hace años. ¡Sois la pareja perfecta!

—¿Os vais a vivir juntos? —gritó Claire desde el extremo de la mesa, uniéndose a la conversación. Esbozó una amplia sonrisa, enseñando todos los dientes, mientras se inclinaba sobre la mesa, loca de contento.

—¿Significa eso que os vais a casar y a tener hijos? —gritó Rhea.

—A ver… —Ejem—. Yo… —Cof, cof, cof. «Creo que me estoy ahogando». Probablemente, era el momento más conveniente para caer muerta.

—¡Levi y Dani sentados en un árbol! ¡BESÁNDOSE! —gritó Rhea.

—¡Que se besen! ¡Que se besen! ¡Que se besen! —empezó a cantar Claire. Miré a Levi para que lo aclarase todo, pero capté la mirada de Trish. Su sonrisa era de pura alegría; una que rara vez había visto en el pasado. Y él también había reparado en ello, puesto que la observaba con el mismo asombro.

Al conocerla, ocho años atrás, Trish esbozaba sonrisas tristes y siempre tenía los ojos cansados, puesto que llegaba tarde de trabajar e iba directa a meterse en la cama. Así era su vida tras la

muerte de su marido. Ser testigo de una de sus sonrisas genuinas era como ver un colibrí en tu jardín: algo maravilloso y excepcional.

Me alegraba saber que su carrera en el sector inmobiliario había sido exitosa. Tanto que les había permitido mudarse a la ciudad. Pero una tristeza persistente subyacía en su postura y en las arrugas alrededor de los ojos.

La culpa me inundó el corazón y me fue imposible reprimirla. Le hacía feliz que Levi y yo estuviésemos juntos. ¿Cómo se sentiría cuando dejara de presentarme allí sin ninguna explicación?

Trish empezó a cantar con Rhea y Claire, provocando que toda la mesa se uniera. *Toda la mesa*. Creo que incluso oí cantar a la abuela Coldwell.

A mi derecha, Levi no parecía tan asustado como yo, sino más bien curioso, como si realmente estuviera pensando en ello. Mantuvo los ojos fijos en mi cara con serena transparencia y tenía la cabeza inclinada hacia abajo en el ángulo perfecto.

Mi mente era como una radio con el dial roto; nada cambiaba por mucho que me esforzara en acallar mis fuertes pensamientos.

«Esto no puede estar pasando».

17

«Mentiría si dijera que nunca pensé en el camino
que podrían dibujar mis manos por tu cuerpo»



Mis pensamientos se sucedieron más deprisa que los créditos finales de una película: no podía besar a Levi; no podía permitir que la primera vez que nos besáramos fuese delante de todo el mundo; no podía dejar que me besara cuando ni siquiera sentía algo por mí. Eso era el equivalente a volverse adicto a un medicamento que no te habían recetado.

Habría pagado millones por saber en qué pensaba él mientras me devolvía la mirada. Era tan pesada que me obligó a apartar la mía, que aterrizó en la copa de vino que tenía delante.

Mi siguiente movimiento fue tan impulsivo que agradecí no haberme concedido el tiempo necesario para pensarlo bien.

—¡Lo siento mucho! —exclamé.

Levi saltó de su asiento, provocando que su silla chirriara contra el suelo de madera. Levantó la cabeza con brusquedad, sorprendido, antes de que se le encendiera la bombilla. Una sonrisa traviesa

apareció en su rostro, a pesar del vino que le manchaba la camisa. Su reacción me hizo estallar en carcajadas, mientras todos los demás se tapaban la boca o se ponían de pie para ayudar.

Entre su expresión de sorpresa y la forma en que el vino había aterrizado únicamente en su camisa blanca, me fue imposible contener la risa. Y el modo en que me miró… Me sentía como si hubiera recuperado a mi mejor amigo. Los dos estábamos en nuestra discreta burbuja de comprensión mutua.

—Creo que va a dejar mancha —comenté.

Él resopló y me cogió de la mano para alejarme a toda prisa de la mesa.

—¡Pues te toca ayudarme!

Chillé cuando me arrancó de la silla, presumiblemente para llevarme al baño. Mi risa empezó a apagarse mientras mi cerebro asimilaba la sensación de su mano en la mía y el hecho de que estábamos a punto de entrar en…

Abrió la puerta del baño, tiró de mí hacia dentro y la cerró.

—Serás gamberra, ¡me gustaba esta camisa! —gritó. La diversión era evidente en su cabello despeinado.

Se señaló la prenda blanca; empapada con remolinos de vino tinto, como si le hubieran abierto el corazón.

—¿Qué querías que hiciera? —Me apoyé en la puerta del baño mientras recuperaba el aliento. Pensar bajo presión no se contaba entre mis mayores habilidades, pero esta vez me felicitaba por haber salido del paso.

Él puso los ojos en blanco, divertido. Cerró la tapa del inodoro, se sentó, se recostó, abrió las piernas y se desabrochó la camisa.

¡Madre del amor hermoso! Apreté las caderas con fuerza contra la puerta del baño, como si eso fuese a impedir que me cayese. Observé cómo flexionaba sus largos dedos alrededor de los botones,

desabrochándolos uno a uno, estudiándolos con precisión. Uno, dos, tres botones desabrochados.

¡Guau! El techo estaba precioso, ¿lo habían pintado hacía poco?

—¿Tan horrible sería besarme? —Al tener la cara inclinada hacia abajo, la voz le sonó ronca.

Solté una risa incómoda, pero no dejé de mirar hacia arriba.

—Eso no formaba parte del trato.

—Eso no es lo que me ha dicho cierto pajarito.

Giré la cabeza como si me hubiera dado un latigazo.

Se rio de mi reacción

—Tranquila, tranquila. Una de las damas de honor me contó lo que oyó que comentabais por teléfono Gabe y tú la otra noche.

¿De qué había hablado con Gabe? ¿De qué había hablado con…? Ay, madre. Se refería a cuando mi amigo me había obligado a dejar el bolso y había sacado a relucir lo de la lengua…

—Estás de coña —dije, mortificada.

Levi se dio cuenta de la vergüenza que sentía y continuó en tono amable.

—Delanie me lo contó la otra noche, cuando se emborrachó con Sarah; dijo que los detalles de nuestra intimidad la dejaron francamente impresionada —me informó mientras dibujaba comillas en el aire—. Me alegró la semana. —Se rio.

El siguiente ruido que salió de mi boca recordó mucho al de un gato moribundo. Me tapé los ojos.

—Voy a matar a Gabe —anuncié, aunque sonó más como «voyamataraGabe» porque tenía las manos apretadas contra la cara —. Estoy completamente horrorizada y voy a necesitar que salgas de aquí para poder morir en paz.

—Oye. —Levantó la voz.

Aparté un dedo para averiguar por qué y me encontré con que se

estaba poniendo de pie, con la camisa medio desabrochada, para acercarse a mí. Me apresuré a cubrirme los ojos de nuevo. No debería estar viendo aquello.

—Nunca tienes por qué sentirte avergonzada conmigo. Somos mejores amigos, ¿recuerdas? Ahora, déjame verte la cara.

La luz volvió a entrar en mi campo de visión cuando me apartó un dedo y fue despegando lentamente el resto.

Una nueva melodía de monitor de hospital resonó en mi cerebro: «somos amigos, somos amigos, somos amigos».

—Hola —susurré una vez que mis párpados dejaron de estar cubiertos. Aún humillada, intenté ignorar que llevaba la camisa desabrochada.

—Hola —me respondió también en un susurro. En un gesto encantador y seductor, mantuvo los ojos fijos en mi rostro y los labios entreabiertos. Si bajaba la mirada, aunque tan solo fuese unos centímetros, vería los músculos de su pecho que se escondían bajo la camisa de algodón.

—Hola —repetí.

—¿Y bien? ¿Qué es eso de la lengua? —Emití un sonido que se parecía tanto a una máquina de coser rota como a un gruñido. Le di un empujón en el hombro.

—Eres odioso.

Se rio de mi golpe y se recostó en el inodoro para terminar de desabrocharse la camisa. Yo sentí que el rubor me tatuaba los pómulos.

Cuando terminó, se incorporó y dejó que la prenda se le deslizara por los hombros y los brazos. Sin mover la cabeza, volví a mirar al techo. Lo último que necesitaba era una imagen de él completamente descamisado grabada para siempre en la retina.

—Para tu información, es una broma privada de la que jamás te

haré partícipe.

Levi abrió el grifo y sumergió la camisa.

—¡Venga ya! Quiero enterarme de la broma.

—Quítatelo de la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Quieres que me arrodille y suplique? Porque lo haré.

Sentía la cara en llamas. «Mantén la vista fija en el techo, mantén la vista fija en el techo, no mires a este hombre sin camisa mientras pronuncia las palabras "suplicar" y "de rodillas"».

—Yo… —continuó.

—¡Me lo voy a llevar a la tumba, Vi!

Mis palabras cortaron el aire, silenciándonos a ambos. Al mirarlo por primera vez en todo ese rato, me di cuenta de lo que acababa de decir.

Él me miraba como si hubiera visto un fantasma, y esa era exactamente la sensación que estaba experimentando yo. Cada vez que captábamos un vistazo de las personas que solíamos ser juntos, era como si el fantasma de nuestro pasado entrase en la habitación y nos recordara que cuatro años nos separaban por una razón.

Ya no éramos Vi y Daisy. Nunca volveríamos a serlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió.

—Siempre. —Lo oí cerrar el grifo, escurrir la camisa y abrir el armario de la ropa blanca a mi derecha. Capté el destello de la tela con el rabillo del ojo y observé cómo terminaba de pasarse la camiseta por la cabeza y volvía a sentarse.

Se quedó callado un segundo, a todas luces pensando en su pregunta, mientras giraba los dos anillos que llevaba en el dedo. Se deslizó uno por el nudillo, se lo puso en el siguiente dedo y luego hizo lo mismo con el segundo; movía ambos en sincronía, como una pareja de patinadores artísticos.

Por fin, levantó la cabeza para mirarme.

—¿Te gusta Ethan?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te gusta en un sentido romántico? —La pregunta no podía estar más clara y, aun así, me costó comprender su relevancia porque ¿qué tenía que ver Ethan con todo aquello?

—No. ¿Por qué crees eso?

—Por cómo hablabas con él por teléfono. Parece que su opinión te importa mucho.

—Bueno, claro que sí, es mi tutor. Tiene experiencia en el campo en el que quiero trabajar. Pero eso no significa…

—¿Que él esté interesado en ti?

Me quedé muy quieta, atónita. ¿Lo que hablaba era su instinto fraternal y protector o su preocupación porque nuestra falsa relación se viniese abajo?

Negué con la cabeza y solté una risa incrédula.

—Ethan no está interesado en mí.

—Te ha pedido que fueses a su casa, Daniella —recalcó. El uso de mi nombre completo me sobresaltó; hablaba muy en serio.

—Es la primera vez que pasa.

—Más vale que sea así. —Su mirada de hermano mayor había vuelto.

—Ethan es así, amable.

—Su trabajo no es ser amable. ¿Siempre ha sido así?

—Dios mío, Levi, no vayas por ahí. Me invitó a salir una vez…

Se puso de pie como si lo hubieran electrocutado.

—¿Qué?

Mierda. Me apresuré a soltar las siguientes palabras.

—Fue antes de convertirse en mi tutor…

—Dani, da igual. Yo solo llevo unos meses trabajando como

profesor y ya sé lo mal que está eso —dijo, enfatizando sus palabras con las manos e inclinándose para mirarme a los ojos—. Te juro por Dios que si alguna vez intentara tocarte…

—¡No! ¡No, eso nunca ha pasado!

—¿Trabajaba en la universidad cuando te lo pidió?

Me encogí.

—Bueno, sí…

Levi resopló, miró al techo y se pasó una mano por el pelo, tirando de los mechones. Irradiaba ira, pero aun así no pude evitar notar cómo se le tensaban los músculos y lo devastadoramente atractivo que era.

—Dios mío. Tienes que cambiar de tutor, de inmediato.

—¡Oh, no, no, no! —Negué con la cabeza—. Es el mejor que hay.

—Ese es justo el problema. Sabe que lo necesitas.

—No lo necesito a él; solo necesito su ayuda. —Apreciaba que Levi siempre se preocupase, como si entre nosotros no hubiera pasado el tiempo. Sin embargo, odiaba que actuase así. Lo odiaba cuando creía tener voz y voto en qué hombres me gustaban y a cuáles les parecía atractiva.

Tenía veintidós años y al cabo de unas pocas semanas iba a graduarme de la universidad; era una adulta. No me hacía ninguna falta que me tratase como a una hermana más por lástima.

—¡Exacto! He oído cómo te ha hablado por teléfono.

Mi frustración aumentaba a medida que él refutaba mis palabras. Era ridículo.

—¿Por eso has estado tan raro en el coche? ¿Por qué te comportas como si fueses mi hermano? —le espeté.

En cuanto escupí aquello, quise retirarlo. Intenté respirar hondo, pero mi cuerpo era incapaz de retener el aliento. No sabía qué decir.

Levi me miró como si le hubiera dado una bofetada y, por la forma

en que la ira hacía que me temblase el cuerpo, era como si lo hubiera hecho.

—Bueno, lo siento si te parece que me comporto como tu hermano, pero ese ha sido mi trabajo durante los últimos diez años, nunca he tenido opción. Así que no me resulta fácil fingir que está bien que alguien coquetee contigo en semejante tesitura. Me importan tu seguridad y tu bienestar, y necesito saber que estás bien en todo momento. Así que, si no creo que estés a salvo, no me lo voy a callar ni un segundo.

Me había destrozado. Su pecho subía y bajaba con pesadez. Por sus palabras, cabría esperar furia en su tono. Sin embargo, lo único que persistía en él era la tristeza. Parecía tan derrotado como yo arrepentida. Me acerqué para disculparme, pero su exhalación me interrumpió.

—Si no vas a cambiar de tutor, entonces pasaré a recogerte después de tus reuniones con él.

Oh.

—No es necesario.

—Quizá tú no lo creas, pero sí lo es, por mi propia cordura. Ahora, volvamos antes de que Rhea piense que estamos haciendo bebés.

18

«Mi corazón estaba tan lleno de nuestros recuerdos que estos pintaban mi cuerpo como un álbum de recortes»



—Chicos, he metido la pata hasta el fondo.

—Ya, eso es obvio.

—¡Gabe! —grité por teléfono, imitando el tono de una niña.

—A ver, Dani, le has dicho que se comporta como tu hermano cuando toda su vida se ha visto obligado a asumir un rol paterno por culpa de la muerte de su padre —exclamó Jia—. Tus palabras, no las mías —añadió rápidamente.

—¡Ay! ¿Por qué tuve que abrir la boca? —Se me enganchó una horquilla en el pelo mientras me la arrancaba con frustración, rehaciéndome el peinado.

Estar sentada frente a la máquina de coser, intentando terminar el último vestido pendiente con el pelo atascado en la boca, no era lo más conveniente. Había llamado a Gabe y a Jia porque necesitaba desesperadamente interactuar, y había puesto el teléfono en modo

altavoz mientras seguía trabajando en los pliegues.

Los habría llamado antes, pero cuando Levi me había dejado en casa la noche anterior, lo único que quería era la comodidad de mi cama, encender la vela de leche de arándanos y enviar un correo electrónico a mi padre en paz.

—Porque necesitas expresar cómo te sientes o, de lo contrario, se te enquistará, muñeca —me aseguró Gabe—. ¿Por qué no te disculpas?

—Porque decir que me siento avergonzada es quedarse corto —gemí.

—¿Qué solías hacer cuando os peleabais en el instituto? —preguntó Jia.

Estuve a punto de colocar el dedo debajo de la aguja en movimiento.

—¡Jia, eres un genio! ¡Tengo que irme, luego os escribo! —Colgué antes de que se me olvidara y empecé a escribir la carta.



Cuando Levi y yo nos peleamos en el instituto porque no había asistido a la fiesta de su decimosexto cumpleaños, le escribí una carta. Para él, las palabras podían sonar como música si se combinaban de la forma correcta. Levi sabía que yo no poseía la capacidad de formar pensamientos coherentes, así que, si me tomaba el tiempo de escribirle una carta, sabía que todo lo que decía en ella era en serio.

Le había escrito una carta de tres páginas explicándole que, cuando ya había recorrido la mitad del camino de entrada de su casa para acudir a su fiesta, uno de los chicos había hecho un comentario

sobre mi ropa y mi cuerpo, se había reído y luego había entrado en la casa. Yo solo había tardado treinta segundos en procesar sus palabras, otros dos en empezar a llorar y a sufrir temblores, y luego sesenta para correr calle abajo de vuelta a mi casa. Las lágrimas me habían cubierto la cara como maquillaje resistente al agua, negándose a desaparecer. Mi madre y Mandy, que llevaba un año viviendo con nosotras, desde la muerte de mi padre, habían corrido hacia mí con los ojos vidriosos.

No le había contado a Levi qué había dicho aquel chico ni quién era —Jack Huntington, el muy maldito—, pero sí que había sido suficiente para sentirme avergonzada y marcharme. Lo último que quería era verlo en ese momento, con los ojos hinchados y, al parecer, vestida como una mojigata. Así que había vuelto a casa con su regalo en brazos.

Esa había sido la primera vez que le contaba algo así.

Siempre me preocupaba que, si compartía las cosas desagradables que la gente me decía, me asociaran con ellas. Que los demás empezarían a notar que, en efecto, tenía muchos granos, o que la ropa que confeccionaba era demasiado cliché, o que me vestía como una abuela de setenta años que había perdido las ganas de vivir. Si contaba lo que otros decían de mí, eso sería lo único que vería el resto.

Por eso, cuando me criticaban o se burlaban de mí, jamás se lo contaba a nadie. Esos recuerdos se habían convertido en esqueletos en mi armario en cada cita, entrevista y primera impresión, llamando a mi puerta para recordarme mis defectos. Guardarlos bajo llave formaba parte de mi instinto de supervivencia.

Le había llevado la carta al día siguiente, tras enviarme él un mensaje de texto diciéndome lo molesto que estaba por mi ausencia.

Esa noche, alguien había llamado con firmeza a mi puerta y, al abrir, había visto a Levi con los ojos llorosos. Me había abrazado y me había dicho cuánto sentía haberse enfadado. Yo me había disculpado por no contarle lo sucedido.

Él, por supuesto, me había ordenado que dejase de pedir perdón.

Aquel había sido el inicio de nuestro intercambio de cartas.

El miércoles por la noche, me sonó el móvil mientras estaba sentada en la cocina con mi madre y Mandy. Me quedé paralizada. Al darle la vuelta, vi su nombre en la pantalla.

—Un segundo —dije, alejándome de la isla de la cocina y llevándome el teléfono conmigo. —Exhalé y respondí—. Hola.

—Hola. —Parecía cansado.

Transcurrieron unos instantes de silencio antes de ponerme a suplicar:

—Lo siento, Levi. Lo siento mucho.

Él soltó un suspiro que parecía de alivio.

—Lo sé, Dani, no pasa nada.

—Claro que pasa. Lo siento mucho, estaba exagerando. Estaba…

—Dani, todo está bien, de verdad. Basta de disculpas. Creo que ya has escrito «lo siento» doce veces en esta carta.

—Doce veces de menos.

—Doce veces de más. Aunque el otro día tenías razón. Me pasé de la raya y no tenía derecho. Yo también lo siento. Pero me ha encantado la carta. El papel con fresas es monísimo.

Relajé los hombros, aliviada.

—No le escribo en ese papel a cualquiera.

Podía oír su sonrisa al otro lado de la línea.

—Daniella Maria, ¿insinúas que soy especial?

—El más *especialoso* —confirmé, inventándome una palabra.

Se rio.

—Mientras tú lo creas.

—¿Amigos? —pregunté.

—Mejores amigos.

La felicidad que me inundó el pecho fue suficiente para ignorar la grieta persistente en mi corazón. Aunque no para ignorar cómo se aferraba él a las piezas que faltaban.

19

«Ella vive entre los rosas y amarillos del mundo,
donde un color bonito es desconocido para otros»



Rellenar solicitudes para programas de posgrado me había conducido a una ingesta excesiva de mantequilla de cacahuete. No había caído tan bajo desde mi última mala cita, hacía un año, cuando un tío había intentado decirme que la idea de que las mujeres ostentaran puestos de poder era ridícula, porque somos demasiado emocionales. Esa debería haber sido la historia de mi origen como villana, pero en lugar de eso, me había quedado llorando en el sofá con un bote de mantequilla de cacahuete en los brazos, como si estuviera acunando a un bebé, y viendo *Sabrina*, de Audrey Hepburn. Mandy había comentado que, de tanto repetirlas, podría haberme bordado las palabras «Nunca encontraré novio» en un cojín.

Y decir que la reunión de ese día con Ethan acerca de mis solicitudes no había ido bien era quedarse corta: necesitaba mantequilla de cacahuete de inmediato.

En mi redacción para solicitar plaza en Lazaro, había escrito sobre el primer desfile de moda al que había asistido en primer curso y cómo me había inspirado para elegir mi especialización: Alta Costura.

Después de enviársela por correo electrónico esa tarde, acudí a su despacho alrededor de las siete para pedirle su opinión.

El tamaño de su despacho era impresionante porque se hallaba en la misma planta que los de algunos de los profesores titulares. Un escritorio de roble, un puñado de estanterías y numerosas fotografías de desfiles, fotos editoriales de revistas de moda y él junto con algunas celebridades vestidas con sus prendas colgaban de las paredes como si se tratara de una galería. Ethan levantó la vista al abrir yo la puerta, alejando su cabello rubio y su nariz pecosa de su portátil.

—Siéntate —me indicó, omitiendo cualquier saludo. No era la respuesta que esperaba, pero, aun así, me senté frente a él con una sonrisa—. He leído tu redacción —prosiguió sin emoción alguna. Su expresión indiferente me provocó una familiar sensación de malestar en el estómago. No es que creyese que la redacción era perfecta, ni mucho menos, pero tampoco me parecía que fuese necesariamente mala.

Él se incorporó y entrelazó las manos sobre el escritorio.

—He leído la redacción. No está mal. —Aquello dibujó una sonrisa sincera en mi rostro—. Pero —deshice la sonrisa al instante, me sentía como una idiota— carece de emoción y suena inmadura. Lazaro va a pensar que has elegido esta carrera por capricho, mientras que el resto de estudiantes llevan trabajando para conseguir esto desde el instituto. Tienes que sonar ambiciosa y decidida. Lazaro no quiere un sueño; quiere a alguien que trabaje duro.

Las lágrimas empezaron a provocarme picor de ojos en cuanto oí la palabra «inmadura». Para cuando terminó de hablar, yo me estaba clavando las uñas en el muslo, intentando no desmoronarme en su despacho.

Aquella era la cuarta redacción que escribía solo para Lazaro, y aun así no era lo bastante buena. Había enviado el resto de solicitudes la semana anterior, incluso la del programa de París.

Le di las gracias brevemente, repetí que volvería a escribirla (por quinta vez), me levanté y salí de allí.

Me bajé las mangas largas hasta los pulgares, me sequé las lágrimas y entré en una de las aulas vacías.

A pesar de que fuera la temperatura era ideal, esa que solo se daba cuando el sol ya estaba a medio ponerse, esperé. No tenía ganas de llorar en público ni de que me secuestrasen; esa tarde ya estaba siendo bastante mala.

Transcurrieron diez minutos, de los cuales me pasé la mitad intentando contener las lágrimas y la otra mitad intentando decidir qué hacer con aquella redacción.

Cuando la puerta se abrió a mi espalda, esperaba ver a otro estudiante, pero en su lugar entró Ethan, lo cual me sobresaltó. Me apresuré a secarme los ojos, rezando para que no estuviesen tan hinchados como los sentía.

Mi tutor cerró la puerta a su espalda y se dirigió a mi mesa. Tres líneas tensas le marcaban la frente, mientras que sus cejas apuntaban hacia su mirada triste; completamente distinta de la inexpresividad de la que había sido testigo diez minutos antes.

Sentí una profunda ansiedad por todo el cuerpo cuando se adentró en el aula y se sentó sobre la mesa en la que estaba yo.

¿Iba a decirme que renunciase a Lazaro? ¿Que ni siquiera solicitara la plaza? Era la única suposición que se me había ocurrido

mientras él seguía mirándome con lástima.

—Te pido perdón por lo que he dicho sobre tu redacción, he sido muy duro —se disculpó.

—No pasa nada, solo estabas siendo sincero, es tu trabajo. —No era una respuesta difícil, porque era cierta. No venía a pedirme perdón porque se hubiese equivocado, sino porque no había sido más amable.

—No, ha sido duro e innecesario. Quiero compensarte.

¿Compensarme?

—No hace falta, no te preocupes. —Como se había sentado en la mesa, tuve que echar la cabeza hacia atrás.

—¿Qué haces esta noche? —La pulcra blancura de sus dientes me resultó intimidante. Todo en su apariencia era meticuloso, limpio y profesional. Si hubiera llevado traje en lugar de camiseta y pantalones cargo de mil dólares, quizá no me habría sentido tan intimidada. Pero algo en su apariencia despreocupada despertaba en mí cierta preocupación. Incluso su colonia emanaba lujo.

Cuanto más tiempo permanecíamos sentados a treinta centímetros de distancia, más sentía que me inclinaba hacia él. ¿O puede que fuese él quien se inclinaba hacia mí? Juraría que podía oler la marca de colonia que llevaba.

—Eh…, bueno, no mucho, pero…

—Perfecto. ¿Por qué no te vienes a cenar y repasamos cómo mejorar tu redacción?

Me quedé allí sentada, muerta de vergüenza. La redacción estaba tan mal que quería pasar el resto de la noche trabajando en arreglarla. Eché un vistazo rápido al reloj retro que llevaba en la muñeca —similar al de Levi, porque los habíamos comprado juntos durante nuestro penúltimo año de instituto— y vi que eran las ocho menos diez. Lo último para lo que me quedaba de energía esa noche

era para cenar y una sesión de corrección.

—Bueno, no estoy segura… —El sonido de la puerta al abrirse me interrumpió y provocó que ambos nos girásemos. Pero Ethan continuaba en su posición, por encima de mí. Al comprobar la puerta, vi a…

—Levi —dije, sorprendida, con una punzada familiar en el corazón, cosa que solo me ocurría cuando él estaba en la habitación.

Verlo de pie en la puerta me provocó la misma nostalgia que volver a casa por Navidad; su nombre era como vino caliente en mis labios mientras lo veía entrar. Él me sonrió en respuesta; la dulzura de su expresión y la alegría en sus ojos me reconfortaron. Sentí que estaba hecho para mí. Pero Levi posó la mirada rápidamente en la figura que se cernía sobre mí y cualquier expresión de paz o felicidad se desvaneció.

Sus palabras sobre el interés mutuo entre Ethan y yo resonaron en mis oídos. Me moví con brusquedad, intentando distanciarme. ¿A lo mejor podía relajar la situación antes de que se volviera incómoda? Sin embargo, mi tutor empezó a hablar antes de que pudiera seguir moviéndome.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Levi solo tardó unos pasos en alcanzarme y colocarse detrás de mí, aferrándome la cintura con las manos como si estuviese a punto de levantarme en brazos y salir corriendo en cualquier momento.

—Levi, el novio de Daniella. —Percibí la tensa sonrisa en su tono. El sonido de mi nombre, su cálido aliento en la nuca y sus caderas contra las mías me marearon. Casi me hizo pasar por alto que se había referido a sí mismo como mi novio.

Estábamos fingiendo. Aquello era una pantomima. Levi estaba actuando.

Ethan me miró con las cejas enarcadas, levantándose finalmente

del escritorio para estrecharle la mano. No me pasó por alto que la mano de Levi hacía que la suya pareciera pequeña.

Mi tutor sonrió con indiferencia y volvió a meterse la mano en el bolsillo.

—¿Novio? —repitió, mirándome—. Nunca has mencionado que tuvieses novio, Dani.

Levi me apretó momentáneamente las caderas.

—No me parecía apropiado —respondí, escueta. Pero, para ser sincera, estaba temblando por la anticipación, nerviosa por la posibilidad de que Ethan volviese a sacar el tema de la cena. Si lo hacía, Levi iba a decir algo; me apostaba todos los bolsos antiguos de mi armario.

Al ver que el silencio se prolongaba, tomé yo la palabra.

—Bueno, tenemos que irnos ya…

Me apresuré a buscar una excusa.

—… y sacar al gato de Levi… —Empecé a retroceder hacia la puerta, obligando a mi falso novio a seguirme e intentando ignorar la sensación de mi cuerpo contra su pecho mientras lo empujaba—. Está tomando una medicación muy rara ahora mismo y, si no nos damos prisa, su apartamento acabará hecho un desastre. —En cuanto toqué el umbral con el pie, levanté la mano para despedirme —. ¡Adiós, Ethan, nos vemos mañana!

¡Uf! Solté el aire que estaba reteniendo, bajé corriendo las escaleras y salí del edificio.

—¿Ahora resulta que tengo un gato esquizofrénico? —preguntó Levi.

—¡Me ha entrado el pánico! —exclamé, levantando las manos.

—¿Por qué?

Dios mío, odiaba que me conociese tan bien. Sabía que estaba pasando algo antes de entrar él, pero quería oírme decirlo.

Se me secó la boca. No iba a contarle la conversación que había tenido con Ethan, sobre todo después de que hubiésemos discutido al respecto.

—¡Ay, casi se me olvida! —grité al recordarlo. Tras correr de vuelta al interior, salí con su traje recién arreglado para la boda. Le tendí la bolsa de ropa como si dentro estuviese Blancanieves dormida—. Primero quería pasarle las planchas verticales pijas de la universidad.

—¿Planchas pijas? —Levi enarcó una ceja mientras cogía la bolsa de ropa.

—Extremadamente pijas. —Se me escapó una sonrisa ante su capacidad para adaptarse a mi energía. Pero al contemplarlo en mitad de la calle oscura, me di cuenta de que esa noche no habíamos quedado.

—¿Para qué has venido?

Se enderezó.

—Ya te lo dije, no quería que volvieras sola al tren. —Abrí la boca para hablar, pero esas no eran las palabras a las que esperaba responder. No había creído que hablase en serio, y mucho menos que recordara mi reunión con Ethan de esa noche.

—Alguien debería asegurarse de que llevas los cordones bien atados antes de subir al tren. No quiero que mueras porque se te atasque el calzado en un tren en movimiento. —Terminó con una sonrisa de labios cerrados y los ojos brillantes, intentando contener las carcajadas ante su ridícula broma.

Nos quedamos bajo la luz de la farola en mitad de la oscuridad, doblados por un ataque de risa. Tras un acuerdo tácito, decidimos no hablar de por qué estaba realmente allí ni de cuánto quería yo que estuviese.

«Solo quiere asegurarse de que estés bien; es lo que hacen los amigos», me dije. Porque eso era en lo que estábamos volviendo a

convertirnos Levi y yo: en amigos. Poco a poco íbamos recuperando nuestra dinámica habitual.

Llamadas telefónicas entre maratones de costura; bromas sobre la apariencia del otro que se convertían en el equivalente a un abrazo; visitas suyas a la floristería que ya no eran sorpresa, sino esperadas. Era como si los cuatro años que nos habían distanciado se acortaran día a día. Excepto por aquella lista tácita de temas de conversación que evitábamos.

Mientras nos dirigíamos hacia la estación de tren, Levi se giró hacia mí.

—¿Cuánto te debo? —preguntó, refiriéndose al traje arreglado que llevaba en brazos.

—Nada.

—En ese caso, te dejaré dinero en el buzón.

—Pues yo les cantaré a los pájaros desde mi ventana como si fuese Cenicienta y les ordenaré que te picoteen al llegar.

Me devolvió la broma con una mirada igual de imperturbable.

—Entonces te lo enviaré por correo —sentenció, entornando los párpados con aire competitivo.

—Pues…

—Una palabra más y te lo enviaré todo en monedas de veinticinco centavos.

¿De veinticinco centavos? Eso me hizo reír. Me lanzó una breve mirada, sorprendido por mi reacción, y le respondí con una pequeña sonrisa.

—Eres gracioso.

—Tú sí que eres graciosa.

—Pero no quiero tu dinero.

Puso los ojos en blanco.

—Ahora dime qué ha pasado con Edgar.

—Ethan —le corregí. Levi no se rendía, uf. En lugar de contarle todo lo que había pasado, tan solo le expliqué cómo había empezado.

—Se las ha apañado para decirme que la redacción era horrible sin utilizar explícitamente esa palabra. Así que he vuelto a la casilla de salida y solo quedan tres días para la fecha límite de la solicitud de Lazaro.

Bajamos las escaleras del metro juntos y subimos al tren. Me guio para que fuese delante de él y apoyó una mano en mi brazo mientras cruzábamos las puertas, que ya empezaban a cerrarse. Instintivamente, me agarré a uno de los postes del metro con el interior del codo, pero él me condujo hasta un asiento vacío y se quedó de pie frente a mí, agarrándose a una barra superior.

—Mmm —tarareó pensativo—. Esto va a sonar muy cliché, pero lo que escribas tiene que salirte del corazón. Debería salirte solo, para que los que te lean sientan quién eres a través de tus palabras. No deberías escribir lo que crees que querrán leer, sino sobre lo que conoces y lo que sientes.

—Deberías plantearte en serio lo de la docencia —le comenté con curiosidad al graduado en Educación.

Se rio.

—Me halagas.

—Gracias por el consejo, de verdad. Intentaré seguirlo este fin de semana. —Aunque no estaba segura de lo que sentía.

—¿Sigue en pie lo de este fin de semana?

¿A qué se refería? Empecé a repasar mentalmente nuestras conversaciones. ¿Teníamos algo ese fin de semana?

—¿El baile? —mencionó, con la esperanza de despertar mis recuerdos.

El baile, el baile, el baile… Uy. Uy. El del compromiso. Y no tenía

ningún vestido.

Sé que esto va a sonar difícil de creer como diseñadora en ciernes, pero mis opciones eran escasas. No confeccionaba mis vestidos pensando en mí. A menudo eran más reveladores de lo que me gustaba y estaban pensados para personas dieciocho centímetros más altas que yo. Seguramente, mi mejor opción sería pedirle algo prestado a mi madre, pero también sería mi peor pesadilla. Esa mujer respiraba vestidos entallados y escotados.

—¡Ah, sí, sí! Lo siento, lo siento, lo siento. Por supuesto, todavía estoy disponible. —Sonreí.

—¿Estás segura?

—Ya lo creo. Te conseguiremos ese trabajo, Levi.

Él asintió y se mordió el labio un instante, absorto en sus pensamientos. Me hizo preguntarme qué ocultaba y si saldría a la luz antes de que terminase aquella farsa.

20

«Jamás había oído nada tan aterrador»



—Solo quiero ponerme el peto —resoplé, mientras me dejaba caer en la cama, sobre la pila de ropa que me había probado y descartado.

—¿Por qué no puedes ponerte uno de esos vestidos? —preguntó Jia, refiriéndose a los vestidos sobre mi cama que había cosido a mano en el instituto y que todavía me entraban. Aunque aquello era una forma de decir en clave: anticuados y con costuras horribles. Mi ropa más elegante, que utilizaba para desfiles de moda y eventos universitarios, no era lo bastante formal.

—Siento que Levi tiene una nueva imagen de mí, diferente a la de la Dani del instituto. Ella llevaba ropa demasiado grande cubierta de pintura textil y vaqueros que no le quedaban bien. Se supone que la Dani de la universidad es sofisticada y femenina.

—¿Qué es realmente la feminidad? —reflexionó Jia, poco cooperadora.

—Te das cuenta de que la Dani de la universidad todavía se viste

como la del instituto, ¿verdad? —preguntó Gabe, lo cual también era de escasa utilidad.

—Solo quiero estar guapa —me quejé. Mi falta de esfuerzo por salir de mi zona de confort desde que había entrado en la universidad no ayudaba. Diseñar y vestir a otros era más fácil que intentar hacerlo conmigo misma. Yo era diseñadora. La persona detrás de la cámara. No la modelo.

No obstante, ver cómo había madurado Levi y lo cerca que estaba de perseguir una carrera periodística me hacía sentir que me había acomodado demasiado. No me había desafiado a mí misma. Necesitaba desafiarme.

Emergí de la pila de ropa, me levanté y respiré hondo. Iba a probar algo nuevo. Me giré hacia Gabe y Jia y les dije:

—Voy a preguntarle a mi madre.

Ambos soltaron un grito ahogado y se sentaron de inmediato.

—¿A Linda?

Mi amiga se levantó de golpe del suelo.

—Eso no pienso perdérmelo, vamos.

Bajamos las escaleras y fuimos a buscar a mi madre a la cocina. Estaba sentada en la isla con un café en la mano y una revista delante, vestida con un pijama de satén y unas pantuflas. Abrí la boca para preguntar…

—¿Podemos rebuscar en tu armario, Linda? —Jia miró a mi madre con una sonrisa suplicante.

Ella nos miró a los tres con recelo antes de posar los ojos sobre mí.

—¿Es para el baile de Sarah?

Asentí.

Bastó con un «Claro» de mi madre para que Gabe y Jia se marchasen corriendo a su armario. Yo me quedé donde estaba para

darle explicaciones, pero ella le restó importancia.

—Gracias, mamá. —Rodeé su café para abrazarla. Me recibieron la suavidad de su pijama y el aroma de su perfume afrutado.

—No es nada, cariño. —Me dio un beso en la cabeza—. Por cierto, ayer te llegó una carta.

Deslizó el montón de sobres por la encimera. Al rebuscar entre ellos, me fijé en uno: ESMOD París, Francia. Lo sostuve ante ella para que lo leyese.

Se le pusieron los ojos como platos.

—¡Ábrela! —gritó con impaciencia.

—¡Estoy en ello! —No era el primer máster de mi lista, ni mucho menos. Había solicitado plaza solo porque Ethan y mi madre habían mencionado que podría ser una gran oportunidad. Pero ahora que tenía el sobre en las manos e intentaba abrirlo… Creo que quería que dijese «aceptada» y no tenía ni idea de por qué.

Despegué la solapa, extraje el contenido y me apresuré a buscar la respuesta.

Estimada señorita Maria, nos complace comunicarle que ha sido aceptada…

Levanté la cabeza de golpe.

—He entrado.

—¿Has entrado? —Dio un salto hacia delante y me abrazó, aunque se apartó a toda prisa—. Espera, ¿estamos contentas de que hayas entrado?

—Sí, sí, ¡por supuesto! Esto… Yo… Es solo que no me lo esperaba. No sabía que ir a París sería una opción.

—Bueno, pues ahora lo es. —Esbozó una sonrisa radiante.

—Pero este no era el plan —respondí, pensando en voz alta. Aquello podría cambiarlo todo.

Mi madre levantó la mano para darme un apretón en el hombro.

—Puedes tener sueños nuevos, cariño. Los planes cambian.

—Lazaro sigue siendo mi sueño.

Asintió, comprensiva, mientras la luz de su rostro pasaba de un hervor intenso a un brillo tenue.

—Bueno, en ese caso, esperaremos a la respuesta de Lazaro. Sin embargo, no descartes esta oportunidad todavía, ¿me lo prometes?

Pensé en su petición. Acababa de decir que quería ponerme a prueba, y mudarme al otro lado del mundo, a París, sin duda sería un reto personal.

—De acuerdo —prometí.

—Ve a contárselo a tus amigos y termina de prepararte. Lo de esta noche está causando cierto revuelo.

21

«No existía una habitación abarrotada allí donde estabas tú»



Jia y Gabe se lo pasaron bomba revolviendo el armario de mi madre. Tenía de todo, desde vestidos de pasarela originales hasta los zapatos favoritos de los diseñadores que valían lo mismo que una sola clase de verano. A pesar de diseñar trajes de novia para ganarse la vida, la invitaban y vestían para numerosos desfiles de moda y alfombras rojas.

Se había alejado de las luces y el champán después de la muerte de mi padre. Jamás lo había dicho, pero yo me había dado cuenta de lo mucho que lamentaba haber asistido a la mayoría de esos eventos cuando él estaba sano. Tiempo que podría haber significado solo dos horas adicionales sentada en casa con él.

—Ya tengo bastante ajetreo en el trabajo, no me hace falta viajar por ningún otro motivo —afirmaba aquellos días.

Cuando subí al piso de arriba, Jia y Gabe discutían sobre qué opciones eran mejores. Hasta que los dirigí a su segundo… y tercer

armario… En el que, de hecho, eligieron el mismo vestido, me lo pusieron en los brazos y me obligaron a probármelo.

Era un diseño sencillo, de seda, en un tono azul intenso que casi parecía negro, pero demasiado oscuro para llamarlo cobalto. La tela caía hasta el suelo y se me pegaba al cuerpo desde el pecho hasta el torso y las caderas, y, por desgracia, también se me ceñía al culo. El escote pronunciado atrajo mi mirada hacia mis pechos, sobre todo, porque iba sujeto por unos tirantes increíblemente delicados y finos. Mi cabello oscuro y corto complementaba la espalda del vestido —en palabras de Jia, no mías— porque era totalmente descubierta.

Deseé con todas mis fuerzas tener el pelo largo.

Mis brazos quedaban expuestos; mi cuello, al descubierto; la espalda, desnuda. Sentía el busto, la cintura y el trasero igual de expuestos porque la fina tela marcaba cada curva y ángulo de mi cuerpo. La única razón por la que lo llevaba puesto en aquel preciso instante, al bajar del taxi, era porque la falda era acampanada, así que la tela se aflojaba formando una pequeña cola alrededor de mis piernas. Y porque no tenía otra opción, ¡iba a llegar tarde!

Al bajar del vehículo, puse un pie en la acera, decidida a no caerme. Llevaba unos tacones de aguja de quince centímetros que combinaban a la perfección con el azul oscuro del vestido.

Que nadie me pregunte cuántas veces me había imaginado junto a Levi con ellos puestos. Así sería mucho más fácil memorizar cada curva de su rostro y cada pliegue de su sonrisa. Ahora tendríamos una altura muy similar.

En las muñecas, los dedos y el cuello lucía delicadas joyas de plata que mi madre se ponía en todas sus alfombras rojas favoritas.

Había cuestionado todo lo que Jia y Gabe me habían puesto, pero al mirarme al espejo antes de salir, me había sentido preciosa. Las orejas me resplandecían cuando me movía, y mi cabello corto

parecía elegante en lugar de despeinado. Era muy… emocionante.

El sol se estaba poniendo y las luces de la ciudad parpadeaban con lentitud, imitando el color del sol. Nueva York era algo que había imaginado que solo se vivía en las películas románticas. Y estar de pie frente a aquel gran edificio, viendo entrar a las multitudes suntuosamente vestidas con sus acompañantes, parecía uno de esos momentos de película. Diamantes, seda, terciopelo y cachemira se mecían en un océano de atuendos formales, cuyos portadores subían las escaleras y entraban en aquella grandiosa construcción de piedra.

No me había dado cuenta de lo famoso que era el futuro suegro de Sarah, político y empresario. Pero al parecer era lo bastante conocido y rico como para permitirse aquel lugar y conocer a tantas personas elegantes.

El vestíbulo estaba abarrotado de gente haciendo cola alrededor de la pared del fondo. Suficientes personas se apartaron para que pudiera ver a Jeff, a Sarah y a un señor mayor que debía ser el padre de él (tenían la misma nariz y postura), además del responsable del evento. Estaban hablando con una serie de periodistas y fotógrafos, que con toda seguridad les preguntaban acerca de la boda.

Levanté la mano para saludar a Sarah como si fuera una celebridad. Desde luego, daba esa impresión, ya que llevaba lo que parecía un vestido blanco cubierto de diamantes. ¿Cómo se hacía un top de vestido de novia semejante?

Ella vio mi palma y respondió con una respuesta igual de frenética. Me hizo reír. Me pasé una mano enjoyada por el pelo, asegurándome de que no hubiera ningún mechón suelto antes de dirigirme a las escaleras, siguiendo a todos los demás. Le había dicho a Levi que nos encontraríamos allí, porque, para ser sincera,

no tenía ni idea de cuánto iba a tardar en prepararme. Entre Jia eligiéndome los accesorios, Gabe alisándome el pelo y yo intentando aplicarme sombra de ojos y brillo de labios… Había sido todo un proceso.

Sin embargo, empecé a arrepentirme porque, al llegar a la entrada y entregarle a un hombre alto mi invitación para que me permitiese pasar, me sentí perdida. El suelo frente a mí parecía de cristal y brillaba con el reflejo de los zapatos de las mujeres y el champán. Me abstuve de aceptar cualquier copa con alcohol, consciente de la mala pasada que me había jugado en el último año de instituto.

Cuanto más miraba a mi alrededor, más rostros reconocía: editores, fotógrafos, diseñadores, blogueros, personalidades de internet. Todos tenían algo que ver con la moda o la industria nupcial. Ahora entendía por qué mi madre había estado al tanto del evento: todo aquel que era alguien en su sector estaba presente.

El vestido empezó a apretarme y el aire de la estancia comenzó a parecerme demasiado pesado. Saqué el teléfono del bolso y releí el mensaje de Levi: «Trae tu invitación, entrégasela al hombre de la entrada y sube las escaleras de la derecha. Te espero».

Me dirigí a las escaleras de mármol, agarrándome a la gruesa barandilla.

A cada paso, los pensamientos se multiplicaban en mi mente. ¿Y si me encontraba con alguien de Lazaro? ¿Y si Bella estaba arriba hablando con Levi? ¿Él se daría cuenta de mi presencia al llegar?

«Doce pasos más».

Quería imaginármelo boquiabierto, deteniéndose en mitad de la conversación, caminando a grandes zancadas hacia mí, agarrándome por las mejillas y besándome como si él también llevase soñando con hacerlo desde el instituto. Sin embargo, eso no iba a suceder, porque esa no era mi historia. No era de mí de quien

se había enamorado.

«Nueve escalones».

Los grupitos de personas en las escaleras se hicieron más densos; la segunda planta estaba abarrotada. La gente se giraba mientras yo intentaba pasar. ¿Acaso veían algo en mí que yo no había visto en el espejo?

«Respira, respira. Dos escalones». Pero entonces llegué al último escalón.

—Daisy. —El tono de nostalgia en su voz me hizo levantar la cabeza. Lo encontré al otro lado de la sala, enfundado en un traje negro oscuro que resaltaba sus ojos color avellana y volvía magnético su cabello castaño. Entreabrió los labios, como si tuviera algo más que decir, pero se le hubiese olvidado. Mi nombre no sonó demasiado alto al pronunciarlo él; sencillamente, era lo único que alcancé a oír, porque su voz estaba muy en sintonía con mi mente en blanco.

Y él me estaba *viendo*; absorbiendo cada pizca de mi esencia y presencia, y yo sentí que podía volver a respirar.

Me daba la sensación de que el aire que Levi inhalaba era mío, y que él y yo éramos uno solo: los únicos en aquella habitación. Estaba a varios pasos de distancia, pero había cierta certeza en su postura. A pesar de la distancia que nos separaba, me había estado esperando todo el tiempo, porque no quería perderse mi llegada. Y ahora que me tenía allí, no estaba dispuesto a despegar la mirada de mí. Aunque no quería hacerme ilusiones, lo que asomaba a sus ojos parecía ser asombro, por la forma en que había ladeado ligeramente la cabeza y el leve rubor que cubría su piel bronceada.

Levi levantó la mano, como para saludar. A mitad del saludo, se detuvo para pasársela por su espesa cabellera, riéndose de sí mismo. Eso hizo que me riese con él. ¿Estaría nervioso? Se giró

hacia la gente que tenía al lado, susurró algo breve, ante lo cual todos me miraron fijamente, y empezó a acercarse dando grandes zancadas. Lo observé mientras se aproximaba…

—¿Has venido sola? —Sorprendida, descubrí frente a mí a un hombre con la barba recortada y un traje de ante. Mi incredulidad debió de ser evidente porque soltó una carcajada—. Me encantaría invitarte a…

—Está conmigo —intervino Levi. De repente, posó una mano en mi espalda descubierta y me guio entre la multitud. Su aliento me rozaba la oreja mientras decía—: Estoy lejos menos de un segundo y ya hay hombres abalanzándose sobre ti.

Su aliento cálido y el tono de su voz hicieron que se me pusiese la piel de gallina. Sentía las rodillas flojas. Con cada persona a la que rodeábamos, apretaba la mano con más fuerza contra mi espalda. Las yemas de sus dedos parecieron extenderse por mi cintura, justo por encima de donde terminaba la curva de mi columna.

—Qué bien te queda el traje —dije con un guiño, arrancándole una risa.

—Tú tampoco estás mal —respondió con una sonrisa burlona. Aunque el tono era bromista, me calentó el corazón.

—No cabe duda de que has mejorado desde el baile de graduación.

—No vas a dejar que lo olvide nunca.

—Jamás. —Me aclaré la garganta un momento, al darme cuenta de que se suponía que esa noche íbamos a ser pareja y, en cambio, estaba actuando como una amiga de la adolescencia—. Pero siempre estás guapo, sobre todo, esta noche.

Me miró a los ojos, sorprendido. Aquello hizo que me preguntara si todos los cumplidos que le había hecho habían sido solo producto de mi imaginación.

—Gracias. Pero no hay ni punto de comparación con lo preciosa que estás tú. —Abrí la boca para discutir, pero la cerré al ver el salón de baile.

Parecía un invernadero, con sus techos y paredes de ventanales. La oscuridad de la ciudad inundaba la habitación; la única fuente de luz era una lámpara de araña. Era un espacio oscuro y romántico. Un lugar a donde llevar a una amante y hacerla girar. Eso era lo que estaba sucediendo en ese momento: piruetas y bailes.

Él retiró la mano de mi espalda para entrelazar nuestros dedos y guiarme al interior de la estancia. Sentía la piel de la zona baja de la espalda más desnuda que antes. Estaba a un paso de entrar cuando alguien más se me acercó, impidiendo que Levi y yo siguiésemos avanzando.

—¡Dani! —Me vi envuelta en un abrazo antes de poder ver quién me abrazaba. Pero reconocí su voz.

—¡Sandra! ¿Qué haces aquí? —pregunté, separándome para mirar a mi compañera y admirar su radiante aspecto.

—¡Hoy he conseguido esa beca de asistente editorial en *Weddings Today*! —gritó.

—¡Es increíble, felicidades!

—Lo sé, ¡gracias! Me ayuda a distraerme de los nervios por el tema del posgrado. ¿Has recibido ya alguna respuesta a tus solicitudes?

Quería compartir con ella la noticia de París, pero me detuve. El objetivo de nuestro plan para esa noche era que Bella y su madre creyesen que Levi no se iría de la ciudad. Si descubrían que su «novia» tenía la opción de mudarse a Francia, jamás creerían que él se quedaría allí.

—No. —Negué con la cabeza—. Todavía no. —Ya se lo contaría en clase.

—Eh, ¿es ese el Levi que apareció con tu bolso el otro día?

Sonreí y me giré para presentárselo. No obstante, él ya estaba hablando con otra chica.

Se me encogió el corazón. Era guapísima. Piel oscura, pelo rizado y una sonrisa que brillaría en cámara. Fui incapaz de despegar los ojos de ellos mientras hablaban. Ella le rozó el brazo y él estaba pendiente de cada una de sus palabras. Era muy propio de Levi: dedicar toda su atención a cada palabra que salía de la boca de alguien. Estar atento a las emociones y a la forma de los labios del interlocutor. Así era él.

Sin embargo, eso no significaba que no me doliese verlo. Exhalé con la esperanza de aliviar la opresión que me estrangulaba el corazón mientras volvía a concentrarme en Sandra.

—Eh, sí, sí, lo es. Creo que acabo de ver entrar a alguien. Nos vemos el lunes. —Nunca había caminado tan rápido con tacones, golpeando el mármol con ellos como una bailarina de claqué, hasta que…

—Daniella. —Me quedé paralizada. Ethan se encontraba detrás de mí.

22

«¿Cómo podías proporcionarme el aire y asfixiarme al mismo tiempo?»



—Ethan, hola —respondí, conteniendo mi sorpresa. Su apariencia era de lo más sofisticada. Había añadido un toque formal a su habitual aspecto playero californiano. Su pelo rubio ceniza parecía más oscuro bajo la lámpara de araña, y su piel daba la impresión de estar más bronceada. Siempre había imaginado que los trajes le quedarían así; tenía la cara de un hombre de negocios persuasivo que salía de copas los miércoles por la noche y firmaba contratos. No la de alguien que llevaba camisetas de diseñador y enseñaba técnicas de drapeado a sus alumnos.

—Me pareces la chica más atractiva de este lugar, es imposible no verte. —Lo afirmó con total seguridad. Se me subieron los colores de inmediato. Era un cumplido muy amable, pero lo único que me vino a la cabeza fueron las palabras de Levi: «Su trabajo no es ser amable».

Las ignoré.

—No esperaba encontrarte aquí.

Él dudó un momento antes de responder.

—Me ha invitado una amiga.

—¿Dónde está? —Se me había olvidado que los profesores tenían citas.

—No es lo que crees, solo es trabajo. Además, los de la ESMOD me han notificado tu aceptación, ¡es increíble!

Ah. Se me había olvidado que recibía avisos sobre mis solicitudes.

—Gracias, ha sido toda una sorpresa.

—Deberíamos celebrarlo. No mucha gente puede decir que la han aceptado en un programa tan competitivo. Es impresionante. —Casi parecía… asombrado conmigo.

Una risita descansaba en la punta de mi lengua. Solo era un poco más mayor que yo y, aun así, me sentía a años luz de su madurez. No estaba segura de si era su enorme confianza (y mi falta de ella) o su abrumadora experiencia en la industria (y mi falta de ella). Me hacía sentir muy joven, como si no supiera nada. Una incómoda salvedad para nuestro acuerdo porque mis inseguridades a menudo provocaban lo mismo ellas solitas.

—Gracias, Ethan, te lo agradezco mucho. Quizá podamos…

—Oye, no te encontraba. —Me sobresalté al oír la voz de Levi y su roce en mi espalda desnuda. Una furia silenciosa se apoderó de su rostro al darse cuenta de con quién estaba hablando. ¡Madre mía! Era la segunda vez que Levi nos pillaba a Ethan y a mí manteniendo una conversación cercana.

Sin embargo, mi otra mitad se sentía frustrada. ¿Por qué debería importarme si nos veía hablando? ¡No había nada entre nosotros, ni entre Ethan y yo, ni entre Levi y yo! De todas formas, él había estado ocupado hablando con otra persona.

—¿Levi, verdad? —preguntó Ethan.

Mi amigo asintió, pasándose la lengua por el interior de la mejilla y apretando la mandíbula. Su masculinidad quedaba reflejada en su postura a la hora de evaluar a mi tutor. Todo en Ethan era luz, mientras que Levi era oscuridad. Traje oscuro, pelo oscuro, mirada oscura.

—¿Evan, verdad? —preguntó sin un ápice de vergüenza. Estuve a punto de atragantarme. ¿Qué estaba haciendo? Aquel era un nuevo nivel de mirada de hermano mayor preocupado.

El aludido parecía molesto y se rascó la barbilla mientras pensaba.

—Ethan.

Sin disculparse, Levi añadió:

—Voy a tener que robarte a mi cita. —Y dicho eso, empezó a alejarme, tirando de mi mano con la suya.

Cuando estuvimos lo bastante lejos de mi tutor como para que este no escuchase mi tono furioso, me detuve en seco.

—Levi, ¿qué ha sido eso? —Tiré de él para que se detuviera.

—Exactamente, ¿qué ha sido eso? ¿Es que ese tío te está siguiendo?

Me quedé boquiabierta. ¿Él estaba enfadado?

—Esto es ridículo, pero ¿tú te estás oyendo? Trabaja en esta industria, por supuesto que ha recibido una invitación.

—Es solo que no creo que tenga buenas intenciones.

—¡Me da igual lo que creas, Vi! Es mi tutor. Lo veo a diario, ¿sabes lo incómodo que va a ser? De todas formas, no puedes enfadarte cuando tú estabas ocupado hablando con otra chica. —Mis hombros se elevaban con cada respiración y la cara me ardía por culpa de la frustración. Abrí y cerré las manos en puños, deseando tirar de la tela de mi vestido.

No tenía derecho a enfadarme con él por hablar con alguien. Estaba soltero. No estábamos juntos. Y aunque lo estuviésemos,

podría hablar con otras personas. No sabía por qué estaba exagerando de esa forma.

Mentira. Claro que sabía por qué. Porque esa noche me estaba exponiendo al aparecer sola, vestida con algo que en mí parecía un disfraz, solo para que él se fijase en mí.

Sin embargo, él tampoco tenía derecho a enfadarse conmigo por pasar el rato con otro hombre.

Evité su mirada, no me apetecía demasiado analizar los pensamientos que se escondían tras ella. Empecé a buscar por la habitación una razón para abandonar aquella conversación.

Debió de notarse porque suavizó la voz.

—Daisy, espera…

—Maravilloso. Acabo de ver a Bella. —«Hora de fingir», susurré para mí misma. Empecé a alejarme de inmediato, esperando que me siguiera.

Frustración o confianza; puede que fuese un poco de ambas lo que me puso la piel de gallina. Me estaba moviendo con intención y no iba a cuestionarlo, porque la mirada de sorpresa de Levi al verme avanzar hacia el centro de la sala no tenía precio. Tomar las riendas no solía ser uno de mis puntos fuertes, pero podía fingir. Podía transformar aquella frustración en fingida confianza durante unos instantes.

Bailar me daba un miedo tremendo. Me encantaba salir de fiesta con mis amigos después de las reuniones del club, pero eso era diferente. Era cantar con entusiasmo a pleno pulmón. Era sincronizar mis saltos al ritmo de la música llevando zapatillas. No era bailar con alguien de quien antes estabas enamorada mientras llevabas un vestido y la gente os observaba.

No obstante, mi pico de frustración todavía no se había disipado, así que lo guie, tomándolo de la punta de los dedos, a la pista de

baile.

Había visto *Orgullo y Prejuicio* las veces suficientes como para saber dónde colocar las extremidades.

Le cogí las manos y le coloqué una en mi espalda y la otra en mi palma derecha. Su mirada cambió; ya no tenía los ojos abiertos por la sorpresa, sino por la resignación. Parecía casi rígido.

Hasta que empezó a llevarme él a mí.

Me atrajo hacia su cuerpo con la mano derecha, fijándola con determinación en la parte baja de mi espalda. Mantuvimos las manos unidas cerca de nuestros cuerpos mientras nos balanceábamos de un lado a otro. Su mandíbula descansaba sobre la mía, su mejilla, a un susurro de la mía. No había espacio entre nuestros pechos, mis piernas hallaron un hueco entre las suyas.

No podía concentrarme en el movimiento de los pies, porque estábamos *tocándonos*. Nuestros pechos estaban tan juntos como un par de tomos presionados por unos sujetalibros. Solo había unos centímetros de distancia entre nuestros rostros, como cuando los amigos intercambian secretos susurrados en la esquina de un restaurante. Él apoyaba la mano con tal firmeza en mi espalda que sus dos anillos se me quedaron grabados en la piel.

Nunca había dado clases de teatro o interpretación, pero no me hacían falta para engañar a nadie en ese momento. Aquello no era ninguna actuación, así de simple. Cada caricia, cada respiración, cada mirada que me dirigía, hacían que el corazón me latiese con fuerza contra las costillas. La forma en que me recorría la espalda con el pulgar, con movimientos cortos y entrecortados, me impulsaba a poner los ojos en blanco por el placer. Me parecía escandaloso hacer algo tan íntimo delante de tanta gente.

Era imposible que Levi no sintiera el estremecimiento de mis latidos contra su pecho.

—Estaba hablando de ti —susurró de repente.

—¿Qué? —susurré de vuelta, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—La chica con la que hablaba antes, mientras tú estabas con Sandra y luego con Ethan. Le estaba hablando de ti. Era alumna de una de las clases en las que fui ayudante de profesor. Al parecer, se cambió de carrera para estudiar Diseño. Le estaba hablando de ti.

El corazón me latía con fuerza contra la roca de realidad con la que lo había aplastado. «Avergonzada» era la mejor forma de describir cómo me sentía. «Halagada» era la segunda mejor. Y, sin embargo, lo único que pude decir fue un «Ah».

Él había estado hablando de mí, yo había hecho suposiciones, y luego le había gritado como lo habría hecho mi profesora de Inglés de octavo. ¿Cómo se suponía que iba a formular una disculpa lo bastante apropiada como para resumir cuánto había metido la pata?

—Lo siento. —Pero no fui yo quien se disculpó, sino Levi. Lo miré sorprendida mientras él seguía hablando—. No pretendía abandonarte así. Estabas hablando con una amiga y esa estudiante me ha visto y me ha saludado, y después de mencionarte… me he dejado llevar.

La curva de sus labios y el ceño fruncido expresaban timidez. Como si yo, de entre todas las personas, no fuese a aceptar sus disculpas. Ni siquiera quería estar enfadada con él. Intentar sentirme molesta mientras sus manos seguían sobre las zonas expuestas de mi cuerpo ya era bastante difícil.

Él parecía sentirse en conflicto cuando bajó la mirada hacia mí.

En cuestión de un instante, me soltó para hacerme girar. Luego, con la misma rapidez, me atrajo de nuevo hacia su cuerpo, con mi espalda contra su pecho. La forma en que su mano me apretaba la cadera y la facilidad con la que encontró acomodo en mi cintura

provocaron que el resto de mis pensamientos se adormecieran.

Había intentado impedir que mi mente vagara hacia ese lugar, no pensar en cómo podrían haber salido las cosas si Levi y yo hubiéramos salido juntos. De lo contrario, me resultaría imposible funcionar a su lado de forma adecuada. Y cuanto más oía su respiración temblorosa en el oído y sentía su agarre dominante en la cintura, como si fuera suya, eso era lo único en lo que podía pensar.

—Creo que nos están mirando —susurré.

Y, madre mía, su respuesta podría haber causado que me derritiese en ese preciso instante.

—Que miren —susurró. Me moría de ganas de girar la cabeza lo justo para verle la cara. Necesitaba saber si aquello le estaba afectando como a mí, aunque fuese mínimamente.

Nuestros pies se seguían despacio al ritmo de la música. Con cada paso que dábamos juntos, me sentía más segura del siguiente. Subí la mano por su hombro hasta el cuello de la chaqueta, y luego a la nuca. No me podía ni imaginar a todas las mujeres que le habían colocado la mano allí. Estaba vislumbrando algo que no era mío.

—Estás preciosa, Daniella. —Estuve a punto de tropezar. Cada vez que le escuchaba decir mi nombre completo, sabía que hablaba en serio. Utilizaba Dani para las situaciones cotidianas e informales, y luego Daisy para… Bueno, ahora solo usaba mi segundo nombre en contadas ocasiones.

Sin embargo, era todo por el espectáculo. Las verdades que en el pasado creía conocer se estaban desmoronando.

—No es necesario que digas eso. Bella no te está oyendo.

—Yo… No. —Entrecerró los ojos, horrorizado—. Nunca te diría algo así para —vaciló mientras buscaba las palabras—, para mantener un engaño. Lo digo en serio, eres preciosa. Siempre lo has sido.

Me vibraban los huesos.

—Lo siento.

Negó con la cabeza y resopló.

—Tienes que dejar de disculparte por todo lo que dices. —Respiró hondo. La única razón por la que aún me sostenía en pie era la mano de Levi en mi espalda—. Quería decirte que estás preciosa porque es verdad. Sabía que esta noche me fijaría en ti cuando entraras porque eres tú. Eres cautivadora físicamente, y más todavía cuando hablas. Cuando lo haces, toda la luz de la habitación procede de ti. Eres un rayo de sol y pura primavera. Podría observarte…

—Necesito un poco de aire —interrumpí, tensa, con el último aliento estable que me quedaba antes de desprenderme de su agarre y huir del salón de baile.

23

«La intimidad era que me vieses; que me tocases
era como estar en caída libre»



Ojalá hubiese podido mandar grabar esas palabras en mi corazón y en todos los cojines que tenía. Pintarlas en jarrones de cerámica, coserlas en corsés, glasearlas en pasteles de arándanos, recortarlas en cartulina verde *chartreuse* y pegarlas en mi álbum de recortes.

Ojalá hubiese podido.

Si él fuese otra persona, quizá sí. No alguien que no estuviese enamorado de mí.

Me sentía incapaz de escuchar otra encantadora y romántica palabra que saliera de su boca y seguir recordando que no me quería. Me encontraba preciosa y cautivadora, pero no me quería. Por eso me había alejado la primera vez, tras nuestro último curso en el instituto. No podía ser feliz con aquella amistad, recordando que no era lo bastante guapa para que él me amara.

La mano con la que me agarraba la falda del vestido me temblaba al salir del salón y bajar las escaleras que había subido hacía apenas

una hora.

¿En qué estaba pensando al acudir a aquel evento? ¿En qué estaba pensando para hacer todo aquello? Jia tenía razón; había sido una idiota al creer que podía salir algo positivo de fingir ser la novia de Levi.

Salí y respiré el aire fresco y primaveral. Se me puso la piel de gallina en los brazos y la espalda. Supuso una necesaria distracción de la avalancha de pensamientos e inseguridades que me rondaban por la cabeza.

«Elaborar un plan, dar el siguiente paso para evitar un mar de lágrimas».

—Taxi, llamar a Jia y a Gabe, pedir una pizza. —Recité la lista en voz baja, como una atleta cansada de correr.

Al bajar las escaleras, un aparcacoches se me acercó y me preguntó si necesitaba un taxi. Respondí y sonreí mientras él se dirigía a la calle para pararme uno, que se detuvo rápidamente en la acera. El aparcacoches me abrió la puerta mientras yo me recogía el vestido, me subía y…

Mi intento de sentarme fue interrumpido por un grito familiar a mi espalda.

Levi.

Me bajé a toda prisa del taxi, disculpándome con el conductor y el aparcacoches, y me encontré con él en mitad de la escalera.

Los ojos le resplandecían, una completa yuxtaposición con sus pestañas oscuras; todo un crimen. Te daban ganas de confesarle todos tus pecados solo por aquella mirada tan angelical. A lo mejor te concedía una de esas miradas si le contabas todos tus secretos.

Se saltó las formalidades y preguntó con urgencia:

—¿Qué he hecho? ¿Es por algo que he dicho? Dímelo y lo arreglaré. —Su mirada suplicante transmitía urgencia, pero me sentí

derrotada.

—No hay nada que puedas hacer. Soy yo —exhalé—. Soy yo. —Bajé la cabeza, necesitaba fijarme en cualquier cosa que no fuese su cara. Sin embargo, parecía que mirar hacia abajo provocaba que los ojos se me anegaran de las lágrimas contenidas.

¿Desde cuándo era tan dramática? Me sentía como si tuviese quince años otra vez. Todas esas emociones que no sabía que existían estaban aflorando, luchando por conseguir mi atención, y mi único recurso era llorar.

Cuando Levi apoyó la palma de la mano en mi mandíbula y me alzó el mentón, me acordé de la noche del baile de graduación. Cuando yo estaba borracha y sollozando en mitad del pasillo porque era incapaz de encontrar a mi cita ni el móvil con mi confesión romántica. Levi había acudido corriendo por el pasillo, se había agachado frente a mí, me había levantado la cabeza y había dicho:

—Oye, oye, oye, ¿qué pasa, Daisy? ¿Qué me he perdido?

Sus dos grandes manos me envolvieron la cara y atraparon mis finas lágrimas.

No podía decirle que le quería, no podía. Sin embargo, él era capaz de identificar mis mentiras igual que yo el duelo en una persona. De modo que, en vez de eso, me conformé con una verdad que llevaba escondida en un bolsillo oculto, una que me atormentaba cada día. Una que me torturaba incluso esa noche, que llevaba puesto un vestido precioso. Y, a pesar de eso, no podía evitar compararme con todas las mujeres que nos rodeaban.

—No soy guapa, Vi. —Se me quebró la voz y otra lágrima me rodó por la mejilla. Era la primera vez que lo decía en voz alta en años. Había creído que, si dejaba de decirlo, dejaría de ser cierto. No obstante, solo había conseguido sentirme más sola en mis inseguridades.

La expresión de Levi se ensombreció y una tormenta de emociones se reflejó en sus ojos. Parecía destrozado.

—¿No te consideras guapa? —preguntó.

Imaginé a alguien pintando desde lejos un cuadro de ese momento agridulce para el póster de una película romántica y triste. Pintarían rosas a nuestro alrededor por todo el borde. Yo tendría los tobillos y rodillas llenos de espinas clavadas mientras él permanecía sobre el macizo de flores.

La amante y el arquero, lo titularían. La chica que se enamoraba una y otra vez y el chico que recibía amor de quienquiera que se propusiese.

Me encogí de hombros.

—Tengo un puntillo gracioso y habilidad como costurera, pero nada más —intenté bromear. Pero las lágrimas que se me agolpaban en la garganta no lo engañaron.

—¿Estás loca? —preguntó, recorriendo mi rostro con la mirada en busca de algún rastro de falsedad.

—Sobre todo, los domingos, pero intento minimizar el efecto entre semana.

Ignoró mi broma.

—Dondequiera que vamos, la gente se siente fascinada por ti, te mira y quiere hablar contigo. A mí… —Hizo una larga pausa—. A mí me tienes fascinado.

Ansiaba decirle que el motivo por el que la gente me miraba eran mis defectos. Una carcajada escapó de mis labios al escuchar aquellas tonterías. Me secó una lágrima con el pulgar antes de que siguiera rodando.

No me podía creer que le estuviese permitiendo verme así.

Levi continuó:

—Cada vez que te veo, pienso en… —Escudriñé su rostro con

asombro. Me moría de ganas de asomarme a su mente.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, lo entendí. Se me cortó la respiración, y entonces él… presionó sus labios contra los míos.

La ciudad era un manto oscuro a nuestro alrededor, pero, en ese instante, sentí como si el mundo entero se iluminase.

Me permití fundirme con él, como el vino al deslizarse por la botella o la cera de una vela encendida deslizándose por el lateral de esta. De eso se trataba, así me sentía: como una vela ablandándose por el calor de la llama.

Su boca era más suave y carnosa de lo que jamás había imaginado. Atrapó con los labios mi labio inferior mientras desplazaba las manos desde mis mejillas hasta la nuca, tocando cada onda de mi melena. Era lento y constante. Suave e íntimo. Tácito, pero atronador. Un secreto entre dos amigos.

¿Estaba soñando?

Con el pulgar, Levi trazó un camino por mi mandíbula de forma dominante, guiándome la cabeza hacia arriba para profundizar el beso. Jadeé, sin saber cómo procesar todas aquellas sensaciones a la vez. Sus labios, sus manos, su pecho contra el mío. A mi cuerpo le costó comprender lo que sucedía, pero entonces movimos ligeramente la cabeza y, de repente, le estaba devolviendo el beso, saboreándolo, permitiéndome aquel capricho.

Hundí las manos en la suavidad de su pelo, y tiré y envolví con los dedos los rizos con los que tanto había soñado. En silencio, agradecí llevar tacones tan altos, porque necesitaba estar a aquel nivel. Necesitaba tener acceso total a lo que su cuerpo ofrecía a esa altura.

—Daisy —gimió contra mis labios.

Entonces, la verdad me arrolló como un tren y me di cuenta en ese preciso instante de que estaba loca, profunda e innegablemente

enamorada de él. Siempre lo había estado. Le quería tanto que el corazón me latía desbocado en el pecho, intentando alcanzar al suyo para decírselo.

En vez de eso, recorrí su silueta desesperada, famélica por tocar cada músculo bajo su traje. Intenté memorizar todos los lugares donde me rozaba el labio con la lengua. Estudié cada punto de mi espalda en el que posaba la mano, como si siguiera el movimiento de la luna en el cielo. Sin embargo, sentía como si el suelo se hundiese bajo mis pies y me aferré a él con todas mis fuerzas, como si aquel momento fuese a desaparecer.

Recopilaciones musicales románticas grabadas en CD. Corazones bordados en bufandas. Besos suaves en la frente. Teatros oscuros en las noches lluviosas de viernes. Delicadas joyas de oro sobre piel suave. Poemas franceses escritos en estado de ebriedad. Manos protectoras sobre las caderas, guiándome entre la multitud.

Lo sentí todo a la vez.

Cada gramo de todo aquello era Levi consumiendo mi atención y mi consciencia con su presencia.

Su piel era más cálida de lo que había imaginado, mientras que sus labios abandonaron los míos para recorrerme la mandíbula en un gesto poético. Me dio la impresión de que era posible que realmente se estuviese expresando en sonetos, a juzgar por la sensación de sus labios contra mis clavículas. Dispuse de un segundo para respirar y pensar.

¿Qué significaba aquel beso para él?

Levi me acunó la nuca mientras me agarraba la cintura con la otra mano y capturaba cada centímetro de mi mandíbula con los labios. Madre mía, mis pensamientos se estaban convirtiendo en un crucigrama; las palabras y frases se deshacían en letras que se entremezclaban en mi cabeza. Se me había acelerado tanto la

respiración que me aferré a sus bíceps para evitar que me cedieran las rodillas.

—Me vuelves loco, Daisy. El aroma a flores que te impregna flota donde quiera que vayas, y siempre quiero seguirlo —murmuró contra mi cuello.

Eso. Quería oír aquello cada mañana, día, noche, en mis ensoñaciones y en mis pesadillas. Anhelaba que me lo dijese en francés.

Eso tenía que significar algo. Aquella situación tenía que significar algo. En ese caso, debería confesárselo, ¿no? ¿Debía decirle lo que sentía, porque él tenía que sentir lo mismo?

Mis pensamientos se desdibujaron cuando sus labios regresaron a los míos. Debí de gemir, porque se le escapó una breve carcajada. Su risa juvenil y masculina me provocó un mareo físico.

Haciendo acopio de todo mi autocontrol, me aparté.

El hombre que me devolvió la mirada tenía las mejillas del color del vino tinto, los labios hinchados, el pelo despeinado y unos ojos más brillantes que la luna a medianoche. Me miró con preocupación, como si estuviera a punto de rechazarlo.

Apoyé las manos en su pecho para tranquilizarlo. Cerré los ojos con fuerza e intenté no pensar en la última vez que había hecho aquello y en lo terriblemente mal que había salido.

—Tengo que decirte algo…

—¡Dani! —me interrumpió Sandra, que bajaba corriendo las escaleras con una sonrisa. Me abrazó en cuanto estuvimos lo suficientemente cerca—. ¡Felicidades por entrar en la ESMOD!

Uy.

—Gabe me acaba de mandar un mensaje; ¡no me puedo creer que no me lo hayas contado! ¡Es el puñetero París, tía! —Se separó de mí, aferrándose a mis brazos con alegría—. ¿Cuándo te vas?

—Bueno, todavía no he tomado una decisión al respecto.

—¿Qué? ¡Pero si es el Harvard de la moda! No hay otra opción. ¡Maldita sea, me está llamando mi jefe, luego hablamos!

Me dio un beso en la mejilla y terminó de bajar las escaleras, dejándonos a Levi y a mí atrás.

—¿Te vas a París? —preguntó él. La conmoción quedaba patente en su frente.

—Me lo han comunicado hoy mismo. Aunque no es mi primera opción. —Se suponía que él no debía enterarse así, nadie debía saberlo. Aún no había tomado una decisión; todavía no estaba lista para tomarla.

Él me cogió una mano y pasó los dedos sobre mis anillos. Su mirada era distante y reservada.

—Bueno, es una oportunidad increíble, felicidades. —Me dedicó una pequeña sonrisa—. Deberías habérmelo dicho antes. ¿Vas a…? —Se detuvo a media frase; su mirada fija en algo que quedaba a mi espalda

Me giré instintivamente y descubrí… a Bella. Estaba lejos, observándonos como una plañidera. La tristeza había forjado su velo, cubriendo mi propio estado de ánimo. Pero el único hueco que quedaba en mi interior era para mi propia pena.

Ella nos había estado vigilando.

Había observado a Levi mientras me consolaba, me decía cosas bonitas y me besaba. Mientras me besaba en el cuello, me tocaba la espalda y me pasaba la lengua por el labio inferior. Cosas que haría una pareja.

Fingiendo. Levi había estado fingiendo.

Había sido por lástima. Se compadecía de mí. Yo era el vestido viejo y manchado que ya no se podía lavar y que acababa perdido debajo de la cama. Bella era el traje de seda que se guarda en la

parte delantera del armario para admirarlo. Era preciosa, la personificación del verano.

Nunca me parecería a ella.

Mis siguientes movimientos fueron lentos y robóticos.

Me apoyé en las puntas de los pies y lo besé en la mejilla.

—Buenas noches.

Retiré la mano de las suyas.

Bajé las escaleras. Cogí un taxi.

Contuve las lágrimas. Bajé del coche.

Subí las escaleras de mi casa. Me senté.

Lloré. Llamé a Gabe y a Jia.

—Ha vuelto a pasar.

24

«Mi corazón se desplomó como los tallos de una flor sin cortar…»



Mi vestido de graduación, del color del té verde, formaba un charco a mi alrededor en el pasillo del local donde se estaba celebrando el baile. Los estudiantes con los que había crecido se encontraban al final del pasillo, bailando, haciéndose fotos y, probablemente, haciendo cosas escandalosas que quedarían grabadas en esa noche para siempre. Mientras que mi situación sería lamentable por toda la eternidad.

—Oye, oye, oye, ¿qué pasa, Daisy? —Abrí los ojos como si su voz fuera una orden y lo vi agachándose frente a mí. De inmediato, me acunó el rostro con las manos para que lo levantase hacia él, obligándome a sostenerle la mirada, y así descubrí que parecía angustiado. El corazón me retumbó con más fuerza en el pecho, provocando que se me sonrojaran las mejillas.

¿Era capaz de ver mi amor por él reflejado en mi expresión? ¿Se daría cuenta, por cómo me había estremecido su contacto, de que

cada fibra de mi ser estaba hecha para que él la tocara?

Las lágrimas se negaron a que las contuviera. Pero cuando percibí la absoluta desolación que exhibía su rostro, la esperanza de que él sintiera lo mismo me inundó el corazón.

Levi se negó a soltarme hasta que le proporcionase una respuesta. Sin embargo, el alcohol en mi estómago afectaba a cada palabra que salía de mi boca. Era incapaz de formar una frase completa sin hipar.

—Jeremiah. —Hipido—. Lo necesito.

Levi pareció desconcertado.

—De acuerdo, iré a buscarlo. —Me secó otra lágrima antes de levantarse.

Otro sollozo escapó por mi garganta y lo hizo caer de rodillas frente a mí. Me apoyó la cabeza en su hombro y rodeó mi cuerpo tembloroso con sus brazos.

—¡Chist, chist, voy a buscarlo, vuelvo enseguida!

—No está. —Hipido—. Se me ha acercado una chica y me ha dicho que se ha ido temprano. —Con mi teléfono y todas las confesiones románticas.

Levi se echó hacia atrás.

—¿Te ha dejado plantada? ¿En el baile de graduación? —Parecía furioso. La misma furia que lo invadía cuando Sarah, Claire o Rhea volvían de clase con lágrimas en los ojos y hablando sobre algún chico. No sabía cómo explicarle que no era eso lo que pasaba sin revelarle mis sentimientos. No me importaba que Jeremiah se hubiera marchado pronto; me importaba que se hubiera llevado mi móvil.

—De verdad que lo necesito ahora mismo. —Cuando lo miré y vi la tristeza en sus ojos, las lágrimas reaparecieron. El peso del deseo que sentía por él me oprimía la clavícula. Se volvió aún más pesado

al ver cómo mi plan se desmoronaba. Las cosas no tenían que salir así. Pero ya no podía soportar la magnitud de mi secreto.

«Le quiero, le quiero, le quiero».

—Le quiero —dije en voz alta. Lloré en su hombro, demasiado insegura para decírselo a la cara.

Él detuvo la mano con la que me recorría la espalda.

¿Por qué no respondía? ¿No me había oído? Suspiré.

El vodka y el llanto me habían arrebatado la energía. Lo único que ansiaba era meterme en la cama y escribirle a mi padre.

—Estoy enamorada de ti. Siempre te he querido. —¿Por qué no respondía?—. Necesito a Jere. —Sollocé y me entró el hipo.

Fue entonces cuando la noche se convirtió en una película muda y retorcida. Las palabras abandonaban mi boca tan rápido como las lágrimas.

Levi se quedó petrificado alrededor de mi débil cuerpo.

—Tenemos que llevarte a casa. Iré corriendo y traeré el coche. —Se levantó, alzándome como a una muñeca de porcelana.

¿Es que no me había oído? Le quería. «Estoy enamorada de él». ¿Y Levi no tenía nada que decir? ¿Ninguna respuesta ni explicación?

Mi primer instinto fue contraatacar. Decirle que no podía abandonar nuestra conversación sin más. No obstante, mi costumbre era hundirme en mis inseguridades. Me impedían avanzar, como si me retuvieran los hilos de una marioneta, diciéndome que siempre había estado equivocada. Él jamás me correspondería. Había acudido al baile con otra chica como pareja por una razón. Y ahora ignoraba mi comentario para que yo pudiera conservar algo de dignidad fingiendo que nunca había sucedido.

Pero la parte de mí que estaba borracha seguía enfadada.

—No —reaccioné—. No quiero que me lleves a casa. —Levi abrió los ojos de par en par y retrocedió un paso, como si le hubiera dado

una bofetada. Acababa de dibujar una línea entre nosotros que le decía que no quería saber nada de él. Quizá pensó que se debía a que estaba borracha. Pero en el fondo tenía que saber por qué.

Asintió, resignado.

—En ese caso, voy a ver si Nora puede llevarte.

Me crucé de brazos, con las lágrimas secas.

—No, llamaré a Jeremiah. Ve a divertirte el resto de la noche. —Levi sabía que no tenía mi móvil para llamar a nadie. También que era demasiado terca como para ponerse a discutir conmigo.

—Vale. Escríbeme cuando llegues a casa. —Y dicho eso, se alejó, aunque se giró para mirarme desde el pasillo. Yo mantuve la cabeza gacha.

Caminé entre la multitud como imaginaba que lo hacían los espíritus: inestable y vacía. Encontré a Nora y le pedí prestado el móvil. Llamé a mi madre, por supuesto, no a Jeremiah. Ese sería un problema para el día siguiente. Me dijo que llegaría en cinco minutos. Le devolví el teléfono a Nora con un breve agradecimiento y me dirigí a la entrada del edificio.

—Levi.

Se me paró el corazón. Giré la cabeza de golpe y caminé unos pasos hacia un pasillo contiguo. Mi corazón se rompió como un jarrón de cerámica al descubrir a Cora Messing besándolo. Le recorría el pecho con las manos, susurrando su nombre y rozando cada rizo oscuro de su cabeza. Las manos de Levi permanecieron inmóviles, fijas en las caderas de ella.

Hasta ese momento, nunca había entendido tan bien a Audrey Hepburn cuando dijo en *Sabrina*: «Ni siquiera sabe que existo. Es como si estuviera buscando la luna». Sentí que la garganta se me cerraba y dejaba tan solo el hueco justo para respirar.

Cora era su cita, después de todo, claro que podían besarse. Pero

¿tan pronto? ¿Tan rápido? ¿Después de lo que le había confesado? No podía seguir así. No podía contener el lento latido de mi corazón ni calmar el temblor de mis manos cuando él me miraba, sabiendo que Levi lo significaba todo para mí, y yo, nada para él.

No habría ningún mensaje de «Estoy en casa» ni ninguna llamada al día siguiente. No habría cartas de disculpa en el buzón. No habría más paseos matutinos juntos, ni noches de cine con las niñas, ni excursiones a la tienda de segunda mano, ni tartas de fresa caseras, ni días de playa, ni partidos de béisbol, ni, ni, ni, ni… nada. Ya no podía seguir haciendo nada de eso.

Perder nuestra amistad significaba renunciar a una parte de mi corazón que había vuelto a sentirse plena tras la muerte de mi padre. Una parte que él y su familia habían restaurado. No quería perder nada de aquello. Sin embargo, no podía quedarme si eso significaba estar al margen de su vida amorosa durante el resto de la mía. Era una romántica demasiado empedernida para eso. Prefería ser infeliz con la oportunidad de amar, que no tener ninguna ocasión de hacerlo en absoluto.

Pero nadie te dice lo mucho que el amor se parece al dolor hasta que te rompen el corazón y te das cuenta de que no puedes recuperar ni una esquirla.

25

«"Seguir adelante" era un disco rayado y nunca tuve fuerzas para levantar la aguja»



Lloré tanto que podría haber llenado suficientes botellas de champán para servir una copa a todos los hombres que me habían hecho sentir insegura. Lágrimas por mi corazón roto. Lágrimas por haberme arriesgado. Lágrimas por los constantes rechazos que había soportado a lo largo de mi carrera. Y muchas lágrimas por mi padre. Le echaba muchísimo de menos.

En noches como esa, olvidaba por un instante que, cuando corría a casa, agobiada por la tristeza, él no estaría al otro lado de la puerta para abrazarme. No podría rodear con los brazos su vieja camisa de franela ni aspirar el aroma de la colonia que mi madre le regalaba en cada cumpleaños desde que habían empezado a salir.

Gabe y Jia me encontraron en la puerta con mi vestido de diseño prestado. Me acunaron como a una niña antes de guiarme dentro y sentarme en el sofá. Por suerte, mi madre y Mandy estaban cenando fuera, así que me ahorré tener que contar la misma historia otra vez.

Me quité los tacones, me soné la nariz y subí la falda al sofá. Gabe y Jia correteaban por el primer piso como hadas madrinas para traerme varias cosas: pañuelos, toallitas desmaquillantes, pizza. En momentos como esos, la gratitud que sentía por tenerlos en mi vida era tan abrumadora que a punto estuve de echarme a llorar de nuevo. Estaban ahí en todas las ocasiones en las que debería haber estado mi padre. El llanto, los desvaríos, las quejas, las felicitaciones, las risas. Cuando me había mudado lejos de casa, se habían convertido en mi familia.

—No tiene sentido, Dani. Algo ha tenido que desencadenar todo esto. Es imposible que te besara y, de repente, decidiera que no quería hacerlo —explicó Gabe con frustración—. Sobre todo, cuando eres tú quien se ha apartado.

—Dice que Bella estaba ahí mismo —argumentó Jia—. ¡Ahí tienes tu detonante! ¡Recuerda que todo esto es por ella! —Ay, eso me había dolido.

—No creo que sea tan sencillo. —Gabe negó con la cabeza—. ¿Tiene algo en contra de los franceses?

Jia y yo lo miramos con curiosidad.

Él resopló y explicó:

—No parecía que estuviera contento con lo de París.

Negué con la cabeza.

—Levi lleva años soñando con ir allí. Habla francés con fluidez. —La seda azul del vestido me envolvía las rodillas como las olas del mar. Las alisé—. El beso ha sido un error. Me he dejado dominar por mis sentimientos y…

—Pero, Dani, te ha besado él a ti —me insistió Gabe con exasperación.

—Ha sido en el calor del momento. Nos habíamos puesto elegantes y hemos estado bailando. Ha ocurrido, lo tuviera planeado

o no, y ahora se ha acabado. Mañana todo volverá a la normalidad y será como si nunca hubiera sucedido. —Necesitaba el consuelo de saber qué hacer a continuación.

Mis amigos intercambiaron una mirada, pero a mí no me quedaba energía para seguir con las explicaciones. Me froté los ojos y susurré:

—He estado a punto de decirle que lo quiero.

—Ay, no, es demasiado pronto en la trama de una película romántica para que le confieses tu amor. Eso no debería ocurrir hasta al menos los últimos treinta minutos de la película —comentó Gabe.

—Si aparezco en una película romántica, yo no soy la protagonista, sino Levi y Bella. La propia Jia lo dijo cuando acepté el plan. —Suspiré—. Creía que la veintena era para descubrirse a una misma, viajar por el mundo y dar grandes pasos en tu carrera; no para echar de menos a un chico que conociste en el instituto, comer pizza en el sofá y seguir llorando por las inseguridades de la adolescencia.

—¿Es que no has visto *Sexo en Nueva York*? Esa mierda te persigue hasta los cuarenta —respondió Gabe. Gruñí como respuesta.

Se produjo una pausa en la conversación porque nadie sabía qué decir a continuación. Hasta que Jia se aclaró la garganta y me miró con melancolía.

—Mi padre siempre nos suelta un proverbio coreano cuando mis hermanos o yo tenemos un problema. —Pensó un momento y luego habló lentamente en coreano—. Se traduce como «la felicidad se halla al final de las dificultades».

Me incliné, le di un apretón en la mano en busca de consuelo y susurré:

—Te quiero.

Sencillamente, no sabía cómo decirle que sentía que las dificultades no se acercaban precisamente a su fin.

Cuando se marcharon, me senté en mi escritorio con una camiseta vieja y los pantalones del pijama y abrí el portátil para empezar a escribir. Pero no un correo electrónico para mi padre.

La solicitud para Lazaro brillaba en mi pantalla, en blanco, esperando a que la redactase. Podría haber pintado esa pantalla en un lienzo por la frecuencia con la que la miraba.

«Escriba sobre un momento crucial de su vida que le impulsase a crecer y explique por qué».

Sin embargo, en esa ocasión, no me molestó la premisa. Al contrario, pensé en lo que me había dicho Levi: en hacer que mi redacción fuera personal. Así que reflexioné sobre lo que siempre me hacía destacar: mis inseguridades, imperfecciones y fracasos. Escribí acerca de cada revés que había experimentado.

Sobre aquella vez que Jack Huntington se había burlado de mi ropa, así que me había marchado a casa, había visto *Desayuno con diamantes* y luego había creado una réplica (muy tosca) del clásico vestido negro de Givenchy que llevaba Audrey Hepburn.

Sobre la ocasión en que no había entrado en un programa de moda de verano y me había pasado aquellos calurosos meses diseñando veintinueve vestidos que luego confeccionaría para que los llevaran varias chicas en el baile de graduación.

Escribí sobre la época en que habían diagnosticado a mi padre y habíamos visto todos los episodios de *Pasarela a la fama* en el hospital cuando iba a visitarle, lo cual me había ayudado a aprender nuevas técnicas de costura y a trabajar con modelos y maquilladores.

Cuando había visto a Levi besando a alguien y se me había roto el

corazón. Así que había recortado corazones de satén rojo carmesí y los había cosido en un vestido con sonetos delicadamente bordados en cursiva, que había terminado presentando como trabajo final para mi solicitud de ingreso a la universidad.

Escribí sobre todas mis derrotas y cómo me había recuperado en cada ocasión.

No se lo mandé por correo a Ethan para que me diera el visto bueno o lo valorara. Le di a «enviar», intentando tener un poco de fe en mí misma.

26

«Intenté dejar de quererte, pero te abriste paso por el camino que conducía al sonido de mi risa, a mi estilo de escritura y a los hilos de mi ropa»



Estaba de subidón desde que la noche anterior había presentado mi última solicitud. Por fin estaba lista. Ni siquiera la horrible mariquita que entró volando por mi ventana mientras me preparaba esa mañana consiguió afectarme.

Bueno, sí que me afectó un poco. Pero a ver, no grité. Ojalá se hubiera marchado para cuando volviese a casa esa noche.

Con ganas de aprovechar esa energía, me preparé para el día. Me duché, me recogí el pelo hacia atrás con un pañuelo de seda (uno con arándanos que combinaba con mis pendientes) y me puse unos pantalones de lino y una camiseta.

Recogí mis cosas y salí corriendo al aire cálido. Los árboles rozaban las casas de piedra rojiza y mecían narcisos, y alcancé a oler el césped recién cortado del parque que había unas calles más allá.

La boda se celebraría dentro de dos fines de semana, y yo tenía

que entregar mi proyecto final al cabo de una; además, el desfile de fin de curso donde los presentaría sería solo unos días después de la ceremonia. No tenía vestido para ninguno de los dos eventos, aunque con suerte resolvería la mitad de ese problema ese mismo día.

Había una pequeña tienda de telas no muy lejos de donde compraba los *bagels* de Marty. Era diferente de los negocios más grandes de la ciudad porque solo vendía telas de segunda mano; ninguna era igual a otra. No era mi primera opción, puesto que necesitaba suficiente material para corregir mis errores y casi nunca había rollos enteros disponibles. Pero en el centro no había encontrado lo que necesitaba.

Al entrar en el local, me encontré con que el pequeño espacio estaba inundado de telas. Hasta la última superficie estaba cubierta de retales que no tenían hogar porque no había suficiente de ellos para confeccionar un vestido, tal vez ni siquiera un lazo.

Me dirigí a la parte trasera, donde guardaban los rollos más grandes, con la esperanza de encontrar lo que con tanto mimo había creado en mi mente. Era una idea tan específica que evité pedir ayuda a nadie, porque eso habría requerido una respuesta larguísima y compleja, además de echar un vistazo a mi tablero de Pinterest.

El objetivo era encontrar una tela que se asemejara a la luz del sol y que se ondulara como las dunas de arena al drapearla. El cuadro que Levi me había enseñado aquel día en el Met, *La carta de amor*, de Jean Honoré Fragonard, tenía una calidez que no había podido olvidar desde que posé la mirada en él. Ya tenía la silueta en mente; algo que había esbozado durante nuestra tarde juntos en el museo. Sería la pieza perfecta para concluir mi presentación en la pasarela.

Al pasar las manos por los rollos de tela, vi diferentes texturas y

estampados que podrían haber pertenecido a cortinas o sofás, todos demasiado oscuros. Lo único que encontré fueron varios estampados florales demasiado similares a mi primer vestido y colores demasiado neón para mimetizarse.

Dejé caer el bolso al suelo para tener las manos libres y apartar los rollos de la pared. Allí tenía que haber algo.

Los amontoné todos en los brazos: verde bosque, rojo carmesí, chevrones blancos y negros, golondrinas grises… Naranja. Separé aquel rollo con entusiasmo. Era un tejido arrugado; ligero y suave, lo cual conseguiría que se mimetizase a la perfección con los demás patrones suaves y técnicas de drapeado que iba a emplear. No era del tono naranja que uno asocia con el del arcoíris, sino más intenso. Como el que se encuentra en las curvaturas del sol. Complementaría mi primer vestido, que había confeccionado con una tela de acuarela que había encargado, con blancos, amarillos y naranjas inspirados en las flores de lantana.

Ese último vestido, no obstante, sería sencillo. Nada tan complejo ni laborioso. Sin embargo, con suerte, su belleza radicaría en su simplicidad.

No quedaba mucha tela en el rollo, así que me eché el bolso al hombro y lo llevé a la caja.

Lo coloqué con cuidado sobre el mostrador; hacía meses que no me sentía tan emocionada con un diseño.

—Me lo llevo todo —dije con una sonrisa.



No sabía qué me había poseído —probablemente la tela nueva que llevaba en el bolso—, pero escribí a Levi mientras preparaba un

arreglo floral de cumpleaños en Las flores de Daisy. Hortensias azules y moradas (de mis favoritas) con paniculatas blancas.

Y él me respondió.

Dani: ¿Cena esta noche?

Levi: Como siempre. ¿Te paso a buscar por la floristería?

Había contestado en cuestión de segundos. Me sentí aliviada por su respuesta desenfadada. Uf. Tal vez estuviese en lo cierto. Quizá pudiésemos fingir que no había sucedido nada. Había sido una actuación, claro que no merecía la pena mencionarlo. Pero una pequeña parte de mí anhelaba una respuesta fuera de lo común.

Algo que demostrara que lo de la noche anterior también le había afectado.

Dani: Cogeré un taxi, no te preocupes :)

Lo último que necesitaba era estar a solas con él en un coche. Compartir un espacio reducido con Levi era imposible.

Mi móvil vibró de nuevo. Terminé de atar las flores con un cordel y las coloqué en un jarrón de cerámica.

Levi: No pienso dejar que pagues un taxi, menuda ridiculez.

Maldito Levi.

Dani: A lo mejor tengo un *sugar daddy* que me paga los viajes en taxi.

Levi: ¿Ese *sugar daddy* se llama Mandy o Linda?

Dani: *uf* ¿Cómo te atreves a nombrarlas?

Levi: Te recojo a las 5.

Dani: Para entonces ya estaré en el taxi.

Levi: Maldita sea, Daniella. Entonces te mando dinero.

Le escribí: «No quiero tu dinero manchado de sangre» al mismo tiempo que él me escribía: «Te juro por Dios que si lo llamas dinero manchado de sangre…».

Me tapé la boca para contener la risa.

Dani: Ganar dinero a costa de las estudiantes podría considerarse dinero manchado de sangre…

Levi: ¡Ellas me atormentan a mí!

Dani: Nos vemos en casa de Trish a las 5 ;)

El taxi no me costó mucho, puesto que el trayecto solo duró quince minutos. No me habría importado ir andando, de no ser porque había cerrado la tienda más tarde de lo previsto. Además, Levi había terminado enviándome dinero con un mensaje que decía: «Aquí tienes el dinero manchado de sangre que me has pedido <3». Ojalá el gobierno no vigilase nuestros mensajes…

Llamé a la puerta con un ramo de tulipanes rosas (mis favoritos, y también los de Sarah), pero quien me abrió no fue un Coldwell, sino Bella.

—Ah, hola —saludé.

Parecía sorprendida de verme. Llevaba su melena rubio fresa recogida en un moño perfecto, mientras que la mía estaba despeinada y escondida bajo un pañuelo de seda. Llevaba un bonito vestido de algodón que le realzaba las caderas. Estaba perfecta sin hacer ningún esfuerzo. Me costó no bajar la vista a mis pantalones

de lino y mi vieja camiseta. Por lo menos me había puesto brillo de labios.

—Hola —me respondió con bastante incomodidad.

Alargó la mano para quitarme las flores de las manos.

No tuve tiempo de pensar en cómo reaccionar, así que dejé que me las quitara.

—¿Son para Levi?

—Eh… No, no. En realidad, son para Sarah.

—Ah, qué amable. —Me miró como si la hubiese sorprendido. De la misma forma en que alguien recibe un nuevo cotilleo.

—No es gran cosa. —Le habría preguntado cómo estaba si aquello no hubiese implicado permanecer más tiempo en la puerta o tener que revivir mentalmente cómo nos había observado a Levi y a mí la noche anterior.

Sin embargo, antes de que nuestra conversación pudiera continuar, Sarah gritó:

—¿Es Dani?

Bella se giró.

—Sí. Te ha traído flores. —Me abrió la puerta y se fue. Decidí ignorar aquella interacción tan extraña porque había otras cosas por las que preocuparme. Como el hecho de tener que ver a Levi y fingir que no nos habíamos besado y que no había sido el mejor beso de mi vida.

Un beso digno de una película romántica. Uno de esos en los que te retumba el corazón en los oídos cuando él se inclina hacia ti. El tipo de beso que te haría reconsiderar tu elección de marido al cabo de diez años porque él era el que se te había escapado.

Crucé el cálido umbral y Sarah me recibió con un abrazo, aferrada a sus tulipanes rosas. Combinaban con el rubor permanente de sus mejillas. Le devolví el abrazo, riendo. Levi y yo le llevábamos un año,

pero Sarah siempre parecía la mayor. Su confianza en sí misma y en sus decisiones me hacía sentir más joven que ella.

—¡Solo son flores, Sarah! —le recordé mientras me apretaba. Era más fácil decir eso que explicar el simbolismo del tipo de flor que estaba regalando. Los tulipanes simbolizaban la perfección y el amor; dos cosas que ella irradiaba.

Se apartó de mí a toda prisa.

—No son solo flores. Son mis flores favoritas. ¡Si no estuviera a punto de casarme, te robaría de los brazos de mi hermano! ¿Me has oído, Levi?

—¡Alto y claro, Sarah! —gritó el susodicho desde otra habitación. Sentí las piernas tensas al instante. ¿Por qué no me había abierto la puerta si estaba allí abajo?

—¡*Tienes* que ver las fotos de anoche! —me instó ella. Su costumbre de enfatizar constantemente una palabra en cada frase me hizo reír. Su entusiasmo era contagioso.

La mesa del comedor estaba cubierta de fotografías impresas de Sarah con el precioso vestido blanco de la noche anterior, reluciente con sus diamantes. Fotos en blanco y negro, de baja exposición, de ella sola, y luego de ella y Jeff bailando entre la multitud. La mayoría de las fotos se centraban en su vestido, lo cual me hizo reír, porque el objetivo del evento había sido hacer brillar a la familia de Jeff. Pero era imposible no fotografiarla a ella; estaba radiante.

—¡Dani! —Me giré y vi a Trish acercándose para abrazarme.

—Hola, señora Coldwell —la saludé con cariño.

—Si te oigo llamarme señora Coldwell otra vez… —La falsa amenaza iba acompañada de una mirada maternal.

—¿Cómo estás, Trish? —me corregí, y ella se rio.

Antes siempre la llamaba por su nombre de pila, pero me parecía inapropiado seguir haciéndolo después de tantos años de

separación. Agradecí su esfuerzo por hacerme sentir cómoda.

—Ahora mismo, fatal. Mis hijas están desatando un infierno en la cocina. Les ha parecido divertido prepararnos una tarta para el postre de esta noche. —Parecía que esa noche solo estaríamos las damas de honor de Sarah, nada de familia.

Por eso me sentí cómoda diciendo:

—Déjame ayudar.

—No puedo permitir que hagas eso…

—Quiero hacerlo. Me encanta la repostería y adoro a las chicas. Me alegrarán la noche.

Ella me observó un momento. Su pequeña sonrisa parecía a la vez sombría y satisfecha; una expresión que llevaba como un pintalabios emborronado.

Asintió.

—Sería maravilloso, Dani, gracias.

—No hace falta que me des las gracias. Sobre todo, porque todavía no hay tarta. —Me dirigí a la cocina. Era una lástima que fuera tan espaciosa, porque las chicas se las habían apañado para cubrir todas las superficies con harina. Incluida la ropa, por supuesto.

Se giraron al unísono cuando entré, con las manos en alto como si las hubieran pillado con las manos en la masa. Pero cuando se dieron cuenta de que era yo (definitivamente no me consideraban una figura de autoridad), sonrieron y gritaron:

—¡Daisy!

—¡Chicas! —Me agaché y abrí los brazos. Corrieron hacia mí en mitad de una nube de harina y risas.

—Me han dicho que vamos a preparar una tarta.

—¿Quieres ayudarnos? —preguntó Claire con entusiasmo.

—¡Claro! ¿Qué tipo de tarta vamos a hacer? —inquirí.

—Tarta de fresa —respondió Rhea.

—¿Os gusta la tarta de fresas? —cuestioné, escéptica.

—No, está asquerosa. Ningún postre debería llevar fruta. —Rhea se estremeció.

Me di un golpe en la frente con la mano.

—Entonces, ¿por qué vamos a prepararla?

—Levi ha intentado hacer una antes, pero ha fracasado estrepitosamente —me informó Claire, con el mismo tono que su hermana mayor.

—Levi odia la tarta de fresas —comenté, confundida.

—Pero a ti te gusta —declaró Claire.

27

«Ojalá hubiese sentido la confianza necesaria para contarte la verdad, con la misma cabezonería con la que me empeñaba en ocultarla»



Cuando las niñas y yo terminamos de reunir y mezclar los ingredientes, metimos la tarta en el horno antes de que pudieran comerse más masa y empezamos a limpiar. Claire restregó la encimera mientras yo lavaba los platos y Rhea los secaba. Hice todo lo posible por no preguntarles nada más sobre Levi y su fiasco repostero. Si seguía dándole vueltas a la idea de que me preparase una tarta, me derretiría como los ingredientes en el horno.

Por suerte, Claire tenía sus propias preocupaciones que comentar.

—Claire, Tyler es asqueroso. ¡Se hurga la nariz! —Rhea levantó los brazos, esparciendo agua jabonosa por el aire.

—¡No, no es verdad! —gritó su hermana, lo que provocó que un poco de espray limpiador acabase en mi ropa.

—¡Le he visto hacerlo!

—Bueno, pues me da igual, le adoro.

Rhea puso los ojos en blanco.

—No, claro que no. Ni siquiera sabes lo que es el amor. Tienes ocho años.

—¡Tú también tienes ocho!

»Daisy, ¿cómo sabes si estás enamorada? —preguntó Claire con una mirada inocente y curiosa, como si necesitara que la rescataran.

Nunca había hablado a las chicas como si fueran niñas, merecían que se les hablara como a seres humanos, de modo que siempre me tomaba sus preguntas en serio. Sobre todo, porque se daban cuenta cuando les respondías por responder.

—Sabrás que estás enamorada cuando el tiempo que pases con esa persona nunca te parezca suficiente. Todo lo que descubras sobre ella será información que atesorar, por muchos defectos que tenga. Te sudarán las manos y te trabarás con las palabras cuando la tengas delante. Pero si te quiere, solo pensará que eso te hace aún más encantadora.

—¡Guau! —Claire me miró con los ojos como platos y llenos de asombro—. Creo que no estoy enamorada de Tyler —sentenció con una expresión tan seria que me hizo reír. Su rostro se transformó con una sonrisa infantil, revelando el diente que le faltaba.

—¿Así fue como supiste que querías a Levi? —preguntó Rhea a mi izquierda. Casi se me cayó el plato al recordar que ella no conocía la verdad acerca de nuestra relación.

En realidad, Levi era el dueño de mi corazón. Se lo había ganado en el instituto y se lo había quedado prestado todos esos años. No deseaba creer que todavía lo quería, pero existía una razón por la que cada relación o momento íntimo que había tenido desde entonces habían constituido una decepción.

Era él. Siempre había sido él.

—La verdad es que fue cuando le vi meterse siete donuts en la

boca a la vez. —Las chicas se rieron con mi respuesta y eso me hizo sonreír.

—Levi habla mucho de ti —comentó Rhea, como si no fuese algo que escribir y repasar durante meses. ¿A quién quería engañar? Más bien años.

—¿De verdad? —pregunté con la mayor naturalidad posible, enjuagando otro plato y pasándoselo para que lo secara.

—Todo el tiempo. Dice que hueles a flores —se rio Claire.

«Me vuelves loco, Daisy. El aroma a flores que te impregna flota donde quiera que vayas, y siempre quiero seguirlo». El recuerdo me revolvió el estómago como una cita romántica olvidada. A lo mejor porque intentaba que fuese una cita romántica olvidada (con énfasis en «olvidada»).

—Nunca sale, es un aburrido —se quejó Rhea.

Claire suspiró.

—¡Deberías venir el próximo fin de semana a ver una película!

—¿Noche de cine? —pregunté sorprendida. ¿Todavía celebraban esas noches?

—¡Podemos ver la que tú quieras, por favor! —gritó Rhea.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! —gritó su hermana. Empezaron a dar saltos; Claire se tambaleaba sobre el taburete y Rhea salpicaba agua del fregadero por todas partes.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Vendré! ¡Dejad de empaparme! —Me reí mientras las chicas se calmaban—. Voy a secarme, así que confío en que os aseguraréis de que la cocina esté impecable cuando vuelva, ¡y luego podemos decorar la tarta! —Me vitorearon cuando salí de la cocina.

Recorrí el pasillo en dirección al baño, intentando no pensar en que, la última vez que había estado allí, Levi se estaba quitando la camisa. «Respira, Dani. Sois amigos, nada más».

El armario de la ropa blanca estaba lleno de toallas. Saqué una

pequeña para la cara y me levanté la camiseta para secarme el agua del estómago, que había traspasado la tela. Luego me sequé la parte frontal y…

—¡Menudo espectáculo el de anoche! —*Bella*.

Levi suspiró.

—¿Qué espectáculo?

Me quedé paralizada detrás de la puerta del baño. No debería estar escuchando aquello; era una invasión de la privacidad. Debería salir del baño y volver a la cocina. Lo último que tenía que hacer era acercarme a la puerta para prestar atención.

—Dani y tú. Anoche os pusisteis muy románticos.

Bueno… Ahora ya parecía que también era asunto mío, así que mejor me quedaba donde estaba. Mantuve la oreja pegada a la puerta.

—Debo decir que nunca pensé que vería a Levi Coldwell enamorado. Sé que mi madre está impresionada, especialmente después de tu entrevista de esta semana.

—Me alegra saberlo —respondió él. Sin embargo, no parecía feliz, sino más bien taciturno. Me acerqué a la rendija entre la puerta y la pared, intentando vislumbrar lo que estaba pasando, pero solo pude ver a Bella.

—Me ha comentado que el puesto es prácticamente tuyo —afirmó ella.

Si «prácticamente» tenía el trabajo, ¿acaso seguía necesitándome?

Bella sonaba diferente a la persona que me había recibido en la puerta. Menos robótica, más sensual. Sobre todo, cuando alargó la mano y le acarició el antebrazo a Levi. Fue un movimiento minúsculo, aunque parecía muy íntimo. Como la mirada que le lanzó por debajo de las pestañas mientras el cabello le caía perfectamente

por la espalda.

Levi apartó el brazo.

—Isabella, estoy harto de esto. Sabes que estoy con Dani. No pienso seguirte el juego. Me da igual si pongo en peligro el trabajo.

El corazón me empezó a latir más rápido que los trenes del metro. ¿Es que Bella había estado coqueteando con él todo el tiempo que llevábamos «juntos»? ¿Había correspondido él a sus sentimientos?

¿Acababa de decir Levi que le daba igual si ponía en peligro el trabajo?

—De acuerdo. Te veo en el comedor.

La observé alejarse y a él acercarse… Mierda, mierda, mierda.

—¿Dani? —preguntó, desconcertado. Verlo por primera vez desde que nos habíamos besado me hizo sentir más emociones contradictorias de las que esperaba. Observar sus labios y recordar la sensación que producían contra los míos era una nueva forma de tortura. Solo me preguntaba si a él se le estaría pasando lo mismo por la cabeza.

«Sus palabras entre besos fueron provocadas por la lujuria y el deseo, nada más». Pero ¿por qué esos besos tenían que ser tan difíciles de olvidar?

—Hola, disculpa, no… No estaba… —¿Curioseando? «Bueno, eso sería mentir, porque sí que lo estabas», me acusó una vocecita en mi cabeza.

Desistí de buscar una explicación y dije:

—Las niñas y yo estábamos preparando una tarta. Cuando nos hemos puesto a lavar los platos, me han hecho preguntas y no he respondido lo suficientemente rápido, así que… no importa. Se me ha mojado la camiseta y he venido a secarla.

Levi bajó la vista hacia mi ropa.

—Puedo traerte una mía…

—No, no, no, estoy bien, no pasa nada. —Lo último que necesitaba era una camiseta que oliese a su colonia.

Un rubor apareció lentamente en sus pómulos. Se rascó la nuca y preguntó:

—¿Podemos hablar?

—Sí, claro —respondí.

—Quería hablar de lo de anoche. —Ay, no. Había supuesto que nuestros mensajes de antes eran un acuerdo tácito para fingir que lo de la noche anterior no había sucedido—. Sobre lo que pasó cuando…

—Ah, bueno, no te preocupes. —No, aquello no podía estar pasando. Oírle decir que lo de la otra noche había sido un error me destrozaría. El equivalente a arrancar bulbos de tulipán de la tierra justo cuando empezaban a crecer. No me recuperaría de eso.

La confusión nubló su rostro.

—¿Que no me preocupe?

No podía dejar que creyese que el beso había significado algo para mí cuando era evidente que no era importante para él. Levi tenía que pensar que era mutuo. Solté la mentira más rápida que se me ocurrió.

—Sí, no fue para tanto. Simplemente, me pillaste desprevenida. Hacía tiempo que no besaba a nadie. —¿Por qué acababa de admitir eso?—. Ya sé que solo estábamos fingiendo. —Me encogí de hombros con una sonrisa. No obstante, sentía que me estaba desmoronando por dentro, con el estómago en un nudo por la mentira y una sonrisa forzada en mi rostro. La misma que había puesto cuando Ethan me dijo que mi redacción era un desastre. La sonrisa que intentaba poner cuando los chicos con los que tenía citas me decían que no solía ser su tipo. Esos rechazos dolían, pero ¿que me rechazase él otra vez? ¿Que me dijera que el beso de la

otra noche no había significado nada?

—Fingiendo —repitió estoicamente.

—¿Creías que me había molestado?

—Es que no me di cuenta de que era… —Me observó con atención un instante, pero luego dejó escapar un suspiro—. Soy un idiota, lo siento, no me hagas ni caso. Vamos a cenar.

La cena estaba servida y quedaban dos asientos libres para nosotros, apretujados entre las niñas. Sarah y sus damas de honor hablaron de la boda; desde la disposición de los asientos hasta los vestidos y el tiempo, ya que se iba a celebrar en la playa.

Levi guardó silencio durante toda la conversación, solo levantó la cabeza cuando Rhea habló. Pese a que estaba sentado a mi lado, su mente estaba en otra parte.

—Dani, ¿vendrás en el coche con nosotras? —preguntó Sarah, pillándome por sorpresa.

—Lo siento, estaba despistada. ¿Ir en coche con vosotras… a dónde? —pregunté.

—¡A la casa de la playa! —Ahora sí que estaba confundida—. ¡Dónde va a celebrarse la boda! La fiesta será el día anterior. Sé que no eres dama de honor, pero eres parte de la familia y quiero que estés allí, y sé que Levi también.

Por muy divertida que sonara una boda de fin de semana en los Hamptons, no era suficiente para que quedarme a pasar la noche sonase atrayente. ¿Con quién iba a hablar cuando Levi no estuviera en la habitación? ¿Dónde iba a dormir? ¿Cuántas duchas habría? ¿Qué ropa sería aceptable para dormir y tener buen aspecto sin resultar demasiado elegante?

Mi preocupación debió de resultar evidente, al menos para él, porque intervino.

—Sin presión. Puedo volver a la ciudad y recogerte por la mañana

antes de la boda. —La expresión distante desapareció de su rostro.

—Los Hamptons están por lo menos a dos horas en coche de la ciudad, no voy a permitir que hagas eso —dije con firmeza.

Pero tampoco podía salir de la ciudad; ni Mandy ni mi madre tenían coche. Mi tía trabajaba en la misma calle en la que vivíamos y mi madre viajaba demasiado como para molestarse en conducir.

Pagar un taxi para que me llevase fuera de la ciudad en un trayecto de dos horas era impensable. La solución más lógica era ir con Levi el sábado antes de la boda, junto a todos los demás.

—Me encantaría ir si hay sitio, gracias, Sarah —sonreí.

—¡Perfecto! —exclamó ella.

Recibí un golpe en la rodilla. Bajé la vista y vi la rodilla de Levi contra la mía por debajo de la mesa. La presión era similar a la de estar delante de una chimenea. La alegría de una llama extendiéndose hacia mí, tostando la superficie de mi piel. Solo que, en esa situación, sentía ardiendo la zona de contacto.

—¿Estás segura? —articuló, agachando la cabeza. Sentí íntimo aquel intercambio, por la forma en que sus ojos escudriñaron mi rostro y se detuvieron en mis labios.

«Es solo lujuria», me dije. Pero yo seguía deseándolo con desesperación.

Asentí, incapaz de hablar, pensando demasiado en cómo, tan de cerca, su rostro poseía la misma belleza que un cuadro. La suave curva de su nariz y la calidez de sus ojos color avellana. Quería acercarme y recordarme a qué sabían sus labios. Y casi habría jurado, por su mirada, que él estaba pensando en algo similar.

«Aunque así fuera, no te quiere. Está enamorado de otra persona».

Pero acababa de escuchar cómo rechazaba a Bella, ¿por qué seguía creyendo que la quería a ella?

Tal vez una parte de mí necesitase que él estuviera enamorado de otra persona. Puede que lo hiciese todo más fácil. Me obligaba a seguir adelante. Me obligaba a aceptar esa realidad. No era yo, porque era ella. Él la deseaba a ella. Si solo nos tenía en cuenta a nosotros y eliminábamos todo lo demás de la ecuación, tan solo quedaba el simple hecho de que… yo no era la indicada para Levi.

De esa forma, podía existir sabiendo que siempre había alguien más. Ella era el motivo, no yo.

«Sabes que estoy con Dani. No pienso seguirte el juego».

Sin embargo, ahora, esa peligrosa otra mitad de mí se cuestionaba si era posible que sí me desease. Una posibilidad. Solo un pequeño porcentaje indicaba que podía estar interesado en mí. Y eso era tan arriesgado como encender un cigarrillo cerca de un sauce.

—El miércoles tengo la última prueba del vestido. Levi, ¿podrás venir? Necesito tu opinión, sobre todo, porque ninguna de las chicas está libre —dijo Sarah, refiriéndose a sus damas de honor.

—Doy clase hasta las seis, pero puedo ir justo después —respondió su hermano, cuya mirada romántica había desaparecido.

—Tráete a Dani también, me encantaría contar con tu experiencia. Quiero que el vestido me quede perfecto —añadió ella.

—A ver, Sarah… —empezó a decir él.

Sabía que iba a decir que no tenía que ir, pero yo tenía mis propias preocupaciones.

—La verdad es que no tengo tanta experiencia como crees —recalqué.

—Ni lo intentes, Levi me lo ha contado todo sobre tu carrera y tu portafolio. —¿Mi portafolio? Hacía años que no actualizaba esa página web. ¿Qué habría visto ahí?—. Concédete un poco de mérito, te necesito allí. ¡Te prometo que no tardaremos mucho!

Era imposible decirle que no a Sarah. Además, me encantaban los

vestidos de novia. Desde que había visto cómo mi madre diseñaba uno, desde el boceto hasta el traje acabado en el jardín de nuestra antigua casa, para mí eran el equivalente a un atuendo digno de la realeza. Había crecido asistiendo a exhibiciones de vestidos de novia, pasarelas y sesiones fotográficas para revistas con ella, viendo a muchas mujeres resplandecer con trajes blancos y ramos de colores. Aunque nunca había soñado con una boda propia, sí lo había hecho con los vestidos y sus diseños únicos. Por eso tuve que decir:

—Allí estaré. ¿A qué hora?

—Puedo pasar a recogerte —respondió Levi.

—Pero has dicho que estarás dando clase.

—No me cuesta nada ir a por ti.

—¿Por qué no voy a esperarte después de clase y, cuando termines, vamos juntos?

—¿Estás segura?

—Sí, no te preocupes tanto —le aseguré, pese a que yo misma estaba increíblemente preocupada. ¿Verlo dar clases? Iba a ser mi fin.

28

«Vistazos, miradas, ojos que buscaban lugares que no debían haber visto»



Era el primer lunes en meses en el que me daba pánico ir a clase y ver a mis amigas. Pensé que visitar a Marty en su tienda mientras compraba seis *bagels* con queso crema (además de uno sin lactosa que acababan de preparar para Sandra) me ayudaría, pero solo me provocó más náuseas.

Todos mis instintos me decían que Sandra querría hablar de Levi. Le gustaba hablar. Era de esas que quieren guardar un secreto desesperadamente, pero que parecen una lata de refresco agitada a punto de estallar si le confías uno. Y lo peor de todo: no era ningún secreto. Lo de Levi era *vox populi*. Una circunstancia terrible cuando una intentaba evitar pensar en lo del sábado por la noche.

Lo único que me mantenía en el camino correcto hacia la universidad era la tela nueva que había comprado el día anterior. Iba muy justa de tiempo. Solo me quedaba una semana para confeccionar aquel vestido. Después, pasaríamos a las pruebas con

modelos.

No era la única en clase que lo dejaba todo para el último momento, aunque sí la única a la que le faltaba una prenda entera de su colección. Todas las demás estaban trabajando en detalles más pequeños, como mangas, ribetes y cuentas. Que nadie me malinterprete, a la hora de crear una colección de alta costura, nada era pequeño ni fácil. Pero ojalá solo me quedasen los detalles.

Culpa mía, claro.

Ese estrés se veía acentuado por el de mi solicitud para Lázaro. No era razonable pensar que recibiría respuesta dos días después de enviarla. Pero la espera me impedía comportarme como una persona normal. Si no entraba, ¿sería una señal de que mi destino era París? Quería empezar a ponerme a prueba a mí misma, solo que mudarme a la otra punta del mundo durante un año era más que un simple reto.

Pasé mi credencial de estudiante, abrí la puerta del edificio de Diseño y subí las escaleras. Fue más una carrera que un paseo porque me daba miedo encontrarme con Ethan.

¿Cómo había que reaccionar cuando el novio de una estudiante te llamaba Evan y te interrumpía? Ni idea, y no tenía ningunas ganas de descubrirlo.

—¡*Bagels*! —gritaron las chicas cuando entré en el aula. Sus prendas estaban preparadas desde bien temprano, junto con sus alfileteros en las muñecas. Al final de la clase, parecería que estábamos trabajando en una fábrica clandestina.

Se quitaron los alfileres de la boca y los alfileteros de las muñecas, cogieron sus *bagels* y me los agradecieron con besos en la mejilla y apretones de brazos.

—¡También he traído queso crema sin lactosa, Sandra! —anuncié alegremente.

Camille, Vera, Daya y Lexi se rieron, mientras la aludida soltaba un gritito de asombro.

—Puede que este sea el mejor día de mi vida —respondió la susodicha, aferrándose al queso crema como si de oro se tratase.

Nos reunimos alrededor de una mesa en la parte frontal del aula, saboreando el desayuno. Hablamos de lo que nos quedaba para terminar nuestros proyectos y de nuestra visión para los peinados y el maquillaje.

—Quiero que las modelos lleven sombras de ojos de neón y uñas postizas exageradas —dijeron tanto Lexi como Daya, mientras que Vera quería moños apretados y el pelo engominado y peinado hacia atrás.

Camille y yo teníamos un estilo similar, así que no me sorprendió oír que quería coletas sueltas y maquillaje natural. Era probable que yo misma eligiese un estilo similar después de hablar con las alumnas de peluquería y maquillaje.

—¿Y tú, Dani? —preguntó Daya. Camille era a quien más recurría en busca de consejos. Conocía mi visión casi mejor que yo, por lo que mi concepto constituía un misterio para todas las demás. La mayor parte de mi trabajo lo llevaba a cabo en plena noche o después de una crisis, como debía de resultar evidente a esas alturas.

Tenía cuatro vestidos y un traje, con los colores de las flores de primavera y una tela que imitaba la ligereza de las nubes.

—Algo parecido a lo que ha dicho Camille —respondí antes de darle otro mordisco a mi *bagel*. No había pensado ni una sola vez en el peinado ni en el maquillaje, pero normalmente era una idea de último momento. Asegurarme de acabar mis prendas era mi principal objetivo.

—No estáis haciendo las preguntas adecuadas —declaró Vera,

recogiéndose el pelo negro como la tinta—. Yo lo que quiero es que Dani nos hable de su novio —susurró, moviendo las cejas.

Gruñí.

—¡Se lo has contado! —acusé a Sandra.

Ella ahogó un grito.

—¡Qué va! Solo se lo he dicho a Vera.

—¿Decirle a Vera qué? ¡Yo también quiero saberlo! —chilló Lexi.

Por mucho que odiase hablar del tema y seguir con aquella farsa en mis círculos sociales, las adoraba. Como amiga insegura, tener gente que se preocupase lo suficiente por mí como para preguntar acerca de mi fin de semana y mi relación, a pesar de ser falsa, era una sensación reconfortante.

Sandra me miró como diciendo: «¿Puedo contárselo?». Puse los ojos en blanco antes de asentir. A continuación, se lanzó a describir mi aspecto y el de Levi el fin de semana.

—Ese hombre era el ser humano más atractivo del edificio… No, de la ciudad. Llevaba un traje negro que complementaba su pelo oscuro, y un rizo perfecto le caía sobre la ceja —explicó Sandra con una mirada soñadora.

¿Así sonaban mis pensamientos?

—¡Sandra, que hablamos del novio de Dani! —intervino Daya horrorizada, pero no fue suficiente para disimular la leve sonrisa en su rostro.

—¡Solo estoy apreciando lo que tiene!

—¿Llevaba gafas otra vez? —preguntó Vera con la seriedad más absoluta.

—¡Todavía no había terminado! —la regañó Sandra—. No, nada de gafas. Pero habrían ocultado sus preciosos ojos. —Resoplé, a pesar de estar de acuerdo—. Y no despegó la mano de la espalda de Dani en ningún momento.

Las chicas estaban impresionadas. Se me subió la sangre a las mejillas. Estaba tan concentrada en que Bella nos había visto a Levi y a mí, que no había pensado en la imagen que dábamos.

A medida que Sandra seguía describiendo nuestra cercanía, crecían mis esperanzas de que Levi se sintiese atraído por mí. Mi optimista corazón quería creerse esas palabras. Sin embargo, los susurros habituales regresaron. «Le encanta coquetear. Está fingiendo».

—No pudo presentármelo porque él estaba hablando con otra persona. Aunque no dejaba de mirarla, como si no pudiera creer que existiese. Como si fuera la única en la habitación —explicó Sandra en un estado de ensoñación. Todas esperamos a que continuara, con ganas de seguir escuchando aquel cuento de hadas, pero ya había terminado.

—Probablemente, fue por el culo que le hacía ese vestido —comentó Lexi, haciéndonos reír a todas.

—¿Vendrá al desfile? —preguntó Daya.

El desfile era después de la boda. Bella había dicho que el trabajo ya era prácticamente de Levi, y la boda de Sarah era la última «cosa pendiente» en nuestro acuerdo de relación falsa. No sabía qué sería de nosotros para entonces.

Pero no tendría sentido que nuestra artimaña durara más.

—No estoy segura —contesté. Y era lo más cercano a la verdad que había dicho en todo el mes.

29

«Estar cerca de ti era atormentarme por lo que no podía tener y recordar cuánto te deseaba en realidad»



Dos días después, me dirigí a la clase de Levi tras pasar la tarde metida en el aula de Diseño. Salí temprano, con la esperanza de verlo en su salsa.

Pésima idea.

Creo que, si Vera hubiese estado allí en ese instante, habría explotado, literalmente. Al decidir llegar antes de tiempo, no esperaba encontrarlo al frente del aula con sus gafas.

Levi había mencionado que el profesor al que le hacía de ayudante le ofrecía mucha libertad para enseñar en su programa. Sin embargo, no esperaba encontrarlo de pie al frente de la clase con la confianza de un profesor titular, enseñando como en un sueño de estética *dark academia*.

Llevaba una camisa blanca abotonada y una corbata marrón que combinaba con su pelo. Del mismo tono que una estantería de

madera de nogal de esas que se encuentran en los rincones de las librerías de los pueblos pequeños. Se recolocaba las gafas sobre el puente de la nariz de forma ansiosa mientras hablaba y luego devolvía las manos a la seguridad de los bolsillos del pantalón para no moverlas con nerviosismo. Sin embargo, sus tics eran imperceptibles para la multitud. Una sala completamente llena de mujeres, con un único chico delante.

Me quedé de pie frente a la puerta abierta, escuchándolo explicar el orden del día de la siguiente clase mientras una chica sentada al fondo alzaba la voz.

—Señor Coldwell, ¿podría repetir eso, en francés esta vez?

Todas las chicas empezaron a reírse. Me llevé la mano a la cara para contener una carcajada. Eso de «señor Coldwell» era lo más atractivo que había oído en toda mi vida, y era una fanática de las películas románticas históricas, así que eso decía mucho.

Levi se rio. Fue su risa avergonzada, una que hizo que se le sonrojasen los pómulos, y el sonido le salió de la garganta, no del estómago. Se pasó una mano nerviosa por el pelo y se apoyó todo lo alto que era contra la superficie del escritorio que tenía detrás.

—Si esto fuera una clase de Francés, lo haría, pero la última vez que lo comprobé era Literatura de Jane Austen. Además, ya os lo he dicho, podéis llamarme Levi —respondió con bastante profesionalidad. Para alguien que coqueteaba bastante en el instituto, le costaba mucho recibir el flirteo de otra gente sin sonrojarse. Aquellas chicas eran más atrevidas que Bella.

—Levi —respondió la estudiante con una sonrisa burlona—, ¿no crees que la experiencia de la literatura romántica mejoraría si lo dijeras en francés?

Se me cayó la mandíbula al suelo, junto con las bolsas que llevaba en la mano.

¡Maldita sea! Me abalancé frente a la puerta para recogerlas, atrayendo la atención de todo el mundo hacia… mí.

—¿Dani? —preguntó mi amigo, sorprendido. Obviamente, no se había dado cuenta de que había estado observando desde la puerta.

Mierda.

Me aparté el pelo de la cara, agachada en el suelo mientras intentaba recoger mis cosas, y respondí:

—¿Qué tal? —Muy en mi estilo de fingir que no pasa nada.

Levi levantó la vista hacia los asientos del auditorio, desde donde todos nos observaban, y se dio cuenta de la atención que había atraído mi presencia.

—Se ha acabado la clase —respondió, permitiendo que todos recogieran sus cosas y se marchasen antes de tiempo.

A continuación, corrió hacia mí, se arremangó el pantalón y se arrodilló para ayudarme a recoger mis cosas. Lo único que podría haber vuelto aquello más humillante habría sido que mi corazón se saliera de la bolsa, con su nombre escrito en él, junto con mi dignidad. Empecé a disculparme por la interrupción, pero el único estudiante masculino se nos unió en el suelo para ayudar.

—Gracias, tío —dijo Levi en un tono más informal del que me esperaba, metiendo mis últimas cosas en la bolsa y poniéndose de pie.

—Ningún problema, parecía que necesitabas ayuda ahí atrás. —Le dio una palmadita a Levi en el hombro, refiriéndose a todas esas chicas soltando risitas.

—¡Pues no me has ayudado! Juraría que disfrutas siendo testigo de mi vergüenza. —Ambos se rieron—. Oliver, esta es Daisy… Quiero decir, Dani —tartamudeó Levi—. Oliver es uno de mis compañeros de piso.

¡Ah! Todavía no había visitado su apartamento, pero sabía que

convivía con tres compañeros. Oliver era guapo, aunque con su sudadera de fútbol americano y sus zapatillas marrones, no parecía de los que se apuntan a clases de Literatura, y mucho menos de Literatura de Jane Austen. Me hizo suponer que asistía a aquella clase para ver a Levi.

—¿Daisy? —preguntó Oliver sorprendido. Se giró hacia Levi con los ojos entornados antes de preguntarme—: ¿Has leído su libro?

—No —respondí confundida—. Se lo he pedido un par de veces, pero la respuesta ha sido un no inmediato. —Le puse los ojos en blanco a Levi, sabiendo que se había negado porque le daba vergüenza, aunque no existía ninguna razón para ello.

—Bueno, yo seguiría insistiendo. Aprenderías un montón de cosas —me aseguró Oliver, dándole un codazo a su amigo. No estaba segura de qué significaba eso, pero Levi parecía incómodo—. Hasta luego, tío. —Intercambiaron un medio abrazo informal, medio apretón de manos—. Ha sido un placer conocerte por fin, Dani —me dijo con un gesto de la mano antes de marcharse.

—¿Qué ha sido…?

—Has llegado pronto —me interrumpió Levi, como si fuera una pregunta.

—Es que he acabado pronto. Se me ha ocurrido que podría acercarme y verte dar una clase. No quería interrumpir, lo siento. —Hice una mueca, con ganas de taparme los ojos con las manos y borrar aquel momento. Por suerte, todos los estudiantes se habían ido, así que no tendría que revivirlo nunca más.

Él se giró hacia el escritorio del profesor, revolvió unos papeles y se los guardó en la mochila. El pelo le cayó hacia delante, sobre las orejas y la frente, ocultando la mirada.

—Debería disculparme yo contigo. De todas las clases que podrías haber presenciado, te ha tocado en la que se estaban burlando de

mí —comentó avergonzado, sacudiendo la cabeza.

No estaba habituada a aquel Levi sonrojado y nervioso. Nunca había sido así en el instituto. Confianza, decisión y serenidad, sí. Pero ¿aquello? No estaba acostumbrada.

—¿Burlas? Levi, ¡estaban coqueteando contigo!

Él resopló con incredulidad, como si no tuviera ni idea de lo que le estaba hablando. Cerró los cajones del escritorio a toda prisa.

—Mi acento francés les parece gracioso, nada más.

Madre mía, no era consciente de lo que le hablaba.

—¡Dios mío, eres un idiota! —exclamé con seriedad. Por primera vez en mi vida, sabía algo que Levi Coldwell desconocía.

Él levantó la cabeza con brusquedad y una sonrisa torcida, dulce como el *limoncello*.

—Eres una gamberra —me reprochó con una sonrisa burlona. De no haber estado tan decidida, me habría hecho reír.

Continué con urgencia, decidida a borrarle esa sonrisa preciosa e idiota de la cara.

—¡Las tienes coladitas! Hablar francés es una de las cosas más románticas del planeta que puede hacer un hombre. —Levi enarcó las cejas con incredulidad. ¿De verdad no se daba cuenta de lo atractivo que era?—. Es superseductor —enfaticé.

—¿Te parece seductor? —preguntó, arqueando una ceja. Se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos.

—Bueno, sí, a mí y al resto de mujeres del mundo —respondí con exasperación.

—No te he preguntado por el resto de mujeres; te he preguntado por ti.

No logré descifrar su expresión. No era tímida, pero tampoco seductora. Casi parecía una curiosidad eufórica, de esa que se manifestaba en científicos y en los atractivos y misteriosos

protagonistas masculinos de las películas románticas de los noventa.

Me quedé paralizada. Insegura por el terreno en el que nos estábamos adentrando con aquella conversación.

—Sí —respondí con un carraspeo y ajustándome la camiseta.

Él tiró de la corbata que llevaba con una sola mano.

—¿Sí, qué?

Mis ojos iban de la mano con la que se agarraba la corbata a la forma en que se estaba humedeciendo los labios. ¿Y si simplemente se la aflojaba yo? Si le rodeaba la mano con la mía, se la apartaba, le agarraba de la corbata a la altura del cuello y tiraba de él hacia mí. Acercaría sus labios a los míos, saborearía de su lengua el expreso que había bebido durante la clase y tiraría de cada rizo de su pelo. Lo besaría hasta sentir el corazón tan lleno que estuviese a punto de reventar. Iba a…

—Sí. Me atraen los hombres que hablan francés.

Levi abrió los ojos con una sorpresa que nunca le había visto antes.

—Yo…

Detrás de nosotros, sonó una voz desconocida.

—Y si vienes por aquí…

—Mierda —maldijo horrorizado. Me cogió de la mano y me arrastró hacia un… ¿armario?—. Creo que es la voz de la profesora Gilbert —dijo a toda prisa.

—¿Quién?

—Ha estado intentando que les dé clases particulares a sus alumnos, y no le gusta aceptar un no por respuesta, sobre todo, cuando me los planta delante de las narices. No suele estar aquí los miércoles —explicó mientras me hacía meterme en el armario y cerraba la puerta, por lo que nos quedamos a oscuras, salvo por la franja de luz que entraba por debajo.

Levi se apoyó contra la pared para dejarme espacio; había como un paso de distancia entre nuestros cuerpos. Lo único que alcanzaba a ver con la escasa luz que se colaba en el armario era el contorno del lado derecho de su cara. Sin embargo, fue suficiente para sofocar mi concentración.

Él debía pensar que yo parecía el típico personaje de película de terror que huía del asesino enmascarado, porque mi mente estaba procesando la distancia exacta que nos separaba y lo similar que era a la de la noche del sábado en aquellas escaleras, antes de besarnos. Me temblaban las manos y las alejé de mi cuerpo en la oscuridad, esperando, deseando, sentir las suyas. Preguntándome lo cerca que estarían.

«Para. Deja de mirar». Desvié la vista del espacio que nos separaba y lo descubrí observándome. Y, durante una fracción de segundo, habría jurado que quería besarme, pero…

—Aquí es donde doy lite.

Sus hombros se desplomaron en un gesto aliviado.

—Solo es una estudiante —murmuró Levi. Le lancé una mirada que decía: «Aaah».

Pasó el brazo junto a mi cintura, hacia…

Me aferré a su antebrazo.

—¿Qué haces? —susurré.

—Salir, solo es una estudiante —susurró, confundido.

—No podemos salir ahora; te ganarás la fama de ser el profesor auxiliar chalado que se pasa las horas extras en el armario del aula con una mujer.

—No podemos quedarnos aquí.

—Espera un minuto.

Ambos nos asomamos a la puerta, poniendo el oído.

—Es mi última clase del día, así que tengo que habérmelo dejado

por aquí —comentaba una chica.

—¿Lo ves? Debe de haberse olvidado algo, será rápido —susurré.

—La clase es sobre comedias románticas —la corrigió un chico.

—Es sobre Jane Austen, no sobre comedias románticas —respondió ella con impaciencia.

—Lo que tú digas —la ignoró el chico.

—Déjalo ya, solo estás celoso porque el señor Coldwell está buenísimo —se burló ella.

Juro que mi sonrisa podría haber brillado en ese armario oscuro de lo satisfecha que me sentí.

—¡Te lo dije! —susurré triunfante. Él se llevó la mano a la cara, riéndose en silencio.

Sacudió la cabeza con una sonrisa y dijo:

—No me puedo creer que esa sea mi reputación.

Los dos estudiantes discutieron unos minutos más mientras arrastraban las sillas por las baldosas, era evidente que seguían buscando algo.

Aproveché ese momento para contarle lo de las niñas.

—Claire y Rhea me han invitado a la noche de cine —comenté, un poco menos bajo debido al ruido que hacían los alumnos.

Él cerró los ojos y suspiró.

—Seguro que te parezco el hombre más aburrido del planeta, todavía organizando noches de cine.

Sabía que bromeaba porque se enorgullecía de su familia. Las quería y no le daba vergüenza elegirlas por encima de salir de juerga por la noche. Sin embargo, una parte de mí pensó que parecía triste al decirlo. Así que esperaba que mis siguientes palabras sirviesen de algo:

—Creo que eso te convierte en el hombre más compasivo del planeta.

Se me puso la piel de gallina ante el contacto inesperado entre nuestras manos. Solo un roce de nudillos. Un agradecimiento silencioso.

—De hecho, una vez tuve una cita con alguien que me llamó aburrido por quedarme en casa con ellas. —Una risa hueca escapó de sus labios. Sonaba sombrío, de un modo que no le había oído desde el instituto. Cuando las mañanas parecían medianoches porque el duelo se había alargado demasiado la noche anterior. No dudábamos ni un segundo en llamarnos para hablarlo.

—Levi, lo siento mucho. —No sabía qué decir. Estaba muy cabreada con esa chica a la que no conocía por haber dicho algo que él jamás olvidaría.

Su mirada se transformó en la de hermano mayor preocupado.

—Son mi vida entera. Si me necesitan, quiero que sepan que siempre estaré ahí para ellas. No quiero que sientan nunca que tienen menos familia por no tener padre. —Se le quebró la voz y a mí se me encogió el corazón—. No me arrepiento. No me arrepiento de no tener vida social. Pero ¿y si eso me ha convertido en un soso? Es como si se me hubiera olvidado de lo que quiero de la vida porque me paso cada segundo del día preocupado por ellas. Me angustia mucho que les pase algo. —«Como le pasó a mi padre», fueron las palabras que no pronunció en voz alta. Esa es la consecuencia de tanto dolor, ¿verdad? Jamás te deja vivir en paz.

Presioné la mano contra la suya con más fuerza.

—Te quieren con locura, pero también tienes que cuidarte tú, Vi. No puedes darles una vida feliz si tú no lo eres.

—¿Siempre has sido tan sabia? —preguntó.

—Te lo recordaré la próxima vez que vaya en el asiento del copiloto —dije, dándole un codazo en el hombro. Sonrió. Bien—. Bueno, ¿qué debería llevar para la noche de cine?

30

«¿Soy un fantasma en tu historia?»



Solo hicieron falta unos minutos más para que la estudiante encontrase lo que buscaba y se marchase. Levi y yo pudimos salir del armario y acudir a la última prueba del vestido de novia. Tan solo llegamos cinco minutos tarde, ya que él había dado por terminada la clase un poco antes de tiempo.

Sarah estaba preciosa con su vestido, que tenía unas mangas Julieta enormes, del mismo volumen que unos bollitos de crema recién horneados. Estaba resplandeciente, y no era solo porque el vestido estuviera cubierto de cristales.

Me pidió mi opinión en numerosas ocasiones: si debería ser más corto, si las mangas eran demasiado largas, si le aplastaba las tetas (son sus palabras, no las mías). Me sentí bien al saber que mi criterio importaba tanto, pero respondí que no a todas sus preguntas. El vestido era perfecto. Tampoco quería explicarle que no necesitaba mi veredicto porque, primero, no era una profesional y, segundo, una costurera profesional ya le había hecho los arreglos.

Levi estuvo allí para tranquilizarla cuando surgieron más dudas, lo que al fin la llevó a concluir que le sentaba como un guante. Podía llevarse el vestido a casa esa misma noche.

Después de una discusión inútil, Levi me llevó a casa, aunque estaba en dirección contraria a su apartamento.

—Solo será un segundo —intentó decirme.

—Un segundo, un segundo —le respondí. Se rio y me tiró del pelo, como si fuera un niño. Fue un instante breve, pero reconfortó cierto vacío en mi corazón. «Quizá podamos recuperar lo que teníamos en el instituto».

«No después de ese beso», me alertó un susurro sombrío.

—¿Das clase mañana? —pregunté, apartando ese pensamiento. El sol apenas empezaba a ponerse, a pesar de lo largo que me había parecido el día. Era mi parte favorita del mes de mayo en Nueva York. El sol intentaba quedarse despierto hasta tarde contigo mientras que en invierno estaba demasiado cansado para intentarlo.

—No, gracias a Dios. Necesito tiempo para asimilar mi reciente fama como «el buenorro del señor Coldwell» —comentó con sarcasmo y riéndose.

—¡Te he arruinado! —le grité yo con retintín y tono agónico, riéndome también—. Aunque Oliver parecía simpático. Debe de fliparle Jane Austen.

—Se apuntó a la clase el día que le dije que sería profesor auxiliar. Pensó que podría venirle bien un poco de ayuda extra automática, de la que disfruta porque vivimos juntos. Aunque no se esperaba que hubiese tantas chicas, lo que demuestra que nunca había oído hablar de Jane Austen.

—Bueno, con suerte, eso no lo convertirá en un mal compañero de piso. Aunque yo personalmente le restaría puntos.

—Ya se los he restado —confirmó—. Y es un compañero de piso

genial.

No estaba segura de si había dicho todo lo que quería decir, pero llegamos a casa, lo cual dio por terminada nuestra conversación.

—Gracias por traerme, otra vez. —Puse los ojos en blanco en plan broma. Para ser un hombre al que le costaba decir que no, era una persona a la que era difícil negarle nada.

—No hay de qué —me aseguró, devolviéndome el gesto de los ojos en blanco. En el instituto, habría alargado la mano y le habría estrechado la palma con gratitud, pero después de ese fin de semana, me parecía demasiado íntimo. Demasiado pronto. Así que fui a abrir la puerta y empujé…

—Espera. —Me detuvo. Me giré. Estaba rebuscando en su bolsa, que había dejado en el asiento trasero y de la que sacó un libro.

—Te debo esto —declaró, entregándome el libro: *su libro*. Nunca lo había visto, pero el título en francés en la cubierta fue indicio suficiente.

No supe qué decir. Así que me limité a decir «Gracias. Nos vemos este fin de semana». Cerré la puerta, subí los escalones de la entrada y me di la vuelta para saludarlo por última vez antes de que se marchase.

Una vez dentro, guardé el tomo en el bolso como si fuera un boletín de notas nefasto y me preparé para irme a la cama. Su presencia me siguió como una cámara de seguridad al salir y volver de la habitación, observando mis movimientos mientras deshacía la cama y me tapaba con las sábanas. Sabía lo mucho que quería leerlo.

Pero ¿recuerdas esa parte de las películas románticas en la que la protagonista hace algo que es evidente que no debería haber hecho y el público prácticamente le grita que no lo haga, y luego lo hace de todos modos? Aquel parecía uno de esos momentos. Sin

embargo, yo intentaba hacer lo correcto.

Sabía que había sido él quien me lo había dado. Era muy consciente de ello. Pero parecía que se había sentido obligado porque Oliver lo había mencionado, ¿no?

Si de verdad hubiera querido que lo leyese, ¿no me lo habría dado antes? No quería leer algo que él no había compartido conmigo desde el principio, a pesar de lo mucho que lo deseaba.

Pero mis dedos y toda mi capacidad de atención ansiaban abrirlo. Prácticamente le había quemado la cubierta de tanto mirarlo.

Abrir ese libro sería como abrir la caja de Pandora. No sabía a qué se refería Oliver al decir que «podría aprender» algunas cosas, pero no deseaba averiguarlo. Bueno, sí que quería. ¡Pero no debería querer!

«El amor de Levi por Bella» era una valla publicitaria que destellaba en mi mente con luces fluorescentes. Todos los poemas estaban en francés, incluso el título. ¿Y acaso el francés no hablaba a gritos de situaciones románticas? Dudaba que hubiera alguna posibilidad de que hubiese escrito sobre sus defectos como pareja en aquel libro.

¿Por qué querría Levi que yo leyese aquello?

Me estaba ahorrando más desilusiones al evitar aquella situación.

Dejé que la forma del libro en mi bolso dibujara un tatuaje en mi cerebro mientras me dormía.

No sucumbiría a las malas decisiones propias de una protagonista romántica. Si abría ese libro, sería la chispa que prendería la ociosa gasolina de mi corazón.

Y me negaba a arder de nuevo.

31

«Me siento afortunado de haberte tenido, pero me decepciona saber cómo es la vida sin ti»



Una vez más, se produjo otra discusión durante nuestra reunión del club. Decir que no me lo estaba pasando en grande sería mentir, porque estaba resultando ser divertidísima.

Daya y yo, sentadas a un lado, teníamos enfrente a Jia, que estaba de pie mientras señalaba la imagen de su celebridad en el proyector. Se trataba de una actriz con un chándal rojo de dos piezas a juego, con la cremallera abierta para enseñar un *bralette* blanco que conjuntaba con su ropa interior, que llevaba por encima de las caderas. Al parecer, a alguien no le gustaba que se vieran las bragas.

—Cuidado con lo que dices, novata —le reprochó Jia a… Seguí su mirada hasta donde Amelia, de primer curso (la única de primero), se inclinaba hacia delante en su asiento para discutir con ella.

A pesar de ser novata, Amelia era, sin duda, igual de extrovertida que Jia. Era un espectáculo magnífico, pero también me alegraba verla tan cómoda con nosotros. No hacía mucho era la más callada

del club, a menudo observando en silencio sin participar activamente. Ahora, se involucraba tanto como el resto.

Al mirar alrededor y ver a los integrantes de nuestro grupo sonreír y reír, me rompió el corazón aceptar que aquella era la última vez que formaría parte de aquello. La semana siguiente, los estudiantes de último año nos prepararíamos para la pasarela y después nos graduaríamos.

Daya se levantó de golpe y silbó para captar la atención de todo el mundo.

—Creo que todas andamos un poco estresadas con los proyectos que hay que entregar la semana que viene, así que lo dejaré pasar, Jia —declaró mientras la aludida ponía los ojos en blanco—. De todas formas, es hora de elegir. —Daya enumeró los nombres de quienes habían presentado una propuesta y pidió a la gente que levantase la mano para votar. Conté mientras ella recitaba la lista. Al final, me miró esperando una respuesta.

—Y nuestra ganadora es… —Intenté contener la risa antes de proclamar—: ¡Amelia! —Ella le sacó la lengua a Jia. Me puse de pie junto con Daya al frente de la sala—. El suyo es el *look* de la semana, con el que cerramos este semestre. Solo quiero dar las gracias a todo el mundo, no solo por lo geniales que han sido los últimos meses, sino por un par de años increíbles. Si pudiera volver aquí todos los jueves por la tarde, lo haría. Os voy a echar muchísimo de menos. —Terminé con lágrimas en la garganta. Debió de resultar obvio porque todos, maravillados, se unieron en un abrazo grupal. Les apreté los hombros y les acaricié la espalda a quienes tenía más cerca. Aquella era una de las razones por las que la idea de mudarme a París se me atragantaba tanto; no volvería a ver a mis amigos hasta después de un año.

—A ver, gente, contened las lágrimas. Vamos a vernos la semana

que viene —se quejó una de las mayores. Nos separamos y todo el mundo se puso a recoger sus cosas.

Daya y yo apagamos el proyector y también estábamos recogiendo nuestras cosas cuando…

—¿Desde cuándo hablas francés? —me preguntó.

—¿Qué? —respondí desprevenida.

—Ese libro que llevas en el bolso, el título está en francés —comentó.

Bajé la vista hacia mi bolso, que estaba en la silla, abierto de par en par. Con el libro de Levi justo encima.

—Ah… No es mío.

—¿Me lo estás preguntando a mí? —Enarcó una ceja.

—No, no, no es mío. Es de Levi —expliqué a toda prisa—. Habla francés.

Cogió el libro y lo examinó.

—Aquí pone su nombre… —Me miró con una expresión que decía: «¿Qué es lo que no me estás contando?»—. ¿Lo escribió él?

Bueno, no podía negarlo.

—Sí.

—¿Levi, tu novio, escribió un libro?

Daya estaba asombrada. Tan asombrada que quienes también se venían a cenar —Sandra, Gabe, Vera, Jia— la oyeron.

—Sí…, un libro de poesía —aclaré. Gabe y Jia sabían perfectamente que él había escrito un libro, aunque no había tenido la oportunidad de mencionar que me lo había regalado la noche anterior.

—¿Puede ese hombre ser más atractivo? —gritó Sandra con incredulidad.

—¿Los hombres saben escribir? —bromeó Vera, ganándose una palmada en el hombro por parte de Gabe.

—El último chico con el que tuve una cita me dijo que no había leído un libro en su vida, y ahora me estás diciendo que tu novio —era increíblemente difícil no hacer una mueca de dolor cada vez que alguien lo decía— escribe poesía en francés —repitió Sandra.

—¿Ya lo has leído? —preguntó Gabe. Sin embargo, mi amigo no tenía ni idea de que era precisamente eso lo que estaba evitando.

—Todavía no. —Sonreí como si desease hacerlo.

—¿Necesitas que te lo traduzca? —preguntó Daya con amabilidad, abriendo el libro como un acordeón.

—No —repliqué—. No, no, gracias. —Le dediqué una sonrisa. Ella me miró confundida, pero devolvió el poemario a mi bolso sin rechistar.

Casi suspiré de alivio. Jia intervino antes de que alguien pudiera seguir haciendo más preguntas.

—¿Podemos ir a comer ya? ¡Me muero de hambre!

—¡Tacos! —gritó Sandra, mientras Vera vociferaba—: ¡Vino!

Salimos del aula y bajamos corriendo las escaleras, emocionados, a por los tacos (y el vino).

El sol parecía en llamas mientras se ponía sobre los árboles de Central Park. La temperatura era perfecta para un pícnic; sin brisa, sin sol abrasador y lo bastante cálida como para ir sin chaqueta. Jia llevaba un minivestido negro ajustado que, según dijo, le había visto a Adelaide Adorno hacía unos meses en Francia. «Si ella se lo pone, yo lo compro», había declarado. Lo observé más de cerca mientras caminaba a mi lado.

—¡Ay! ¿A qué viene ese pellizco? —pregunté, apartando el brazo de su alcance.

—¿Qué ha sido eso de antes? —me interrogó, obligándome a quedarme atrás con ella mientras el grupo se alejaba.

—No quiero saber qué dice ese libro —confesé.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿No has leído ni una sola página?

—Me lo dio hace solo unas horas, así que no he tenido mucho tiempo, pero no, no quiero leer nada. Soy consciente de que se sintió obligado a dármelo y de que esa es la única razón por la que ahora está en mis manos.

Jia dedicó unos segundos a pensar en mi respuesta.

—Deja que lo adivine, te sientes mal por ello.

Odiaba que tuviera razón.

—¡Pues claro que sí! Si de verdad hubiese querido que lo leyese, me lo habría dado antes. Leerlo me haría sentir demasiado vulnerable, igual que quedarme mirando uno de mis conjuntos sin terminar.

—Solo pasó una vez.

—¡Y tú te lo pusiste para un desfile de moda!

—Eso ya es agua pasada —dijo, agitando la mano como para ahuyentar el problema—. Tienes que leerlo.

—No pienso hacerlo. —Me mostré firme. Había tomado una decisión. No iba a volver a tocar el libro, y mucho menos a mirarlo, por el bien de mi cordura.

Sin embargo, entonces Jia preguntó:

—¿Y si alguno de los poemas habla sobre ti?

Era un pensamiento vergonzoso que llevaba rondándome por la cabeza desde que el libro estaba en mi poder: ¿Y si hacía referencia a mí en algún momento? Pensar que Levi pudiera haber escrito algo relacionado conmigo me parecía arrogante. Sin embargo, yo misma guardaba al fondo del armario varios vestidos confeccionados por estrés por culpa suya.

Nuestra relación era puramente transaccional y falsa.

—No. Seguro que ninguno de los poemas es sobre mí.



Ni siquiera el coqueteo de Sandra con el camarero fue suficiente para distraerme de la conversación con Jia, aunque supuso un gran entretenimiento. (Y Sandra salió del restaurante con un número nuevo guardado en el móvil).

Volver a casa fue una excusa para distraerme. Había ramos esparcidos por toda la planta baja del apartamento, lo que significaba que Mandy estaba cambiando todas las flores decorativas y que, probablemente, hubiese vuelto corriendo a la floristería a por más.

Exhalé; era mi primer minuto de tranquilidad en todo el día. Gracias, dioses de las flores.

Dejé el bolso en la escalera, limpié la isla de la encimera y empecé a sacar los ingredientes para los *blondies*. Mantequilla, huevos, azúcar moreno, sal, harina, extracto de vainilla, levadura y pepitas de chocolate blanco (opcionales y controvertidas, pero obligatorias en aquella casa). Los ingredientes se me habían quedado grabados desde el día en que, por accidente, había utilizado bicarbonato de sodio en lugar de levadura química. Eran muy diferentes… Pero siempre se me olvidaban las medidas.

Busqué el recetario y lo encontré aplastado entre los libros de floristería de Mandy. Me faltó paciencia para encontrar un taburete y alcanzar el estante superior del armario, así que empecé a estirar los músculos de las piernas para alcanzarlo, pero… ¡mierda!

Oí unas pisadas ligeras bajando las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre, como si pensase que la respuesta sería «terremoto». En Nueva York. O sea, que la había despertado.

Llevaba unos pantalones de pijama de seda y unas pantuflas, aunque en la parte de arriba lucía una blusa y todas sus joyas.

—Se me han caído algunos libros de Mandy, no me había dado cuenta de que ya estabas acostada. —Solo eran las ocho de la tarde.

Ella bostezó.

—Todavía es —echó un vistazo a su reloj— la una de la mañana en Reino Unido. Debo de haberme quedado dormida respondiendo correos electrónicos. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Me cuesta mucho librarme del jet lag.

Llevaba unos meses yendo y viniendo entre Nueva York y Londres; trabajando en una colaboración con un diseñador de allí y varios famosos de aquí. No tenía ni idea de cómo se las apañaba.

—Voy a preparar *blondies* —respondí con una sonrisa, recogiendo los libros de mi tía y dejándolos sobre la encimera.

Bostezó de nuevo.

—No debería.

—Claro que sí. Seguro que no has comido nada desde que te quedaste dormida.

Se sentó en el taburete de la barra mientras yo medía los ingredientes. Aquel gesto constituía un «sí» silencioso por su parte.

—El azúcar te vendrá bien para la falta de energía.

Se rio.

—Da la sensación de que también te estás convenciendo a ti misma. ¿Algún motivo en especial por el que necesitas más energía ahora mismo?

Me aparté un mechón de pelo de la cara con un soplido, ya que tenía las manos cubiertas de harina.

—Puede que tenga que empezar mi último vestido para mi proyecto de fin de curso.

—¿Ni siquiera lo has empezado? —gritó mi madre, la mujer tipo A

que siempre lo tenía todo listo dos semanas antes de la fecha límite, la planificadora. Salvo por nuestro amor por el diseño (y el azúcar), éramos muy diferentes. Sí, compartíamos la forma de la nariz y el mismo color de ojos. Sin embargo, yo carecía de su fuerza, decisión y confianza. Ella tomaba decisiones a toda velocidad y no las cuestionaba. Mientras que yo siempre daba un paso y me detenía, dudando de cada detalle.

—¡Ya tengo el boceto! —me defendí—. Solo me preocupa que no sea lo bastante sofisticado. —Seguí batiendo hasta que los ingredientes se mezclaron lo suficiente como para verterlos en un recipiente para el horno.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Soy diseñadora de alta costura, mis creaciones deben ser grandilocuentes y vanguardistas, no sencillas —enfaticé con el batidor.

—¿Qué la hace sencilla?

—No tiene mucho que ofrecer. No posee nada innovador ni especial.

—Pero ¿a ti te gusta?

—Bueno, sí, aunque…

—Daisy, si los diseñadores solo creasen prendas que creyeran que cumplen con ciertos criterios, la alta costura no existiría. Deberías diseñar con el corazón; algo que te encante y te importe. De lo contrario, ¿qué sentido tiene?

Tenía razón.

—Gracias —le agradecí de corazón.

—Existe un motivo por el que tu madre se gana la vida diseñando vestidos para famosos.

Hubo una pausa mientras ponía en marcha el temporizador del horno y metía el recipiente. La cocina ya empezaba a oler a azúcar

moreno derretido y chocolate.

—¿Has pensado más en lo de París?

—Sí…, pero sigo esperando noticias de Lazaro.

—Me sorprende que no estés más emocionada. Es París, la ciudad del amor y la moda. Está hecha para ti.

—No sé, mamá, es que marcharme de Nueva York un año entero supondría un gran cambio.

Ella suspiró y apoyó la barbilla en el puño, dando vueltas a sus pensamientos.

—Cuando eras más joven, soñabas con ir allí. Solías ponerte a mirar todas mis fotos y álbumes de recortes de mis viajes al sur de Francia y a las semanas de la moda de París. Decías que algún día harías tus propios álbumes de recortes y que estarían llenos de fotos de la Torre Eiffel y del Louvre. Sin embargo, cuando murió tu padre, fue como si toda la ilusión y la luz se desvaneciesen. Yo sentí lo mismo durante mucho tiempo.

Hizo una pausa.

—Me dolerá el corazón por él hasta el día de mi muerte; era mi mejor amigo. Pero verte tan reacia, que experimentes París solo a través de la lente de tus películas de Hepburn…, siempre me ha preocupado. A veces, ves la vida como si tu único resultado posible fuera el fracaso. Recuerdo cuando en el instituto te inscribiste en un programa de moda de verano y no entraste, y nunca volviste a solicitar plaza porque creías que significaba que no merecías una. Solo porque alguien te diga que no, no significa que no seas merecedora de ello.

Los ojos se me anegaron de lágrimas y miré al techo para evitar que se me escaparan. Tomarme las cosas tan a pecho me dejaba exhausta, de modo que procuré mantener mis pensamientos a raya mientras ella hablaba.

—Y entonces llegó Levi a tu vida y fue como si encontrases la inspiración de nuevo. Tu padre también inspiró gran parte de mi trabajo. Me animó a perseguir mis sueños, sin importar la distancia física que a veces creaban entre nosotros. Así que sé que él no querría ser la razón por la que no te retas a ti misma. Yo solo…, lo que intentaba decir es que él estaría, y lo está, feliz por ti y por todo lo que has logrado. No querría que te contuvieras por los «y si…». Para conseguir las cosas buenas, tienes que hacer lo que te asusta, ¿recuerdas?

32

«Concédeme la carga de tus secretos»



Sentada a mi izquierda estaba Jia, comiéndose los *blondies* que había horneado la noche anterior. Mientras que, a mi derecha, Josh acaparaba el recipiente.

—Josh, devuélvemelos —susurró ella con rabia.

—¡Ya te has zampado cuatro! —susurró él de vuelta. Bueno, no sé si realmente se le podía llamar susurrar, sino más bien…

—¡Porque los ha preparado para mí! —Jia me miró en busca de apoyo.

—Puedo prepararte una tanda enterita para ti la semana que viene —le dije con firmeza a Josh. Él le puso los ojos en blanco al ver a mi amiga, que parecía satisfecha con su victoria, y volvió a deslizar el recipiente en su dirección.

Normalmente, debería estar acompañando a los clientes a sus mesas o tomándoles nota, pero el restaurante estaba tan vacío que disponía de tiempo de sentarse con nosotras mientras vigilábamos a Gabe durante su cita.

Sin embargo, en lugar de prestar atención, yo estaba ocupada revisando mis correos electrónicos.

Era sábado. Había transcurrido exactamente una semana desde el baile de compromiso de Sarah y desde la noche en que había presentado mi solicitud para Lazaro. Y seguía sin recibir respuesta. Ni siquiera una confirmación de que les hubiese llegado mi solicitud. Por ello, no dejaba de dar vueltas constantemente a si París era la opción correcta. Me habían aceptado en las otras escuelas de posgrado en las que había solicitado plaza, algunas a tan solo un viaje en tren. Sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en la conversación de la noche anterior con mi madre.

París había sido mi sueño durante mucho tiempo. Uno que no había revivido porque me recordaba a cómo era la vida con mi padre. Tenerlo presente implicaba rememorar cómo era la vida sin él. Eran dos vidas diferentes, dos versiones diferentes de mí misma. El sueño de París había muerto al mismo tiempo que mi vida con mi padre.

—¿Cuántas citas tenéis? —nos preguntó Josh, observando a Gabe y a su acompañante.

—Las que sean necesarias hasta que consiga un novio. —Jia frunció el ceño.

—Hace tiempo que no veo a Dani en una de estas —comentó Josh en tono especulativo.

—Mmm… —Me salvó el zumbido de mi teléfono y vi el nombre de Levi en la pantalla.

—¿Hola?

—¡Daisy! —gritó Rhea al otro lado de la línea.

Me reí.

—Rhea, ¿sabe tu hermano que le has cogido el móvil?

—Bueno…, no. Pero él no piensa llamarte para pedirte ayuda, así

que he tenido que hacerlo yo. No me quedaba otra opción.

—¿Ayuda con qué, exactamente?

—Bella no puede venir a clase de baile esta noche, ¡y ahora Levi no tiene pareja! Sarah está como loca, da miedo. Ha dicho que Bella siempre hace estas mierd…

—¡Eh, frena, frena! —la interrumpí a toda prisa antes de que la niña de ocho años pudiera volver a maldecir—. O sea, ¿que necesitas que sea la pareja de baile de Levi?

—¡Sí! —gritó Rhea.

Pero entonces oí una voz de fondo.

—¿Rhea, ese es mi teléfono? —preguntó su hermano—. ¿Con quién estás hablando?

Jia ahogó una risa ante su confusión.

—¿Hola? —La voz de Levi se oyó en primer plano.

—Es de muy mala educación interrumpir una llamada.

—¿Dani? —preguntó—. Lo siento, no me he dado cuenta de que tenía mi teléfono.

—No te disculpes, es más divertido hablar con ella que con la mayoría de la gente. Rhea me ha dicho que te has quedado sin pareja para la clase de baile.

Él soltó un quejido.

—Pues sí, Sarah está que echa humo. Es el último ensayo antes de la boda, que ya es la semana que viene, así que te puedes imaginar el pánico que le ha entrado.

—Yo estoy por aquí…

—Uf, no hay que dejar que Rhea se encargue de arreglar un problema. No voy a molestarte ni a involucrarte en más dramas familiares…

—Levi, me he ofrecido, así que no es una molestia.

—Las chicas ya te han liado para lo de mañana. No voy a robarte

más tiempo.

—Quiero ir. Es agradable estar con una familia tan grande. Lo echo de menos. —Cuando éramos más jóvenes, solía decírselo muy a menudo. De pequeña no tenía abuelos ni primos. Siempre éramos solo papá, mamá, Mandy y yo. Ir a su casa era como entrar en una comedia familiar de los noventa. Había muchísimas risas y caos, en el mejor sentido de la palabra. Y después de que mi padre falleciera, anhelaba cualquier cosa que no fuese el silencio de mi casa vacía.

Una pausa.

—Es que… no quiero ser una carga.

—Nunca. ¿A qué hora es la clase? —pregunté.

Otra pausa.

—En media hora, te paso a buscar…

—Levi, ¿viene tu novia? ¡Rhea me ha dicho que viene! —Su abuela lo interrumpió, haciéndome reír.

—¡Dios mío! —murmuró él—. ¡Sí, abuela, viene! ¡Voy a recogerla ahora mismo! —le gritó. Me conmovió y me dolió al mismo tiempo oír a la abuela Coldwell referirse a mí como su novia y escuchar después la respuesta de Levi. Constituía un doloroso recordatorio de que en algún momento tendríamos que decirles que habíamos roto y luego, bueno, no sabía qué sucedería después.

—¡Espera! —intervino Jia—. No puedes ir así vestida, Dani. —Señaló mi mono y mis zapatillas de loneta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—En primer lugar, vas a necesitar tacones. Cuando mi hermano se casó el año pasado, dimos clases de baile y todas las mujeres se ponían los tacones que iban a llevar en la boda. Segundo, tampoco puedes llevar eso. —Agitó el dedo de arriba abajo, señalando mi atuendo—. No vas a poder moverte con unos vaqueros, y mucho menos con un mono.

La miré con el ceño fruncido; mi mono no era algo en lo que Jia y yo estuviéramos de acuerdo. No era que mi amiga tuviese algo en contra de ellos ni nada por el estilo, pero opinaba que debería adaptar mi ropa a la forma de mi cuerpo, no utilizarla para esconderlo.

Yo discrepaba.

—¿Qué se supone que debo ponerme entonces? ¡No voy por ahí con un vestuario de repuesto! —Una frase jamás pronunciada por ningún estudiante de Moda.

—Pregúntale si puede pasar por tu casa a cogerte algo —explicó ella.

—¿Puedes hacerme un favor enorme?

—Lo que sea —dijo él—. Tú eres quien me está haciendo un favor enorme a mí.

—Necesito ropa. Ahora mismo llevo puesto un mono.

—Me encanta tu mono —replicó, confundido.

Jia debió de oírlo, porque me arrebató el teléfono de la mano.

—Hola, donjuán. Te cuento: no puede bailar en zapatillas y vaqueros, así que necesito que le cojas una falda y unos tacones del armario, preferiblemente que combinen. —Hizo una pausa, obviamente escuchando la respuesta de Levi—. Demasiadas preguntas, tú limítate a elegir una falda que no traumatice a tu abuela y unos tacones que no la hagan parecer una prostituta. —Me puse colorada y Josh se carcajeó. La cita de Gabe quedaba oficialmente pospuesta.

»Estamos en nuestro restaurante de siempre, así que tráelo todo en cuanto lo tengas. —Y Jia colgó.

33

«Para que pueda llevar el peso que tanto temes soltar»



Quince minutos después, el hombre más impactante que jamás había visto cruzó la puerta. Incluso la cita de Gabe se quedó mirando a Levi cuando entró al restaurante con sus pantalones de traje a medida, zapatos de vestir y una camisa de manga corta con los botones desabrochados lo justo para imaginarlo en la portada de una revista. En la mano izquierda llevaba una prenda doblada y un par de tacones colgando de dos dedos. Y también…

—¿Te ha comprado flores? —preguntó Josh con expresión de sorpresa.

Margaritas, en realidad. Llevaba un ramo de margaritas.

No recordaba la última vez que alguien me había comprado flores.

Levi vio a Gabe y a su cita antes de localizarnos a nosotros en la parte de atrás. Y entonces, sin más, capté su mirada, y su rostro pasó de una rápida sorpresa a una maravillosa felicidad, como si hubiera encontrado a su amiga en una sala repleta de desconocidos.

Caminó hacia nosotros con un ligero rubor y una sonrisa preciosa y discreta; sus rizos castaños le ondeaban sobre las orejas.

Al llegar a la mesa, extendió tímidamente el ramo como si fuera una invitación no aceptada, y empezó a disculparse de inmediato:

—Sé que no es mucho…

Le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé con la alegría del primer día de primavera, ahogando su disculpa inconclusa en mi cuello. Sus ocupadas manos no dudaron en rodearme el torso.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —susurró en el hueco de mi hombro. El calor de su aliento y la proximidad de sus labios con mi cuello me calentaron todo el cuerpo.

—Me has comprado flores —respondí mientras me separaba de él —. Gracias.

—Te compraré flores todos los días durante el resto de mi vida si eso te hace tan feliz. —Sentí un calor intenso en el esternón, como un pastel de ángel cociéndose en el horno.

Tanto el tono de su voz como su mirada, todo parecía sincero, a diferencia de una broma o la frase de un novio de pega, que no era lo que mi corazón necesitaba ahora que deseaba a Levi constantemente.

—Gracias por traerme la ropa, me daré prisa —aseguré con una sonrisa, quitándole el conjunto.

Josh me dejó usar el baño de empleados para evitar tener que cambiarme en un cubículo. Colgué la falda en la parte trasera de la puerta mientras me desabrochaba el mono. Metí las piernas en la falda de flores y me la subí. Me quedaba bien porque era algo que me había hecho yo, pero nunca se me había ceñido tanto a las caderas. No era una sensación que me resultase familiar, pero al mirarme en el espejo, me pareció que me quedaba… bien.

—¿Qué haces ahí dentro? —gritó Jia desde el otro lado de la

puerta.

—¡Cuestionarme la vida! —grité a mi vez.

La seda me llegaba hasta las rodillas, un largo que prefería porque me recordaba a cómo vestían los europeos en verano.

Definitivamente, parecía que iba a salir a bailar. No sabía en qué centrarme: si en los tacones bajitos, en la falda hasta la rodilla ciñéndoseme al culo o en el top, que era tan apretado que me marcaba la forma de los pechos y dejaba al aire todas las pecas de mi espalda.

Abrí la puerta del baño…

—¡Madre mía! Se me había olvidado cómo eran tus caderas —comentó Jia.

Le di un golpe en el hombro.

—Qué graciosa, ya lo pillo.

—No, hablo en serio. James Dean va a empezar a babear en cuanto te vea.

Puse los ojos en blanco. Ella me devolvió una mirada fulminante.

—Aunque esto es un no rotundo —dijo, señalando mi pelo con la mano.

Sin esperar una respuesta por mi parte, me quitó la horquilla del pelo y me lo pasó por encima de los hombros. Conjurando su magia de estilista, como le gustaba decir a ella, me llevó corriendo al espejo para que me mirara. Y, bueno, creo… creo que funcionó.

—Diseñas ropa preciosa, Dani, es hora de que empieces a ponértela.

Normalmente, ignoraba esas declaraciones, pero al mirarme en el espejo sin criticarme de inmediato, lo que respondí fue:

—Es posible.

—No pasa nada por admitir que eres guapa, lo sabes, ¿verdad? De hecho, no es que no pase nada, es que estás increíble —dijo con

seriedad.

Le toqué el hombro.

—Lo sé —le aseguré. No obstante, cuanto más lo pensaba al salir para encontrarme con Levi, más dudas me surgían. Nunca había pensado en decirme algo así en voz alta. Sin embargo, me hizo sentir bien, como si tuviese un músculo adicional en la espalda que me corrigiese la postura.

Al salir por la puerta, Josh me miró confundido y encontré a Levi apoyado en su coche, mirando el teléfono.

—Oye, lo siento. —Mi voz lo sobresaltó y le hizo levantar la mirada, por lo que vi cómo entreabría los labios. O se estaba dando cuenta de lo inapropiada que era mi ropa por lo ceñida que me quedaba y se estaba preguntando qué pensaría la abuela Coldwell, o estaba pensando en lo que Jia había supuesto: en la tirantez de la tela alrededor de mis caderas y de mi cintura, y cómo las sentiría bajo sus…

No. No, no, no. Éramos amigos y nada más. Las culpables de que se fijase en mi ropa eran las hormonas, no el amor.

No buscaba un momento a lo *Alguien como tú*.

—Lo sé, lo sé. Nunca me visto así, y te juro por Dios que, si alguna vez lo mencionas, echaré laxantes en lo próximo que te prepare.

Levi cerró la boca al instante y se aclaró la garganta. Yo me balanceé sobre las puntas de los pies, los tacones ya me estaban molestando.

—¿Estás listo para presenciar mis pésimas dotes como bailarina?

Se rio. Cualquier atisbo de conflicto desapareció cuando me abrió la puerta del coche.

—Tú espera a ver a Sarah intentando bailar.

De camino, abracé el ramo de margaritas contra el pecho mientras

charlábamos. Cada dos por tres, Levi echaba un vistazo a las flores y reprimía una sonrisa. Estas no estaban hechas para estar fuera del agua ni de la tierra, así que me dolió tener que dejar el ramo en el coche al entrar en la escuela de baile.

—Podemos llevar las margaritas dentro, si quieres —sugirió al abrirme la puerta del copiloto.

—No, tranquilo. No debería pasarles nada. —Hice una mueca por dentro.

Como resultará obvio a estas alturas, irradiaba preocupación.

—Si se estropean, te compraré más. —Era un gesto muy amable, pero no tuve mucho tiempo para pensar en ello, porque estaba ocupada procurando salir del coche sin tropezar. No hay nada como llevar falda e intentar no enseñarle nada a nadie.

—Pregunta rápida: ¿cuántas clases has dado?

—Las suficientes para que parezca que sé lo que hago, aunque no para ejecutar ningún paso de *Dirty Dancing*.

Gruñí.

—¿Así que voy muy muy atrasada en comparación con los demás? —Puede que no fuera una estudiante perfecta, pero eso no significaba que disfrutase siendo la que tenía que ponerse al día.

—Te vi bailar la semana pasada, esto va a ser igual. —Me abrió la puerta y subimos por las escaleras hasta una sala llena de espejos, donde se encontraban varios miembros de la familia Coldwell, las damas de honor y los padrinos. Rhea y Claire estaban sentadas a un lado con su abuela, mientras los demás charlaban, se ponían los tacones y se quitaban las chaquetas. No podría haberme sentido más agradecida de que Jia me hubiese obligado a ponerme tacones. Sarah corrió a recibirnos en la puerta y me abrazó con fuerza.

—No puedo agradecerte lo suficiente que estés aquí. Si no hubieras venido, mi boda estaría plagada de los horribles

movimientos de pies de Levi. —Estoy bastante segura de que Jeff y su hermano pusieron los ojos en blanco.

—Bueno, aún no me has visto bailar, así que no me des las gracias todavía.

Ella se rio. Ignoraba que lo decía completamente en serio.

La profesora insistió en que cogiéramos a nuestras parejas y nos colocásemos en posición. Me situé frente a Levi con una expresión increíblemente ansiosa (que lo hizo reír), porque no tenía ni la menor idea de lo que habían estado aprendiendo las últimas semanas.

—Es igual que el fin de semana pasado —repitió, pero el fin de semana pasado era lo último que me apetecía recordar—. Vas a poner la mano aquí —explicó, cogiéndome la izquierda y apoyándomela sobre su hombro—. Y yo voy a colocar la mía aquí —continuó, con la voz más áspera que antes. Puso la mano derecha en mi cadera, donde confluían la tela de mi top y la seda de mi falda, dejando una zona de mi torso expuesta a su contacto—. Y vamos a darnos la mano así, como la última vez. La única diferencia es que hay que levantar los codos.

—¡Bien, clase, ya sabéis cómo funciona la cosa! ¡Empezad a bailar y yo iré paseándome! —gritó la profesora. Levi empezó a guiarme y yo intenté seguir sus pasos. Básicamente, estábamos formando un cuadrado con los pies.

—Da mucho miedo —murmuré con cara de horror, sin despegar la vista del suelo. Si dejaba de mirar nuestros pies, iba a pisarle.

—Ya lo creo. En la primera clase, me dio en la cabeza con un tacón. Estoy un poco traumatizado.

Me reí; Levi me lo ponía fácil. Él me devolvió la sonrisa.

—¿Eso que lleva pegado a la diadema es un pájaro? —pregunté, levantando la vista un instante—. Mierda… Lo siento, lo siento —me

disculpé a toda prisa por pisarle el pie.

—Dani, no pasa nada, no te preocupes. Ahora mismo, nuestro único público real son Rhea y Claire.

Eché un vistazo a las niñas, que lucían unas sonrisas enormes y se reían de nosotros. Levi tenía razón, nadie más nos prestaba atención. Estaban ocupados pisándose los unos a los otros.

Levi, sin embargo, me estaba dedicando toda su atención mientras me tiraba de un mechón de pelo.

—Siempre hacías eso cuando te sentías incómoda —comentó.

—¿El qué?

—Toquetearte la ropa.

—No me estoy tocando la ropa.

Puso los ojos en blanco.

—Sí que lo haces. Ahora dime qué pasa, porque sé que pasa algo.

—¡Acercaos más! Hay demasiado espacio entre vosotros dos. ¿Qué es esto, la iglesia? ¡Es un tango, arrimaos! —nos gritó la profesora.

Por muy vergonzoso que fuese que me gritaran siendo ya adulta, me costó mucho contener la risa. Levi estaba a punto de estallar en carcajadas.

Pero cuando nos acercamos al otro y nos separaron tan solo unos centímetros, las risas murieron.

—Dani.

Seguí sus pasos.

—Mmm.

—¿Qué pasa? Me encargaré de arreglarlo. —Intenté no apretarle el hombro con más fuerza cuando estuve a punto de tropezar hacia delante.

¿Qué no pasaba? En primer lugar, lo tenía tan cerca que lo único en lo que podía pensar era en sus manos. En segundo lugar,

deseaba que mi novio falso fuese mi novio de verdad. Y, en tercer lugar, no había recibido ninguna llamada de Lazaro, ni un correo, ni una carta, ni nada.

—No he tenido noticias de Lazaro.

—¿Enviaste la solicitud? ¿Terminaste la redacción?

Retrocedí y di un paso a la izquierda.

—Sí, la verdad es que lo hice el fin de semana pasado, se me olvidó comentártelo. Y me da la sensación de que fue hace una década, pero nada, ninguna respuesta. Me han dejado en visto.

Se rio de mi intento de quitarle hierro a la situación.

—No te van a dejar en visto. Es solo que estas cosas llevan tiempo.

Adelante y a la derecha.

—Mmm —murmuré. Sin embargo, ya me estaba imaginando la carta de rechazo. A esas alturas, yo misma podría habérsela escrito a Lazaro: «Lamentamos comunicarle que no ha sido seleccionada para nuestro programa. Sus diseños son básicos y carecen de personalidad, y es mejor que jamás vuelva a diseñar una sola prenda…».

—Eh —me distrajo Levi, quien me obligó a concentrarme en su rostro gracias a los movimientos que empezó a describir en mi espalda con el pulgar. Se me puso la piel de gallina.

Se le veían los ojos muy marrones en aquel momento, muy oscuros. Como la arena de una playa después de la lluvia o el color del café después de prepararlo. Un tono que casaba con la oscuridad de su cabello.

—No me cuesta ver lo que se te está pasando por la cabeza. Sé que hacía mucho que no nos veíamos, pero no se me ha olvidado, y no voy a dejar que pienses una sola cosa cruel sobre ti. Eres increíble. Serían unos insensatos si no te admitieran.

Se hizo el silencio entre nosotros.

—Dani, dilo.

—¿El qué?

—Di que eres increíble.

Me reí con tanta sinceridad que me salió de las entrañas.

—Ya, eso no va a pasar.

—Dilo o haré algo que provoque que la princesa de las aves venga y nos avergüence.

—No te atreverás.

—Tú ponme a prueba.

Gemí.

—… Soy increíble. —Obviamente, lo dije en tono monótono.

—Eso ha sido patético.

—Muchas gracias, acepto donaciones en forma de pan y flores.

—Otra vez.

—Yo elijo la película mañana por la noche —intenté negociar con él.

—Esa es una batalla que tendrás que librar con Rhea.

—Bueno, necesito un incentivo.

—¿Sabes? La profesora se está acercando mucho a nosotros, a lo mejor debería preguntarle acerca del pájaro…

—Vale, vale. Soy… increíble. Dios, eso ha dolido.

—Qué gamberra.

La clase fue desconcertante hasta que, de repente, se volvió divertida. Levi y yo nos reíamos. Rhea y Claire nos lanzaban besos cada vez que su hermano me hacía girar. Y todos nos burlamos del primer baile de Sarah y Jeff, porque él se movía demasiado rápido y ella no dejaba de tropezar hacia delante.

Incluso las mellizas se unieron al final, peleándose por quién bailaba con su hermano mayor. Levi, por supuesto, se aseguró de

que cada una tuviera su turno y las levantó, abrazó e hizo girar al ritmo de la música. Las chicas se reían y gritaban de alegría para que no las soltara porque se lo estaban pasando genial.

La sonrisa de Levi podría haber servido de combustible al sol.

Tenía las comisuras de los ojos arrugadas por la risa; como la masa de un cruasán plegándose en el horno. Sus rizos castaños rebotaban al mismo ritmo que las puntas de sus pies, y yo lo observaba embobada.

Dejando a un lado mis sentimientos, que se me escapaban por las costuras del corazón, pensé que, si me decantaba por París, no podría ni presenciar eso ni formar parte de ello. Si esa acababa siendo mi elección, tendría que esperar que aquella amistad no volviese a extinguirse por completo. Quizá podría enviarles postales y ellos me llamarían. Tal vez.

Levi y yo seguimos a Jeff, Sarah, las niñas y la abuela Coldwell fuera del estudio, en dirección al aparcamiento. Él se arrodilló y aupó a Rhea para sentarla en su alzador, proceso que luego repitió con Claire. Después, les dio un beso en la cabeza a cada una.

—Nos vemos mañana por la noche, ¿de acuerdo?

Ellas asintieron y gritaron «¡Os queremos!» por las ventanillas mientras nosotros caminábamos hacia el coche de Levi.

—Adiós, chicos, tened cuidado —se despidió de Sarah y a Jeff, lanzándole a este último, que iba en el asiento del conductor, una mirada asesina que evidentemente quería decir «conduce con precaución o si no…».

—¿Lista para irnos? —me preguntó Levi. Asentí.

Nos subimos al coche (las margaritas estaban algo mustias en el salpicadero, pero no muertas) y él me llamó la atención desde su asiento.

—¿Qué? —pregunté con curiosidad.

—Gracias otra vez por venir. Hacía mucho tiempo que no me divertía así. Siempre estoy preocupado por todo. Tanto que me olvido de divertirme, incluso con las chicas.

Alargué la mano y le acaricié el dorso en un gesto amable y cariñoso.

—Gracias por dejarme formar parte de todo esto.

Todo parecía normal, agradable.

Hasta que vi el nombre de Bella aparecer en su teléfono y recordé que todo lo que habíamos hecho esa noche, él lo había estado haciendo con ella durante semanas. Mi mano en su hombro, la mano de Bella en su hombro. Su mano en mi cintura, su mano en la cintura de ella.

Estaba harta de ser el personaje secundario.

Apreté el ramo de margaritas contra el pecho durante el resto del viaje a casa.

34

«Si los corazones estaban hechos para amar, ¿por qué sentía el mío tan vacío?»



Estaba estadísticamente comprobado que, si no le decías a la persona de la que estabas enamorada que la querías, lo llevarías escrito en la cara en todo momento. No había nada más cierto. Y tenía pruebas porque ese era el aspecto que yo misma ofrecía en ese momento al entrar en casa de la madre de Levi y encontrarlo persiguiendo a Rhea.

No era una situación demasiado rara, lo sé. Pero Claire me había abierto la puerta y me había dicho que Levi acababa de salir de la ducha, así que tardaría un segundo. Sin embargo, parecía que Rhea le había robado algo importante, porque estaba en el pasillo, con el pelo empapado, sin camiseta y solo con una toalla…

—Rhea, devuélveme la ropa ahora mismo o…

—¡Hola, Daisy! —gritó la pequeña, deteniéndose a mitad de carrera.

Levi levantó la cabeza de golpe al detectar mi presencia en la

puerta. Se le pusieron las mejillas rojas y aferró con fuerza la toalla que llevaba alrededor de la cintura. Toalla que recogía las gotas de agua que le caían desde el pelo hacia la nuca y se deslizaban por los músculos del pecho y el abdomen. Estaba a punto de desmayarme. Me tapé la cara con el bolso.

—¡Perdón, perdón! Claire me ha dicho que todavía estabas en la ducha, no era consciente de que…

Levi le arrebató la ropa de la mano a Rhea y se tapó con ella.

—No, no, no pasa nada. Es lo que me merezco por ducharme aquí. Mi madre tenía que ir a una clase sobre el negocio inmobiliario, así que he venido temprano. Me daré prisa, solo me queda vestirme.

Y entonces oí que se cerraba la puerta del baño.

Jamás me quitaría esa imagen de la cabeza. Levi debía sentirse igual de afectado porque tardó más de un momento en cambiarse.

Por suerte, tenía a Rhea y a Claire para distraerme de aquella situación. Normalmente, a las cenas de los domingos acudía toda la familia, pero Trish tenía aquella clase y Sarah debía ocuparse de algunos asuntos de última hora relacionados con la boda.

Las chicas me llevaron a la cocina para enseñarme todos los aperitivos que habían preparado: cuencos con palomitas, chocolate, patatas fritas y...

—¿Eso es tarta de fresa? —pregunté sorprendida desde el umbral de la cocina. Dos pisos de tarta de vainilla con glaseado blanco y fresas cortadas entre las distintas capas y por encima. Era el tipo de tarta que hacía que te entrasen ganas de convertirla en tu hogar y vivir en ella de lo bonita que era.

—La hemos preparado para ti. —Me giré y descubrí a Levi en el pasillo, esta vez vestido, mirándome con una sonrisa tímida. «Hemos». Se me aceleró el corazón.

—¿Para mí? —pregunté con incredulidad, apuntando a mi propio

pecho con un dedo.

—¿Para quién, si no? —preguntó. Y, de repente, me sentí desnuda con mis pantalones de lino y mi camiseta. La forma en que me miraba me hacía sentir demasiado vulnerable. Me había dejado sin palabras… No… no sabía ni qué decir.

—Lo intenté el fin de semana pasado y me salió fatal, y al final tú misma preparaste una, aunque luego ni la probaste, así que espero que esto compense, bueno, lo que sea que acabo de explicar. ¿Quieres probarla?

—Me encantaría.

La última vez que había visto a Levi cortar una tarta de fresa había sido por mi decimoctavo cumpleaños. Me había preparado una todos los años durante el instituto. Presenciar aquello ahora fue como experimentar un *déjà vu*. Solo que en esa ocasión era más alto y, bajo la camiseta, los músculos de sus brazos estaban tonificados.

Las chicas se sirvieron chocolate y palomitas mientras él me entregaba un trozo (enorme) de tarta. Me lo zampé entero en cuestión de segundos.

—Estaba deliciosa. Ya puedo morir feliz.

Claire soltó una risita ante mi comentario.

—Rhea, ¿qué película vamos a ver esta noche?

—No lo sé, es Levi quien elige las películas. Primero tiene que asegurarse de que sean apropiadas —me respondió.

Lentamente, me giré hacia Levi y le tiré una fresa.

—¡Mentiroso!

Él se rio y atrapó la fruta antes de que le diera.

—¿Qué pasa? ¡Me tomo la noche de cine muy en serio!

—Parece que estés cuestionando mi gusto cinéfilo.

—Eso hago.

—¡Imbécil! —solté en mitad de una carcajada.

Al llegar al salón, entré en pánico al darme cuenta de que no había planeado aquello: la disposición de los asientos. Era un momento que no sabía que debía preocuparme hasta que lo estaba viviendo. ¿Debía sentarme cerca de Levi? ¿Pensarían las niñas que era raro si no lo hacía, puesto que creían que estábamos saliendo?

Yo no debería tener derecho a tomar esa decisión, así que me senté antes que nadie. Las niñas se encargaron de decidir el resto de la disposición: Claire se aposentó a mi izquierda y Rhea a mi derecha, ambas con numerosos juguetes y dulces.

—Chicas, ¿qué tal si dejamos que Dani respire un poco? —preguntó Levi cuando entró y se encontró a ambas a mi lado.

Ellas respondieron con un puchero.

—Dadle un poco de espacio como mínimo —insistió él. Cada melliza se movió unos centímetros.

Me reí.

—No pasa nada, no te preocupes.

Él suspiró, se sentó al otro lado de Claire y repasó las películas, mencionando las que les parecían apropiadas. Ganó *Princesa por sorpresa*. Y cuando terminó, le rogaron que pusiera la segunda. Levi me miró con incertidumbre, así que yo misma le di a reproducir.

Treinta minutos después, sentí la pesadez de la cabeza de Rhea bajo mi brazo y Claire se encorvó, cayendo lentamente sobre el regazo de su hermano. Empezó la escena en la que Mia y Nicholas estaban frente a la fuente…

—¡Oye! —susurré enfadada cuando Levi pausó la película.

—¿Qué? —susurró a su vez.

—Esta es mi parte favorita. Puedes quitarla después. —Le arrebaté el mando y le di a reanudar.

Mia y Nicholas se estaban peleando y, de repente, dejaron de

hablar durante un instante. Nicholas le miró los labios, tiró de ella hacia delante, le colocó la mano detrás de la cabeza y la besó. La besó *de verdad*.

Volcó cada fibra de su ser en ese beso. El alivio me destensó los hombros. Una sensación mágica me recorrió la espalda. Los brazos alrededor de ella, la melena de Mia en la cara de Nicholas. Ella levantó la pierna justo antes de apartarse, tropezar de espaldas y caer en la fuente.

Apagué el televisor y miré a Levi mientras decía:

—¿A que ha valido la pena?

Pero él ya se estaba alejando de mí, con Claire en volandas. La niña le rodeaba el cuello con sus delicados bracitos y el torso con las piernas, como un koala.

—Vuelvo a por ella en un segundo —me indicó mientras salía del salón.

Miré a Rhea. Tenía entreabiertos sus pequeños labios y emitía unos leves ronquidos. Se le había despeinado el flequillo y ambas teníamos el regazo lleno de palomitas de maíz. La cantidad de juguetes que abarrotaban el sofá era algo casi cómico. Recogí las palomitas y las dejé caer en el cuenco. Luego la alcé en brazos, con cuidado de no despertarla.

Subí las escaleras, siguiendo el mismo camino que Levi, y lo encontré en la habitación más alejada del pasillo, arropando a Claire. Giró la cabeza en un gesto veloz, como si cualquier movimiento a su alrededor tuviera que ser tenido en cuenta.

—Gracias —susurró, quitándome a Rhea de los brazos. Ella se aferró a él de inmediato, como si pudiera reconocer el sonido de su voz incluso dormida.

Observé cómo la arropaba en la cama que quedaba frente a la de Claire y permití que me condujera fuera de la habitación, cuya

puerta dejó entreabierta. Levi parecía cansado; tenía los hombros encorvados hacia delante y los ojos entrecerrados mientras bajábamos las escaleras y entrábamos en el salón.

Se dejó caer en el sofá con un suspiro. Yo me dejé caer a su lado. La preocupación le nubló el rostro, aunque también la somnolencia, mientras miraba al techo como si este le estuviera cantando alguna nana. ¿Con qué frecuencia se pasaba por allí para cuidar a las niñas? ¿Con qué frecuencia se montaban desastres que luego había que limpiar?

Estábamos rodeados de juguetes. Empecé a lanzarlos a la cesta al otro lado de la habitación; y el sonido lo sobresaltó. Se incorporó y me observó.

—Eres bastante buena —comentó.

—Son mis habilidades de sóftbol —respondí con un guiño, esperando hacerlo reír. Y lo conseguí. Eso me hizo sonreír a mi vez.

Él cogió un oso de peluche y también lo lanzó.

—¡Dios mío, eres patético! —me reí.

—¡Solo ha sido un mal lanzamiento!

—Te apuesto a que el próximo será igual de malo.

—¿Una apuesta? ¿Qué pasa si pierdo?

—Mmm. ¿Me compras flores?

—Te compraré flores de todos modos. ¿Qué tal… una pregunta?

—¿Una pregunta? —inquirí, intentando fingir que lo primero que había dicho no me había acelerado el corazón.

—El ganador puede preguntarle lo que quiera al otro. Cualquier cosa.

Posó los ojos en mí rápidamente antes de volver a centrarlos en la cesta. El aire de la habitación se volvió denso.

—De acuerdo.

Empezamos a tirar los juguetes de las niñas a la cesta desde el

sofá. Levi encestó en unos segundos.

—¡Dios mío, gamberro, has lanzado fatal a propósito! —protesté, conmocionada.

—¡No es verdad! Tú has dudado de mis habilidades y ahora tienes que responder a una pregunta. —Se la pensó durante unos instantes —. ¿Sigues conduciendo igual de mal?

—¡Ay, madre…! —Y le tiré un peluche a la cabeza.

—¡Es broma, es broma! Ahora en serio. ¿Tú...? —Dudó. Todavía me costaba ubicar a ese Levi en mi esquema mental. Ese hombre nervioso, ruborizado y que dudaba de sí mismo jamás había existido en el catálogo de acciones suyas que había creado en mi mente—. ¿Sigues horneando cuando estás estresada?

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

—¿Cómo podría olvidarlo? —Transcurrió un latido en el que ninguno de los dos supo qué decir—. Pero ¿qué horneas ahora?

—*Blondies* —contesté, todavía sorprendida. Lancé un juguete e hice canasta—. Me toca.

—Pregunta lo que quieras.

Me reí cuando descubrí lo que quería saber.

—¿Alguna alumna de tu clase ha flirteado contigo alguna vez?

Suspiró.

—Juro que te has propuesto avergonzarme. —Mientras hablaba, me resultaba difícil no fijarme en la forma de su mandíbula y los músculos de sus brazos. Los dos estábamos tan ebrios de sueño que esa línea que habíamos trazado hacía siglos se estaba difuminando. Había muchas cosas que quería preguntarle y, al parecer, él sentía lo mismo, así que me arriesgué. A lo mejor estaba tan cansado que a la mañana siguiente no lo recordaría—. Sí.

—Necesito detalles, Coldwell. ¿Cuántas?

Con una risotada, echó la cabeza hacia atrás en el sofá. Su nuez

subió y bajó y sus labios… ¡Basta! Era imperativo que me alejase de su cuerpo y me escabullera; sería una tortura olerlo en mi ropa después.

—Seis chicas.

—¿Seis? ¿Seis alumnas han flirteado contigo? —Eso debía de constituir un tercio de la clase.

Asintió, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Por qué te da vergüenza? —pregunté alarmada.

—Se supone que soy un profesor en prácticas. No debería interesarles, no es apropiado. Y lo último que querría es incomodar a alguien…

—Vi, estás bueno.

Él giró la cabeza, enarcando las cejas.

—¿Crees que estoy bueno?

—Bueno, todo el mundo lo cree.

Asintió, cerró la boca y se mordió el carrillo. Luego se volvió a incorporar y lanzó otro juguete.

Falló. Yo también. Y, a continuación, él encestó.

—¿Por qué terminó tu última relación?

Se me había olvidado que le había contado lo del profesor auxiliar con el que había salido durante un tiempo. Simplemente… no esperaba que se acordara.

—En realidad, no fue una relación propiamente dicha; solo duró un mes. Era guapo, pero, no sé, me sentía normal. Prefiero pasarme la vida soltera y viendo películas románticas antes que tener un puñado de citas del montón. —Me encogí de hombros. Él asintió, pero daba la sensación de que quería seguir preguntando.

Fallé. Él también. Y, entonces, yo encesté.

Si íbamos a hablar de relaciones, me pareció bien formular la pregunta a la que no había dejado de dar vueltas en mi cabeza

desde que nos habíamos reencontrado en aquel bar.

—¿Todavía estás enamorado de Bella?

Levi tensó la mandíbula y dejó la mirada perdida. Quizás la línea no estuviese tan difuminada como yo creía. Sin embargo, al final empezó a hablar.

—Bella me impulsaba a superarme a mí mismo, solo que a un ritmo para el que no estaba preparado. Se preocupaba por mí, y yo por ella. Sin embargo, dijo cosas sobre Rhea y Claire que nunca olvidaré. Me trató de una forma que me hizo sentir como si no fuese suficiente porque estaba demasiado centrado en ellas, lo cual entiendo. Pero también implicaba que ni comprendía nuestra situación como familia ni a ellas. —Exhaló—. Es algo agridulce. Tampoco le entusiasmaba lo mucho que las chicas hablaban de ti. Ni lo mucho que yo hablaba de ti. —Posó la vista en mí antes de apartar la mirada—. No sé por qué he dicho todo eso, lo siento.

Esas palabras metieron el dedo en la herida incurable de cómo me había imaginado que había sido su relación con Bella. Me costó mucho contener la sorpresa porque lo último que esperaba era que él no hubiese sido feliz con ella. La idea de que lo hubiese menospreciado por lo mucho que le importaba su familia y lo que posiblemente había dicho de las niñas… La rabia me dejó rígida y despertó un torbellino de preguntas.

No obstante, yo ya le había formulado la mía. Le tocaba a él.

—Si pudieras tener cualquier cosa en el mundo, ¿qué sería? —Me miró como si de verdad quisiera saberlo, como si mi respuesta significase algo. Su voz siempre transmitía una reconfortante sensación de seguridad. Decir la verdad era seguro.

Así que lo hice, aunque fuese como confesarle a tu enemigo dónde has escondido los cuchillos.

—Amor. —Suspiré; esa respuesta había sido tan fácil como dejar

que el sol me iluminara la cara después de un brutal invierno neoyorquino. El amor formaba parte de todas mis ensoñaciones—. Quiero un amor que lo consuma todo. No uno que sofoque, sino uno que me haga sentir tan agradecida; que me dé la sensación de que la emoción me desborda el pecho. Disfrutar de esa comunicación silenciosa y tácita con una persona a través del tacto y la mirada.

Dejé escapar un suspiro cansado.

—Quiero que me perciban en una habitación llena de gente. Quiero ser la única persona en una habitación abarrotada. Quiero que me quieran, que me quieran de verdad, y que me deseen. Quiero reír, cantar y bailar con alguien y no sentirme cohibida porque le quiero y confío en que él también a mí. Quiero que me toquen, que me besen y que me abracen, porque ya se me ha olvidado lo que se siente… Sin embargo, creo que me lo merezco.

Para cuando terminé, estaba sonrojada y Levi me observaba atentamente. Con los labios entreabiertos, los ojos repletos de curiosidad y el cuello tenso. Tenía la cara a solo unos centímetros de la mía en la oscura sala de estar. Ardía en deseos de inclinarme hacia delante y demostrarle cuánto ansiaba que me besara. Pero ni siquiera habría importado, porque él ya lo sabía. Sabía exactamente cómo besarme.

Aunque había creído que desearlo era suficiente, ahora que lo había besado, saboreado, nada sería nunca suficiente.

—¿Estás enamorada de alguien ahora mismo? —preguntó. El corazón me dio un vuelco y cayó a plomo hasta el fondo de mi estómago. Ese era un secreto al que no renunciaría ni en sueños, por muy cansada que estuviese.

—Solo te has ganado una pregunta.

Bajó la mirada, pero no quedaba nada que recoger.

—¿Has leído el libro? —preguntó. ¿El libro? Lo miré confundida

antes de comprender a qué se refería.

—No, no lo he leído —balbuceé.

—Ah, vale. —Parecía decepcionado. Un asentimiento rápido y contacto visual indirecto. Creía que estaba haciendo lo correcto al proteger esa intimidad que se había visto obligado a compartir conmigo. Pero a lo mejor me equivocaba. A lo mejor había cambiado de opinión.

—Es que aún no he tenido oportunidad…

—No, no, no pasa nada, no tienes ninguna obligación de leerlo ni nada. Solo me lo preguntaba.

Asentí.

—Debería irme. —Conseguir un taxi a esas horas de la noche iba a ser un rollo. No había muchos en el Village un domingo por la noche.

—Quédate —dijo—. Duerme en mi antigua habitación, yo me quedo en el sofá.

—Levi…

35

«Tal vez no fueses mía para poder amarte»



Me interrumpió.

—No me gusta que salgas sola a estas horas de la noche, no es seguro. —Sabía que quería llevarme a casa. Era un pensamiento reconfortante. Sin embargo, ambos sabíamos que alguien tenía que quedarse en casa con las niñas.

—Levi…

—Dani, me vas a provocar un infarto si me obligas a estar pensando en que te vas sola a casa. Mi mente se volverá loca y no dejaré de imaginarme lo peor que podría pasar, así que te ruego que contribuyas un poco a mi cordura y te quedes aquí esta noche.

—Iba a decir que sí —respondí con una sonrisa.

Se tapó la cara con los dedos antes de reírse.

—¿Por qué no me callo nunca?

Me reí.

—Pero yo me quedo en el sofá; no hay razón para que duermas aquí abajo.

—Voy a asegurarme de que haya sábanas en la cama —dijo, ignorando mi argumento y subiendo directamente a su habitación.

Un segundo después, subí yo también y lo encontré doblando un edredón sobre la cama. La habitación estaba limpia y era sencilla, con dos estanterías a cada lado de la ventana por donde entraba la luz de la luna y un pequeño escritorio de madera junto a las puertas del armario. El cabecero de la cama estaba pegado a la pared del fondo, con una mesita de noche al lado.

Su habitación estaba llena de verdes y grises. Fotografías y papeles al azar salpicaban las paredes y superficies.

Al lado de su estantería había numerosas fotos enmarcadas de él y su familia de hacía años, junto con algunas que debía de haber sacado él mismo de varios amigos y lugares.

Entre todas ellas, destacaba una foto nuestra en el instituto. Era una tira de fotos de un concierto al que habíamos ido por su decimoséptimo cumpleaños. Lo recordaba como si fuera ayer. Lo había obligado a entrar en el fotomatón; él odiaba sacarse fotos. Pero no teníamos más de ese día, y sabía que merecía un recuerdo físico. ¡Era su cumpleaños! Le había metido la tira de fotos en la cartera, pero nunca había imaginado que la guardaría después de graduarnos en el instituto.

En la primera foto estábamos sonriendo; en la segunda, sacando la lengua; en la tercera riéndonos el uno del otro y, en la cuarta, yo lo estaba abrazando. Aquello había pasado antes de darme cuenta de todo lo que sentía por él. Levi se aclaró la garganta desde donde estaba, apoyado en el escritorio.

—Te he sacado unos pantalones de pijama viejos y una camiseta, por si quieres cambiarte.

—Gracias. —Cuando me había ofrecido a quedarme en el sofá, la reacción había sido inmediata. Pero ahora que estaba frente a su

cama… Debería haber discutido más. No pude evitar pensar en todas las chicas a las que había querido antes. Las que se habían sentado en ese colchón con él y habían estado en esa habitación. No solo tendría que dormir en su cama, donde las sábanas olían a su colonia, sino que tendría que ponerme su camiseta y sus pantalones y…—. No pasa nada. Puedo dormir con esto. —Mis pantalones de lino eran bastante cómodos.

Él empezó a juguetear con su reloj. Se lo desabrochó y se lo volvió a abrochar. Tenía algo más que decir, lo notaba. Me senté con cuidado en su cama y lo observé desde el otro lado de la habitación, esperando.

—¿Puedo preguntarte algo? —soltó de sopetón.

—Por supuesto.

—¿Por qué aceptaste? Todo esto, lo de ayudarme y venir a la boda. —Se pasó una mano por su espeso cabello y se cruzó de brazos. No de forma intimidante ni interrogativa, sino con un aire elegante y nervioso. Se mordió el labio.

Pensé en cómo me había pedido que me quedara hacía tan solo diez minutos y en lo sincero que había sido. No estaba segura de si era el efecto que el cansancio tenía en mi cerebro o lo desesperada que estaba por sentirme confiada por una vez en mi vida, pero respondí con honestidad:

—Te echaba de menos.

Una parte de mí se sintió satisfecha con su mirada sorprendida. La estupefacción creció en sus ojos y luego un cálido alivio floreció en sus mejillas. Relajó los hombros como si hubiera entrado del frío de la calle y se hubiera sentado frente a una chimenea.

—Te he echado de menos —dijo.

Me dolía el pecho.

—¿Por qué me lo pediste?

No dudó.

—Porque necesitaba una excusa para volver a verte.

El asombro resultó patente en mi expresión.

—¿Por qué?

Soltó una risa queda.

—Podría escribir un libro sobre ello.

Si algo había aprendido sobre el amor no correspondido, era a dejar de hacer preguntas. Cuantas más respuestas buscaba, más daño me hacía, y solo acababa descubriendo lo mismo de siempre: que éramos amigos.

Levi echaba de menos nuestra amistad, yo también. No obstante, me resultaba imposible negar que, cuando contemplaba su cabello oscuro, pensaba en la sensación de pasarle las manos por el pelo mientras nos besábamos. Y tampoco podía negar que, cuando lo veía moverse, observaba cómo flexionaba las manos y pensaba en lo que había sentido al tenerlas en la espalda y en la nuca. Y cuando lo veía hablar, solo podía concentrarme en el movimiento de sus labios y en cómo susurraban «Daisy».

—Te dejo, bueno, te dejo para que te acuestes. —Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Exhalé e intenté no pensar demasiado en lo que había dicho. Bajé la vista hacia mi camiseta y suspiré. Me quedaba ajustada en la zona del pecho y me apretaba en las axilas. No podía dormir con ella. Le eché otro vistazo a su camiseta doblada antes de quitarme la mía y ponérmela. Me llegaba hasta medio muslo y olía a una mezcla de ropa recién lavada y sándalo.

Me negué a cambiarme los pantalones.

Me quité las joyas como si fuesen pétalos de flor, y dejé mis anillos y pendientes en su mesita de noche. Me llevé la mano a la nuca y jugueteé con el cierre del collar con mis uñas cortas. Uf, imposible.

Me levanté de la cama con una recién despertada frustración y bajé las escaleras en calcetines.

Levi estaba sentado en el sofá, leyendo. Me oyó antes de verme y me preguntó:

—Eh, ¿qué…?

Hizo una pausa al girarse, con la mirada fija en mi —su— camiseta.

—¿Te importa quitarme el collar? El cierre se ha atascado.

Se pasó la mano por la nuca.

—Por supuesto. Siéntate. —El sofá era bastante espacioso, así que no me resultó raro sentarme delante de él, entre sus piernas extendidas.

Levi emitió un sonido indescifrable antes de apartarme el pelo y colocármelo por encima del hombro. Se rio.

—Ya lo sujeto yo. —Me reí, sabiendo que era demasiado corto para que se quedase ahí.

Me recogí el pelo mientras él me rozaba la nuca con la mano. Me dio un golpecito en la nuca con la frente mientras se concentraba en el broche. Sentí ganas de recostarme contra su pecho. De dejar que su cabeza cayese entre mi cuello y mi hombro.

No sabía en qué estaba pensando él. Pero sí sabía que se detuvo un instante después de desabrocharme el cierre. El aire parecía demasiado cálido. Demasiado pesado. Era increíblemente consciente del espacio que nos separaba.

—*Dieu, aide-moi* —suspiró.

Giré la cabeza, sorprendida. Nunca había oído esa frase en francés.

—¿Qué significa eso?

Se aclaró la garganta.

—Aquí tienes tu collar.

Lo interpreté como una señal para marcharme, pero al levantarme, me rozó la muñeca.

—Dani.

—¿Sí?

—Te mereces ser amada. Te lo mereces más que nadie.

Oh. Estaba demasiado cansada para intentar analizar aquello. Mientras lo miraba por encima del hombro, cerré los ojos con fuerza.

—Buenas noches, Levi.

No tenía claro qué era más difícil: que te dijera que merecías el amor alguien que no estaba enamorado de ti o fingir que nunca te lo había dicho.

36

«Y, de repente, caí»



La noche anterior, al acostarme, casi me había arrastrado sobre el edredón para rebuscar en mi bolso el libro de Levi, en busca de alguna respuesta a lo raros que estábamos. El día anterior, él me había dado permiso para leerlo. Sin embargo, sabía que, si lo hubiese empezado, no habría parado, y necesitaba dormir. Ni siquiera había oído a Trish llegar de su clase.

Iba de camino al campus para terminar mi último vestido. Puede que suene productivo, pero necesitaba desesperadamente una distracción, porque no había parado de comprobar mi bandeja de entrada en toda la mañana. Sabía que Levi lo entendía, así que no había intentado entretenerme. Me había dicho que me recogería esa noche en el edificio de Diseño cuando terminara.

—Si estás por aquí esta noche —añadió apresuradamente.

Me reí, le di un golpe en el brazo y respondí:

—Pues claro.

El aula, llena de máquinas de coser, patrones y maniquíes, estaba

vacía. Me dirigí a la esquina donde había dejado mi tela cortada y empecé a sujetar con alfileres los retazos a juego para coserlos. Coser la estructura sería lo que más tiempo me llevaría. Asegurarme de que las costuras fuesen limpias y que el vestido quedara cómodo sería la parte más difícil. Luego tocaría trabajar en los detalles, como añadir perlas y hacer arreglos, y esa sería la parte emocionante, como cuando se decora un pastel.

Las horas de costura se me pasaron volando antes de acabar con la estructura, y ya estaba lista para dar por terminado el día e irme a casa. Lo más probable era que Levi llegase al cabo de veinte minutos. Abrí mi correo electrónico y bajé hasta que… Lazaro al fin me había escrito. Salté de mi asiento y di una vuelta por el aula antes de encontrar, finalmente, la fuerza necesaria para quedarme quieta.

> Agradecemos su tiempo e interés en el programa de posgrado de Lazaro. Este semestre, el comité de admisiones ha recibido una cantidad récord de solicitudes. Por lo tanto, lamentamos informarle de que no podemos…

El resto del correo electrónico era un misterio, porque mis lágrimas emborronaron las palabras. «No he entrado. No he entrado. De nuevo, no he sido lo bastante buena».

Las lágrimas me atenazaban los ojos, la garganta y el pecho, me temblaban las manos y me dolía la cara por la jaqueca que me causaba el llanto. «¿Y ahora qué? ¿Qué hago ahora?».

Instintivamente, volví a coger el teléfono para llamar a Levi, solo para darme cuenta de que llegaría pronto y que era posible que Ethan también estuviese allí. Recogí mi bolso a toda prisa y corrí por el pasillo hasta su despacho, donde, por suerte, di con él.

Levanté el móvil con el correo electrónico en pantalla y pregunté:

«¿Te has enterado?», sabiendo que él, como mi tutor, recibía las mismas notificaciones.

—Sí —respondió mientras me miraba con tristeza.

Me senté. Él se colocó frente a mí, apoyado en su escritorio. Me sorprendió que no le horrorizaran más mis ojos enrojecidos y las lágrimas que me cubrían las mejillas. Luché por calmar mis manos temblorosas; solo necesitaba hablar con alguien.

—Era mi sueño, Ethan, mi objetivo. Y… de verdad creía que tenía una oportunidad.

Él suspiró.

—Por eso solicitaste plaza en otros sitios, tienes alternativas.

Sabía que era cierto, pero eran alternativas por algo.

—Lo sé —fue todo lo que dije.

—Sabías lo difícil que era entrar en ese programa. Aquí hay muchos estudiantes que no lo consiguen. —Su respuesta solo me hizo sentir peor. «Eres como todos los demás», así sonaba. Asentí. Cuando te enfrentabas al rechazo tan a menudo, ¿cómo se suponía que ibas a pensar de otra manera?

Ethan suspiró de nuevo, en tono exasperado.

—Podrías pedirle a tu madre que hiciese una llamada.

Me puse rígida y el dolor de cabeza se despejó al instante. Ya no quedaba ni un rincón de mi mente nublado.

—Jamás haría eso. —No solo le había explicado muchas veces que no quería que ella se involucrara, sino que tampoco pensaba quitarle a nadie su plaza.

—Daniella, si quieres conseguir cosas en la vida, tienes que aceptar la ayuda extra. Así funciona esta industria: debes luchar con uñas y dientes y tomar atajos cuando sea necesario.

Me quedé horrorizada. Ethan era un diseñador de renombre, un académico, ¿y me estaba hablando de hacer trampas?

Se apartó del escritorio y se inclinó sobre mí. Mi cuerpo reaccionó de inmediato como una marea en plena tormenta, alejándose. Di con la espalda contra el cojín de la silla cuando él apoyó las manos en los reposabrazos, enjaulándome. El aire dejó de circular por mis pulmones. Tenía su cara a escasos centímetros de la mía y podía oler el chicle que estaba mascando; me entraron náuseas. Cerré la boca con fuerza.

Él enarcó una ceja.

—Bueno, si no vas a pedírselo a ella, siempre puedes probar conmigo…

¿Quién era aquella persona? Me negué a mirarlo a los ojos. Él desplazó la mano desde el reposabrazos hasta mi rodilla mientras a mí me subían las pulsaciones y la mente me daba vueltas. ¿Cómo había podido juzgarlo tan mal? Creía que intentaba ayudarme.

Él siguió hablando. Cerré los ojos con fuerza al ver su rostro acercarse.

—Ambos sabemos que necesitas ayuda. Tus diseños están bien, aunque no son nada del otro mundo. Ni siquiera diseñas nada para ti. —Me encogí y él se rio—. ¿Creías que no me había dado cuenta? Te conozco mejor de lo que crees. No utilizas el nombre de tu madre porque no quieres que te comparen con ella; la constante necesidad de aprobación; el hecho de que nunca diseñes ropa que te quede bien a ti porque crees que tu cuerpo no es lo bastante bueno.

Se me hizo un nudo en la garganta y me ardieron los ojos por culpa de las lágrimas contenidas. Los músculos y huesos de mi cuerpo se habían fusionado, demasiado asustados para moverse ni un centímetro. Estaba paralizada.

—Dudo que sea el único que se ha dado cuenta, pero soy el único dispuesto a ayudarte.

—Para, por favor —susurré.

Se rio quedamente antes de rozarme la oreja con los labios.

—Puede que, si rompes con ese novio tuyo, yo pueda llamar a Lazaro en tu nombre.

Levi. Había estado así de cerca de él la noche anterior, pero no había sentido nada parecido. Él debía de estar de camino.

Pero no estaba allí ahora mismo.

Ethan subió la mano por mi pierna y yo reaccioné con una sacudida, como si me hubieran acercado una antorcha que me quemase la piel a través de la tela vaquera. Levanté la rodilla con toda la adrenalina posible. Él gruñó y se cayó hacia delante. Lo aparté de un empujón y salí disparada hacia la puerta.

«Respira, respira, respira». Sin embargo, procesar lo que acababa de suceder y huir por la puerta sollozando al mismo tiempo me estaba costando demasiado. «Levi, Levi, Levi», era lo único en lo que podía pensar.

Bajé corriendo las escaleras del edificio, crucé la salida y choqué directamente contra su pecho. Su sonrisa desapareció al instante y se transformó en una mirada de preocupación. Apoyó las manos a cada lado de mi mandíbula y me levantó la cara hacia él.

—Daisy, cariño, ¿qué pasa?

Pero fui incapaz de responder, porque las lágrimas me obstruían la garganta. No dejaba de jadear entre sollozos. Levi me atrajo hacia su pecho y me aferré a él como si fuese mantenerme a flote. Lloré, lloré, lloré y lloré, empapándole la camisa. Me acarició el pelo con la mano, intentando calmarme, y presionó los labios contra mi coronilla. Se separó muy despacio, me acunó la cara, mi corazón en sus manos, mientras me observaba.

Me secó las lágrimas mientras caían.

—Cariño, necesito que respires, ¿de acuerdo? Vamos a respirar hondo, así, y a exhalar. Genial, hazlo otra vez.

Obedecí, intentando calmar mis latidos.

—Ahora dime qué pasa, lo solucionaré. —Su voz irradiaba sinceridad, tranquilidad, preocupación. Un pliegue entre sus cejas le fruncía la frente.

La voz me tembló como un frágil cobertizo de paja a punto de salir volando por los aires.

—Tenemos que irnos, ahora mismo. —Me asustaba muchísimo que Ethan saliera corriendo por la puerta.

El rostro de Levi era un torbellino de emociones, pasó de una dulce preocupación a una rabia silenciosa. Se quedó quieto y observé cómo giraban los engranajes de su cabeza. Habló en tono sereno y asertivo.

—Daisy, ¿qué pasa?

—Él…, yo…, Ethan —tartamudeé. No podía decirlo, no podía, o sería real y ya no podría fingir que jamás había sucedido.

Levi me miró como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Ethan? ¿Qué ha…? —Exhaló, intentando recomponerse. Nunca lo había visto tan enfadado—. ¿Qué ha hecho?

—Ha intentado… Ha intentado… —Sorbí por la nariz—. Ha intentado tocarme. —Los ojos se me anegaron de nuevo como pozos.

Cualquiera que fuera la batalla interna que Levi estuviese librando para mantener la calma, acababa de perderla. Parecía destrozado. Destrozado, vengativo y mareado.

—Voy a matarlo —declaró mientras apretaba los labios en una fina línea.

Apartó las manos de mi cara y se dispuso a entrar en el edificio.

—No, Levi, no, por favor, por favor, no te vayas —supliqué.

Se detuvo, con el rostro desencajado y mirándome con tristeza y conflicto. Quería volver a entrar y hacer algo. Echó un último vistazo

al edificio antes de mirarme a mí y estrecharme entre sus brazos.

—Voy a encargarme de esto —insistió mientras me aferraba a él. Las lágrimas seguían brotando.

Era el final de una etapa de mi vida. Me habían rechazado, otra vez, para hacer algo que me encantaba. Lazaro no me quería. Y a alguien en quien creía poder confiar le importaba un comino.

Levi continuó acariciándome la cabeza y el pelo, susurrándome, intentando calmarme.

—No te mereces esto, lo siento mucho, lo siento mucho. Eres una primavera, cariño. Eres más radiante que las flores y el sol, y nadie podrá arrebatarte eso.

Me besó la coronilla mientras me abrazaba como si fuese él quien necesitase consuelo. En el preciso instante en que ese pensamiento apareció en mi cabeza, noté que Levi estaba temblando.

Me aparté, alcé la mirada y lo descubrí con los ojos llorosos. Aquella imagen me abrió un agujero en el corazón. No sabía que aún me quedaba espacio para otro. Sin embargo, a lo largo de mi vida, cada centímetro de mi corazón había sido suyo. Levi era siempre quien lo perforaba y lo reparaba.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, empecé a mover las manos antes de poder pensar bien lo que hacía. Le limpié las lágrimas con el pulgar y lo desplacé hacia un lado de la cabeza para tocarle el pelo antes de apoyarle la mano en la nuca. En el instante en que la tuve ahí, lo atraje hacia mí y cerré la distancia entre nuestros labios.

Cuando su boca se encontró con la mía, se me relajaron los hombros y saboreé nuestras lágrimas saladas mientras él gemía ante el contacto. Estaba sorprendido, vacilante. Sin embargo, solo necesitó un instante para procesar que yo lo había empezado. Y cuando reaccionó, mi cuerpo se relajó y despertó al mismo tiempo.

Solo lo había besado una vez antes, pero había sido suficiente para saber que nunca más querría besar a otro hombre. Nadie más se podía comparar con él.

Pese a que había llegado más lejos con otros, ninguno de ellos había conseguido que me temblasen las piernas ni que se me pusieran los ojos en blanco, como pasaba cuando Levi me besaba.

Sus labios eran suaves y la presión contra los míos era pura intención. Se convirtió en una mezcla desesperada de lágrimas, abrazos y besos. Como si, absorbiendo el aire suficiente de sus pulmones, pudiese hacerlo mío. Tiré de sus cortos rizos con los dedos y le rocé la nariz con la mía mientras envolvía mis labios en la suavidad de los suyos. Entonces, él apoyó las manos en mis caderas y me agarró por la cintura, reclamando mi cuerpo y acercándome más. Yo tiré de su camisa, intentando de alguna manera acercarlo cuando ya no quedaba espacio entre ambos. Dos flores entrelazadas porque habían crecido juntas durante mucho tiempo. Sus manos dibujaron mapas por todo mi cuerpo, borrando cualquier evidencia de que Ethan me hubiese tocado en algún momento.

Ethan.

Lazaro.

Me aparté.

—Voy a aceptar la plaza en París —solté.

Me miró conmocionado.

—¿Qué vas a hacer qué? —Tenía los labios de color granate, las mejillas sonrojadas y el pelo despeinado allí donde le había pasado los dedos.

—No he entrado en Lazaro. Me marcho a París. Voy a arriesgarme. —Era como si me estuviese viendo a mí misma desde lejos. Tomando aquella decisión descabellada basada en un único momento. París no era la única opción, pero en aquel momento, lo

sentía así.

Estaba más que harta de tener miedo. Agotada de pensar que no era lo bastante buena. «Tus diseños están bien, aunque no son nada especial», me atormentaba la voz de Ethan. Si la ESMOD pensaba que valía para aquello, entonces tenía que ir a París y demostrarlo. Demostrármelo a mí misma.

—¿Te vas a ir? —Se le quebró la voz—. ¿Cuándo?

¿Por qué se lo había soltado así? ¿Por qué le hacía daño cuando ya se sentía herido? Me entraron ganas de zarandearme, pero estaba paralizada. Entumecida.

—No me marcharé hasta agosto.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un año, y luego volveré a Nueva York.

Levi desvió la mirada y se metió las manos en los bolsillos.

—En un año pueden pasar muchas cosas.

«Dile que le quieres, Daniella, díselo antes de que sea demasiado tarde».

«Dile que estás enamorada de él y que quieres que vaya contigo. Dile que quieres besarlo todos los días y que te enrede las puntas del pelo como lo hacía en el instituto. Que quieres que se vaya a París contigo y experimente el amor como lo hacen los turistas románticos empedernidos».

Sin embargo…, ya conocía la respuesta. Tenía obligaciones, responsabilidades. No podía dejar a las niñas. ¿Acaso no era eso lo que lo volvía tan inseguro? Bella le había hecho daño por cuidar de sus hermanas. No podía pedirle aquello.

«Deja de tener tanto mie…».

Me limité a asentir.

—Debería llevarte a casa —terminó él.

No le dije que no quería estar sola en aquel momento. En vez de

eso, lo aparté y me aislé, como la última vez.

37

«Flores descuidadas por la luz del sol que guardabas
en tu lejano corazón»



La noche había sido larga, por decirlo con delicadeza. A pesar de nuestra intensa y abrupta conversación, Levi me había dado la mano durante todo el camino de vuelta a casa. Se había ofrecido a acompañarme, a ayudarme a contárselo todo a mi madre. Yo había rechazado su oferta. No necesitaba que me viese llorar de nuevo.

Y lo cierto es que había llorado otra vez. No solo por Ethan, sino por París, y por cómo había besado a Levi antes de hacerle daño. A mi madre le enfureció lo de mi tutor y se le saltaron las lágrimas mientras le explicaba lo sucedido con el mínimo detalle posible. Podía ver cuánto le dolía saberlo y no quería que aquello fuera otra cosa que la mantuviera despierta y estresada por la noche. Sin embargo, tampoco podía ocultárselo.

—Lo siento mucho, cariño, lo siento mucho —me había jurado mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Yo había negado con la cabeza.

—No es solo eso. Me marcho a París, me voy. Y luego se lo he dicho a Levi, y lo he empeorado todo mucho más —había sollozado yo.

—Espera, más despacio. ¿Vas a aceptar la plaza en la ESMOD?

Le había explicado mi decisión impulsiva y luego había seguido hablando con más detalle de la farsa que era toda mi relación con Levi. Cómo había sucedido, por qué y qué había ocurrido desde entonces.

—¿De verdad ha sido todo una mentira? —había preguntado con incredulidad.

Yo había asentido.

—He visto las margaritas en tu escritorio. ¿Debería asumir que también son falsas?

—Solo estaba siendo amable. —Había negado con la cabeza.

—¿Y el día que me llamó para pedirme la receta de mi tarta de fresa?

Había sentido cómo la esperanza cerraba los agujeros de mi corazón. No. No volvería a confundir su cariño con nada romántico.

—Ya sabes que él es así. Siempre se preocupa por los demás y nunca por sí mismo. Eso no tiene nada que ver conmigo.

Mi madre había levantado las manos en señal de rendición.

—¿Y lo de París no le ha hecho gracia? —había preguntado un segundo después.

Hablarle del aspecto de Levi en ese momento había sido como contar la trama de una película.

—Se ha quedado atónito. He sentido que estaba dejando en sus manos una decisión muy importante y él ni siquiera tenía ni idea de que era una opción. No hemos hablado después de eso.

—Parece que no quiere que te vayas —había comentado mi madre lentamente—. Quizá el hecho de pasar juntos este último mes haya

hecho que se dé cuenta de cuánto te echa de menos. Y es probable que le cueste procesar la idea de que vuelvas a marcharte.

Tenía razón, claro que la tenía. Sin embargo, aquello también consolidaba mi preocupación por lo que sucedería después.

Lo que más me asustaba era que…

—Le quiero —le había confesado, intentando recomponer mi corazón con la fuerza de mi voz.

—Ay, Daisy. Siempre le has querido, no hay nada malo en eso.

—No creo que él me corresponda y, aunque de alguna manera lo hiciera, ahora resulta que me marcho a París. Estaría un año sin verlo. En ese tiempo, pueden pasar muchas cosas —había añadido, haciéndome eco de la preocupación de Levi.

Ella había reflexionado sobre mis palabras y había dicho que quería llamar primero a la universidad, antes de que fuese demasiado tarde. La había oído gritarle a la primera persona que había contestado, pero al pedir el número de otro administrador, el hombre al teléfono la tranquilizó diciéndole que ya había ido un joven a darle la lata con que denunciase y despidiese a Ethan, interrumpiéndolo durante una cena benéfica.

—¿Quién ha llamado? —había inquirido mi madre.

—El señor Coldwell, según me ha dicho.

Mi madre parecía desconcertada. Yo también me había sorprendido al oír aquello por teléfono. Ella había exigido el número de todos modos y, antes de colgar, había afirmado que volvería a llamar por la mañana.

—Conque no te quiere, ¿eh? —me había dicho.



Si las clases del semestre no hubieran acabado ya, me habría saltado las de aquel día. Pero, de todas formas, me pasé todo el día terminando mi último vestido.

Creía que me ayudaría a quitarme de la cabeza la imagen de la expresión de dolor de Levi, junto con la idea de mudarme a París. En cambio, la voz de Ethan resonaba una y otra vez en mi cabeza como una grabación.

«Ambos sabemos que necesitas ayuda. Tus diseños están bien, aunque no son nada del otro mundo; no utilizas el nombre de tu madre porque no quieres que te comparen con ella; el hecho de que nunca diseñes ropa que te quede bien a ti porque crees que tu cuerpo no es lo bastante bueno».

Esa última frase se me había quedado grabada a fuego. No solo porque era tan cruel que me había provocado un latigazo, sino porque era verdad. Jamás diseñaba para mí misma porque nunca me había imaginado como la persona a la que mirar. Y era porque no creía que mi cuerpo fuese lo bastante bueno. Me dolía saber que alguien podía ver a través de mí con semejante facilidad.

Una vez que tuve el vestido terminado, a medianoche, sentí que este me estaba provocando. Así que le corté trece centímetros de la parte inferior y le ajusté el busto para que me quedase bien.

Que se jodiesen los hombres.

Iba a ponerme lo que me diese la gana.

Dos horas después, me quedaba tan bien como unos vaqueros ajustados de 2009. Me caía hasta media pantorrilla y se me ceñía al pecho. La cintura baja caía justo en el sitio adecuado, dejando ver dónde se curvaba hacia las caderas. También había arrancado las perlas; le añadían un toque demasiado fifí. A continuación, respiré hondo y eché la cabeza hacia atrás para apartarme el pelo de la cara.

Las margaritas del alféizar de la ventana seguían erguidas en su jarrón. Las flores así nunca duraban tanto, y mucho menos después de haberlas dejado en un coche sofocante. ¿Sería una señal de que todo iba a salir bien? ¿O me estaba agarrando a un clavo ardiendo para sentirme mejor?

Pero entonces pensé en Levi entrando en el restaurante y entregándomelas como si me las mereciera.

Busqué la plétora de hilos que guardaba bajo la cama. Blanco para los pétalos de las margaritas, dorado magnolia para el centro y verde hiedra para los tallos. También escogí cuentas a juego; coserlas era un proceso larguísimo, porque había que ensartar cada cuenta de forma individual en el hilo y luego coserlas a la prenda con la forma correcta.

Pero quería que formaran parte de mi vestido.

Cuando terminé, me sangraban los dos dedos índices y todo mi esmalte de uñas rosa estaba descascarillado.

Justo entonces decidí que también sería buena idea escribirle una carta más a Levi. Me iría a París al cabo de tres meses; no tenía nada que perder.

Escribí hasta que me entró un calambre en la mano y habría jurado que estaba desarrollando artritis. Después, salí al frío aire de la noche, cogí un taxi y le pedí que me llevase al apartamento de Levi y que me esperase, que solo necesitaba dejar algo en el buzón. Y entonces me quedé mirando el edificio donde se encontraba el piso de Levi, cuyo número era un misterio para mí.

Aquella era una pésima idea. ¿Volcar ocho años de emociones en una carta y dejarla como si no fuera una bomba? Era una idea terri…

—¿Dani?

Me giré y me encontré a…

—¿Marty?

—¿Qué haces fuera a estas horas? ¿Y en mi barrio? —me preguntó.

—Estaba a punto de dejarle algo a alguien, pero, espera, ¿este es tu barrio?

—Vivo en este edificio. —Señaló el complejo que teníamos enfrente—. Un amigo cuida de mi gata durante el día; solo paso a recogerla después de cerrar la tienda. —Me miró con preocupación, como si hubiera llegado sonámbula.

¿Marty tenía una gata y vivía en el mismo edificio que Levi?

¡Dios mío! Levi había mencionado que lo había atacado la gata de un vecino que se llamaba Marty. ¿El Marty de Levi era mi Marty?

—Sé que parece raro, pero ¿conoces a mi amigo Levi?

Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Levi es amigo tuyo? Es un chico estupendo, ¡qué pequeño es el mundo! Puedo dejarle tu carta en la puerta, si quieres.

—Yo… —Exhalé y le entregué el sobre antes de poder cambiar de opinión—. Eso estaría genial, gracias, Marty.

—No me importa. De hecho, una vez me ayudó a atrapar a mi gata cuando salió corriendo del edificio, y déjame decirte que eso no es poca cosa. Solo por ese motivo, espero que algún día se haga famoso con sus libros.

Me reí. Pero tuve que preguntar:

—¿Has leído su obra?

—Sí, sus palabras son preciosas. Aunque para ser tan joven, a ese chico le han roto el corazón muchas veces. —Sacudió la cabeza con tristeza—. ¿Cómo se titulaba su libro?

—La verdad es que no estoy segura. —Nunca había traducido el título del francés, por mucho rato que me hubiese pasado mirándolo.

—Era algo acerca de una flor…

—Bueno, me voy. Me alegra que hayas podido recoger…

—¡Eso es! ¡Ya lo tengo! *Domingos de margaritas*.

38

«Un millón de veces me ha roto el corazón la misma mano; sin embargo, permitiría que sucediese un millón de veces más si eso significase que se trata de ti»



Se me detuvo el corazón en el pecho. Permaneció petrificado todo el camino de vuelta a casa y ni siquiera se descongeló mientras dormía. Las dos mitades de mi cerebro iban adelante y atrás con pensamientos y respuestas, pero todos los caminos conducían a la misma pregunta: ¿qué significaba aquello?

La noche anterior había puesto patas arriba la habitación antes de acostarme y esa mañana había vuelto a hacerlo al despertar, buscando el libro. Mis opciones eran: uno, preguntarle por qué el título de su libro incluía la flor que me daba nombre (cosa que jamás iba a suceder), o dos, encontrar el libro, traducirlo palabra por palabra e intentar diseccionar su significado como si se tratara de una nueva canción de Taylor Swift.

Sin embargo, no logré encontrar el maldito libro. Mi única

suposición era que se me hubiese caído del bolso antes de salir corriendo hacia el despacho de Ethan. Su desaparición me consumía tanto que casi había olvidado la carta que le había dejado a Levi la noche anterior. Caminé por la casa con un suéter grueso verde oliva que me hacía cosquillas en el cuello y cuyas mangas se me bajaban constantemente mientras amasaba.

Sí, estaba haciendo pan. Ahora que mi último vestido estaba terminado y arreglado, no tenía nada más con lo que distraerme del torbellino de pensamientos en mi mente. Ethan, Levi, París, mi carta, *Domingos de margaritas*. Ethan, Levi, París, mi carta, *Domingos de margaritas*. Una y otra vez.

Amasé la masa con la palma de la mano hasta que me tembló la muñeca y llegué oficialmente a la conclusión de que había compartido demasiado en esa carta. Y aunque iba a marcharme dentro de unos meses, eso no significaba que quisiese vivir el resto de mi vida en la vergüenza más absoluta, ¡aunque jamás volviese a ver a Levi! Me imaginaba encontrándome con él en la tienda de Marty al cabo de un año. Me miraría como si fuera una acosadora enamorada.

Las palabras que había escrito se repetían en bucle en mi cabeza:

> Hola, Levi,
>
> Quería disculparme. Quería disculparme por haberte soltado lo de París de esa forma, no te lo merecías. Debería haber incluido tu opinión en mi decisión porque eso es lo que haría una amiga. Aunque, para ser sincera, no era una decisión que creyera que iba a tomar, fue algo impulsivo. No obstante, ese no es el motivo por el que te escribo esta carta. Por lo que realmente quería disculparme es por haberte mentido durante este último mes.
>
> Ser tu amiga me ha dolido tanto como en el instituto, porque se supone que los amigos no se quieren en el sentido romántico de la

palabra. Pero yo sí. Estoy enamorada de ti. Adoro el sonido de tu voz cuando estás preocupado. Y me encanta que tu pelo siempre tenga un aspecto tan estúpidamente perfecto, incluso cuando estás despeinado. Y me maravilla cómo me haces sentir; como si mi corazón estuviera a punto de despegar antes de coger aire. Me encanta todo. Sin embargo, sé lo que sentías en el instituto y no espero que eso cambie.

Así que sí, me marcho otra vez, y lamento no haber sido lo bastante fuerte en esta amistad como para reprimir mis sentimientos por ti. Pero soy incapaz de verte de otra forma. Y no puedo ser testigo de cómo te enamoras de nuevo porque podría matarme.

Lo siento. Les enviaré a Sarah y a Jeff un regalo de boda y les explicaré por qué no puedo asistir.

Con cariño,

Daisy

Le ahorré los detalles sobre haberlo visto besando a alguien en el baile de graduación y sobre pillarlo mirando fijamente a Bella. No necesitaba los pormenores de mi amor no correspondido. El beso que habíamos compartido cuando Bella no estaba y el título de su libro aún despertaban mis dudas, pero preparar pan era una forma estupenda de dejarlas de lado.

Mi madre estaba en un avión rumbo a Londres, mientras que Mandy se había acercado al mercado de productos locales para comprar comida. Me había dicho que volvería pronto, pero yo sabía con certeza que el vendedor de pepinos estaría allí ese día, y a mi tía le gustaba darle la lata. Esa noche, íbamos a cocinar *rigatoni* con salsa de limón y…

¡Ding, dong!

—¡Un segundo, Mandy!

Me limpié la harina que tenía en las manos y corrí hacia la puerta.

—¿Cómo ha ido…? —Me detuve en seco al abrir la puerta y

encontrar a Levi de pie en el umbral. Con el cabello castaño despeinado, sus gafas de montura negra y una mirada que tan solo podía describirse como la de alguien que tenía mucho que decir, pero no sabía por dónde empezar.

—¡Ay, pensé que eras mi tía! —dije como una idiota, porque ¿qué más se suponía que debía decir? «Hola, ¿has recibido mi ridícula confesión?».

Él levantó la mano y me mostró una carta —mi carta—, que parecía haber sido doblada y desdoblada infinidad de veces.

—¿Qué es esto? —preguntó con expresión indiferente mientras aguardaba mi respuesta.

—Una disculpa.

Exhaló frustrado.

—En primer lugar, ya te dije que tú nunca me debes ninguna disculpa. En segundo lugar, he estado a punto de presentarme en tu casa a las cuatro de la madrugada porque he leído esto una y otra vez y sigue sin tener sentido. —Estaba furioso.

—¿Qué parte?

—¡Todas! La parte en la que dices que no puedes estar conmigo; la parte en la que dices que tienes que dejar atrás esta amistad por la misma razón que hace cuatro años; la parte en la que dices que me quieres y que te marchas. ¡Como si a mí me fuese a parecer bien! —Tenía el ceño fruncido por la preocupación, la tristeza y la frustración, y las mejillas, sonrojadas de tanto gritar. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración, vacío sin las palabras que acababa de lanzarme.

—Olvídalo, olvida lo que he escrito. —Negué con la cabeza, nerviosa, mientras volvía a entrar en casa. No quería mantener aquella embarazosa conversación sobre mis sentimientos.

Él me siguió dentro y cerró la puerta.

—¿Qué pasa, entonces? ¿Me quieres o no? —inquirió, frustrado.

—No. —Me di la vuelta, igual de molesta. ¿Por qué me hacía revivir esa carta, esa decisión?—. No me obligues a repetirlo. No necesito revivir lo del baile de graduación.

Se quedó paralizado.

—¿De qué estás hablando?

Me detuve al otro lado del salón. Ahora estaba furiosa.

—¿Me tomas el pelo? ¿No lo recuerdas? ¿No te acuerdas de cuando te confesé que estaba enamorada de ti…?

—¡Pero de qué estás hablando!

—¡Te dije que te quería! ¡Te lo confesé y tú me ignoraste y te largaste a besar a otra! —Estaba tan furiosa que ni siquiera me importó sonar irracional. Había pensado en aquella conversación durante años, aunque en ningún momento me había imaginado que él no la recordase.

Se quedó mirándome, conmocionado.

—No sabía que estabas enamorada de mí.

Resoplé ante su respuesta.

—¿Que no lo sabías? ¡Si te abrí mi corazón!

Ahora era él quien estaba molesto.

—Estabas borracha, tirada en el suelo y llorando tanto que no te importó que el vestido que habías diseñado se te ensuciase. Estabas cubierta de lágrimas y eras incapaz de sostenerte de pie cuando te levanté. No parabas de despotricar sobre que Jeremiah se había ido temprano y lo mucho que lo necesitabas. No he olvidado ni una palabra de lo que me dijiste esa noche. Sin embargo, cuando me dijiste que me querías, creí que esas palabras eran para él, no para mí. Y después te cabreaste conmigo, dejaste de hablarme y no me permitiste llevarte a casa. Asumí que me odiabas por ser un controlador, así que te dejé espacio. Sin embargo, luego me pasé

semanas llamándote, enviándote mensajes y plantándome en tu puerta, pero te negaste a hablar conmigo.

Sentí que las entrañas se me retorcían y se arrugaban como retazos de tela desechada.

—Pero te vi besando a Cora —dije confundida.

—¡Porque acababa de presenciar cómo llorabas por Jeremiah! En ningún momento creí que sintieras algo por mí.

No estaba preparada para semejante conversación. Aquellas preguntas y respuestas no eran algo que hubiese ensayado.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que, si hace cuatro años hubiese sabido que me querías, nunca te habría dejado ir.

No, eso no podía ser verdad. No encajaba con la pesadilla que había estado reviviendo durante años. Levi no me quería; no quería a las chicas como yo.

—Pero ¿qué pasa con Bella? —Todo aquello había empezado porque a él todavía le importaba.

Se frotó la cara con pesar.

—Siempre que mencionabas mis sentimientos por ella, dejaba que asumieras que eran ciertos porque creía que eso te hacía sentir más cómoda cuando estabas conmigo. Que a lo mejor necesitabas una prueba de que no iba a intentar llevar la situación a un nivel íntimo mientras fingíamos salir. Pero entonces nos besamos y se acabó antes de que pudiera empezar cuando mencionaste lo de París. Creía que era tu forma de decirme que esto no conduciría a nada. Y aunque hubieras querido incluirme en ese momento, yo… no podría abandonar a mi familia.

Las partes de mi cerebro que acumulaban telarañas de forma habitual por la falta de cambios se negaron a aceptar lo que decía.

A Levi se le contrajo la expresión al comprenderlo.

—¿No me crees?

Me sentía perdida. Lo único en lo que podía pensar era en lo guapísima que era Bella y en la buena pareja que hacían. Sus labios carnosos, sus ojos sensuales y su melena brillante y digna de un anuncio. Era una chica de la que resultaba fácil enamorarse. Era despampanante.

Levi se quitó la bolsa del hombro, sacó un libro y me lo entregó. El lomo estaba roto y debían de haber doblado las esquinas de todas las páginas en algún momento u otro.

—Léelo.

Era su libro. Letra blanca, cubierta rosa pastel, una mesita en la esquina inferior con dos sillas y un jarrón de margaritas. Pero la cubierta estaba pintarrajeada con rotulador. Había una traducción, «Domingos de margaritas», tal como había dicho Marty, escrita junto al título en francés. Hojeé las páginas y me encontré con lo mismo en el interior: traducciones garabateadas con rotulador oscuro en cada página, junto a los poemas impresos en francés.

Lo abrí por la primera página y empecé a leer.

Un millón de veces me ha roto el corazón la misma mano; sin embargo, permitiría que sucediese un millón de veces más si eso significase que se trata de ti.

Era más débil de lo que creía.
Mi corazón se desplomó como el tallo de una flor sin cortar y descuidada por la luz del sol que guardabas en tu lejano corazón.
Tal vez no fueses mía para poder amarte.
Creo que me estoy enamorando.

El papel pintado sobre el cabecero de su cama

estaba igual de pegado a mi cerebro que a sus paredes.
Estuve a punto de rozarlo con los dedos.
Ojalá hubiese sentido la confianza necesaria para contarte la verdad, con la misma cabezonería con la que me empeñaba en ocultarla.

¿Oyes eso? Es el sonido de mi corazón estrellándose contra mi pecho al verte.
Jamás había escuchado nada tan aterrador.
¿Cómo podías proporcionarme el aire y asfixiarme al mismo tiempo?

Hortensias azules, tulipanes rosas, corazones sangrantes rojos.
Todo aquello que amabas, pero nunca tú.
Jamás entendí por qué la gente habla mal del color marrón, en ti era de ensueño.

Y ese beso… Pienso en él todo el tiempo.
¿Estaba mal por mi parte pensar en ti cuando nunca fuiste mía?
Me siento afortunado de haberte tenido, pero me decepciona saber cómo es la vida sin ti.
No te preocupes si las flores se marchitan, estaré ahí y plantaré más para ti.
Y cuando la tierra envejezca, la consolaré
en el caos de la tormenta.

¿Soy un fantasma en tu historia?
Porque me miras como si mereciese una condena, cuando ni siquiera sé qué crimen he cometido.

Concédeme la carga de tus secretos,
para que pueda llevar el peso que tanto temes soltar.

Estar cerca de ti era atormentarme por lo que no podía tener y recordar cuánto te deseaba en realidad.
Y mentiría si dijera que nunca pensé en el camino que podrían dibujar mis manos por tu cuerpo.

Medianoches y horas de ensoñaciones desandando los pasos que nos han traído hasta aquí.
¿Cómo he dejado pasar tanto tiempo sin verte?
Mi corazón estaba tan lleno de nuestros recuerdos que estos pintaban mi cuerpo como un álbum de recortes.

Intenté dejar de quererte, pero te abriste paso por el camino que conducía al sonido de mi risa, a mi estilo de escritura y a los hilos de mi ropa.
Me habría arrodillado solo para oírte decir que sí.

Cuello rígido, piernas flojas, la mirada fija en lo que podríamos haber sido de no haberte marchado.
«Seguir adelante» era un disco rayado y nunca tuve fuerzas para levantar la aguja.
Si los corazones estaban hechos para amar, ¿por qué sentía el mío tan vacío?
Y, de repente, caí.

Vistazos, miradas, ojos que buscaban lugares que no deberían haber visto.
La intimidad era que me vieses; que me tocases era

como estar en caída libre.
No existía una habitación abarrotada allí donde
estabas tú.

Ella vive entre los rosas y amarillos del mundo.
Donde un color bonito es desconocido para otros.
Y, cuando habla, yo me convierto en una abeja
cautivada en un campo de margaritas.

Mis ojos no lograban absorber los versos lo bastante rápido, atrapaban palabras y frases, los poemas se sucedían uno detrás de otro. Margaritas, corazones sangrantes, papel pintado sobre el cabecero de su cama.

—No… No lo entiendo —dije. Me temblaban las manos, con las que me aferraba al libro. Las palabras que había escrito seguían resonando en mis oídos.

¿Oyes eso? Es el sonido de mi corazón estrellándose contra mi pecho al verte.

—El libro entero —susurró Levi—. Cada poema que contiene habla sobre ti. Escribí todos los versos contigo en mente.

Intenté dejar de quererte, pero te abriste paso por el camino que conducía al sonido de mi risa, a mi estilo de escritura y a los hilos de mi ropa.

—Yo… —No sabía qué decir. ¿Iba sobre mí?

No, no, no podía ser. Pero él acababa de decir… Hasta el último rincón de mi mente estaba intentando procesarlo.

—¿Habla de mí?

—Cada. Palabra —murmuró su respuesta como si llevara meses preparándola.

Aun así, mi mente saltó de inmediato a:

—Creía que estabas enamorado de Bella. —Se me quebró la voz.

Si los corazones estaban hechos para amar, ¿por qué sentía el mío tan vacío?

Me miró con cara de asombro. En toda mi vida, jamás se había dado un momento en el que dudáramos el uno del otro. Pero yo..., simplemente no me veía capaz de aceptarlo. ¿Era lástima? ¿Sentía lástima por mí? ¿Se había autoconvencido de que le gustaba a raíz de mi carta? Aunque el libro de poesía lo había escrito antes de todo aquello.

Levi apartó la mirada, se pasó la lengua por el interior de la mejilla y suspiró. Luego me miró y mi corazón despegó del suelo.

—Me siento muy agradecido por todo lo que tengo en la vida, de verdad que sí. Pero cuando te veo, lo único en lo que puedo pensar es en que la vida sería mucho mejor si fueses mía. Me fascina todo lo que tiene que ver contigo, desde el color de tus labios hasta la forma en que mueves las caderas de un lado a otro cuando bailas, pasando por cómo giras los pendientes cuando estás molesta, cómo te sonrojas cuando te toco y cómo respiras cuando te llamo «Daisy».

Me quedé atónita.

Él dio un paso más, sin un atisbo de arrepentimiento por su declaración.

Estar cerca de ti era atormentarme por lo que no podía tener y recordar cuánto te deseaba en realidad.

Un paso más y me encontré arrinconada contra la pared. Me acunó la mandíbula con las manos, como hacía siempre cuando estaba preocupado por mí. Me temblaban las rodillas mientras hablaba. Dios, ¿era consciente de lo que me estaba haciendo?

—Di algo —me suplicó.

—Pero me voy a mudar a París. —Ese pensamiento se aferró a mí como un candado oxidado que se negaba a abrirse.

En sus ojos vislumbré una tristeza similar.

—Solo será un año.

—Pueden pasar muchas cosas en un año —repetí su anterior declaración.

Levi hizo una mueca.

—No es justo. Eso fue antes de saber lo que sentías. Antes de saber que podía coger un vuelo para ir a visitarte, mandarte cartas, llamarte todos los días y decirte que te quiero.

El corazón me latía desbocado contra las costillas. Me quería. El libro que había escrito hablaba sobre mí. No estaba enamorado de Bella. La noche del baile de graduación no me había rechazado. Me quería. «Me quiere».

Me acarició el pómulo con el pulgar.

—¿Daisy? —dijo, intentando llamar mi atención. Volvía a estar intranquilo, su sonrisa había desaparecido.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me ponía nerviosa pronunciar las palabras que siempre resonaban en mi cabeza como una banda sonora cuando Levi estaba cerca. Sin embargo, la preciosa mirada que veía en sus ojos… me quitó un peso de encima.

—¿Me quieres? —susurré.

Él relajó los hombros y el deseo inundó sus ojos.

—Te quiero más de lo que mi corazón puede soportar.

Esperó mi respuesta, pero no me quedaban palabras para explicarle lo que sentía. Así que me incliné y recordé cómo era besarlo.

Sentí que todo su cuerpo se estremecía. Sus manos seguían en mi rostro mientras yo posaba mis labios contra los suyos y me agarraba a su camisa para acercarlo más a mí. El sol prendió en mi corazón,

irradiando calor por todo mi cuerpo gracias al solo roce de sus labios. Levi se apartó un instante, se quitó las gafas y volvió a inclinarse. Sentí un millón de mariposas en el estómago y mis manos vibraron por el deseo de tocarlo.

Nunca había sido tan atrevida, pero su urgencia igualaba la mía, ambos nos devolvíamos el beso y exhalábamos en pequeñas bocanadas, como si ninguno de los dos tuviera suficiente. Degusté su sabor dulce y la suavidad de su boca. La plenitud de su labio inferior y el olor de su colonia en la nuca me recordaban a las angelicales melodías de piano que te hipnotizaban con su belleza.

Le pasé las manos por el pelo mientras el corazón me latía al mismo ritmo que la lluvia al caer sobre el pavimento en una calurosa noche de verano. Su flequillo me rozaba la frente al tiempo que él enroscaba los dedos en mis mechones.

Vi las estrellas cuando me sostuvo la mandíbula con la palma de la mano y me besó más profundamente. Apoyó el pecho contra el mío y sentí como si fuéramos las dos mitades del corazón roto que forma un collar de la amistad. No quería soltarlo. Creo que él tampoco, y eso me hizo sonreír como una idiota durante el beso.

Él me devolvió la sonrisa.

—Dime que me quieres —murmuró contra mis labios.

Le complací sin pensármelo dos veces.

—Te quiero.

Depositó un suave beso en mi sorprendida boca.

—Las margaritas siempre han sido mi flor favorita —comentó en un estado de ensoñación. Escondí la cara en el hueco de su cuello. Había flores creciendo en mi corazón y brotando en mi pecho. «Me quiere».

—¿Así que crees que siempre llevo el pelo estúpidamente perfecto? —preguntó.

Me sonrojé antes de reírme.
—Te odio —murmuré.
—Me quieres —contraatacó.
—Sí, es verdad. —Sucumbí.

39

«Y cuando habla, yo me convierto en una abeja cautivada en un campo de margaritas»



Mientras Levi y yo conducíamos por la autopista hacia la casa de la playa del suegro de Sarah en los Hamptons, solo podía pensar en lo inmensamente enamorada que estaba. Más de lo que el personaje de Audrey Hepburn había querido al príncipe Andrei en *Guerra y Paz*.

Levi llevaba unas gafas de sol negras sobre el puente de la nariz y una camisa de manga corta con algunos botones desabrochados; la brisa marina que entraba por las ventanillas hacía aletear el cuello de la prenda. Como si fuese un modelo en una sesión de fotos para una campaña publicitaria de coches o de gafas de sol.

Cantaba ABBA a todo volumen desde el asiento del conductor. Yo me reía como una niña en el del copiloto, hasta el punto de que ni siquiera podía respirar para cantar la canción, y me encantaba.

Nuestras maletas estaban en el asiento trasero, junto con dos portatrajes: uno con su traje y el otro con mi vestido para ese fin de semana. El aire cálido se colaba por las ventanillas y el sol nos

pegaba con fuerza en la cara a través del parabrisas, pese a todos los árboles verdes y simétricos entre los que conducíamos.

Se podía oler el agua salada del océano cercano. Verano. Estaba tan cerca que podía sentirlo en el aire.

Levi me sostenía la mano sobre la palanca de cambios, con la izquierda en el volante. Había entrelazado sus dedos con los míos. Yo era incapaz de dejar de mirarlos y de observar cómo me apretaba la mano. Cada pocos minutos, se la acercaba a los labios y me besaba el dorso, provocándome un estremecimiento. No habíamos dejado de tocarnos desde que se había presentado en mi casa con mi carta y su libro. «Recuperemos el tiempo perdido», me había dicho. Lo que había hecho a continuación me había dejado mareada.

Intenté ignorar el recordatorio de que todo aquello se acabaría en unos meses. Yo estaría en París y Levi allí, en Nueva York. Siete horas y treinta y cinco minutos: esa era la duración del vuelo. No dejaba de repetirme que podría ser peor. Podríamos ser los protagonistas de un drama de época del siglo xviii y tendríamos que viajar en barco para vernos, lo cual nos llevaría unas seis semanas, además de la posibilidad de que nos matasen unos piratas o nos contagiáramos de escorbuto. En otras palabras, podría ser mucho peor.

Ya habíamos hablado de ir y venir cada pocos meses. Era solo un año. Doce meses. Eso no era nada en el panorama general de la vida. Levi y yo ya llevábamos cuatro años separados; ¿qué eran unos meses entre visitas? Mi lado sádico me hizo recordar a todas las mujeres que habían coqueteado con él durante esos cuatro años. Las chicas que le habían pedido el número, las que le habían pedido que hablara en francés, las que le habían rozado el brazo y que, probablemente, hubiesen intentado besarlo…

—¿Estás bien? —preguntó Levi, interrumpiendo mi agitación

interior.

Me apresuré a sonreír.

—Sí.

—Puedes decírmelo si canto tan mal, no voy a ofenderme —me aseguró, dándome un codazo en el pecho. Estaba intentando hacerme reír. Aunque lo agradecí, solo pude ofrecerle una pequeña sonrisa.

Estar con la familia de Levi y el resto de los invitados ya no me parecía una situación tan rígida ahora que él sabía que le quería. No sentía la presión de fingir que en realidad no estaba fingiendo.

Él debía sentirse igual, porque no dudó en cogerme de la mano mientras nos adentrábamos en la propiedad, o en levantarme la barbilla y darme un beso en los labios entre las discusiones casuales de Jeff y Sarah. Incluso lo descubrí enroscándose mechones de mi pelo entre los dedos mientras estábamos sentados en la playa, viendo a los novios ensayar sus votos. Sin embargo, el día se pasaba volando cuando formabas parte del cortejo nupcial.

Para cuando Levi y yo terminamos de colocar los centros de mesa, mientras todos los demás preparaban los cubiertos, ya habían dado las ocho de la tarde y el sol se ponía sobre el océano. La casa donde nos íbamos a alojar ese fin de semana también era el lugar de la celebración. Además, no era una simple casa; sin duda se trataba del símbolo del lujo en los Hamptons.

Tres plantas, un largo camino de entrada de grava que aislaba la casa del vecindario y una playa privada como patio trasero. Unos arbustos altos ocultaban la vivienda de las de los vecinos, que supuse que también eran variantes de paredes pintadas de blanco o de tonos arena con numerosas ventanas. Transmitía las mismas vibraciones que el decorado de una película de Nancy Meyers.

—Voy a ver si Sarah necesita algo más antes de irme a dormir —

comentó Levi.

Asentí con una sonrisa antes de que me diera un beso en la cabeza y nos movimos en direcciones opuestas. Yo me dirigí al recibidor, donde todos estaban dejando las maletas. Corazones, corazones, corazones… Ahí estaba. Mi bolsa de lona, cubierta de pequeños corazones rosas, estaba detrás de la negra de Levi. A lo mejor también podía llevarme la suya…

—Tú compartes la habitación del final del pasillo con Aparna. —Levanté la cabeza de golpe y… uy.

—¿Qué? —le pregunté a Bella. A lo mejor no estaba hablando conmigo.

—No hay suficiente espacio para todos, y como perdimos el partido de sóftbol, los padrinos tienen sus propias habitaciones. ¿Recuerdas?

Pues sí que me estaba hablando a mí, y no, no me acordaba. Me había olvidado por completo del partido de sóftbol.

Ella me miró como si solo la estuviera oyendo a medias. Pero la estaba escuchando con atención, asimilando cada palabra. Sobre todo, porque no me había preguntado si iba a quedarme en la habitación de Levi.

—Ah, sí, claro que me acuerdo, sí —respondí con una sonrisa, intentando disimular mi mentira.

—He oído que te vas a París. Levi lo estaba comentando con Sarah. Parecía muy contento.

Se me encogió el corazón. ¿Estaba contento? Noté la boca seca. ¿No debería mi marcha al otro lado del mundo poner un poco triste a mi novio? Intenté levantar las comisuras de los labios y decir:

—Sí, estoy muy emocionada.

Ella asintió y se fue.

Caminé tímidamente por el pasillo, intentando encontrar a Aparna

en una de aquellas habitaciones. Necesitaba gestionar los temas estresantes de uno en uno. En vez de a ella, encontré una bolsa grande y acolchada con sus iniciales y dejé la mía junto a la suya.

La ansiedad me invadió el estómago. Aquello iba a ser como una fiesta de pijamas infernal. Ni siquiera sabía dónde estaba el baño, y mucho menos cómo íbamos a decidir quién se duchaba primero… Ay.

—Perdón —murmuré de inmediato antes de levantar la vista y ver a Levi.

Él me agarró por los brazos para evitar que me cayera.

—Te estaba buscando.

—Solo estaba dejando mis cosas. —Señalé mi bolsa, en la habitación que tenía a mi espalda. Intenté no pensar en lo que Sarah y él podrían haber estado hablando.

—Ah. Se me había ocurrido que a lo mejor podías quedarte conmigo. —Debí de poner cara de pánico porque retomó la frase—. Puedo dormir en el suelo…

—No pienso dejar que duermas en el suelo.

—Pero si eso te hace sentir más cómoda…

—Podemos compartir cama, no es para tanto. —Él enarcó las cejas. Nunca me había imaginado que le diría esas palabras a un hombre, y mucho menos a Levi—. Bella me acaba de comentar que me tocaba compartir habitación con Aparna, así que he supuesto que tu familia no se sentiría cómoda con que durmiésemos en la misma habitación.

—Si a ti no te importa, por mí no hay ningún problema —me aseguró con una sonrisa burlona. Me estaba poniendo a prueba; consciente de que yo sabía que sí era importante. Sin embargo, me negaba a desdecirme. Puede que le hubiese confesado que le quería, pero eso no significaba que la competitividad amistosa de

nuestra época del instituto hubiera desaparecido.

Sin embargo, dos horas después, tuve que tragarme mis palabras. Sin duda, era un problema. Uno bien grande, con la forma del torso desnudo de Levi metiéndose en la cama y esperando que yo me acostara a su lado sin ruborizarme.

—¿Te importa echarte un poco para allá? —le pregunté, con los brazos cruzados sobre mi camiseta holgada, que decía «¿Flores? ¿En primavera? ¡Qué original!» con la cara de Miranda Priestly debajo y un ramo de flores garabateado alrededor. Le horrorizaría mi colección de vestidos florales, por no hablar de mis pantalones de franela gastados.

Levi estaba en la cama, sin camiseta, como ya he mencionado, con un libro en el regazo y las gafas en la cara. Me sonrojé de pies a cabeza al verlo en ese estado: gafas, abdominales, libro, pelo despeinado. El sueño de cualquier mujer. Imaginé que el equivalente para los hombres sería una de esas mujeres de las revistas subidas de tono que solo se podían comprar pidiéndoselas al hombre por detrás del mostrador.

Sorprendí a Levi con mi petición. Estaba sentado en mitad de la cama, absorto en la lectura, sin dudar para nada de la situación. Mi nerviosismo no podía resultar más evidente. Él se movió sin pensárselo dos veces.

—De verdad que no me importa dormir en el suelo, hay moqueta.

—No te voy a dejar dormir en el suelo. —Retiré las sábanas y me acosté, con cuidado de no tocarlo. ¿Por qué me comportaba de forma extraña?, te preguntarás. Bueno, la respuesta corta era que nunca había estado tan cerca de un hombre tan atractivo.

Dormir en la misma cama que él me hacía sentir como si la situación estuviese destinada al fracaso.

¿Y si roncaba? ¿Y si era de esas personas que robaban las mantas

en mitad de la noche o se despertaban con un hilillo de baba en la cara? ¡Ay, madre! Levi me olería el aliento por la mañana. ¿Qué posibilidades había de que pudiese escabullirme de la cama por la mañana, antes de que se despertase, para cepillarme los dientes?

—Daisy —dijo, captando mi atención. Cerró el libro sobre el pulgar, ahora con la mirada fija en mí.

—Vi —respondí, toqueteándome la camiseta.

—¿Qué pasa? —preguntó con dulzura.

No tenía sentido mentirle, lo notaría a kilómetros de distancia.

—Estoy nerviosa. —Apreté los labios.

—¿Por qué?

—¿Y si ronco? —pregunté, casi como una niña llorona y nerviosa por una cita con el médico.

Se rio.

—Bueno, la última vez que lo comprobé, así era.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Te quedaste dormida un segundo durante *Princesa por sorpresa*. —Sonrió.

«Que alguien me mate».

—Me voy a dormir fuera.

Se rio de nuevo.

—Eran ronquidos pequeños y monísimos. No te preocupes.

—Se te da de pena mentir —murmuré, pero no pude evitar reírme al oírlo resoplar.

Me dio un beso en la sien, apagando mi risa y atrayéndome hacia sus brazos. Apoyé la cabeza en su pecho e inspiré el olor a limpio de su jabón mientras los latidos de mi corazón se ralentizaban.

Se me relajaron los músculos, las luces se apagaron y mi mente se calmó. Soñé con que iba corriendo por la playa con mi vestido

naranja, recogiendo conchas de la arena mientras Levi se quitaba los zapatos. Hablaba en francés y sonaba igual que la melodía de un piano durante un vals. «Nunca había sido tan consciente del latido de mi corazón, era como si, sin ti, estuviese dormido», me susurró.

Habría jurado que era real. El sol calentaba y la brisa era perfecta.

Desperté a la mañana siguiente aferrada a la luz de ese sol.

40

«Era más débil de lo que creía»



—¿Qué es esto? —pregunté. Al volver a entrar en la habitación después de terminar de alisarme el pelo y aplicarme una ligera capa de maquillaje, descubrí sobre la cama un portatrajes que antes no estaba ahí.

—Un vestido —respondió Levi, mientras se anudaba la corbata. Tenía un aspecto de lo más profesional con el traje negro que le había arreglado semanas atrás; sus piernas parecían más largas de lo habitual y se había peinado los rizos de forma glamurosa. Puede que sí fuese buena en mi trabajo.

Abrí la cremallera de la funda y confirmé que no era el vestido que yo había preparado. El pánico me recorrió el pecho como un sarpullido. ¿Me había llevado el vestido equivocado? Jamás había visto el que tenía en las manos.

—Lo he comprado para ti. —Levi interrumpió mi espiral de temor. Dejó lo que estaba haciendo, con la corbata a medio anudar alrededor del cuello, y se apoyó en la pared para observarme.

—¿Me has comprado un vestido? —pregunté confundida.

—En pago por arreglarme el traje. Nunca me dejaste pagarte —respondió con una mirada tranquila, sopesando mi reacción.

—Es… es precioso. ¿Lo has comprado para mí? —cuestioné. Sí que era precioso. Un vestido del color del zumo de granada con florecillas blancas estampadas. Era palabra de honor, con corte en A y largo hasta media pantorrilla.

—Claro que sí.

Por costumbre, levanté el cuello del vestido para comprobar la talla, pero en lugar de una etiqueta, descubrí una pequeña margarita bordada.

—Nunca había visto este logo. —Y había visto miles de logos y etiquetas.

Se aclaró la garganta.

—Es porque lo he cosido yo.

Abrí los ojos como platos.

—¿Tú?

—Pensé en poner en práctica mis habilidades de costura. Quería que tuvieras algo solo tuyo. Lo cual, ahora que lo digo, suena ridículo, porque te ganas la vida diseñando ropa…

Lo abracé con fuerza antes de que pudiera continuar, apretándole cada músculo de la espalda. Soltó una carcajada de alivio.

—A lo mejor puedes llevártelo a París.

Me desanimé al instante. París. «Parecía muy contento», había dicho Bella.

—Sí, a lo mejor. —Me aparté lentamente.

—He hecho una reserva para cenar el día de nuestra llegada.

Se me paró el corazón y la cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Qué?

—Me voy a París contigo.

—¿Vas a acompañarme en el vuelo? —pregunté esperanzada.

—No, cariño. Me mudo a París contigo.

—Estás de broma. —Tenía la espalda tensa y las manos temblorosas. ¿Bromeaba? ¿Intentaba hacerme reír? Porque estaba a punto de echarme a llorar de alegría.

—Si es una broma, ¿por qué le acabo de decir a *The New York Times* que voy a trasladarme a París?

Se me encogió el estómago y me llevé las manos a la boca.

—¿Has conseguido el trabajo? —¡Había conseguido el trabajo! Un instante después, asimilé realmente el resto de sus palabras—. ¿Has rechazado el puesto? —pregunté con incredulidad—. ¿Por qué?

—Mi profesor me ha ofrecido empleo en Francia. Ha leído mi libro y quiere que enseñe Literatura Francesa en una escuela estadounidense con él —explicó.

—Levi, es increíble. —Sonreí con toda la felicidad contenida en mi cuerpo. Parecía aliviado por mi reacción. Hasta que…—. Pero ¿y las niñas? —quise saber. Rhea y Claire eran todo su mundo.

No podía marcharse a París. Ellas lo necesitaban. Él las necesitaba.

La sorpresa creció entre sus cejas.

—Sarah y Jeff van a volver a mudarse a la ciudad; han conseguido un apartamento. Ha sido un regalo de bodas sorpresa de parte de su suegro. Cuidarán de las niñas cuando mi madre no pueda. Sarah me lo dijo anoche.

La esperanza se escapó por debajo de la roca que era mi corazón y me inundó los pulmones.

—¿Así que se ocuparán de ellas? ¿De verdad puedes venir conmigo? ¿Por qué ibas a querer venir conmigo?

Levi dio un paso al frente. Mi pelo se apartó para dejar espacio a su gran mano sobre mi mandíbula, como si él le hubiese dado la

orden.

—Porque cuando descubres que la persona de la que has estado enamorado toda tu vida te quiere, te pasas el resto de tu existencia recuperando el tiempo perdido.

El corazón me latía contra las costillas al ritmo de cien tambores. La esperanza floreció en su rostro como un precioso tulipán al percatarse de mi amor por él. Por supuesto, no podía ocultarlo, y menos en aquel momento. Levi quería ir a París. Tenía un empleo allí. Había rechazado el puesto en *The New York Times*. Rhea y Claire estarían bien cuidadas.

Levi esbozó una sonrisa radiante por los mismos motivos. Me abalancé sobre él y le rodeé el cuello con los brazos mientras él hacía lo mismo con mi cintura.

—Nos vamos a París, cariño.

41

«¿Cómo es que sigo oyendo tu voz cuando ya no estás aquí?»



Ese día era el cumpleaños de mi padre y yo iba camino del cementerio antes de mi presentación de fin de curso, esa misma semana. Era la primera vez que lo visitaba desde el año de su muerte. No había sido idea mía, sino de Mandy. Al regresar de la boda, unos días atrás, me había regalado una caja de zapatos llena de baratijas de París. Eran cosas que mi padre había comprado cuando visitaba a mi madre. Entre ellas había unas agujas de coser de color menta que iban a juego con las que yo tenía en el costurero que él me había regalado.

Era una de las primeras cosas reales suyas que veía en mucho tiempo. Una prueba de que existía, viajaba y compraba cosas para sí mismo, sin darse cuenta de que un día volverían a ser solo cosas, que ya no serían suyas.

Nadie te cuenta lo mucho que perder a alguien se parece a heredar un sueño. Porque así era como me sentía al pensar en él:

como en un sueño. Él había estado allí durante décadas, para luego pasar a existir tan solo en mis fotografías y recuerdos. Me gustaba imaginar que, si no hubiese asumido de niña la permanencia de los objetos, quizá mi mente habría aceptado con más facilidad que él ya no estaba.

No me había dado cuenta de cuánto estaba… evitando aquello hasta que llegué al cementerio y me quedé paralizada en el aparcamiento. ¿Debería haber llevado algo? Siempre veía a la gente llevando ramos preciosos y banderas.

Mandy solo me había dicho que charlase con él. Pero era mucho más fácil escribir un correo electrónico que hablar con una lápida que supuestamente resumía la vida entera de mi padre. No se lo dije, por supuesto. Me limité a bajarme del coche y recorrí el sendero entre las demás lápidas hasta que encontré la suya.

Se me hizo un nudo en la garganta. Al contemplar el césped que tenía delante, solo pude pensar en su sonrisa radiante. Esa que le hacía entornar los ojos y le hinchaba las mejillas cuando mi madre, sin querer, cascaba los huevos en la basura en lugar de en el cuenco como mínimo una vez a la semana. O aquella vez que yo estaba practicando sóftbol en el jardín y había lanzado la pelota contra la ventana, y mi padre había estallado en carcajadas porque había conseguido que cayese en el cubo de basura del baño. O cuando en Primaria había sacado un suficiente en la asignatura de Costura y me había abrazado mientras yo sollozaba entre lágrimas. Cuando le había dicho que se recuperaría pronto, mientras entrelazaba los dedos con los suyos sobre la cama del hospital, con la piel de sus manos cada vez más fina y las mejillas hundidas. Incluso estando enfermo, conseguía hacer reír a las enfermeras.

Los músculos de la garganta se me tensaron como una cuerda, y mis ojos acumularon y perdieron lágrimas como si fueran una presa

a punto de romperse. Me temblaban las manos y se me doblaron las rodillas, con las que golpeé la hierba caliente. «Está muerto. Lleva años muerto y nunca he venido a verlo porque le tenía demasiado miedo al pasado».

Abrí el correo electrónico en el móvil y me fui a la carpeta de borradores. «Hola, papá», empezaban todos. Antes de poder pensármelo mejor, seleccioné hasta el último de ellos y los borré.

Durante un breve instante, me arrepentí. Pero luego volví a levantar la mirada, hacia donde nuestro apellido estaba grabado en piedra. La belleza que él había aportado a ese nombre incluso cuando sufría. Sentí la piel pegajosa al secarme las últimas lágrimas y apreté la mano contra la lápida, como si hubiera un trocito de él allí.

—Feliz cumpleaños —susurré.

La hierba que me rozaba la piel de las piernas y el viento húmedo que me enredaba el pelo se convirtieron en amigos mientras estaba allí sentada hablando con él, contándole cuánto lo echaba de menos, por qué no lo había visitado y por qué no volvería durante un tiempo.

Mi dolor no desapareció después de aquella visita. Nunca desaparecería por arte de magia, no era así como funcionaba el duelo. No salí del cementerio con una sonrisa ni con una sensación de cierre. Sin embargo, sentí que había superado el primer paso. Estaba aprendiendo a afrontar las cosas que no podía controlar y a dejarlas ir. A no solo sentir el dolor con todo mi corazón, sino a sentirlo y a aceptar esos sentimientos. A no ignorar mis inseguridades, preocupaciones y tristeza, sino a convivir con ellas y luego afrontarlas. Estaba aprendiendo.



Me imaginé que así se había sentido Sarah el día de su boda la semana anterior: tan nerviosa que la bilis se le subía por la garganta. Me aseguré de que todas mis modelos llevasen los zapatos adecuados, a conjunto con sus vestidos; ajusté cremalleras y botones y comprobé que yo misma tenía buen aspecto, que era lo peor de todo. ¿Podía recordarme alguien por qué había decidido participar en mi propio desfile? Ah, sí, porque Ethan era un capullo; diseñaría ropa para mí misma si me daba la gana. Cuando lo decía así, empezaba a sentir que valía la pena.

Por suerte, no era la única nerviosa. Sandra, Camille, Lexi y Vera estaban igual de agitadas. Aunque no fuesen a llevar en persona ninguna de las prendas de sus proyectos, tendrían que salir al final, junto a sus modelos, para ser aplaudidas y reconocidas por su trabajo. Me hacía sentir mejor tenerlas allí, rozándome el hombro al pasar, preparándose para lo mismo.

—Hola, preciosa. —Me giré y encontré a Levi a varios metros por detrás de mí, con un ramo de margaritas. Se me enterneció el corazón.

Corrí a sus brazos.

—Me has comprado flores. —Hice un puchero.

—Claro que sí. —Dio un paso atrás y estudió mi vestido. Era del color de las clementinas. Del mismo tono que la luz del sol que se colaba por las ventanas e incidía en una pared blanca. Desprendía el brillo veraniego perfecto para combinar con mis vestidos más claros.

Se me hacía raro decirlo, pero estaba muy orgullosa, por muy sencillo que fuese. Tampoco me daba vergüenza decir que me sentía guapa. Se me veían los hombros fuertes, las piernas largas y los ojos

marrones más brillantes.

—¿Nerviosa?

—Pues la verdad es que me estaba planteando escabullirme por detrás, ¿te apetece ayudarme? —Le dediqué una sonrisa infantil.

Se rio, pero identificó la autenticidad de mi nerviosismo en mis ojos. Se inclinó hacia mí y me bajó uno de los finos tirantes por el hombro para besarme la clavícula. Me provocó un estremecimiento. Me aferré a su bíceps para no caerme hacia atrás. Sentía encima la mirada de las otras chicas, comiéndonos con los ojos. Sucedía a menudo cuando estaba con Levi; era difícil pasar por alto su presencia.

—Vas a arrasar, cariño. Déjalos sin respiración.

Sonreí con los labios apretados y me puse de puntillas para alcanzar sus labios. Sabían a café y me dejé llevar.

—No he dicho que me dejes a mí sin respiración —gimió contra mis labios.

Aquello me hizo reír.

Pero eso fue lo que hice cuando salí con el resto de las modelos: los dejé sin respiración. Sentí las piernas temblorosas al seguirlas. El calor de los focos me dio de lleno en los hombros. Pero la gente a la que descubrí animándome fue suficiente distracción, porque estuve a punto de romper a llorar. Gabe, Jia, mi madre, Mandy, Levi, Rhea, Claire, Trish, Josh y las chicas de «El *look* de la semana», y Sandra, Camille, Lexi y Vera asomaron la cabeza desde bambalinas, aplaudiendo y gritando.

La piel me irradiaba calidez gracias a su amor. La felicidad y la alegría inundaron mi sonrisa hasta que me dolieron las mejillas. La única persona que no estaba allí me observaba desde arriba. Y estaba convencida de que se sentiría muy orgulloso de mí. Yo estaba muy orgullosa de mí misma.

Hice una reverencia cuando mis modelos abandonaron la pasarela y esbocé una sonrisa más luminosa que un campo de margaritas.

Epílogo

3 meses después



A los dieciséis, me enamoré de Levi cuando me recogía en el trabajo para llevarme a casa y me dejaba dormir en el asiento del copiloto, a pesar de que era un paseo muy corto. Me enamoré de él cuando enredaba los dedos en mis mechones mientras charlábamos en la cafetería, como si fuera una costumbre incuestionable. Me enamoré de él mientras lo veía hornear para sus hermanas y perseguirlas por el salón durante las noches de cine.

Me enamoré de él por quien era.

A los veintidós, me enamoré de él por cómo me hacía sentir.

Las caricias suaves, las miradas furtivas y los cumplidos que parecían versos. Los regalos hechos a mano y los gestos, como la pulsera de margaritas de cristal que me había regalado por mi decimoctavo cumpleaños, y la que había hecho a juego. («La llevé todos los días hasta que nos reencontramos en aquel bar. No quería que pensaras que estaba loco, así que la escondí debajo de la manga», me había confesado. Como respuesta, yo le había dado un

beso). Jamás hacía nada que me hiciera sentir arrepentida, insegura o débil, sino preciosa, querida y deseada. No solo se fijaba en mí en una habitación abarrotada de gente, sino que me buscaba.

Desde la boda de Sarah, no habíamos dejado de contarnos historias que hasta ese momento habíamos guardado en secreto. Ese verano, sentados en el césped de uno de los partidos de fútbol de Claire, le había hablado sobre la primera ocasión en que lo había visto besar a alguien y me habían entrado ganas de vomitar.

—¿Por eso odiabas a Jennifer O'Brien? —me preguntó entre carcajadas.

—¡No la odiaba! —protesté.

—Te llevaste su buzón por delante —respondió con seriedad. Por desgracia, era cierto, pero no había sido a propósito. Ella y Cora Messing vivían en la misma calle y habían sido víctimas de mi falta de visión periférica al conducir.

Cuando fuimos a la playa en junio, se quitó uno de sus anillos del dedo y lo dejó caer en mi palma mientras se aplicaba protector solar. Reconoció que las dos sortijas que llevaba a diario no estaban hechas para llevarlas juntas.

—Te compré esta para la graduación; combinaba con los pendientes de oro que te ponías siempre. —Obviamente, en ese momento ya no nos hablábamos, así que Levi se había puesto también la mía. Me miré la mano, ahora en clase, y vi su anillo reluciendo en mi dedo.

A pesar de vivir juntos en París, no nos veíamos tan a menudo como habíamos esperado. La mayoría de las veces que yo no tenía clase ni trabajo, era Levi quien estaba impartiendo clases. Daba dos por la tarde y luego se quedaba en el despacho; volvía a casa ya entrada la noche y me daba un beso en la mejilla antes de meterse en la cama conmigo. Seguíamos pasando tiempo juntos, probando

restaurantes nuevos, visitando librerías, desayunando en compañía y descubriendo nuevos rincones de la ciudad cada día.

París era una ciudad tan preciosa como había esperado. Claro que la presencia del humo de cigarrillo en algunas callejuelas era constante, y por la noche el tráfico desorbitado hacía imposible coger un taxi, además de la continua preocupación por los carteristas en el metro. Pero todas las ciudades tenían sus defectos; ¡y yo había vivido en Nueva York durante cuatro años!

París estaba repleta de luces preciosas que centelleaban sobre los puentes a lo largo del río Sena, postres que se te derretían en la boca y arquitectura digna de un cuadro en cada calle. Recién llegados, Levi y yo habíamos visitado la Torre Eiffel todas las noches durante una semana entera, solo para verla brillar durante cinco minutos. Era tan impresionante que guardábamos un silencio absoluto mientras a nuestro alrededor todo el mundo se apresuraba a sacar fotos. A mí incluso se me había caído la mitad del cruasán de chocolate que tenía en la mano.

¡Ni siquiera había mencionado la ropa! Allí todo el mundo tenía sentido de la moda, sin importar la edad. Unas semanas atrás había acudido a la sesión de orientación en la ESMOD y todos los asistentes habían acudido vestidos como si los paparazi fuesen a fotografiarlos. También era cierto que todos hablaban inglés, por suerte.

Levi me había estado dando clases particulares de francés todo el verano, pero aún no tenía la suficiente seguridad como para mantener una conversación. Al pensar en ello, la ansiedad me aceleraba el corazón, aunque al parecer no era la única preocupada.

En la sesión de orientación había conocido a otras chicas (Kenz, Misha y Anna) de la zona de Nueva York que tampoco sabían francés. Después nos habíamos ido a tomar un café para compartir

nuestras preocupaciones y había sido divertido. Nos habíamos reído, habíamos intercambiado números de teléfono y habíamos vuelto juntas en metro. El alivio había llegado a mí con la fuerza del océano; había hecho amigas.

Había sido una de mis preocupaciones más profundas al embarcar en el avión hacía unas semanas: ¿y si no lograba entablar amistad con nadie? No obstante, hacía aquello para salir de mi zona de confort. No podía seguir soñando sin avanzar. Tenía que experimentar lo que me daba miedo para poder llegar a lo bueno, como decía mi padre.

Me abrumaba darme cuenta del compromiso que había asumido al mudarme a un lugar donde no tenía familia ni entendía el idioma. Pero lo iba afrontando día a día y aún no había flaqueado. Saber que tenía amigos y familiares que irían a visitarme y a experimentar el brillo de París también me ayudaba cuando pensaba en el futuro.

Jia llegaría en unas pocas semanas para recoger algunas compras de una clienta que asistiría a la gala del Met del año siguiente. ¡Sí, por fin iba a ir! Nunca había visto a nadie tan emocionada por tragarse un vuelo de ocho horas para adquirir unos pendientes.

Gabe había dicho que él y Oliver vendrían a visitarme en octubre. Oliver, el compañero de piso favorito de Levi, había estado presente muy a menudo ese verano cuando quedábamos con Jia y Gabe, ¡y se habían entendido de maravilla! Se habían acabado las apps de citas para Gabe. Además, Vera, Daya y Sandra tenían planeado visitarme en mayo en un viaje de chicas. Y mi madre y Mandy nos visitarían en marzo, durante la semana de la moda. Me hacía tan feliz que daba un saltito cada vez que lo pensaba.

—Bueno, quería esperar hasta el final de la clase, porque sé que ninguno de vosotros va a poder concentrarse una vez que os lo diga. Lleváis siglos preguntando por la semana de la moda —dijo mi

profesora, que era de Londres (lo sé, qué guay), mientras se paseaba por el aula. Éramos unos cincuenta en clase, todos quedándonos dormidos por lo tarde que empezaba, pero ya estábamos bien despiertos.

París. La. Maldita. Semana. De. La. Moda. El sueño de todo estudiante de Moda.

Desde que lo habían mencionado en la orientación hacía un mes, todos habíamos estado presionando a los profesores para que nos lo confirmaran.

—Me emociona deciros que estáis todos invitados a, como mínimo, un desfile. —Dio una palmada y esbozó una sonrisa. Me giré hacia Anna, que estaba sentada detrás de mí, y la miré con cara de «¿Te lo puedes creer?». Mi amiga gritó de alegría, al igual que muchos de los estudiantes del aula. En casa, iban a enloquecer todos.

La profesora suspiró, pero sonrió, satisfecha con nuestra respuesta.

—Os daremos a conocer los detalles a lo largo de las próximas semanas. Clase terminada. —Nos despidió con un gesto de la mano.

Anna, Kenz, Misha y yo saltamos de nuestros asientos y nos agarramos unas a otras en el pasillo. ¿Qué íbamos a ponernos? ¿Qué diseñador creían las demás que íbamos a ver? ¿Qué famosos se dejarían caer? Todos esos asuntos fueron tema de conversación mientras salíamos del edificio al fresco aire nocturno.

—Pienso preparar un tablero de Pinterest para cada diseñador lo antes posible —anunció Anna.

—Eso suena un poco excesivo —se rio Kenz.

—Me niego a aparecer al fondo de la foto de algún paparazzi y no hacerme viral por lo que llevo puesto —respondió Anna.

—Seguro que estarás… ¡Dios mío! —empezó a decir Misha, pero

se interrumpió de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se abanicó la cara.

—Tu novio está buenísimo; siempre me pilla desprevenida.

Seguí su mirada hasta que exclamé:

—¡Levi! —Crucé corriendo el paso de peatones y me arrojé a sus brazos, lo que casi le hizo caer de espaldas. Llevaba su ropa de trabajo: suéter, pantalones y una cartera de cuero al hombro. Me abrazó mientras lo rodeaba con las piernas y hundió la cabeza en mi cuello.

—Hola, Daisy. —Exhaló como si fuera la primera bocanada de aire que tomaba en todo el día.

Le di un beso en el cuello y sentí cómo se estremecía.

—Has salido pronto de trabajar —dije con alegría, retrocediendo para verle la cara. Llevaba unas semanas ayudando con una clase particular los fines de semana.

—¡Sé que las muestras públicas de afecto son populares en Francia, pero eso no significa que tengáis que demostrarlo! —gritó Misha desde el otro lado de la calle, haciéndonos reír a ambos.

Levi me dio un beso rápido en los labios que me mareó y un apretón en las caderas antes de bajarme.

—Sí. Se me ha ocurrido que hace tiempo que no pasamos juntos un domingo por la noche.

Le regalé una sonrisa radiante. El corazón me dio un vuelco al contemplar al hombre guapo y cariñoso que tenía delante. Mil pétalos de flores descendieron hasta el fondo de mi estómago.

—Suena perfecto.

—¿Lista para volver a casa? —preguntó.

—¿Contigo? Siempre.

23

(La versión de Levi)



Un instante, estábamos bailando (con su mano suave en mi nuca y yo diciéndole que estaba preciosa), y al siguiente me encontré solo en medio de la sala. Ella se alejaba trotando con sus tacones y una mirada angustiada mientras yo me quedaba ahí plantado, sin palabras, pensando una y otra vez: «¿Qué acabo de hacer?».

Había ido demasiado lejos; la había hecho sentir incómoda. Ya le estaba pidiendo que fingiera ser mi novia, que me cogiera de la mano y que pasara tiempo con mi familia todos los domingos; era demasiado. Y luego le había dicho el aspecto que tenía, como si aquella relación fuese real. Idiota.

Mis pies empezaron a moverse hacia las escaleras antes de poder continuar con la lista de insultos internos. Bajé corriendo los escalones y salí por la puerta principal. «Por favor, que sigas aquí, por favor». Tras un vistazo rápido, la descubrí subiéndose a un taxi.

—¡Dani! —grité mientras bajaba las escaleras a la carrera.

Ella se giró. *Se giró*. Me dolió el corazón al ver cómo se alejaba del

taxi sin vacilar y se dirigía hacia mí. Me sentí abrumado al ver su imponente figura subir las escaleras y encontrarse conmigo a mitad de camino. Estaba espectacular. El vestido le acentuaba cada curva del cuerpo y sus labios tenían ese tono natural de zumo de granada. Si supiera lo que me provocaba, se horrorizaría.

Sin embargo, parecía molesta, y era culpa mía. Yo lo había provocado.

Se dio la vuelta cuando le pregunté qué hacía, qué podía hacer para arreglarlo. Acerqué las manos a ella por costumbre, sin darme cuenta, para levantarle la cara. Estaba llorando, y sentí como si me hubieran disparado una flecha directa al corazón.

—Oye, oye, oye, ¿qué pasa, Daisy? ¿Qué me he perdido? —Soltaba las palabras sin ton ni son. Lo único en lo que podía pensar era: «¿Cómo consigo que deje de llorar? ¿Cómo me apropio de su tristeza y la hago mía?».

—No soy guapa, Vi —se le quebró la voz, junto con mis fuerzas.

¿Cómo… cómo podía no creerse guapa? ¿Cómo era posible, si era la mujer más hermosa que había visto en mi vida? No podía ser real, y me lo pregunté en voz alta. Y entonces ella intentó hacer una broma, una *broma*, y de no ser porque se me estaba partiendo el corazón en dos, casi me habría hecho sonreír.

Lo único que se me ocurrió decir a continuación fue la verdad, que salió disparada como un par de dados en un casino lleno.

—Dondequiera que vamos, la gente —yo mismo— se siente fascinada por ti, te mira y quiere hablar contigo. A mí… A mí me tienes fascinado. —El corazón me ardía en las costillas. Nunca había estado tan cerca de confesarle la verdad. Pero no me creía; lo vi en sus ojos.

»Cada vez que te veo, pienso en… —Me fallaron las palabras, porque no tenía ni idea de qué más podía añadir para que me

creyese.

Sin embargo, ver a Dani tan molesta porque hubiese hablado con Brianna, una exalumna, y que casi pareciese celosa, me había dado esperanzas, y en mi cabeza se había encendido una bombilla que me indicaba que a lo mejor ella también sentía algo por mí... Bueno, me bastaba con esa patada en el culo para intentarlo.

No sabía ni en qué estaba pensando. Solo sabía que era un completo idiota por hacerlo. Mirarla de esa forma cuando no era mía y, aun así, besarla de todas formas.

Hacía semanas que me había dicho que no a mí mismo, cuando la había visto en el bar con ese pelo corto y esa sonrisa alegre. Me había dicho que no al verla en el baile de graduación con Jeremiah Sullivan. Besarla supondría hacer saltar por los aires todo el autocontrol que llevaba acumulando desde el segundo año de instituto.

No obstante, cuando la había visto con ese vestido, y ella había levantado la cabeza para mirarme en el salón de baile, con sus labios carnosos y esos ojos marrones, y luego había huido a toda prisa de mis brazos… Me veía incapaz de volver a soltarla.

De modo que me incliné y la besé. Y cuando sentí sus labios contra los míos, perdí cualquier rastro de autocontrol. Dani me estaba besando y sus manos se abrían paso entre mi pelo, tirando de mis mechones, y eso me estaba volviendo loco. Mierda.

Ses lèvres étaient si douces. Dios mío, me estaba volviendo loco. Escuchar pódcast en francés al acostarme había resultado ser una tortura porque ni siquiera podía razonar con claridad, hasta el punto de pensar tonterías en otro idioma. Eso era lo que ella me provocaba, lo que siempre me había provocado. Y *besarla*. Besarla era como nadar de noche en el océano en pleno verano.

Ay, ay, Dios.

—Daisy —gemí. *Mi Daisy*. La forma en que me agarraba el pelo y la sensación de su cintura bajo mis manos. Era mi hogar, ella era mi *hogar*.

¿Cómo le decías a alguien que deseabas aquello cada día, cada mañana, cada hora y cada noche de tu vida? Era patético. Si supiese lo débil que me dejaba cuando me pasaba la mano por la nuca, y que era mucho peor cuando me besaba, se sentiría horrorizada. Verla con Ethan antes me había provocado ganas de arrancarme los ojos. Tener que ver cómo un hombre coqueteaba con ella y fingir que los celos no me inundaban el pecho era como pisar brasas.

Dani me pasó la lengua por el labio inferior y debí de gemir, porque me atrajo hacia su cuerpo; no, se abrazó a mí con más fuerza. ¿Me lo estaba imaginando o ella deseaba aquello tanto como lo había ansiado yo esos últimos años?

Los pequeños sonidos que emitía contra mis labios me desgarraron por dentro. No me cansaba de ella. Le acuné la nuca, le incliné la cabeza hacia atrás para acceder a su mandíbula y besar cada centímetro.

Ella jadeó y se aferró a mis brazos. Olía a vainilla y a rosas, y yo lo quería todo. Me arrodillaría y la adoraría si así pudiese tener aquello cada día. Sus caderas, mi altar, y sus labios, mi religión.

Ni siquiera sabía lo que estaba diciendo y las palabras ya estaban saliendo de mi boca.

—Me vuelves loco, Daisy. El aroma a flores que te impregna flota donde quiera que vayas, y siempre quiero seguirlo.

La sentí tensarse bajo mi mano. Dios santo, ¿por qué no podía decir algo normal? Llevaba enamorado de ella desde los dieciséis, soñando despierto con besarla, y ahora lo estaba estropeando todo.

Entonces, en cuanto posé los labios contra los suyos, se apartó de mí.

Lo sabía casi todo sobre ella: cada una de las señales que indicaban ira, insatisfacción, alegría e inseguridad. Sin embargo, cuando se apartó de mí, no logré entender por qué… y eso me aterrorizó. No era capaz de interpretar lo que sentía Dani, lo cual significaba que no podía arreglarlo.

Me recorrió el rostro con las manos y luego las presionó contra mi pecho. Fue un roce muy ligero, pero podría haberme empujado y derribado si hubiera querido.

Empezó a hablar cuando detrás de mí apareció una chica que la interrumpió de repente. Procuré no molestar y me quedé a un lado, como un fantasma, mientras hablaban.

Pero entonces oí a su amiga decir:

—¡Es el puñetero París, tía! ¿Cuándo te vas?

«¿Ha solicitado plaza en una universidad de París? Ha entrado. Se marcha a París».

—Bueno, todavía no he tomado una decisión al respecto —respondió Daisy. Estaba nerviosa. Lo sabía por la forma en que se retorcía los pendientes y sonreía. Ella… No quería que yo me enterara.

Terminaron su conversación y su amiga se fue. Lo que sucedió a continuación me pareció lento, pero ocurrió tan rápido que no pude ni reaccionar, porque lo único en lo que pensaba era en que se marcharía otra vez, que se mudaría al otro lado del mundo y que yo no podía hacer nada al respecto. No podía seguirla hasta allí; por mucho que quisiera que aquella relación fuera real, eso no la hacía menos falsa.

—Felicidades —me oí decir con una sonrisa.

Aunque existiera la más mínima posibilidad de que me quisiera allí como amigo, no podía marcharme. Me necesitaban. Rhea y Claire. ¿Quién las peinaría, se aseguraría de que Claire tuviera su inhalador

preparado para el entrenamiento de fútbol, comprobaría el asiento elevador y le recordaría a Rhea que se cepillara los dientes? ¿Y qué pasaría si pasaba algo y no había nadie con ellas?

El mero hecho de pensarlo hizo que me entrasen ganas de vomitar.

Daisy presionó los labios contra mi mejilla y me soltó la mano. Ni siquiera recordaba habérsela cogido. Pero así, sin más, desapareció. Y bajó corriendo las escaleras, arrastrando su largo vestido como una ola en una tormenta, dejándome allí varado.

Agradecimientos



¿Quién hubiera pensado que, después de dos años, todavía estaría nerviosa por ver este libro publicado de nuevo? ¡Bueno, supongo que yo!

La primera vez, escribí este libro con veintidós años. Estaba en el último año de universidad, me había graduado un semestre antes y no encontraba trabajo. Ningún trabajo. Una máquina académica que había dedicado toda su vida a encontrar la carrera corporativa perfecta, con plan de jubilación y vacaciones pagadas. Sin nada más que hacer, aparte de trabajar a tiempo parcial y solicitar una docena de puestos más, dediqué todo mi tiempo a este libro.

Ahora tengo veinticuatro años y, en estos dos años, todo ha cambiado. (Alerta de *spoiler*: para bien).

Picking Daisies on Sundays fue mi segunda historia autopublicada. Fue un remanso de alegría al que me lancé de cabeza cuando me parecía que mi vida no iba a ninguna parte. ¡Lo que no sabía era que, dos años después de su publicación original, acabaría aquí!

Muchas personas descubristeis este libro a través de TikTok y le disteis una oportunidad a esta historia cuando detrás solo había una

persona: yo. Y un número inesperado de vosotras me ha contactado para contarme cuánto habíais conectado con Daisy. Ya fuese a través de su dolor o de sus inseguridades, encontrasteis consuelo en ella, algo que jamás esperé. Eso consiguió que esta reedición fuera mucho más especial porque, al leer estas páginas, pensaba en todas vosotras.

Pero ¡dejemos de hablar de mí! Quiero dar las gracias (respira hondo) al fantástico equipo de Hachette: Rhea y Junessa; esa llamada lo cambió todo para mí. Supe de inmediato que este libro había caído en las manos adecuadas y estoy deseando que volvamos a trabajar juntas. (Gracias a Dios por tus correos electrónicos de seguimiento, Rhea, ¡si no, esa llamada podría no haber llegado nunca!).

A mis increíbles y queridas lectoras beta, las primeras en leer este libro, Sofia Kaitlyn Ong y Veronica Wheat.

Al maravilloso club de escritura del que formo parte: tengo muchísima suerte de teneros a todas. Me habéis proporcionado una comunidad que no sabía que merecía. Os estaré eternamente agradecida por vuestras opiniones y perspectivas; vuestra falta de juicio es liberadora. Gracias, gracias, gracias.

A Kenz, Michelleann y Anna, a quienes no podía dejar de mencionar porque fuimos juntas a París y se han convertido en mis mejores amigas. Tengo muchísima suerte de que me sigáis infundiendo de forma constante vuestra confianza como escritora y amiga; me dais fuerzas para seguir adelante.

A mi familia, por celebrar todos mis triunfos (incluso cuando yo no quería). Me hacéis sentir que soy genial (el sueño de la Liana adolescente), ¿y qué puede haber más genial que eso?

A mi novio, Nick, que tuvo que escuchar cada trama y arco argumental sin quejarse ni una sola vez, y lo único que pedías era

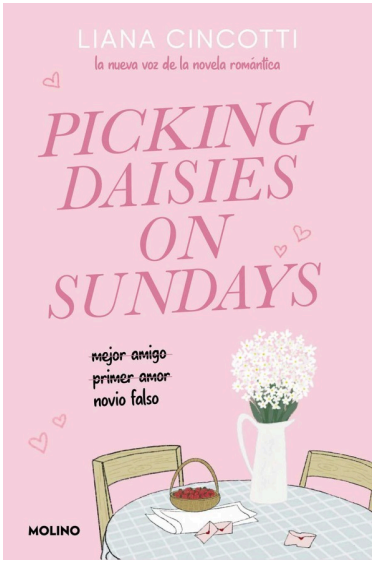
escuchar más. Gracias por acompañarme durante todo este proceso.

Me ayudaste a numerar las páginas de este libro, te sentabas conmigo durante la cena mientras escribía una idea más y siempre te referías a mí como «autora», incluso cuando yo era incapaz de verme como tal. Gran parte de las bromas de esta historia se deben a la relación de apoyo que has propiciado, en la que puedo decir tonterías sin sentirme insegura. Me ayudaste a desarrollar la confianza que me faltaba, igual que Levi hace con Daisy.

Y a quienes me leéis: quiero dar las gracias a toda persona que haya leído algo mío, se lo haya regalado a una amistad o se haya puesto en contacto conmigo para decirme que lo había disfrutado. Sois la razón por la que sigo escribiendo. Le dais sentido a esta historia. Vuestras amables palabras, ya sea en las reseñas o por mensaje directo, siempre me arrancan lágrimas dignas de Nicholas Sparks. Si pudiera, os horrearía un millón de tartas de fresa y os enviaría margaritas. Gracias, siempre. Os quiero muchísimo.

Una novela que ha conquistado los corazones de todo BookTok.

Perfecta para fans de Lynn Painter y Jenny Han: una romcom sobre una romántica empedernida que acepta fingir una relación con su mejor amigo de la infancia, quien, por desgracia para ella, también resulta ser su primer amor.



Daniella Daisy Maria siempre había anhelado el amor... Hasta que se enamoró de Levi, su mejor amigo de la infancia. Se trataba de ese tipo de amor que hacía que las manos le temblasen y el corazón le retumbase en el pecho, de la clase que se suponía que no debía sentir al mirar a su mejor amigo. Sin embargo, todo terminó cuando

descubrió que él no le correspondía y ella juró no volver a verlo nunca.

Cuatro años después, una noche en un bar del West Village atestado de gente, ahí está él, tan perfecto como siempre. Quizá sea por la iluminación o por la forma en la que el pelo se le riza sobre la frente, pero cuando Levi le pide que finja ser su novia en la boda de su hermana, es incapaz de negarse.

Liana Cincotti es una autora cuyos personajes te darán ganas de viajar, probar cosas nuevas y enamorarte perdidamente. Tras años de leer y buscar la próxima gran novela de romance, decidió crear su propia historia perfecta.



Título original: *Picking Daisies on Sundays*

Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Liana Cincotti, por el texto
Imágenes de los interiores: Shutterstock
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Estíbaliz Montero Iniesta, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de la autora / Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún

fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5581-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Picking daisies on Sundays
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Capítulo 23
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Liana Cincotti

Créditos